Kaoseto

La perdición de las hadas

Tomo 10

Ciclo de Shaedra

La Perdición de las Hadas

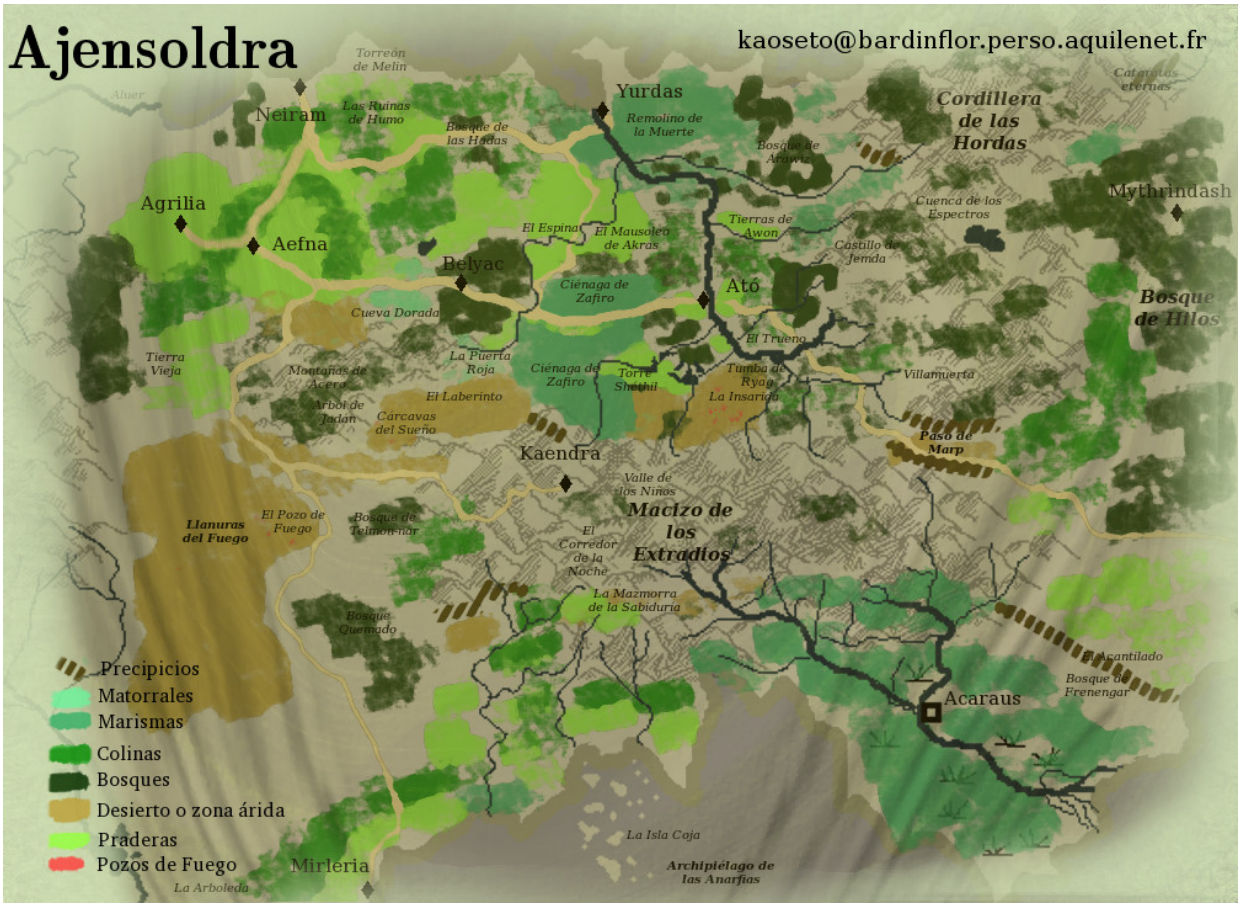
Tomo 10

Ciclo de Shaedra

Kaoseto

Página web del autor:
https://kaosfantasy.tuxfamily.org/index-es.html

Obra artística bajo licencia Creative Commons By.
2014-2015, Marina Fernández de Retana alias “Kaoseto”.
mail: `kaoseto AT bardinflor P perso P aquilenet P fr`
Redacción realizada con frundis y Vim. Proyecto iniciado en el 2012.
Tomos de la saga: *La llama de Ató* (t.1), *El relámpago de la rabia* (t.2), *La música del fuego* (t.3), *La puerta de los demonios* (t.4), *Historia de la dragona huérfana* (t.5), *Como el viento* (t.6), *El Alma Sin Nombre* (t.7), *Nubes de hielo* (t.8), *Oscuridades* (t.9), *La perdición de las hadas* (t.10).


Ajensoldra
kaoseto@bardinflor.perso.aquilenet.fr
Torreón de Melín
Aluer
Neiram
Las Ruinas de Humo
Bosque de las Hadas
Yurdas
Remolino de la Muerte
Bosque de Arawia
Cordillera de las Hordas
Cataratas eternas
Mythrindash
Agrilia
Aefna
Belyac
El Espina
El Mausoleo de Akras
Tierras de Awon
Castillo de Jemda
Cuenca de los Espectros
Ciénaga de Zafiro
Ató
Bosque de Hilos
Cueva Dorada
El Trueno
Tierra Vieja
Montañas de Acero
La Puerta Roja
Ciénaga de Zafiro
Torre Shethil
Tumba de Ryag
La Insarida
Villamuerta
Arbol de Jadan
El Laberinto
Cárcavas del Sueño
Paso de Marp
Kaendra
Valle de los Niños
Macizo de los Extradios
Llanuras del Fuego
El Pozo de Fuego
Bosque de Telmonnar
El Corredor de la Noche
La Mazmorra de la Sabiduría
Bosque Quemado
Acantilado
Bosque de Frenengar
Acaraus
La Isla Coja
Archipiélago de las Anarfias
Mirleria
La Arboleda
Precipicios
Matorrales
Marismas
Colinas
Bosques
Desierto o zona árida
Praderas
Pozos de Fuego

La Perdición de las Hadas

1. Confesiones (Parte 1: Más allá de la leyenda)
2. El Valle Rojo
3. Un pozo sin fondo
4. Los Hijos de Shilabeth
5. El pacto de una demonio
6. La Cripta de los Colibríes
7. La perdición de las hadas
8. Brisa asesina
9. Barro negro
10. Bruma roja
11. Decisiones y confianzas
12. El experto de Belyac
13. Yzietcha
14. Sólo falta morir
15. Torgab Cuatro-Espadas (Parte 2: Entre un puñal y una llama)
16. Cenizas ciegas
17. La casa del estanque
18. Los ojos de la muerte
19. Confesiones de un muerto
20. Un poder por una venganza
21. El Gran Grimorio
22. Un nombre
23. Una invasión
24. El Desvelo
25. La humillación
26. Un destino
27. Amor y libertad
Epílogo
Agradecimientos
Pequeño glosario
- Primer tomo
- Segundo tomo
- Tercer tomo
- Tomo cuarto
- Tomo quinto

Tomo sexto
Tomo séptimo
Tomo octavo
Tomo noveno
Tomo décimo

1 Confesiones (Parte 1: Más allá de la leyenda)

Los túneles que recorrían la zona debajo de la Torre de Shéthil eran muy diferentes a los que había recorrido antes de llegar a Meykadria. Más anchos, estaban poblados de plantas, setas y arbustos subterráneos. Deseando alejarnos de la torre, habíamos salido de la caverna de kérejats casi enseguida y nos pusimos en marcha a pesar de nuestro cansancio. Los espaciosos túneles por los que nos hizo pasar la sainal eran una verdadera jungla. Y, mientras avanzaba con dificultad, anhelé que los guardias de Ató no descubriesen la trampilla disimulada: estaba segura de que a Ew Skalpai no le hubiera costado seguir nuestro rastro.

Llevábamos dos horas andando cuando entramos en una especie de caverna alargada cruzada de lado a lado por un río subterráneo. Salvo la orilla, que estaba cubierta de arena, todo era vegetación. Unas plantas azuladas salían de la pared formando un amplio círculo que iluminaba tenuemente los alrededores. Al llegar junto al río, distinguí huellas de pequeñas pezuñas en la arena. Al menos no nos faltaría comida.

Iharath deshizo su luz invocada con un resoplido exhausto.

—Siento que me voy a volver apático de tanto utilizar el tallo energético —se quejó.

Drakvian se dejó caer sobre la arena con un gruñido cansado.

—Yo tampoco puedo más. Ni aunque me pasase una liebre por delante de las narices iría a buscarla.

Si la vampira estaba cansada, yo estaba reventada. Me senté junto a ella, ayudando a Galgarrios a imitarme: el caito estaba aún algo ido y me daba la impresión de que apenas se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. En cuanto a Wujiri, seguía inconsciente; Ga lo acababa de posar en la arena antes de encaminarse hacia la orilla. Su gran cuerpo se difuminaba entre las sombras que la envolvían. La vi inclinarse y beber agua a grandes sorbos con su ancha boca.

Desvié la mirada de Ga, meditativa. Aún no acababa de hacerme a la idea de que un sainal, o más bien una sainal, nos estuviese acompañando

por estos túneles húmedos y laberínticos que llevaban los dioses sabían adónde. Al fin y al cabo, para cualquier saijit, se asimilaba a viajar con un engendro infernal destructor y abominable. Como lo eran los demonios. Así debía de haberme considerado Ew Skalpaï en la torre, pensé, estremeciéndome al recordar sus ojos fríos y despiadados. Desde luego, esta vez sí que la había liado… *"Nunca reveles a nadie lo que no quieres que nadie sepa"*. Suspiré. Ese era el consejo que me había dado Lénisu apenas un mes atrás. Y yo me presentaba delante de mi patrulla y el capitán de Ató transformada en demonio. Era casi un milagro que hubiese salido con vida.

Volví a mirar a la sainal, quien en ese momento se había metido en el río hasta la cintura y se aseaba con movimientos tranquilos, envuelta en sus eternas sombras. Francamente, no me acababa de convencer el trato que había cerrado. Aún no me había dado ni tiempo a pedirle que me explicase en qué podríamos ayudarla ni por qué deseaba con tanto anhelo una spiartea de sol. Lo único que sabía era que se trataba de una flor muy hermosa que tenía «propiedades mágicas». Yo sospechaba que, si hubiese sido sencillo hacerse con una de esas flores, ella ya lo habría hecho. Por desgracia, no me cabía duda de que sin Ga no conseguiríamos encontrar a Kyisse. Al menos se suponía que la pequeña estaba viva, me repetí para animarme. Pero no lograba tranquilizarme del todo.

Posé a Frundis sobre la arena y dejé de oír sus susurros de hojas mezclados con notas de guitarra. La caverna estaba silenciosa y sólo se percibía el murmullo del agua que corría. Me tumbé y vi a Syu acurrucarse junto a mí, bostezando abiertamente. Pasando una mano afectuosa sobre su cabeza, sonreí.

"Menudo día, ¿verdad?", le comenté.

Resopló y paseó una mirada a su alrededor.

"No me gusta esto", admitió. *"La última vez que acabamos tan bajo tierra, no salimos en meses."*

Me mordí el labio.

"Esta vez saldremos antes… bueno, en cuanto hayamos encontrado a Kyisse", le prometí.

Al mono gawalt no pareció reconfortarle mi respuesta pero, de pronto, se alejó declarando: *"Voy a ir a explorar la zona… no me iré muy lejos"*, me aseguró. Y con una mueca, añadió: *"Este lugar es una hervidero de vida."*

Lo vi desaparecer tras unas enormes hojas rojas antes de que se me cerrasen los párpados. Tenía la impresión de haber estado saltando y corriendo durante un día entero sin parar. La conversación de Iharath y Drakvian me llegaba a los oídos entre cuchicheos y suspiros. Estaban hablando de Ga, adiviné.

—Oye, Shaedra, una pregunta —dijo de pronto Drakvian—. ¿Crees que la sainal nos entiende cuando hablamos en abrianés?

Abrí los ojos y asentí.

—Desde luego que nos entiende. Lo que pasa es que le cuesta reproducir los sonidos del abrianés. Por eso habla en tajal. Aunque me da a mí que esa tampoco es su lengua preferida. Los sainals deben de tener otro idioma —concluí.

Ga asintió desde la orilla pero no respondió, ocupada a asearse. Me volví de nuevo hacia la vampira e Iharath. Parecían pensativos.

—Por cierto —añadí—, gracias por todo lo que habéis hecho. No esperaba que aparecieseis… y menos con las Trillizas —admití—. Ahora me doy cuenta del poder de esas mágaras. Esas bolas de fuego eran increíbles.

Drakvian enseñó claramente sus colmillos.

—Admito que yo misma me he quedado impresionada —confesó, y se giró hacia el semi-elfo—. A propósito, Iharath, deberías devolverle las Trillizas. Son suyas.

Él asintió, rebuscó en uno de sus bolsillos, las sacó y me las tendió, pero yo negué con la cabeza.

—Deberías guardarlas tú —dije—. Al fin y al cabo, yo no sé utilizarlas.

El semi-elfo puso los ojos en blanco.

—Ya te enseñaré, tampoco es tan difícil. Cógelas —insistió.

Me encogí de hombros y recogí las tres bolas coloreadas. Las guardé con cuidado en un bolsillo interior de mi túnica de guardia y solté, curiosa:

—Por cierto, aún no me habéis enseñado el pergamino que me dejó Márevor. ¿Qué decía? ¿Y cuál es esa cuarta tarea que os encomendó?

Ambos intercambiaron una mirada rápida.

—Bueno… —empezó Drakvian, vacilante—. La carta… Espera. ¿Él sabe que tú…? —inquirió de pronto, señalando vagamente a Galgarrios, sin acabar su frase.

Me encogí de hombros, adivinando lo que quería decir.

—No, pero visto que ya sabe que soy un demonio no creo que le choque mucho más oír hablar de Jaixel —supuse. Galgarrios no nos miraba. Parecía como mareado y, pese a lo que dijera Ga, no dejaba de preocuparme su estado. Me enderecé, intrigada—. ¿Así que Márevor Helith habla de Jaixel en su carta?

Vi la cabeza de la sainal levantarse de golpe y mirarnos con curiosidad. No parecía ser la primera vez que oía hablar de Jaixel, medité, con una ceja enarcada.

—Así es —respondió Iharath con calma—. El maestro Helith se ha marchado a ver a Jaixel. Queda confirmado. Quiere intentar hacerlo entrar en razón de una vez por todas.

A pesar de su serenidad, noté como un ligero titubeo. Sacudí la cabeza, pensativa.

—Bueno, que Márevor intente hacer entrar en razón un lich no me sorprende —admití—. ¿Qué más decía la carta? ¿Puedo verla?

Drakvian hizo una mueca y carraspeó, molesta.

—Por poder…

Fruncí el ceño ante sus reacciones, sorprendida. Drakvian enrollaba uno de sus rizos verdes mientras que Iharath jugueteaba con la arena, silencioso.

—¿Qué ocurre? —pregunté, alarmada—. ¿Habéis perdido la carta?

El semi-elfo se pasó una mano por el rostro antes de contestar con serenidad:

—No. Básicamente, en la carta, te pide que seas prudente y que no pierdas las Trillizas.

Los contemplé, sin saber qué decir, con una idea turbadora en mente. Que el maestro Helith me dijese que no perdiese las Trillizas era comprensible. Pero no veía al nakrús pedirme que fuera prudente.

—Mirad —intervino Drakvian con súbita precipitación—, ¿qué os parece si descansamos un rato antes de seguir con esta conversación, eh? Las cosas hay que verlas con tranquilidad y bien reposado —insistió.

Les dediqué una mueca impaciente ante tantas evasivas.

—¿Puedo verla? —repetí.

La vampira suspiró, como contrariada. Iba a contestar cuando un súbito ruido sordo contra la arena nos sobresaltó: era Galgarrios, quien acababa de desplomarse, dormido. Dioses, pensé, preocupada, pasando una mano por

su mejilla para apartar un mechón rubio. Esperaba que pronto eliminase todas las toxinas de Ga.

—Deberíamos seguir el ejemplo de tu amigo —carraspeó la vampira.

—Dásela, Drakvian —replicó Iharath suspirando—. Tal vez así duerma más tranquila, quién sabe.

Ella resopló, como dubitativa, pero enseguida rebuscó en uno de sus bolsillos. Sacó la caja y me la tendió como de mala gana.

—Toma.

Escrutando sus rostros con curiosidad, cogí la caja. ¿Qué podía querer decirme Márevor Helith que pudiese alterarlos tanto? Abrí la tapa y saqué el pergamino. En realidad tenía varias páginas muy finas. No era papel de botrillo, sino de lamitril, me fijé, impresionada. Ese papel era muy caro y apenas se estropeaba con el agua. Aprensiva, olvidando mi cansancio, desplegué el pergamino y le eché un vistazo. Estaba escrito en abrianés.

Me concentré y devoré las líneas con ojos febriles.

«Shaedra. Cuando leas esta carta yo ya me habré ido a buscar a Ribok al Laberinto de Tafosia para tratar de hacerlo entrar en razón. Fue como un hijo para mí pero sé que no me será fácil convencerlo. Hay muchas cosas de las que jamás te hablé y pienso que ha llegado el momento para explicarte qué fue realmente de tus padres. Tal vez mi explicación sea un poco larga, pero creo que es necesaria, lee atentamente: en ella no hay mentira alguna.»

Suspendí mi lectura y enarqué una ceja, incrédula. ¿De veras había sido capaz Márevor Helith de escribir una carta sin mentiras? Seguí leyendo y la primera frase me dejó lívida.

«Tu madre y tu tío Lénisu son hijos de nigromantes que murieron intentando convertirse en nakrús. Al quedar huérfanos, los recogí. Los salvé de la miseria más completa y los llevé a Dumblor. Los dejé en manos de un hombre que supuestamente era también un eshayrí, aunque fuese Sombrío y Nohistrá. —Derkot Neebensha, entendí con un escalofrío—. *Por si aún no lo sabes, los eshayríes simplemente son una Orden creada hace más de cuatrocientos años que lucha contra las malas prácticas nigrománticas. Yo soy un gran mecenas de esa Orden. Sin embargo, por eso mismo me vi obligado a salir de los Subterráneos apenas unos años después. El tutor con el que dejé a mis nuevos protegidos inició a Ayerel como Sombría y eshayrí al mismo tiempo. Con dieciocho años, Ayerel*

empezó a trabajar con Zueryn y otros aventureros. Lo que hacían, básicamente, era localizar todos los pueblos donde se perpetraban crímenes para prácticas nigrománticas y luego acababan con estas. Un día, desgraciadamente, todo se torció. Ayerel y Zueryn fueron acusados en Dumblor del robo de un collar muy valioso. Tuvieron que salir de Dumblor, mandaron a Murri y a Laygra a la Superficie junto a un viejo amigo y luego se escondieron.»

Levanté la cabeza, con los ojos agrandados, el corazón latiéndome más aprisa. Esa era una historia muy parecida a la que me había contado Murri hacía años. Drakvian e Iharath me vigilaban con el rabillo del ojo, adivinando la confusión y la conmoción que me provocaban todas estas revelaciones. Volví a bajar la mirada hacia el pergamino.

"Cuando tus padres regresaron a Dumblor encubiertos, Lénisu ya había dejado los Subterráneos. Esa noticia afectó mucho a Ayerel. Quiso ir a buscarlo, pero el Nohistrá se lo impidió. Les asignó a ella, a Zueryn y a otra Sombría llamada Setrasia una misión urgente en Neermat para reunir más información sobre los Hullinrots. Sospecho que Ayerel siempre ignoró las verdaderas intenciones del Nohistrá al mandarlos ahí. Ese hombre había acabado por apasionarse por la nigromancia y, con la Orden, le resultaba fácil encontrar lo que deseaba saber. Sin más dilaciones, tus padres y Setrasia partieron hacia Neermat. Ahí fue donde naciste tú, Shaedra, en Neermat, y no en Dumblor. —Reprimí un resoplido, aturdida—. *Ignoro qué pasó exactamente durante todo ese tiempo y por qué la estancia se alargó tanto. Resultó que, un día, los Hullinrots se enteraron de que había sido robado un libro único de nigromancia. Y, por supuesto, acusaron a los tres dumbloranos. Detuvieron a Setrasia pero tus padres lograron huir contigo por el Laberinto de Tafosia. Y se toparon con el lich. Recuerdo que, cuando Ayerel apenas tenía unos doce años, le había contado la historia de Ribok. Tal vez lo haya reconocido al encontrarse cara a cara con él. De alguna manera, Setrasia consiguió huir de Neermat y te encontró, fuera del laberinto. Te salvó la vida. Eso es todo lo que sé a ciencia cierta. Ahora bien, no hay dudas de que Jaixel te inyectó una parte importante de su filacteria en ese laberinto. Y creo ahora saber cuál era su intención, y por esta razón pienso que Ribok aún sigue vivo en el interior del lich. Así que he decidido al fin marcharme con la intención de liberarlo y así reparar mis errores, aunque ya son tantos en mi larga vida que unas buenas acciones no podrán hacérmelos olvidar."*

“Tras estas explicaciones, también querría pedirte un favor. Quisiera que fueras al Kyuhs tan pronto como puedas. Te esperaré ahí y te prometo que podrás al fin librarte de la filacteria: lo tengo todo planeado. No pierdas las Trillizas, sé prudente y confía en Drakvian e Iharath, los quiero como a los hijos que nunca tuve: ellos te guiarán.”

Largo rato me quedé con la mirada fija en el último párrafo, anonadada. Jamás había oído hablar tan claramente de la vida de mis padres. Antes, siempre los había visto como extrañas figuras de un pasado que ni me pertenecía realmente. Pero, ahora, me sorprendía imaginándome su vida y sus preocupaciones, debatiéndose entre sus tareas como Sombríos y como eshayríes… Y, para colmo, resultaba que los padres de Lénisu y Ayerel habían intentado convertirse en nakrús. Si realmente Márevor Helith decía la verdad, Murri no había andado tan desencaminado creyendo las historias del pueblo ternian de las Hordas. Sacudí la cabeza y alcé los ojos. Iharath dibujaba tranquilamente un círculo en la arena mientras Drakvian se miraba las uñas, expectante. Ga dormía, acurrucada como un gato, no muy lejos de la orilla.

—¿Qué es el Kyuhs? —pregunté al fin, rompiendo un largo silencio.

Iharath interrumpió su movimiento y Drakvian levantó sus ojos azules hacia mí.

—Es una zona de los Subterráneos —contestó esta—. Jamás estuve ahí, pero recuerdo que el maestro Helith mencionó un día que era una lugar especial. —Marcó una pausa antes de añadir—: ¿Sabías algo de los eshayríes?

Negué con la cabeza y los vi intercambiar unas miradas pensativas.

—Nosotros tampoco —admitió Iharath—. Bueno… —Carraspeó, mirándome con inquietud—. Tal vez sea mejor que descansemos y que te dejemos asimilar todo esto…

—¿Por qué querrá Márevor Helith esperarme en el Kyuhs? —lo interrumpí, meditabunda.

Iharath se cogió el mentón y apoyó el codo en la rodilla.

—Lo ignoro. Aunque, si te soy sincero, creo que esta vez está cometiendo una locura. Por lo que he supuesto, los Hullinrots le tienen mucha inquina, pero no creo que intenten vengarse de él. En cambio, Jaixel… —se encogió de hombros— es un lich. Y a veces el maestro Helith parece olvidarlo. —Sus ojos violetas detallaron mi rostro con atención antes

de que añadiese—: Tengo la impresión de que Márevor Helith pretende sacar al lich del laberinto y llevárselo con él.

Si no hubiésemos estado hablando tan seriamente, me habría echado a reír por una idea tan disparatada: un nakrús paseándose con un lich, juntos, por los Subterráneos… Sin embargo, las consecuencias de su afirmación eran más que preocupantes. Y con sólo pensar en ellas sentía helárseme el corazón.

—Quiere llevarse al lich con él hasta el Kyuhs —murmuré, horrorizada—. Así que pretende quitarme la filacteria para devolvérsela a Jaixel él solito. —Sacudí la cabeza vivamente. Se suponía que Márevor Helith se había prometido a sí mismo que no volvería a utilizar sortilegios nigrománticos. ¿Acaso había cambiado de idea?—. No tengo intenciones de ir al Kyuhs —afirmé.

Drakvian mostró una media sonrisa.

—Me lo suponía —replicó—. Al leer la carta entendí por qué nuestra última tarea consistía en protegerte hasta que nos reuniésemos con él. Pero yo personalmente no te guiaré hasta ese lugar para que el maestro Helith te desquicie la mente…

—Tal vez no lo haga —intervino Iharath, como hablando entre sí—. Tal vez todo salga bien. Estos últimos años ha pasado mucho tiempo encerrado en su laboratorio. Además, en la carta dice que lo tiene todo planeado. Tal vez sepa cómo proceder para quitarle la filacteria sin hacerle daño —concluyó.

La vampira gruñó.

—Iharath, ambos conocemos a Márevor. Con él nunca podemos estar seguros de nada.

—Lo sé —confesó Iharath, cansado—. Pero también podemos estar seguros de que hará todo lo posible para salvarla.

Y para salvar a Ribok, pensé. La cuestión era: ¿a quién quería salvar con prioridad? ¿A Ribok o a mí? Resoplé. Ahora que por fin los Hullinrots se habían quedado tranquilos con el examen de la filacteria, venía Márevor Helith y lo complicaba todo… ¿Cómo podía pensar que iba a hacerle caso?

—Todo esto para salvar a un lich —masculló Drakvian.

—Lo quiere como a un hijo —lo justificó el semi-elfo—. Y por lo visto, Márevor se siente culpable por su destino…

Un grito mental me sobresaltó y me levanté de un bote, interrumpiéndolo.

“¡Syu!”, grité por el kershí, aterrada.

Miré a mi alrededor y pronto vi a Syu aparecer entre la espesa vegetación, precipitándose hacia mí.

“¡Shaedra!”, me gritó, asustado.

Lo acogí, alarmada.

“¿Qué ocurre?”

El mono gawalt respiraba entrecortadamente.

“He visto… saijits”, me informó. *“Pero no estaban vivos.”*

Palidecí.

—¿Qué sucede? —preguntó Iharath, aprensivo.

—Syu ha visto a saijits muertos —expliqué.

Me mordí el labio, escrutando los alrededores. Syu negó con la cabeza.

“No están muertos. Es como si estuviesen vivos pero están hechos de piedra”, explicó.

Fruncí el ceño y comuniqué los detalles a Drakvian e Iharath. El alivio de ambos era evidente.

—¿Estatuas? —dijo Iharath, intrigado—. Me gustaría verlas.

Drakvian bufó.

—Tu curiosidad te perderá. Yo voy a imitar a la sainal y voy a echar una siesta. ¡Buena exploración!

Dejamos a Galgarrios y a Wujiri al cuidado de Ga y Drakvian, guardé la carta, agarré a Frundis y nos alejamos de la orilla, guiados por Syu.

“Dan miedo”, me previno el mono.

Nos adentramos entre la espesura, prudentes. Al de unos minutos, llegamos a una zona cubierta de hierba azul que guiaba a un túnel iluminado por ercaritas. La entrada del túnel estaba guardada por dos grandes figuras esculpidas.

—Esto no es piedra —dijo Iharath, acercándose con precaución—. Es mármol de Lisia.

Noté un flujo de energías alrededor de la entrada.

—Iharath… —murmuré.

Pero él ya se había detenido. Seguramente había percibido lo mismo que yo. O casi, rectifiqué con una mueca. Dudaba de que hubiese

reconocido en el sortilegio que guardaba ese túnel la presencia de sryho. Pero sí tuvo que ver las marcas de la Sreda dibujadas con nitidez en los semblantes perfectos de esas esculturas. Una, de ojos negros, blandía una espada real, desafilada, con una expresión terrible en el rostro; la otra, de ojos blancos, tendía las manos hacia nosotros, como invitándonos a entrar o pidiendo algo…

—Alejémonos de aquí —solté, tan inquieta como Syu. Se despedía de ese túnel un aura que no me gustaba.

Vi a Iharath dar un paso hacia delante y me avancé para cogerlo del brazo con presteza.

—Iharath, Ga conoce estos túneles. Nosotros, no. Volvamos a la playa. No vaya a ser que metamos la pata y muramos tontamente.

El semi-elfo adoptó una mueca decepcionada y asintió, pero no se movió.

—¿Reconoces las figuras? —preguntó.

Lo miré con fijeza.

—¿Debería?

Él se encogió de hombros, ruborizándose.

—No lo sé. Parecen como dioses demonios o algo así.

Solté una risita divertida y le estiré de la manga mientras afirmaba:

—Los demonios no tienen dioses. Lo único que veneran algunos es la Sreda.

Iharath me contempló con vivo interés.

—¿La Sreda? ¿Hablas de la marca…? —interrogó, llevándose las manos a la cara.

Sonreí ante su curiosidad.

—La Sreda es esencialmente algo interno —expliqué—. Y para muchos es lo que da vida a las cosas. Las marcas negras son simplemente una de sus manifestaciones. ¿Volvemos? —insistí.

El semi-elfo asintió y tomamos el camino de regreso a la playa. Aquellas dos figuras me habían puesto los pelos de punta y respiré más tranquila cuando las perdimos de vista.

—Iharath… —dije, vacilante, cuando estábamos a punto de llegar. El semi-elfo se giró hacia mí con aire interrogante—. ¿Tú crees que debería escuchar a Márevor Helith?

Sonrió levemente.

—Tenemos que encontrar una flor y salvar a la Flor del Norte. Ya pensaremos en lo del Kyuhs más tarde, ¿no crees?

Le devolví la sonrisa y asentí. Pero en mi fuero interno me pregunté si, a fin de cuentas, Márevor Helith no tendría razón en querer arreglar lo de la filacteria: no había olvidado el día en que Mártida me había revuelto la mente con energía bréjica, ni la desagradable sensación de haber olvidado completamente quién era yo.

Estábamos llegando a la playa cuando vi de pronto un movimiento con el rabillo del ojo y me quedé lívida al ver la escena que se desarrollaba ante mí: Drakvian, con la rodilla hincada entre los omoplatos de Wujiri, aplicaba su daga Cielo contra la garganta del elfo oscuro y parecía estar murmurándole algo al oído. La sainal, sentada junto a la orilla, observaba a la vampira con atención.

—Demonios —siseé. Syu se subió a mi hombro, aprensivo. *"Esa vampira no anda bien de la cabeza"*, suspiró.

—¡Drakvian! —tonó Iharath, precipitándose hacia ella.

Lo seguí y desembocamos en la playa. Drakvian levantó la cabeza y nos dedicó una sonrisa traviesa.

—Creo que ya lo ha entendido —declaró.

El semi-elfo la miró con cara sombría.

—¿Qué le has dicho?

—Bueno… Que tenía una sangre muy apetitosa pero que me esforzaría en no beberla si él se esforzaba en no huir y en aceptar que una vampira sea su compañera de viaje —explicó con naturalidad.

En ese momento acababa de rodearla y pude ver el rostro de Wujiri: estaba más pálido que la muerte y cerraba los ojos con fuerza. Respiraba ruidosa y entrecortadamente, como si le faltase aire.

—Suéltalo, Drakvian —dije, arrodillándome junto a él.

La vampira titubeó pero al final asintió, se apartó un poco y observé cómo sus manos sacaban una daga de la bota de Wujiri para desarmarlo del todo.

—Wujiri —lo llamé con dulzura.

El elfo oscuro no pareció oírme. Se puso a temblar con más violencia, pero no abrió los ojos. Iba a ser difícil serenarlo, suspiré.

—¡Wujiri! —dije con más fuerza—. Escucha y mírame. No tengas miedo.

Abrió finalmente los ojos, unos ojos verdes que agrandó mucho cuando me vio.

—¿Shaedra? ¿Qué…? ¿Dónde…? ¿Qué ha pasado?

Se enderezó, masajeándose la cabeza, paseó una mirada aturdida a su alrededor y abrió la boca como para gritar pero no salió ningún sonido. Sin quitarle la vista de encima, tendí las manos para calmarlo, anticipando su reacción.

—Wujiri, aquí estamos a salvo. La sainal y la vampira no nos harán daño. Confía en mí.

Pero el elfo oscuro no me escuchaba. Petrificado por el horror, miraba a la sainal y a la vampira alternadamente. Iharath le cogió del brazo a Drakvian para alejarla un poco más.

—Déjale que hable con él —le murmuró.

—Wujiri —repetí, sin saber muy bien qué decir. Gruñí interiormente al ver que ni siquiera me miraba y proseguí con tono suave—: Wujiri. El capitán Aseth… —Al oír pronunciar el nombre del capitán de Ató, giró bruscamente sus ojos hacia mí. Carraspeé—. El capitán Aseth creyó que Kyisse estaba dentro de la Torre de Shéthil, pero se equivocaba. Bueno, iba por buen camino. La sainal sabe dónde está y va a conducirnos hasta ella.

En la orilla, Ga asintió con la cabeza y dijo «sí» en tajal con un gruñido gutural. Por un segundo, creí que Wujiri iba a desmayarse, pero aguantó estoicamente.

—Shaedra —farfulló—, dime que esto es una pesadilla.

Hice una mueca.

—Si te lo dijera, mentiría. No te dejes llevar por los prejuicios. Esta vampira y esta sainal no tienen nada de malévolo. Es más, me han salvado la vida. —No añadí que quienes habían querido quitármela habían sido los guardias de Ató.

—Por el amor de Ruyalé —resopló Wujiri, mirándome con fijeza—. Entonces, si no voy a morir, explícame qué demonios hacemos aquí y qué ha pasado con el resto de la patrulla… —Se interrumpió y desvió de golpe su mirada—. ¿Ese es Galgarrios?

Asentí y sonreí.

—El mismo. Te lo explicaré. El capitán Aseth y los demás salieron de la torre de Shéthil y seguramente pensaban volver a la carga más tarde… pero la sainal puso una gran roca delante de la puerta. Luego resultó que tú y

Galgarrios estabais todavía dentro así que no íbamos a abandonaros sin saber cuánto tiempo tardarían en volver los demás —concluí, resumiendo y simplificando las cosas—. Pero no te preocupes, seguiremos buscando a Kyisse y la encontraremos.

Wujiri se cogió la cabeza con ambas manos, como mareado.

—No puedo creer que me esté pasando esto —murmuró.

Alcé una mano y le di unos golpecitos en el hombro.

—No te preocupes. Volverás a Ató sano y salvo. Pero antes, tenemos que encontrar a Kyisse.

El elfo oscuro sacudió la cabeza y se giró. Sus ojos miraron a la vampira y al semi-elfo y luego pasaron a contemplar a la sainal. Esta, tímidamente, descubrió su lengua azul y su boca negra, sonriente. Pero el guardia no debió de entender las intenciones amigables de Ga y, habiendo llegado sin duda el terror a su paroxismo, se desplomó en la arena sin previo aviso, desmayado.

Oí el resoplido divertido de Drakvian.

—Ya se le pasará —afirmó.

Me levanté y titubeé.

—¿Shaedra? —se inquietó Iharath, precipitándose hacia mí.

—Creo… que esta vez sí que voy a dormir —declaré.

El semi-elfo pelirrojo sonrió y asintió. Al leer la carta de Márevor, había conseguido ahogar mi cansancio, pero ahora este volvía a apoderarse de mí. Avancé unos pasos y me tumbé junto a Galgarrios.

“Este lugar me gusta”, dijo de pronto Frundis, animado. *“¿Creéis que habrá rocarreina por aquí? Aunque preferiría encontrarme con algo nuevo. Me da que de aquí voy a salir con una nueva obra maestra.”*

Syu y yo resoplamos mentalmente, divertidos.

“¿Y qué tal con la composición de tu obra maestra de balidos?”, inquirió el mono.

El bastón acompañó su pausa reflexiva con una nota de guitarra.

“La abandoné”, confesó entonces. *“No me salía nada convincente. A veces, entre tantas inspiraciones, alguna yerra”*, apuntó sabiamente. *“Y, rectifico, Shaedra: no me dejes en manos de un pastor. Guárdame hasta que nos quebremos uno de los dos, ¿eh?”*

Sonreí, emocionada por su tono afectuoso.

“Te lo prometo, Frundis.”

Interiormente, aposté a que yo me quebraría antes que el bastón: al fin y al cabo, él llevaba varios siglos existiendo. No tardé en conciliar el sueño, mecida por una lenta melodía de flautas…

Estaba sentada delante de las dos figuras de mármol, pero estas ya no eran de mármol, sino de carne y hueso. La de la espada saltaba abajo de su pedestal y avanzaba lentamente hacia mí con sus ojos negros como el carbón. Alzó su arma y me apuntó el corazón.

—La sangre y la Sreda despierta se juntan y se abre la puerta —pronunció sin mover los labios.

Inexplicablemente, yo estaba del todo tranquila. Levanté una mano y contemplé sin estremecerme cómo el demonio la hendía con su espada, brillante y afilada, y sacaba el filo enrojecido. Me dio la espalda y se avanzó hacia la silueta de ojos blancos, quien tendía los brazos. Depositó el arma en sus manos y la mujer la cogió por la empuñadura y la alzó, adoptando la misma posición que antes había tenido la silueta de ojos negros.

—La puerta está abierta —murmuré.

—¿Qué?

Abrí los párpados, sobresaltada, y me encontré con los ojos castaños amarillentos de Galgarrios. ¡El sueño había sido tan nítido! Sonreí anchamente.

—¡Galgarrios! ¿Qué tal te encuentras?

Mi amigo se encogió de hombros.

—Bien. Tengo la impresión de haber estado soñando sin parar desde la Torre de Shéthil. Aunque… —su rostro se ensombreció— recuerdo muy bien lo que ocurrió ahí.

Asentí. No era de extrañar. Paseé una mirada a mi alrededor. La sainal estaba otra vez bebiendo agua y Syu la imitaba, metros más lejos; Iharath hablaba pausadamente con Wujiri; y Drakvian no estaba por ninguna parte. Cuando me volví hacia Galgarrios me di cuenta de que seguía contemplándome, ensimismado.

—Así que… ¿eres un demonio? —preguntó en voz baja.

Noté en sus ojos un destello de decepción y miedo y me estremecí. Que el capitán Aseth, Sarpi o Ew Skalpaï me mirasen con horror, pase, pero Galgarrios… Asentí.

—Eso no me hace muy distinta —aseguré.

El caito sacudió la cabeza, sin contestar. Un vacío se había abierto entre nosotros, me percaté, entristecida. Galgarrios me conocía desde mis ocho años. Él había sido mi primer amigo en Ató. No podía perderlo ahora por algo tan absurdo.

—Galgarrios, dijiste que seguíamos siendo amigos. —Mi voz se quebró pero proseguí—: Lo que se cuenta de los demonios es falso. No me posee ningún espíritu maligno. Simplemente es algo así como una mutación de la energía interna. Normalmente nunca ocurre, pero a mí me ocurrió. Y no cambió mi modo de ser. Yo soy la misma de siempre. Te lo aseguro.

La duda en los ojos de mi amigo me hirió profundamente y desvié la mirada. Al menos no había intentado matarme, relativicé. Pensándolo mejor, la reacción de Galgarrios era hasta extraña: parecía escucharme e intentar dar crédito a mis palabras. Cualquier saijit no hubiera hecho el esfuerzo. Pero Aryes y Lénisu sí lo habían hecho…

Una gran mano cogió la mía y levanté los ojos. El joven caito me dedicaba una mueca sonriente.

—Te creo —afirmó—. Pero necesitaré tiempo para asumirlo. Entre el sainal, el vampiro y… tú…

El alivio y la alegría me invadieron al mismo tiempo. Me carcajeé y, pillándolo por sorpresa, lo abracé con fuerza.

—Gracias… por confiar en mí, Galgarrios —musité.

Cuando me aparté, él había recuperado su sonrisa de siempre.

—Yo siempre he confiado en ti, Shaedra.

Le devolví la sonrisa. Bien sabía que lo que decía era cierto, pensé. Sin embargo, por un momento, había dudado, temiendo que unas creencias ancestrales serían más fuertes que nuestra amistad. Cogí a Frundis, sonriendo aún. Dijeran lo que dijeran algunos, Galgarrios sabía perfectamente distinguir la verdad de la mentira y la bondad de la maldad.

—¡El desayuno! —exclamó de pronto la voz discordante de Drakvian.

Nos giramos todos hacia ella y sentí cómo Galgarrios se arredraba levemente: la vampira llevaba en las manos dos animales semejantes a castores negros; una sonrisa embadurnada de sangre surcaba su rostro pálido.

2 El Valle Rojo

Reanudamos la marcha después de haber comido castor carbonizado gracias a Drakvian, que, tras quemarse las manos, afirmó:

—Esta es la última vez que os preparo la comida.

—No te lo tendremos en cuenta, tranquila —aseguró Iharath, carcajeándose ante el aspecto poco apetitoso de nuestro desayuno.

La sainal negó con la cabeza cuando el semi-elfo le propuso una porción y se alejó unos instantes para regresar con una gran hoja en la que había ido acumulando pequeñas flores blancas. Con su enorme boca, hubiera podido engullirlo todo de una vez, pero no lo hizo: fue comiendo delicadamente pequeños puñados de pétalos, como saboreándolos, mientras nosotros mascábamos la carne dura de castor. Me había sentado junto a Wujiri, lista para afrontar cualquier pregunta que me hiciera, pero al parecer Iharath había tenido que colmar todas las dudas del elfo oscuro porque este se contentó con dedicarme una sonrisa forzada y soltar:

—Prefería las tortas de Narsia.

—Y yo —repliqué, riendo.

El guardia, una vez engullido su desayuno, permaneció un instante cavilando mientras Drakvian le explicaba a un Galgarrios aprensivo por qué nobles motivos había tenido que abandonar su clan de vampiros.

—Bueno —dijo Wujiri, cuando todos hubimos acabado—. Si me permitís una pregunta…

Drakvian le sonrió cuando su mirada prudente se posó en ella.

—Adelante —lo animó—. En cuanto te respondamos, seguiremos nuestra épica búsqueda de la spiartea de sol.

—Precisamente, de eso quería hablar —apuntó el guardia—. ¿Qué es esa spiartea de sol? ¿Por qué…? —Señaló a la sainal, como si no se atreviese a pronunciar su nombre y cambió de pregunta—. ¿Qué tiene de especial esa flor?

—Oh. Debe de ser muy sabrosa y querrá comérsela —aventuró burlonamente Drakvian, con las cejas enarcadas—. Arriesgaré mi vida para que lo consiga.

Ga profirió una serie de gruñidos que dejó a todos desconcertados menos a mí.

—No es para comérmela —explicaba, lacónica—. La spiartea de sol es… especial. Conozco una caverna donde hay flores así, río abajo. Lo que pasa es que no puedo coger una yo sola.

Entorné los ojos, intrigada.

—¿Por qué? —le pregunté en tajal.

Galgarrios y Wujiri me contemplaron, estupefactos, entendiendo que estaba comunicando con ella.

—Primero, porque es una zona muy luminosa —contestó la sainal—. Tan luminosa que las luces arrasan con todas las sombras. Cualquier criatura podría verme.

Fruncí el ceño.

—Yo creía que los sainals erais capaces de cambiar de color de piel y disimularos.

Mis palabras parecieron sorprenderla y emitió un gorjeo semejante al de una risa.

—No. Confundes tal vez con los srovs —caviló—. Pero los srovs son mucho más pequeños y tienen pinzas en vez de manos. Precisamente viven en sitios más luminosos como el lugar al que nos dirigimos, aunque menos peligrosos. Son criaturas muy raras —comentó, arrancándome una sonrisa burlona—. Claro que el único srov al que conocí era de por sí raro: era un aventurero bardo obsesionado por la Superficie. Fui yo quien lo guié hasta la Torre de Shéthil. En cuanto vio la luz del sol, se le acabaron todas las ganas de salir —sonrió, como recordando tiempos lejanos.

Meneé la cabeza, pensativa. Jamás en la vida había oído hablar de los srovs. ¿Acaso siquiera los expertos de Ajensoldra los conocían? Resoplé interiormente, pensando que, si continuaba paseándome por los Subterráneos, iba a ser capaz de escribir un libro sobre criaturas subterráneas tan extenso como aquel famoso libro de hierro peludo que un día había sacado Aleria de la biblioteca de Ató.

—Va a ser que me he enterado de todo —soltó Drakvian con ironía, interrumpiendo mis reflexiones.

Puse los ojos en blanco y les traduje más o menos toda la conversación. Al cabo, Wujiri sacudió la cabeza.

—Bueno, toda esta historia me supera, pero dicho esto —carraspeó, teatral—, os daré mi opinión. Si la sainal y la vampira sois tan buena gente, ¿por qué no volvemos a la Torre de Shéthil y hablamos con el capitán? Seguro que nos ayudaría… —Se interrumpió al ver las caras que poníamos y suspiró ruidosamente—. Está bien, no he dicho nada.

—Huye, si quieres —propuso Drakvian—. Pero si lo haces te advierto que romperías nuestro pacto. —Se pasó una lengua por los labios, elocuente, y Wujiri palideció a ojos vistas.

Sacudí la cabeza, exasperada.

—Drakvian, nadie huirá —le aseguré—. De todas formas, Wujiri se perdería. No conoce estos túneles. Ahora centrémonos en lo que realmente importa.

Iharath asintió.

—La spiartea de sol —pronunció—. Al menos parece que Ga sabe adónde va. Bien. Creo que deberíamos movernos.

Se levantó y lo imitamos. Me giré hacia la sainal y le sonreí, declarando en tajal:

—Te seguimos, Ga.

Reposados y saciados, nos pusimos a bordear la orilla. Debimos de pasar no muy lejos de las figuras esculpidas, pero la densa vegetación me impidió verlas.

—Ga —la llamé, mientras andábamos—. ¿Adónde conduce el túnel de las estatuas?

Ga entendió enseguida a qué túnel me refería.

—Es una de las viejas entradas al reino de Shilabeth —respondió simplemente.

Fruncí el ceño y entonces el rostro se me iluminó y ensombreció casi inmediatamente. Kwayat me había hablado de ese reino, desaparecido hacía siglos, tras una violenta guerra interna entre demonios. El reino de Shilabeth había sido el último reino de demonios en toda la Tierra Baya. Su caída había dado lugar a la creación de la Comunidad de la Tierra. Si bien recordaba, los descendientes de los reyes eran los Kaarnis, que ahora dirigían la Comunidad de la Oscuridad.

—¿Y dónde viven los Kaarnis ahora? —pregunté, súbitamente nerviosa. Kwayat me había dicho que vivían en los Subterráneos… pero a lo mejor no vivían tan profundamente como creía.

—Un poco más lejos —contestó la sainal—. A veces paso por casa de unos amigos míos que pertenecen a esa comunidad.

Agrandé los ojos, curiosa, e intenté mantenerme a su altura: sus grandes zancadas me obligaban a apretar el ritmo, a lo cual me ayudó la alegre sinfonía que en ese momento hacía sonar el bastón.

—¿Has visto a alguna vez al Demonio Mayor? —inquirí.

Ga resopló.

—No. Dicen que Teb Kaarnis es un excéntrico… —Se interrumpió de pronto—. ¿No serás una demonio de la Oscuridad?

Sonreí y negué con la cabeza.

—No. Yo soy de la Comunidad Encadenada.

Ga entornó sus ojos blancos, extrañada.

—Jamás he oído hablar de esa comunidad —admitió.

Hice una mueca.

—Ya. Es que no es muy oficial. Fue Zaix quien la fundó.

Ga abrió mucho los ojos.

—Zaix —pronunció—. El Demonio Encadenado. Creía que estaba muerto.

Enarqué una ceja.

—Pues… no lo está.

Seguimos andando en silencio y me pregunté qué opinión tenía Ga de Zaix, si realmente tenía una. Al de un rato, retomé la palabra:

—Antes has dicho que tienes amigos demonios. Los sainals y los demonios de esta zona parecen llevarse bien —observé.

Ga asintió con la cabeza y señaló algo con una garra.

—Esa planta rosa es muy venenosa —me informó de pronto.

Entendí por qué me lo decía en el momento en que vi a Syu pasearse no muy lejos.

“¡Syu!”, lo llamé, aterrada. *“Ga dice que hay plantas muy venenosas por ahí.”*

El mono gawalt enseguida se apartó de la vegetación y se subió a mi hombro, nervioso.

“No me gusta pasar por lugares tan raros”, masculló mientras trataba sin duda de olvidar su miedo.

Le rasqué la barbilla, divertida.

“Bah. Eso es lo que se llama aventura”, le aseguré.

Frundis aprobó.

“Sin aventuras, no hay sonidos nuevos y, sin sonidos nuevos, no hay música nueva”, dictaminó.

“Ya, eso es fácil decirlo para un bastón”, refunfuñó Syu. *“Tú nunca morirás envenenado.”*

Frundis tuvo una risita satisfecha.

“Cierto. Conviértete tú también en un bastón y no te envenenarás ni te picarán los cactus.”

El mono agrandó los ojos, sobresaltado.

“Shaedra, ¿crees que hay cactus por aquí?”

Sonreí, incrédula.

“¿Te asustan más los cactus que las plantas venenosas?”

El gawalt se encogió de hombros, levantando los ojos al cielo.

“Bah. Yo no me asusto”, replicó. *“Pero ya conoces el dicho: de entre todos los seres vivos, los gawalts son los más precavidos.”*

Sonreí ampliamente y crucé entonces la mirada curiosa de la sainal.

—¿Hablas con el mono? —preguntó.

Asentí.

—Es un gran filósofo —dije, burlona, y me reí ante la mirada orgullosa de Syu.

Oí detrás de mí una súbita exclamación ahogada y me giré.

—¿Soy yo o estás bromeando con la sainal? —preguntó Iharath con aire incrédulo.

Resoplé, divertida.

—Pues…

Sin contestar, me distancié de Ga para seguir andando junto al semi-elfo, Galgarrios y Wujiri. Drakvian cerraba la marcha, quizá para asegurarse de que no se nos escaparía el elfo oscuro.

Caminamos media hora sobre la arena sin alejarnos de la orilla. En ciertas zonas, había matorrales luminosos y nubes enteras de kérejats que iluminaban la caverna casi como si fuese de día. A Ga eso tampoco parecía molestarla, pero observé que las sombras que la envolvían se hacían menos espesas.

Finalmente, el río se internó en un túnel que bajaba con tal pendiente que el agua caía con fuerza, sonando como un trueno leve pero continuo. Percibí la mueca de Iharath cuando vimos que el camino que bordeaba el río se reducía a un estrecho sendero pegado a una pared cubierta de musgo.

—Nos vendría bien una cuerda —comenté, pensando con nostalgia en la cuerda de ithil, abandonada en la Isla Coja.

—Ya, pues yo os aviso —dijo Iharath mordiéndose el labio—: voy a bajar esta pendiente como un cangrejo de Yentlia.

Me carcajeé por lo bajo, nerviosa: la perspectiva de bajar por ahí no era para nada alentadora.

—Tranquilo, creo que todos vamos a intentar ser prudentes —le aseguré—. En cualquier caso, si caéis, no os dejéis llevar por el pánico: os recuperaremos una vez abajo —les sonreí anchamente.

¿Pero dónde estaba ese «abajo»?, añadí para mis adentros, escrutando las profundidades. El túnel se perdía entre las tinieblas. Con un mismo movimiento, Iharath y yo soltamos un sortilegio de luz. La sainal, en la boca del túnel, nos dirigió una mirada y nos enseñó su lengua azul, sonriente.

—La bajada dura apenas media hora, pero el camino es peligroso y resbala. Diles a tus compañeros que sean prudentes. Después de esto, llegaremos al Valle Rojo. Es un lugar precioso y tranquilo.

Sin más palabras, se adentró en el túnel con movimientos ágiles. Wujiri me echó una ojeada.

—¿Qué nos ha gruñido? —inquirió, aprensivo.

—Que en media hora llegaremos abajo, a un lugar tranquilo llamado el Valle Rojo —contesté—. Pero que el camino de ese túnel resbala y es peligroso.

Wujiri resopló pero se metió en el túnel sin más comentarios, invocando a su vez una luz. Lo siguió Iharath, bajando casi a cuatro patas. La vampira carraspeó.

—Adelante —nos animó a Galgarrios y a mí.

Pegándome al muro, me aproximé al río y me adentré en el túnel, tanteando el suelo con Frundis y alzando la esfera de luz para iluminar mi camino. Sentí que Galgarrios me seguía de cerca. Delante, un siseo asustado me alarmó.

—Cuidado cuando lleguéis aquí —nos avisó Wujiri, resoplando—. Esto es mortalmente resbaladizo.

—Tomo nota —contestó Iharath con la voz temblorosa, aferrado a dos piedras.

De hecho, al de unos metros, el suelo se convertía en un sendero maldito cubierto de algas verdosas y parduscas. Había verdín por todas partes y era imposible agarrarse a nada sin arriesgarse a escurrirse hasta abajo.

—¿Dónde está Ga? —preguntó Drakvian, detrás de Galgarrios.

Escudriñé las tinieblas y me encogí de hombros. Era imposible ver a un montón de sombras entre la oscuridad.

—Se ha adelantado.

—Ya, pues como no nos espere, se queda sin spiartea —masculló Iharath—. Siento que nos vamos a pasar todo el día en esta bajada. Suponiendo que salgamos vivos de esta.

El semi-elfo, normalmente tan sereno, parecía desesperarse bajando palmo a palmo. Miré a Syu de reojo.

“Syu… Tranquilo.”

Agarrado a mi cuello, con la mirada fija en el suelo, el mono no respondió. Me giré hacia Galgarrios.

—Espera un momento —le pedí. Guardé a Frundis en la espalda: total, el bastón resbalaba tanto como yo; acto seguido, me senté en el sendero con precaución. Drakvian resopló.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy quitando las botas —expliqué.

Las até entre ellas con los cordones y Syu tuvo que apartarse un poco para que pudiese pasarlas en torno a mi cuello. Al fin, saqué mis garras del todo y les dediqué a Galgarrios y a Drakvian una leve sonrisa.

—Ya estoy lista.

Empecé a bajar con más agilidad, pegada al suelo como un lagarto, rasgando el verdín con mis garras. Pronto sentí cómo toda mi ropa se me adhería al cuerpo como un caparazón viscoso. La espada que llevaba al cinto me molestaba, pero tirarla hubiera sido una idea francamente mala: era la única que teníamos.

Se me deshizo la esfera armónica y la regeneré en el momento en que un grito resonaba por encima del estruendo del agua.

—¿Ese ha sido nuestro amigo Wujiri? —inquirió Drakvian, detrás de un Galgarrios que avanzaba a pasos de tortuga iskamangresa.

—¡Estoy bien! —contestó el eco de Wujiri, mucho más abajo. Por lo visto, había caído un buen trecho resbalando. Al menos no se había salido del sendero, pensé con un escalofrío. De lo contrario, quién sabe lo que hubiera pasado. De hecho, a medida que bajábamos, el río descendía aún más, alejándose de nosotros, y ahora varios metros de precipicio nos distanciaban de él. En cambio, el sendero seguía igual de estrecho que antes.

—Iharath —resollé, sorprendida, al alcanzarlo. El semi-elfo se había detenido y sacudía la cabeza, tratando de apartar los mechones rojizos que se le pegaban al rostro. Su luz invocada se había desmoronado e intensifiqué la mía.

—Esta sainal nos va a matar —masculló.

—Qué va. Ve despacio y ya verás como llegamos sin problemas —le aseguré.

Sus ojos violetas me miraron, dubitativos, pero desasió una punta de piedra y fue a buscar otra con una mano que temblaba, agarrotada por el esfuerzo. En silencio, trató de seguir bajando mientras yo hincaba mis pies y mi mano libre, arañando toda la superficie. Llevábamos bastante más de media hora bajando y todavía no veíamos el final del túnel…

—La bajada está cada vez más empinada —resoplé. El agua caía ahora casi como una cascada vertical y cualquiera que resbalase por ahí hubiera podido perfectamente partirse algo.

Oí gruñidos arriba de mi cabeza y vi a Drakvian sujetar a Galgarrios, quien, sin emitir grito alguno, acababa de perder el equilibrio.

—Gracias —lo oí farfullar.

La vampira carraspeó, como sorprendida.

—De nada.

Seguimos bajando, patinando y soltando maldiciones. La cuesta se hizo menos abrupta pero no por ello dejamos de avanzar reptando. Acaricié la cabeza de Syu para calmarlo; su mueca de repulsión me hizo apartar mi mano pringosa.

—Ánimo —declaré—, un poco más y habremos llegado.

Iharath no me soltó ninguna réplica fatalista, demasiado ocupado en recuperar su respiración. Me masajeé mis brazos doloridos y seguí al semi-

elfo cuando este reanudó la bajada. Galgarrios y Drakvian se habían quedado atrás y me di cuenta, al no verlos, de que el túnel y el río giraban levemente hacia la izquierda. Topamos al fin con Wujiri, quien se había sentado a esperarnos. Nos acogió con una mirada de alivio y entendí su nerviosismo cuando vi a Ga un poco más lejos.

—Perdón —se disculpó esta en tajal—. Pero no hay otro camino, al menos no tan rápido. ¿Estáis todos bien?

Asentí.

—Eso creo. ¿Falta mucho todavía?

Los ojos de Ga se entrecerraron, pensativos.

—Tal vez un cuarto de hora más —estimó.

Reprimí un resoplido desanimado y asentí.

—Ánimo —murmuré.

Ga se dio la vuelta y continuó por el estrecho sendero. Iharath parecía haber recuperado un poco su serenidad. Le dio unas palmaditas a Wujiri, más para apoyarse que para animarlo.

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor —determinó.

El guardia no pudo más que estar de acuerdo e iba a seguir a Ga cuando resonó un grito estridente a nuestras espaldas.

—¡No! —soltó la voz ahogada de Galgarrios.

En la oscuridad, vimos aparecer a Drakvian y al caito, agarrados el uno al otro y tratando de frenar con las piernas la mortal caída. Aterrada, me di cuenta de que iban a salir disparados hacia el río, que ahora tronaba metros abajo, lleno de escollos. Me levanté de un bote y, con la terrible sensación de estar precipitándome hacia la muerte, me abalancé y aterricé varios metros más arriba, con las garras fuera. Tan sólo necesitaba unos segundos más para llegar hasta ellos… Un alarido de terror salió de la boca de Galgarrios. Lo vi pasar por encima del sendero y desaparecer en las aguas oscuras. Bajé la mirada y me quedé contemplando el río durante unos segundos, paralizada por el horror. Drakvian colgaba del precipicio, agarrada a un saliente, sin atreverse a moverse demasiado. Tenía que hacer algo, pensé entonces, rechazando el sentimiento de desesperación que amenazaba con invadirme.

—¡No te muevas! —le grité.

Arañando el verdín con pies y manos acabé por llegar hasta ella. Estaba un metro más abajo y lo único que se me ocurrió fue descolgar a Frundis y

tendérselo.

—¡Agárrate! —le dije.

El bastón tronaba con una música rápida y agobiante. La vampira no lo pensó dos veces: en el momento en que sus manos resbalaban fatalmente se asió a Frundis. Su peso repentino casi me arrastró hacia el borde, pero ni Iharath ni Wujiri eran capaces de dar marcha atrás y subir el sendero como lo había hecho yo. Por eso, cuando vi al semi-elfo tratar de acercarse, gruñí:

—¡Quédate donde estás!

Poco a poco, conseguí sacar a la vampira del precipicio y nos quedamos unos segundos sin respiración, con la espalda apoyada contra el musgo del muro. Frundis estaba eufórico.

"¡El gran bastón que salvó una vampira del fatal precipicio!", se reía, seguramente pensando en hacer de ello alguna canción épica.

Sin embargo, yo no me sentía para nada consolada: Galgarrios había caído. Con los ojos brillantes, eché un vistazo hacia el fondo de la cascada. Entre la oscuridad, se adivinaban las rocas y la espuma del agua. Un sollozo me hizo girar bruscamente la cabeza hacia la vampira.

—Es mi culpa —gruñó, con los labios muy apretados—. Resbalé y me empotré contra él…

Sacudí la cabeza sin contestar. Con un suspiro, dejé a Frundis y mis botas junto a Drakvian, me deshice de mi cinturón prestamente y me despegué a Syu del cuello.

—¿Qué…? ¿Qué haces? —preguntó Drakvian.

—Enseguida vuelvo —declaré en un murmullo.

Me di la vuelta y, bajo los ojos atónitos de la vampira y del mono, empecé a bajar por el precipicio hasta el río. Al menos ahí no había tanto musgo, me dije. Un alarido mental de desesperación me paralizó durante unos instantes.

"¡Shaedra!"

Con la mente en efervescencia, no atiné a contestarle a Syu y me concentré simplemente en seguir descendiendo. Con una rapidez temeraria, logré llegar hasta el río sin descalabrarme. El ruido del agua era atronador. De pronto, resbalé de mis asideros y tan sólo tuve tiempo de tomar una inspiración antes de zambullirme. Enseguida los remolinos me arrastraron caóticamente. ¡Galgarrios!, pensé mentalmente, como si pudiese oírme. Pateé contra el agua, aterrada, tratando de volver a la superficie. Luché

contra la corriente, en vano: era demasiado fuerte. Choqué contra una piedra y me raspé un pie, me hinqué una roca puntiaguda en el costado y di gracias a los dioses por tener una armadura, pero enseguida rectifiqué al darme cuenta de que esta misma contribuía a llevarme hacia el fondo. Emergí en un momento y tomé una gran inspiración.

—¡Galgarrios! —grité.

Mi grito se ahogó entre el agua fría. Con los pulmones en fuego, maldije mi estupidez: si Galgarrios había tenido la suerte de no caer encima de un escollo, habría muerto ya ahogado como, sin duda, acabaría yo. Tratando de ser positiva, pensé que al menos había dejado a Frundis y a Syu a salvo. Como bien había dicho Syu, de entre todos los seres vivos, los gawalts eran los más precavidos. Y debía de haberse llevado una gran decepción al darse cuenta de que todos sus consejos no me habían servido de nada… Suspiré interiormente, mientras me debatía contra la corriente. Las fuerzas se me agotaban cuando topé de pronto contra una roca y traté de agarrarme a ella. Y lo conseguí: saqué al fin la cabeza a la superficie, tosí y parpadeé, extenuada. Luz, pensé de pronto. Había luz más abajo. Ahí, el agua estaba tenuemente iluminada y parecía más tranquila y profunda. Sólo entonces me di cuenta de que estaba abrazada a una roca que se situaba exactamente encima de una cascada vertical de varios metros de altura. Y a todas luces parecía ser la última del túnel. Ahí abajo, vi un bulto amarillo que en ese mismo instante se hundía y desaparecía. No lo pensé dos veces: sacando fuerzas de la nada, me subí a la roca, me deshice de la túnica de Ató y de mi armadura hundida, las lancé al agua y al fin me impulsé y me tiré.

La caída fue breve pero mucho más impresionante que las de Roca Grande y por poco no me desmayé. Afortunadamente, no me había equivocado pensando que en aquel lugar el agua era más profunda. Volví a la superficie y nadé como pude hasta donde había visto desaparecer a Galgarrios. Me zambullí y, por algún milagro, lo encontré a la primera y lo llevé con dificultad hacia arriba. Estaba inconsciente. O al menos traté de convencerme de ello. No podía estar muerto. Lo cogí entre mis brazos y pateé en el agua para salir del lago. Pero mis movimientos, exentos de energía, eran lentos y torpes. No podía flaquear ahora, me dije, esforzándome por llegar a la orilla a toda costa. De pronto, una sombra apareció a mi lado. Era Ga. Cogió en brazos a Galgarrios y se apresuró a sacarlo del lago en el que habíamos aterrizado. Paseé una mirada aturdida a mi alrededor. La caverna del Valle Rojo era enorme y estaba llena de

columnas y árboles de hojas muy rojas. Cuando sentí que mi cuerpo chocaba contra la arena, tosí y respiré entrecortadamente. Me giré y levanté la cabeza hacia la sainal y Galgarrios. Este no se movía. Me arrastré sobre la arena, temblorosa.

—Galgarrios —dejé escapar en un jadeo.

Bajé mi cabeza hasta su pecho, tratando de oír sus latidos de corazón… Latía. Muy débilmente, pero latía. Con los ojos agrandados por la esperanza, me dediqué a intentar reanimarlo. El caito rubio expulsó agua de sus pulmones pero no recobró la consciencia.

Fruncí el ceño, inquieta.

—¿Crees que va a morir? —preguntó la sainal tristemente.

Negué enérgicamente con la cabeza.

—No, imposible.

Y seguí moviéndole los brazos y apretando mis manos contra su pecho con movimientos frenéticos que se hicieron cada vez más espaciados a medida que veía que todos mis esfuerzos no daban resultado.

—Galgarrios —repetí, cogiéndolo entre mis brazos con dulzura—. Amigo. No me abandones. Sería demasiado absurdo…

Y al decir esto, mis ojos se anegaron de lágrimas. Lo oí entonces toser y moverse. Me aparté de él, boquiabierta, el corazón latiéndome a toda prisa. Galgarrios se había puesto a cuatro patas y arrojaba ahora a la arena todo el agua tragada.

—Shaedra… —tosió.

Solté una carcajada alegre, sin poder creerlo.

—¡Estás vivo!

Galgarrios me contempló y, al verme totalmente mojada, debió de pensar que yo también había resbalado.

—Estamos vivos —rectificó.

Asentí y vi que Ga sonreía abiertamente, feliz de que todo hubiese acabado bien… sólo faltaban los demás, pensé entonces, girándome hacia la gran boca del túnel. Lo que a nosotros nos había llevado unos minutos, a ellos les llevaría todavía un buen rato si conseguían no resbalar del sendero.

—Esperadme aquí —declaró Ga, levantándose—. Voy a ver cómo avanzan los demás.

Volví a asentir y, una vez solos, le dediqué al caito una gran sonrisa aliviada.

—Por un instante pensé que habías muerto —confesé.

Mi amigo resopló.

—Creo que esta ha sido la peor aventura de toda mi vida —pronunció.

—Y lo que te queda —lo avisé, con una sonrisilla burlona.

Galgarrios sacudió la cabeza y entonces se dedicó a contemplar los alrededores con ojos maravillados.

—Este lugar es precioso —murmuró.

Lo era, pensé. Toda la caverna tenía un color rojizo de atardecer. En algunos resquicios del techo se veían cristales escarlatas que brillaban tenuemente y nubes de kérejats aleteaban sobre el lago, al pie de la cascada, entre grandes plantas de diversos colores, todas más extrañas las unas que las otras. Ignoraba si había merecido la pena la bajada para ver ese espectáculo, pero desde luego aquel lugar era de ensueño.

Dejé a un Galgarrios exhausto admirar la caverna y me metí otra vez en el agua para ir a recuperar mi túnica amarilla y mi armadura. Las acabé encontrando al de varias zambullidas. Una vez en la arena, empecé a escurrir la túnica pero me interrumpí al advertir la mueca de dolor de Galgarrios.

—¿Estás herido? —pregunté, preocupada.

Me dedicó una sonrisa vacilante.

—Nada grave. Creo que me he ido chocando contra todas las rocas y me duele todo el cuerpo…

Un grito proveniente del túnel nos acalló y me giré bruscamente. Una silueta amarilla apareció trastabillando y pateando para frenar su caída…

—¡Aaaarrg!

Su grito fue ahogado por el agua cuando, cayendo de poca altura, se zambulló en el lago. Wujiri regresó a la superficie casi inmediatamente, tosiendo y maldiciendo por lo bajo. Al vernos, soltó una exclamación de alegría.

—¡Galgarrios! ¡Shaedra! ¡Están vivos!

Nadó con gestos rápidos hacia la orilla, dejando la cascada atrás. Iharath y Drakvian aparecieron casi enseguida, el primero arrastrándose como un caracol por un sendero que debía de tener como dos metros de anchura y no parecía para nada tan resbaladizo como antes. La vampira, detrás de él, soltó una risita.

—Iharath, ya puedes levantarte, ¿sabes? —se burló.

“¡Shaedra!” Syu dejó el hombro de la vampira, pasó por encima del semi-elfo y se precipitó hacia mí a toda velocidad. *“¡Me has dado un susto de muerte!”*, masculló, cuando me alcanzó.

Le dediqué una mueca de disculpa y el mono se balanceó, meditativo, antes de sonreírme anchamente. Se sentó en la arena ante mí y declaró con aire aprobador:

“¡Has estado más gawalt que nunca!”

Enarqué una ceja, sorprendida.

“¿En serio? Pero si nunca en la vida había cometido una imprudencia como esta.”

Syu se encogió de hombros.

“La prudencia no es tan importante como la familia de un gawalt”, decretó.

Sonreí, entendiendo que el mono consideraba a Galgarrios como parte de la familia. Si seguía así, su familia iba a convertirse en la más numerosa de toda la Tierra Baya… a menos que todos fuesen tan imprudentes como yo, pensé con un suspiro.

Wujiri salió al fin del agua soltando animadamente:

—¡Por Vaersin! Y yo que acababa justo hace un año de obtener la plaza de patrulla más tranquila de toda Ató, voy y me meto en esta locura… —Se carcajeó por lo bajo y luego nos miró a Galgarrios y a mí con aire más serio—. Menuda caída. ¿No estáis heridos?

Negué con la cabeza: estaba llena de arañazos, pero no tenía ninguna herida realmente grave. En cambio, no tardamos en descubrir que Galgarrios tenía una llaga abierta en la pierna.

—Empezamos bien este viaje —resopló Drakvian, irónica, mientras Wujiri se dedicaba a examinar la herida del caito—. Por cierto, Shaedra, toma.

La vampira dejó las botas en la arena y me tendió a Frundis junto al cinturón con la espada. Comprobé que no se le había caído nada: seguía mi daga de Ató en el cinto y mi daga de los Sombríos metida en una de las botas; la carta de Márevor estaba intacta… y seguía teniendo la pequeña bolsita de sangre de hidra de Ahishu, constaté, sorprendida. Me había olvidado totalmente de ella. Entonces pensé en las Trillizas y, helada, miré uno de los bolsillos internos de la túnica. Estaban ahí. Me carcajeé,

profundamente aliviada, sabiendo que, en el caso contrario, habría pensado que me aquejaba alguna maldición. Levanté la cabeza, sonriente.

—Gracias, Drakvian.

La vampira puso los ojos en blanco.

—Gracias a ti, Salvadora —replicó con aire burlón. Esgrimí una sonrisa, sabiendo que Drakvian no solía dar nunca las gracias por nada. Realmente parecía aliviada de saber que Galgarrios no había muerto por su culpa—. Bej —masculló entonces—. Voy a intentar limpiarme un poco. Tengo la impresión de haberme convertido en un alga andante.

—Mm… —Solté una risita socarrona y observé—: Hasta tus botas rojas se han quedado verdes.

La vampira echó un vistazo a sus botas, regalo de Márevor Helith, y pareció hacerle gracia el resultado mugriento porque su rostro se iluminó con una sonrisa antes de que se alejara hacia la orilla para limpiarse. Iharath ya estaba ahí, frotando enérgicamente su camisa verde.

—No lo entiendo… —intervino de pronto el caito mientras Wujiri le hacía remangarse el pantalón para descubrir su herida—. Shaedra, pero ¿tú no resbalaste como yo? —agrandó los ojos, incrédulo—, ¿te tiraste adrede?

Observé su expresión confusa y sonreí, arrodillándome junto a él. Mi sonrisa se transformó inmediatamente en una mueca afligida.

—Esa herida es bastante fea —observé. Y lo malo era que no sabía gran cosa de plantas subterráneas para curársela, suspiré. Sí, recordaba bien las conversaciones con Chamik, el herborista hermano de Yelin, pero de ahí a reconocer las plantas curativas entre tanta variedad…

Tuve una idea repentina y me giré hacia Ga.

—Por casualidad, ¿no conocerás las propiedades de las plantas de este lugar? —le pregunté en tajal, mientras Galgarrios soltaba un gruñido de dolor al mover la pierna.

La sainal balanceó su cabeza de lado a lado.

—No de todas. Pero ahora que lo pienso seguro que en esta caverna hay alguna simella. Creo haber oído que ayudan a cicatrizar… Pero no soy ninguna experta —confesó.

Enarqué las cejas.

—¿Sabrías reconocerlas? ¿Alguna vez las has probado?

La sainal sonrió.

—Las he probado comiéndolas —replicó—. Pero sus flores son algo amargas. Voy a ver si encuentro alguna. —Iba a darnos la espalda cuando se detuvo para añadir—: No os mováis de aquí. Ahora me doy cuenta de que no conocéis para nada estos lugares. Seríais capaces de tocar una satowalga sin saberlo.

Me hubiera gustado preguntarle qué demonios era una satowalga, pero se alejó y me quedé con la pregunta en la garganta. Volví a preocuparme por Galgarrios. Wujiri estaba cortando su propia túnica de guardia para fabricar un vendaje.

—¿Adónde se va? —preguntó.

Sin duda, hablaba de la sainal.

—A buscar una planta para curar la herida —expliqué. Hice una mueca al echar otro vistazo a la pierna de Galgarrios y declaré—: Voy a por agua.

Antes era mejor limpiar la herida, decidí. Me levanté agarrando mi túnica y me dirigí hacia el lago. La hundí completamente y la saqué chorreando. No muy lejos, Iharath soltó un bufido.

—No hay manera de acabar de quitar esta porquería. —A su alrededor, flotaba ahora una impresionante mezcla de tierra y líquido negro pringoso—. Dime, Shaedra, ¿crees que la sainal tiene pensado hacernos pasar por otros sitios del estilo? —Me encogí de hombros y carraspeó—. Con un poco suerte viviremos para volver a ver el sol.

Hice una mueca, divertida.

—Bah, en Ató, existe una refrán que dice: *“Mientras late el corazón, no cabe desesperación”*.

Iharath esbozó una sonrisa y retornó a su tarea de lavandera. Con la túnica empapada, regresé junto a Wujiri y Galgarrios y fruncí el ceño, extrañada. El elfo oscuro miraba fijamente un objeto en la arena, junto a mi cinturón. ¿Qué demonios estaría mirando? Me acerqué y vi que mi broche de los Sombríos con diez espadas grabadas se había deslizado de uno de los bolsillos. Con un suspiro, lo recogí y lo guardé bajo los ojos atentos del elfo oscuro. Le dediqué una sonrisa vacilante, viendo venir sus preguntas, pero, curiosamente, no comentó nada. Se encogió de hombros y me hizo una señal para que me acercara y escurriese la túnica sobre la herida.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en curarse? —inquirí, mientras limpiaba la sangre que empezaba a coagularse.

Wujiri adoptó un aire pensativo.

—Bah, no mucho. —Le dio unas palmadas a Galgarrios—. No te preocupes, muchacho. Te pasarás renqueando unos días y se te quedará tan sólo una fina cicatriz. He visto peores heridas —aseguró.

No lo dudé: al fin y al cabo, Wujiri era guardia desde hacía años y debía de haber vivido muchas batallas contra nadros, escama-nefandos y otros monstruos no menos feroces. Cuando hube limpiado la herida, Wujiri se dedicó a amainar el dolor con un sortilegio de endarsía. Al cabo, suspiró:

—A Narsia se le daba mucho mejor esto que a mí. Pásame el vendaje.

En ese instante, volvió Ga con la simella y, antes de vendarle la pierna a Galgarrios, aplicamos el jugo de la planta siguiendo las instrucciones de la sainal. Esta observó nuestro trabajo a unos metros, como si no se atreviese a acercarse.

—¡Listo! —declaré.

Galgarrios tanteó su vendaje y Wujiri le advirtió:

—No lo toques demasiado. —Suspiró, sentándose tranquilamente en la arena—. Bueno, supongo que haremos una pausa después de esta gloriosa bajada.

Me encogí de hombros y me giré hacia la sainal con aire interrogante. Esta imitó mi expresión y ambas sonreímos.

—Una pausa de media hora —sugerí—. ¿Qué os parece?

La sainal aprobó y se levantó.

—Voy a buscar un poco de comida —anunció en tajal.

Vacilé antes de atreverme a preguntarle:

—¿Puedo acompañarte?

Ga pareció sorprendida pero asintió. Me puse las botas twyms y dejé a Wujiri, Galgarrios, Iharath y Drakvian para adentrarme entre los árboles rojos junto a ella. La tierra era oscura y dura y, curiosamente, no había muchas ramas en el suelo, aunque sí innumerables raíces. En un momento, avisté una especie de gran liebre de pelaje rojo que desapareció detrás de unos matorrales llenos de flores rosáceas.

—La verdad es que no sabía que hubiese cavernas por esta región —comenté, mientras Ga se dirigía hacia las flores—. ¿Comunican de alguna forma con los Subterráneos?

Ga asintió.

—Sí. Pero son pocas las salidas hacia las grandes cavernas. Yo sólo salí una vez. En cambio hay más salidas hacia la Superficie.

Enarqué una ceja interesada, pero la sainal se puso entonces a comer flores y decidí dejarla tranquila, alejándome para explorar un poco la zona. Constaté que Syu no se había despegado de mí para trepar a los árboles.

"Déjame adivinarlo. ¿Estás pensando en la satowalga?", pregunté, socarrona.

El mono se encogió de hombros pero no dejó de echar ojeadas desconfiadas a cada arbusto y cada rama. Frundis amainó su música de violines.

"Oigo voces", declaró.

Le eché un vistazo con extrañeza, preguntándome si estaba bromeando. Pero entonces alcancé yo también a oír un murmullo distante y ladeé la cabeza, perpleja: el sonido provenía del propio bastón.

"Eres tú quien está emitiéndolas", le hice notar.

Frundis gruñó.

"No. Vienen de la tierra. Levántame del suelo y verás."

Sorprendida, lo despegué del suelo y dejé de oír las voces de inmediato.

"Vaya", solté. Me agaché y toqué la tierra con la mano. Enseguida percibí un barullo confuso de voces y me incorporé bruscamente. De alguna manera, la tierra emitía armonías de sonido.

"¿Puedo volver a oírlas?", me pidió el bastón, curioso.

Lo posé de nuevo en el suelo un instante, pero pronto fui a reunirme con la sainal.

—¡Ga! No me habías dicho que esta tierra estaba cargada de armonías.

Ella se giró hacia mí, enseñándome una boca llena de flores rosas. Las tragó todas con evidente deleite y contestó al fin:

—¿Te refieres a las voces? Sí, por eso hay pocas criaturas por aquí. Pero no te preocupes, cruzar la caverna nos llevará apenas un par de horas. Y luego bajaremos por las Escaleras de Hierro.

La miré, intrigada.

—¿Las Escaleras de…?

Un grito me interrumpió y me puse lívida, girándome hacia el lago. Eché a correr entre los árboles y cuando llegué a la playa me quedé un instante confusa. Iharath corría hacia mí a toda prisa mientras Wujiri ayudaba a Galgarrios a avanzar lo más rápido posible.

—¿Qué…?

La mueca culpable de Drakvian, junto a la orilla, y sobre todo el olor pestilente que acababa de llegarme me dejaron claro qué había ocurrido y solté una risita antes de retroceder hacia el bosque con los demás. La vampira se reunió con nosotros llevando mi cinturón, mi armadura y mi túnica.

—Drakvian —masculló Iharath, pasándose una mano exasperada por la cabeza e inspirando hondo—. Por todos los dioses… no vuelvas a hacernos esto.

—No lo he hecho queriendo, se me escapó —replicó la vampira. Observé que trataba de reprimir una ancha sonrisa, sin conseguirlo—. A veces, me pasa, se me atraganta la saliva y…

—No hace falta que nos des los detalles —la cortó el semi-elfo con una mueca de sufrido. Y entonces ladeó la cabeza—. ¿Qué es ese ruido?

Entendí que hablaba de las voces.

—Son armonías de la tierra, al parecer —expliqué—. Lo extraño es que las oigas a través de tus botas.

—Yo también las oigo —intervino Galgarrios.

—Y yo —murmuró Wujiri con el ceño fruncido.

Paseaban ambos una mirada extrañada a su alrededor.

—Yo no oigo nada —confesó Drakvian. Bajé la mirada hacia sus botas rojas, pensativa. Tal vez las twyms y las botas de Márevor tenían algo especial que las aislase mejor, cavilé.

La sainal me hizo un gesto para llamar mi atención.

—Creo que será mejor seguir —opinó.

Aprobé, me puse la armadura de cuero y la túnica, até mi cinturón a la talla y nos pusimos en marcha. Avanzamos sin apartarnos mucho del río, que iba haciéndose sinuoso aunque terso.

“Tengo la impresión de estar oyendo música por intermitencias”, se quejó Frundis, mientras lo levantaba y lo volvía a posar un paso más lejos.

“Tú eliges, o te llevo en la mano o te coloco a la espalda”, le propuse.

Lo oí murmurar, meditativo.

“Mm… No he dicho nada”, decidió firmemente. *“No vaya a ser que me pierda algo, entre tanto ruido.”*

“Cierto, sería una pena”, se burló el mono.

“Mmpf. Recuerda que los sonidos vienen cuando menos se los espera”, le replicó Frundis.

No sé muy bien cómo, acabaron hablando los dos del concepto de azar y de casualidades y dejé de escucharlos, fijándome más en el camino que seguíamos. Cuando Syu soltó un gruñido descontento ante un argumento de Frundis, intervine con falsa seriedad:

“Decidme, hablando de azares, ¿qué posibilidades había para que un bastón saijit, un mono gawalt y una demonio se encontrasen y viajasen juntos?”

Eso los dejó pensativos a ambos y sonreí, pensando que las posibilidades eran tan nimias como las que tenía Shakel Borris de sentarse en un sillón mientras gritaba una princesa en apuros.

Al de una hora, Galgarrios empezó a cojear más acusadamente y su estado me inquietó. En un momento, se le rompió la rama que había estado utilizando como bastón y Wujiri, que andaba junto a él, lo sostuvo con un brazo firme y se detuvo.

—¿No podemos hacer otra pausa? —sugirió—. Ya sé que esas voces empiezan a ser acuciantes, pero no es plan que se nos desmaye el muchacho.

Galgarrios negó con la cabeza pero adiviné que le costaba tenerse en pie.

—Puedo seguir —aseguró.

—Ya, no seas tan estoico. Conozco a gente que murió tontamente por ser estoico —afirmó Wujiri con aire sombrío—. Anda, siéntate. Tampoco estamos haciendo una carrera.

Iharath carraspeó.

—Mientras Drakvian nos deje la zona habitable…

La vampira le dedicó una mueca enfurruñada pero no replicó.

Mientras Galgarrios se sentaba, maduré las palabras de Wujiri. De hecho, no estábamos en ninguna carrera, no si era cierto que Kyisse no estaba realmente en peligro. Pero, consciente de que no podía fiarme del juicio de una sainal que no sabía gran cosa del mundo saijit, me hubiera gustado poder asegurarme desde ya de que la pequeña estaba bien. Y, además, a menos que fuesen los padres o los abuelos de Kyisse los que la habían raptado, no iba a permitir que se la quedase cualquiera. Pero, claro, antes pasaba la spiartea, suspiré mentalmente, sentándome junto a Galgarrios y Wujiri. Este último mascullaba algo sobre que se había dejado

la botella de aguardiente en casa cuando un súbito y profundo gruñido de la sainal me hizo alzar los ojos, sobresaltada.

—¡No os mováis! —decía, precipitándose hacia nosotros mientras todos la mirábamos, asombrados.

Consiguió exactamente lo contrario de lo que pretendía, ya que Wujiri, al pensar tal vez que la sainal se había vuelto rabiosa, se arredró levantándose con precipitación y chocó contra una especie de planta roja que yo no había visto hasta ahora y que, increíblemente, en vez de torcerse bajo su peso lo empujó como si estuviese viva. Emitió un ruido parecido al del vapor de agua levantando una tapa de cazuela y unas volutas de humo verdoso se desparramaron a su alrededor.

—Er… —soltó Wujiri, dándose la vuelta, confundido—. ¿Qué demonios…?

La sainal lo cogió del brazo y lo apartó en el momento en que la "planta" descubría dos patas gordas y se alejaba entre los árboles tan rápido como podía, lo que resultó ser bastante lento.

—¿Qué es eso? —pregunté, anonadada.

Iharath silbó entre dientes, a una distancia prudente.

—Creo que era un daohnyn.

Agrandé los ojos y observé cómo la planta se alejaba con sus patas cortas. Si bien recordaba mis lecciones de la Pagoda, los daohnyns soltaban toxinas irritantes. El humo verde seguía flotando en el aire y decidí actuar inmediatamente. Ayudé a Galgarrios a levantarse y le metí a Frundis entre las manos.

—Creo que hoy los dioses no van a dejarnos hacer pausas —sentencié, como hubiera hecho Stalius.

Nos apartamos del humo, precavidos. La sainal parecía agitada.

—Esas criaturas no son peligrosas, normalmente —suspiró—. Pero claro, si uno se tira encima de una de ellas…

Le echó una rápida ojeada a Wujiri y el guardia debió de adivinar el significado de esa mirada porque su rostro oscuro se torció en una mueca abochornada.

—Salgamos de esta caverna —declaró con súbitas prisas.

Galgarrios se apoyó sobre Frundis y continuamos con una nueva energía. Por mucho que dijese la sainal, el Valle Rojo guardaba así y todo sus sorpresas, cavilé.

Avanzamos junto al río, bordeando el bosque rojo, cada uno sumido en sus pensamientos. Al de un rato, Iharath rompió el silencio.

—El ruido de esas voces es muy curioso —nos comentó a Drakvian y a mí—. Me recuerda al comedor de la academia de Dathrun. ¿Vosotras creéis que la tierra puede haber creado esas armonías sin ayuda de un celmista? —Había tomado un tono de investigador.

Drakvian me señaló con el pulgar.

—Pregunta a la experta.

Yo abrí la boca para contestar que era efectivamente posible que por algún desequilibrio energético sucediese algo parecido… pero fui incapaz de hablar. Forcé la voz y nada. Me cogí la garganta con la mano, aterrada. ¡Me había quedado afónica! Un vistazo a Wujiri y a Galgarrios me informó de que no era la única. El mono gawalt me agarró un mechón de pelo, espantado.

"¡Shaedra!", exclamó, tratando él también de emitir algún sonido, en vano.

"¡Syu!", resoplé, incrédula. ¿Era acaso posible que las toxinas de ese daohnyn…?

—¿Qué demonios os pasa? —inquirió Iharath, considerándonos con la mirada, confuso.

Wujiri y yo intentamos entonces explicarles con gestos a Iharath y a Drakvian el problema. En realidad, era fácil de entender. La vampira no pudo evitar esgrimir una sonrisa burlona e Iharath levantó los ojos al cielo, como superado por los acontecimientos.

—Francamente —suspiró—, si en un valle "tranquilo" os ocurren tantas desgracias, me pregunto cómo será cuando lleguemos a esa famosa caverna de spiarteas.

Le dediqué una mueca sufrida. Jamás en mi vida había estado afónica… ¡Y todo por culpa de una maldita planta con patas! Syu se agitaba sobre mi hombro, soltando ahora pequeños chillidos silbantes.

"Tranquilo, Syu", dije para calmarlo. *"No sirve de nada forzar la voz. Habrá que esperar a que el efecto desaparezca."*

"¿Y eso cuánto puede durar?", preguntó. Se rebullía, inquieto y disgustado.

Me encogí de hombros.

“Ni idea. Pero apenas hemos respirado las toxinas. Yo creo que en unas horas estaremos repuestos.”

“¡Horas!”, repitió el gawalt, desanimado, y suspiró. *“Ya sabía yo que las plantas de este lugar eran más que sospechosas.”*

La sainal, sin comentar lo sucedido, siguió guiándonos por la orilla mientras Galgarrios, Wujiri, Syu y yo suspirábamos silenciosamente. Sin duda Ga debía de pensar que no había encontrado a las personas más aptas para ayudarla en su búsqueda. En un momento, oí que Drakvian tarareaba una canción con una sonrisilla en los labios.

Al fin, llegamos al fondo de la caverna. El ruido atronador del agua me hizo suponer que no muy lejos había una cascada y, cuando la vi, quedé asombrada. En vez de haber cavado algún túnel en la roca de las paredes, el río desaparecía en un agujero profundo sin alcanzar los límites de la caverna. Un extraño arcoiris de tonos violetas flotaba encima del agua.

—Vaya —resopló Iharath, extendiendo el cuello para intentar ver el fondo del pozo sin aproximarse demasiado.

Drakvian lo cogió del brazo, estirándolo hacia atrás.

—Ya tenemos a tres afónicos. No empeoremos las cosas —razonó.

—Por aquí —dijo la sainal.

Rodeamos unas parras cubiertas de frutos azules tornasolados.

“¡Uvas chiztrianas!”, se maravilló Syu.

Lo atrapé por la cola al verlo precipitarse hacia las viñas.

“¡Syu! Recuerda que los pinchos son venenosos.”

El mono se detuvo en seco y sus bigotes se agitaron.

“Cierto. ¿Por qué siempre las cosas buenas tienen que tener pinchos venenosos?”, se quejó, instalándose de nuevo en mi hombro. La ojeada desafiante que echó a las uvas me arrancó una sonrisa. Entonces, puso cara pensativa. *“Recuerdo que para recoger las uvas, los gawalts normalmente agitaban el arbusto con palos”*, comentó, rememorándose su antigua vida. Iba a contestarle que Frundis estaría seguramente encantado de ayudarlo a recoger uvas cuando noté una súbita tensión en el grupo. Detrás de esas uvas chiztrianas, se abría un túnel guardado por dos esculturas de piedra muy parecidas a las que habíamos visto más arriba. Y, cortándonos el paso, se encontraban tres siluetas de carne y hueso, armadas y vestidas con túnicas y pantalones negros. Los tres eran humanos. Y al ver sus ojos rojos

como la sangre clavados en nosotros, enseguida me hice una idea de quiénes eran.

3 Un pozo sin fondo

Percibí la agitación de la sainal: por lo visto no esperaba encontrarse con tres demonios de la Oscuridad en aquel lugar. Uno de ellos dio un paso hacia delante, alejándose del túnel. Tenía el pelo rubio y su rostro, de un blanco casi enfermizo, estaba surcado por las marcas negras de la Sreda.

—Alto —pronunció con la mano en el pomo de su cimitarra, aunque nosotros ya nos habíamos detenido en seco.

Hablaba abrianés, observé, relativamente aliviada. Al menos eso significaba que Iharath y Drakvian iban a poder comunicar, pero nada más pensar en que tendrían que hablar y arreglárselas solos con unos demonios me hizo maldecir cien veces mi afonía. Por otra parte, yo misma desconocía cómo eran en realidad los demonios de la Oscuridad. A lo mejor no eran iguales que los del Agua o los de la Mente… *"Que tú seas buena, no significa que no haya demonios que sean verdaderos monstruos"*, me había dicho un día Lénisu. Un escalofrío me recorrió mientras cruzaba los ojos del demonio rubio quien nos observaba con una mirada adusta.

—¿Quiénes sois? —inquirió, rompiendo de nuevo el silencio.

Ga dio un paso adelante y su lengua azul apareció en su rostro rodeado de sombras.

—Yo soy Ga —se presentó en tajal, realizando el saludo de los demonios—. Y estos son mis compañeros de viaje.

El rubio había arrugado aún más la frente, escudriñando a la sainal. Al cabo soltó en tajal un simple:

—¿Qué?

La sainal suspiró y repitió las palabras más lentamente mientras mis compañeros se agitaban, inquietos. Wujiri observaba los rostros de los tres demonios como tratando de entender quiénes o qué eran. Era el único en no conocer mi verdadera naturaleza y no era de extrañar que no supiese reconocer a un demonio: jamás habría visto a uno transformado. Me mordí el labio con la repentina sensación de que debería haberle explicado la verdad con antelación.

—Ga… —repitió el rubio—. El nombre me suena. —Nos miró alternadamente, sin relajarse—. Si sois demonios, ¿cómo es que llegáis por

este camino en vez de…? —Se interrumpió bruscamente al fijarse en Drakvian y palideció aún más si era posible. Desenvainó la espada con rapidez—. Rayth, Zanda —jadeó, dirigiéndose a sus compañeros.

Estos últimos sacaron a su vez sus armas con movimientos fluidos. Un destello de miedo brillaba en sus ojos rojos. Abrí la boca para decirles que se detuviesen y no logré sacar ni un sonido. Era frustrante, me dije, malhumorada. De todas formas, ellos no hicieron ademán de atacar. Al mismo tiempo, rendí gracias a los dioses de que Wujiri se hubiese quedado afónico: el elfo oscuro contemplaba a los demonios boquiabierto, asimilando poco a poco la verdad, y sin duda alguna se le habría escapado algún comentario desgraciado. Francamente, que aquellos desconocidos nos tomasen a todos por demonios era una buena cosa, decidí. ¿Pero cuánto tiempo podía durar tamaño engaño?

—¿Qué hacen unos demonios y una sainal viajando con una vampira? —preguntó Zanda, sosteniendo en las manos dos cimitarras por lo visto bien afiladas.

Drakvian se había cruzado de brazos sin arredrarse siquiera.

—Envainad esas espadas —gruñó—. Y paraos a pensar. Yo misma creía al principio que los demonios eran unos monstruos. Los vampiros y los saijits siempre los han aborrecido. Pero cambié de opinión —declaró con un tono orgulloso—. No tenéis por qué temerme… si envainái s de nuevo las espadas —insistió.

A duras penas reprimí una sonrisa al verla hablar con tanta tranquilidad. De acuerdo, ellos eran tan sólo tres y nosotros éramos seis, pero ellos tenían cada uno dos cimitarras mientras que nosotros sólo poseíamos unas dagas y una sola espada.

“Y además no podemos ni gritarles para asustarlos”, suspiró Syu, como si toda la vida hubiese espantado a sus enemigos a base de rugidos.

Iharath dio un paso adelante con una temeridad poco habitual y juntó tranquilamente sus manos.

—Por favor, no nos precipitemos —enunció con calma—. Mi nombre es Iharath Hartrim. Esta es Drakvian. Y ellos son Wujiri, Galgarrios y Shaedra. Y ante todo, les pido disculpas si hemos entrado en un territorio prohibido. No era nuestra intención.

“Habría sido un buen diplomático”, le comenté a Syu, mientras veía que el rubio se relajaba.

—Así que… ¿la vampira es amiga vuestra? —preguntó, como si no consiguiese creérselo aún.

—Lo es —contestó Iharath—. De hecho, se crió conmigo y la considero como a una hermana.

Drakvian les dedicó una sonrisa amigable y el demonio tuvo un tic nervioso.

—Un momento —intervino Zanda, tensa—. ¿La vampira pertenece a una Comunidad? Er… Kojari… —pronunció, sin apartar la vista de Drakvian. Calló, sin acabar su pensamiento, pero no me cupo duda de que le costaba creernos.

Sin embargo, el rubio, que por lo visto se llamaba Kojari, envainó sus armas y Zanda y Rayth lo imitaron de mala gana.

—¿Venís en nombre de alguna Comunidad? —nos interrogó.

Iharath agrandó los ojos y se giró discretamente hacia mí. Se lo veía totalmente perdido. Negué con la cabeza y él hizo otro tanto.

—No —dijo.

Su respuesta lacónica no pareció satisfacer a Kojari, quien continuó con su interrogatorio sin apartarse un ápice:

—¿A qué Comunidad pertenecéis? Disculpad mi indiscreción, pero no podemos dejar que cualquiera se pasee por los túneles colindantes a nuestro territorio —explicó con cierta sequedad—. ¿Cuál es vuestro propósito? ¿Hablar con Kaarnis?

—¿Hablar con…? Oh, no —soltó Iharath, aunque yo sabía que no tenía ni la más remota idea de que Kaarnis era el jefe de la Comunidad de la Oscuridad—. No —repitió—, nosotros no tenemos intenciones de molestar a vuestra Comunidad. A ninguna, en realidad. Sólo estamos de paso. Ga nos está guiando y…

Calló de pronto sin saber qué añadir. Dioses, me lamenté. ¿Por qué Ga no me había dicho que los demonios de la Oscuridad vivían tan cerca de aquí? Kojari nos observaba con el rostro severo.

—¿A qué Comunidad pertenecéis? —insistió.

—La Comunidad —repitió Iharath, vacilante. Reprimí las ganas de cubrirme el rostro con las manos para dejar de ver la expresión impertérrita de Kojari. Dijera lo que dijera, Iharath no conocía el mundo de los demonios y tan sólo iba a conseguir empeorar las cosas, me dije. Iharath se rascó la oreja y sonrió forzadamente, cada vez más nervioso—.

Pertenecemos a… una Comunidad —afirmó. Si no fuera por la gravedad de la situación, me habría echado a reír—. La verdad es que Shaedra os lo explicaría todo mucho mejor —añadió, señalándome—. Desgraciadamente un daohnyn los ha dejado afónicos, a los tres.

Kojari enarcó una ceja, contemplándonos a Wujiri, a Galgarrios y a mí. Lo cierto era que la desventura del daohnyn había sido tan absurda… Carraspeé pero tan sólo me salió un sonido desafinado y creí ver a Kojari esbozar una sonrisa. Su desconfianza era obvia, pero al menos parecía más relajado al comprobar que no teníamos intenciones de atacarlos.

—Tenéis a un herido —observó entonces.

Iharath asintió, aliviado sin duda de que hablase de cosas más normales.

—Ocurrió durante la bajada —explicó.

Los tres demonios agrandaron los ojos.

—¿Habéis pasado por la Cascada Negra? —preguntó Rayth, el más joven de los tres.

Ga asintió.

—Así que venís de la Superficie —aventuró Kojari, sin parecer muy sorprendido. No esperó respuesta alguna y dio un paso hacia un lado—. Venid, os conduciremos hasta nuestro pueblo y llamaremos a un curandero. Y luego podréis proseguir vuestro viaje cuando vuestro compañero haya recobrado sus fuerzas.

No sabía si se trataba de una invitación cordial o una especie de trampa, pero no teníamos muchas más opciones y prefería salir cuanto antes del Valle Rojo. Levanté ambas manos contra mi pecho en signo de agradecimiento y Kojari me correspondió debidamente antes de animarnos a adentrarnos en el túnel. Mis compañeros vacilaron, como reticentes, y advertí el rápido intercambio de ojeadas entre Drakvian e Iharath. Era evidente que la idea de meterse en un pueblo de demonios no les cautivaba. Y yo los entendía perfectamente: no solamente no conocía a los demonios de la Oscuridad, sino que además me preocupaba meter a mis amigos en tamaño lío… Reprimiendo un suspiro, les dediqué una mirada alentadora antes de adelantarme junto a Ga. Cuando pasé entre las altas esculturas a ambos lados del túnel me fijé en que eran completamente diferentes a las de la otra caverna: ambas eran más jóvenes y tenían la boca abierta y los ojos agrandados por el miedo o el sufrimiento. Y ninguna llevaba armas. Meneé la cabeza, embelesada. Parecían tan reales y el dolor parecía tan vivo.

—Esta es la Puerta del Refugio —dijo la voz de Kojari a mis espaldas.

Me giré hacia él y asentí en silencio. Me hubiera gustado preguntarle a qué figuras representaban esas esculturas y maldije de nuevo al daohnyn por no poder hacerlo. Me interné en el túnel con los demás. Unas placas de ercarita dispuestas artificialmente en la pared iluminaban nuestro camino. El túnel era corto, sin vegetación, y enseguida desembocamos en una caverna cuya vista me dejó sin aliento. Era enorme y estaba atravesada por decenas de escaleras de hierro, algunas totalmente deformadas y otras que no llevaban a ninguna parte. Debían de ser esas famosas Escaleras de Hierro de las que había hablado Ga, pensé, fascinada. ¿Acaso habían sido los demonios de la Oscuridad quienes las habían construido? En todo caso, tenían la pinta de ser antiguas. Nosotros nos encontrábamos en la parte superior de la caverna, la parte más oscura, junto a unas anchas escaleras de metal que bajaban hacia… Eché un vistazo prudente hacia abajo pero no pude ver más que un bosque de rocas puntiagudas y alguna luz difusa. El olor a hierro era casi agobiante.

—Pasa delante —le murmuró Kojari a Rayth.

El joven moreno nos adelantó, encendió una antorcha y abrió el camino. Al chocar su bota contra el primer peldaño de metal, resonó un ruido estruendoso que nos sobresaltó a todos.

—Lo bueno de estas escaleras es que generalmente uno se entera enseguida si alguien decide subirlas o bajarlas —nos comentó Kojari con tono pragmático.

—Cierto —coincidió Iharath. Estaba más pálido que de costumbre y adiviné que con tanta aventura empezaba a flaquear.

Drakvian y él siguieron a Rayth con precaución y me giré hacia Galgarrios para echarle una mano pero él negó con la cabeza, haciéndome entender que no necesitaba ayuda. Apoyó Frundis en el segundo escalón y empezó a bajar trastabillando. Wujiri y yo lo seguimos, atentos a su avance. El metal chirriaba bajo nuestros pasos y el eco metálico invadía toda la caverna provocando un verdadero concierto.

“Frundis debe de estar eufórico”, se rió el mono, tapándose los oídos.

Sonreí.

“Esperemos que no le atormente a Galgarrios demasiado con sus hallazgos sinfónicos.”

Ga avanzaba detrás de mí, seguida de Zanda y de Kojari. La sainal metía menos ruido, noté. En realidad, lo mismo que yo con las twyms: el sonido se amortiguaba bajo mis pasos. Y aun así me daba la impresión de estar iniciando la bajada hacia los infiernos.

Pasamos varios descansillos antes de que Rayth levantase una mano para detenernos.

—A partir de aquí no hay barandillas —nos informó.

Con un mohín, miré hacia abajo. Aún nos separaban muchos metros del suelo, estimé. Aquella caverna no era precisamente ancha, pero era profunda… y terriblemente lúgubre, añadí para mis adentros. Con cierta ironía, pensé que los saijits no se equivocaban del todo cuando decían que los demonios vivían en abismos tétricos subterráneos. Claro que, según las leyendas, los demonios se nutrían de esos abismos para ampliar sus poderes maléficos. Por mi parte, estaba segura de que si a cualquiera de ellos le diesen a elegir entre vivir en Ató o en aquella caverna ferrosa, elegiría Ató sin dudarlo un segundo.

Rayth continuó la bajada con prudencia y lo imitamos con mayor lentitud. Enseguida Iharath se sentó en los peldaños, bajándolos uno a uno y no tardamos en en seguir su ejemplo. En un momento, Galgarrios soltó un gruñido de dolor y me mordí el labio, preocupada por su estado. Y entonces agrandé los ojos, percatándome de un detalle. Galgarrios había gruñido. ¿Acaso…? Carraspeé y sonreí anchamente, girándome hacia Wujiri.

—¡Puedo hablar! —me alegré.

En realidad, me salió un murmullo casi inaudible. Wujiri sonrió.

—Ya era hora —contestó con un hilo de voz.

Nuestros susurros eran tan ridículamente roncos que nos echamos a reír por lo bajo. Inspiramos hondo e iba a continuar la bajada cuando Wujiri, retomando su seriedad, me preguntó:

—¿Realmente son demonios?

Aún no se lo acababa de creer, entendí. Sin saber qué contestarle, asentí con la cabeza. Wujiri suspiró.

—Supongo que intentar matarlos sería una estupidez —murmuró—. Y ya que nos acompaña una sainal y una vampira…

No pude evitar sonreírle, divertida. Wujiri empezaba a relativizar las cosas.

—De hecho, sería una estupidez —confirmé—. Por eso mejor será hacernos pasar por demonios —concluí, sin atreverme a revelarle por el momento que yo no tendría que hacerme pasar por nada. Tal vez cuando llegásemos abajo de la escalera… Oí un gruñido impaciente detrás y le dediqué una mueca de disculpa a Ga—. Enseguida nos movemos.

La escalera medía menos de dos metros de anchura, pero al menos el metal parecía estar limpio y no resbalaba demasiado. Había bajado unos cuantos peldaños más cuando oí la voz ahogada de Galgarrios: su pierna le había fallado y se había desplomado en las escaleras.

—¡Galgarrios! —murmuré, asustada.

Y me petrifiqué. El caito se agarraba con ambas manos a un peldaño. Pero… ¿y Frundis? Con el corazón helado, oí un ruido atronador abajo. El rostro de Galgarrios se giró hacia mí con los ojos llorosos, aunque no sé si lloraba por haber arrojado a mi amigo bastón Zemaï sabía dónde, o por el sufrimiento que le causaba la herida. Syu silbó entre dientes. Estaba anonadado.

“¿Cómo ha podido tirar a Frundis?”, bufó, incrédulo.

Tragué saliva con dificultad.

“Frundis es resistente”, razoné con convicción. *“Seguro que no le ha pasado nada.”*

Syu no pareció muy convencido y enseguida me cogió un mechón de mi pelo para trenzármelo, inquieto. Traté de sobreponerme y me apresuré a alcanzar al caito.

—¡Galgarrios! ¿Estás bien?

Con los restallidos metálicos apenas me oía a mí misma. Los labios de Galgarrios temblaron. Sus ojos oscuros reflejaban una culpabilidad que me dejó pasmada.

—Shaedra, yo no quería…

—Lo sé —lo interrumpí, pero él seguía murmurando cosas que no lograba entender. Le apreté el hombro, inquieta—. No pasa nada —le aseguré para calmarlo—. ¿Puedes seguir?

Galgarrios asintió lentamente, aturdido. Se lo veía extenuado y, por lo visto, la herida lo había debilitado más de lo que creía. Me dolió tener que susurrarle:

—Un esfuerzo más.

Apretó los dientes y se giró de nuevo escaleras abajo. Lo observé un momento continuar la bajada y adiviné fácilmente el esfuerzo que le costaba cada movimiento. Pasé al siguiente peldaño y suspiré. Considerándolo bien, tal vez no había sido tan mala idea aceptar la invitación de Kojari. Galgarrios iba a necesitar reposo después de tanta prueba. Oí de pronto otro estruendo y giré bruscamente los ojos, imaginándome ya lo peor.

—¡Beksiá! —vociferó una voz malhumorada, en algún lugar, más abajo.

—¡Rayth! —bramó Kojari. No lograba ver a este, ocultado como estaba detrás de la masa oscura de Ga.

—¡Estoy bien! —contestó su compañero—. Había una barra de metal en medio. Ha debido de caer de las escaleras de arriba.

Agrandé los ojos y alcé una mirada inquieta hacia los barrotes y peldaños que se superponían. Más valía que no nos cayese una escalera encima. Tomé una gran bocanada de aire y continuamos. Varios metros más abajo, alcancé a divisar a Iharath resoplando regularmente como para serenarse.

Aquellas escaleras se me hicieron eternas. Galgarrios avanzaba a pasos de tortuga iskamangresa y me dolía verlo sufrir y tener que animarlo para que perseverase. Finalmente, llegamos a las primeras estalagmitas, entre cuyos intersticios brillaban pequeñas piedras de luna incrustadas. Minutos después, posamos los pies en la roca. Todo el suelo estaba repleto de deshechos metálicos. Rayth llevaba aún la antorcha y nos observaba con recelo, ansioso sin duda de que Kojari y Zanda se reuniesen con él. Drakvian lo miraba fijamente, como para incomodarlo aún más, e Iharath paseaba sus ojos a su alrededor, alerta, creyendo tal vez que algún monstruo nos acechaba desde la oscuridad, entre rocas y metales. Contrariamente a todas las cavernas que habíamos atravesado hasta entonces, aquella no tenía ni el más mínimo atisbo de vegetación. Al menos en lo poco que podía ver de ella, rectifiqué. Me precipité hacia Galgarrios y, con la ayuda de Wujiri, lo tumbamos en una piedra plana. Sus mechones rubios se le pegaban al rostro sudoroso. Wujiri frunció el entrecejo, retirando la mano de su frente.

—Tiene fiebre —constató por lo bajo.

Lo que faltaba, suspiré, sin poder apartar la mirada de mi amigo. Este parecía haber agotado todas sus fuerzas y observé cómo sus párpados se

abrían y cerraban como si tratase de luchar contra la fatiga. Le toqué la mejilla. Estaba ardiendo.

—Descansa —le murmuré.

Por un momento, me pregunté si la simella no había tenido efectos negativos sobre el cuerpo del caito. Al fin y al cabo, tal vez aquella planta no tenía los mismos efectos en un sainal que en un saijit… No tenía manera de saberlo. Pero ahora lo único que me importaba era encontrar a un curandero. Y recuperar a Frundis.

Me levanté y le estiré de la manga a Iharath para llamarle la atención.

—Voy a buscar a Frundis.

Mi voz fue ahogada por unas palabras que soltó Rayth a Kojari y Zanda. El semi-elfo enarcó una ceja y se aproximó.

—¿Qué?

Le repetí la frase y él asintió.

—Te acompaño. Esto… disculpad —dijo, dirigiéndose a los tres demonios—. Vamos a buscar el bastón que ha caído. Enseguida volvemos.

Vi que Kojari estuvo a punto de protestar pero reprimió sus palabras y asintió.

—Os esperamos aquí. ¿Queréis la antorcha?

Negué con la cabeza y, en silencio, solté un sortilegio de luz armónica e Iharath me imitó. Zanda y Rayth resoplaron mientras que un destello de sorpresa pasaba por los ojos de Kojari; deduje de eso que pocos demonios de la Oscuridad conocían las artes celmistas.

Al alejarnos, advertí la mirada intranquila de Wujiri y adiviné que le provocaba cierta aprensión la idea de encontrarse rodeado de tres demonios, una sainal y una vampira, y con un caito semi-inconsciente como único compañero. Lo cual era de lo más normal. Ojalá él y Galgarrios no hubiesen venido jamás con nosotros, suspiré interiormente. Pensar que Galgarrios estaba en ese estado indirectamente por mi culpa me espantaba.

—¿Crees que ha podido llegar hasta el suelo? —me preguntó Iharath, arrancándome a mis pensamientos.

Me encogí de hombros.

—Ni idea —admití.

Syu abandonó mi hombro y anduvimos entre barrotes y estalagmitas durante varios minutos, inclinándonos para iluminar el suelo. Más de una vez nos tropezamos con trozos de metal cuyo ruido estridente me puso los

pelos de punta. Noté que Iharath empezaba a impacientarse y cuando vi un agujero negro sin fondo un horrible pensamiento me vino en mente. ¿Y si Frundis había caído en ese pozo? ¿Y si, esta vez, lo había perdido para siempre? Me negué a pensar algo tan angustioso y seguí avanzando.

—Shaedra… Deberíamos volver —dijo al cabo Iharath—. Van a preocuparse y Galgarrios está herido. Debemos continuar.

"Aún no", protestó Syu, siguiendo tenazmente su búsqueda.

Negué con la cabeza, tozuda.

—No. Me pasaré un año entero en esta caverna si hace falta. Pero no abandonaré a Frundis.

Mi voz era apenas audible pero Iharath adivinó el sentido de mis palabras y se acercó para tomarme el brazo.

—Shaedra —repitió—. Sé que ese bastón era importante para ti. —Tragó saliva y añadió—: Pero es que yo no lo veo por ningún sitio.

Le eché una mirada determinada y seguí buscando. Percibí el suspiro del semi-elfo. Mientras avanzaba con dificultad entre tanto trasto, reflexioné sobre sus palabras. Iharath tenía razón. Frundis no aparecería y Galgarrios, en cambio, necesitaba curarse y yo estaba impidiéndoles a todos continuar. Me pasé furiosamente el brazo por delante de mis ojos y entonces vi una luz explosiva que desapareció tan pronto como había aparecido. Alcé vivamente los ojos y los entorné. Eso que había colgando justo encima de un pozo profundo, agarrado como por magia en uno de los barrotes de una escalera era…

"¡Frundis!", exclamé. Tratando de no tropezarme en camino, me precipité hacia él. Rodeaba un amasijo de hierros cuando entendí que Frundis se estaba agarrando con sus pétalos desesperadamente. Estaba a punto de caerse en vertical hasta el más profundo de los abismos. Aceleré el ritmo, difundiendo todo mi jaipú.

—¡Frundis, aguanta!

Fui la única en oír mi enmudecido grito, naturalmente. Me paré junto al pozo y alcé una mano en vano. Frundis estaba tal vez a un metro más arriba. Iharath llegaba jadeando detrás de mí con Syu en los hombros.

—¡No te muevas! —me dijo—. Vamos… vamos a tratar de…

No acabó la frase: Frundis, agotado por los esfuerzos, había cedido y caía ahora directamente en el pozo. *"El har-karista es preciso y rápido como una víbora de hielo"*. Tendí la mano a la velocidad del rayo. No tuve

tiempo de pensar: mi objetivo era salvar a Frundis. Me avancé peligrosamente sobre el pozo y lo atrapé. Una música espantosa impactó contra mi mente con tal brutalidad que, reclinada como estaba, perdí el equilibrio. Quise gritar, pero no pude. Mis ojos vieron la oscuridad del abismo y me agité en el vacío. Syu soltó un alarido mental, Iharath bramó aterrado… Sentí mi caída suspenderse súbitamente y levanté unos ojos sorprendidos. Frundis, al que me agarraba con todas mis fuerzas, se había quedado atascado contra las paredes del pozo a unos metros bajo el suelo.

"Oh… ¡Frundis!", tartamudeé mentalmente, muerta de miedo.

Para mi estupefacción, el bastón me contestó con una risita entusiasmada.

"¡Shaedra! Estaba seguro de que me cogerías", se rió y me confesó, emocionado aunque algo cansado: *"¡He encontrado un nuevo sonido! Te lo diré francamente: de entre los últimos doscientos años creo que estos están siendo los más productivos. Eres una portadora maravillosa."*

"Ya", resoplé, con la respiración acelerada. *"Pues vete pensando en encontrarte a otro portador, porque me temo que yo voy directo a la tumba…"*

Procurando no dejarme llevar por el pánico, pateé y traté de encontrar alguna irregularidad para poder posar al menos un pie. Choqué contra una punta metálica que se despegó de la pared y se perdió en la oscuridad del agujero. No percibí ruido alguno y llegué a la conclusión de que el pozo era tan profundo que tal vez hasta conducía directamente a alguna caverna de los Subterráneos, cientos de metros más abajo. Arriba, una luz brillaba intensamente y oía los gritos de Iharath que me llamaba.

—Iharath —murmuré. Mis brazos empezaban a temblar por el esfuerzo. Menos mal que Frundis era resistente, pensé.

"¡Shaedra!", me dijo Syu. Lo vi asomar su pequeña cabeza por el agujero.

"Estoy bien, Syu. Y Frundis está salvado. No te acerques demasiado al borde."

"Te veo muy optimista", observó el mono, agitado.

Sonreí en la oscuridad.

"Un gawalt siempre debe ser optimista", repliqué.

Se oyeron unas voces, entre ellas las de Drakvian y Kojari.

—¿Pero cómo es que no viajáis con cuerda? —preguntaba la primera.

—No recuerdo la última vez que alguien se cayó en un pozo de las Escaleras de Hierro —replicaba el demonio—. No nos paseamos siempre con cuerdas. Tranquilos. Zanda va a por una. El pueblo no está lejos. Si se da prisa, estará aquí de vuelta en dos horas. ¿Qué ha pasado exactamente? —inquirió.

Suspiré desde la lejanía. Bruscamente, Frundis se deslizó unos centímetros y sentí la desesperación invadirme de nuevo. El bastón componía discretamente su nueva sinfonía metálica, como no atreviéndose a dar rienda suelta a su alegría al verme en tan crítica situación. Si Aryes hubiese estado conmigo… Entonces pensé en que, si moría ahora, jamás volvería a verlo. Jamás volvería a ver a nadie a menos que fuese cierto lo que decían los eriónicos sobre los espíritus. Pero yo no quería ser ningún espíritu, me dije, temblorosa. Al menos no antes de tiempo. Raspé la roca con mis botas y traté de mejorar mi posición… Kojari pretendía que me quedase así, colgada en el aire, durante dos horas. Y por supuesto, se suponía que yo tenía que aguantar hasta entonces. No tenía que perder la esperanza, me repetí.

Aquel pensamiento se desvaneció cuando algo cedió y Frundis empezó a resbalar entre ambas paredes ineluctablemente, emitiendo un sonido áspero. Ahora mismo, mi tensión era tal que no me hubiera extrañado si mis manos hubiesen dejado de agarrarse al bastón de lo agarrotadas que estaban. Tenía ganas de chillar, pero mi maldita garganta me lo impedía.

—¡SHAEDRA!

Esas eran las voces de Drakvian e Iharath, quienes poco a poco se iban difuminando en un círculo de luz cada vez más distante. Si el pozo se ensanchaba, estaba perdida, me percaté. Y si se estrechaba, también, porque dudaba mucho de que Zanda regresase con una cuerda de tantos metros… ¿Qué me había dicho ya Spaw no hacía mucho? *“No te caigas por ningún pozo”*, recordé. ¡Quién hubiera imaginado que acabaría haciendo literalmente lo que me había pedido que no hiciera!

“Frundis… estamos perdidos”, me lamenté.

El bastón compositor redujo su música a un completo silencio y meditó mis palabras.

“No te rindas”, me dijo entonces. Y vaciló. *“¿Quieres… quieres que te cante La diligente soñadora?”*

Entendía que no podía hacer gran cosa más para calmarme y dejé que su canción burlesca me cambiase las ideas, tarea más bien difícil porque el bastón seguía bajando a trompicones. Desde luego, esta era lo que se llamaba una muerte lenta, pensé con ironía. Pero, considerando lo cerca que había estado tantas veces de morir, no lograba pensar que mi inexorable caída fuese injusta o se debiese a la mala suerte.

Empecé a oír un ruido sordo pero constante que provenía de abajo. Por un instante, creí que se trataba de algún monstruo horrible con una respiración similar al trueno. Luego pensé que tal vez era simplemente la cascada que desaparecía en el Valle Rojo. Ese razonamiento era más bien lógico. Y eso significaba que era posible que aterrizase en el agua y saliese con vida. Intentaba engañarme con ese pensamiento consolador cuando de pronto la piedra, a mi izquierda, dio lugar a un vacío y Frundis cayó de golpe… Reaccionando con una rapidez que me dejó admirada segundos después, di un golpe contra la roca a mi derecha para tomar impulso y me metí en el hueco rocoso que acababa de descubrir. Choqué violentamente contra una especie de barrote metálico que llevaba sin duda atascado ahí desde hacía años y años.

—Grrr… —mascullé.

Aparté el barrote con Frundis y retrocedí unos centímetros en el hueco con los músculos doloridos. Creé una esfera armónica y eché un vistazo a mi alrededor. La roca era firme y estaba llena de irregularidades. Intensifiqué la luz y agrandé los ojos. ¿Podía acaso tratarse de un túnel? En todo caso mi sortilegio no lograba iluminar el final de la gruta. La esperanza volvió a brotar en mí y apreté a Frundis contra mi pecho.

“Todo no está perdido”, declaré.

“Me alegra oírtelo decir”, sonrió el bastón con evidente alivio.

Me tumbé en la roca y eché una mirada en el pozo, hacia arriba. Ya no se veían luces.

“¡Syu!”, grité.

Pero, aun si siguiese ahí arriba, probablemente no me habría oído: estaba demasiado lejos. Traté de soltar un sortilegio perceptista, pero siempre se me había dado mal dicha materia y no sólo me salió torcido sino que además reduje mi tallo energético de manera considerable. Entonces me paré a pensar. Seguramente se habrían marchado ya al pueblo para curar a Galgarrios, considerando sin duda que, o bien me habían perdido para

siempre, o bien no podían hacer nada para salvarme. Lo segundo era indudablemente cierto; lo primero, no tanto, decidí.

Me arrastré lejos del pozo, reptando por el angosto agujero. Contrariamente a la caverna de las Escaleras de Hierro, ahí olía a tierra húmeda y pronto sentí bajo mis manos una materia blanda que tenía toda la pinta de ser musgo. El túnel, si lo era realmente, se estrechó de tal manera que apenas podía levantar la cabeza. Al de unos minutos, empecé a sofocar. Y para arreglarlo, mi espada se quedó bloqueada entre la roca, impidiéndome avanzar. Forcejeé, en vano, y no tardé mucho en abandonarla. De nada me iba a servir una espada en un agujero como ese, de todas formas. Traté de llenar mis pulmones de aire con dificultad. Me había pasado tanto tiempo agarrándome a Frundis en el vacío que mi cuerpo se resentía, exento de fuerzas… Por no decir que desde que me había despertado no había parado: que si la bajada de la Cascada Negra, que si el rescate de Galgarrios, el Valle Rojo y las Escaleras de Hierro… Sin embargo, por nada del mundo me habría quedado a descansar en un lugar tan asfixiante como aquél, de modo que seguí avanzando, animada por un alegre ritmo de guitarras. Un pensamiento no dejaba de martillarme la mente: ¿y si aquel túnel no llevaba a ninguna parte? En tal caso, iba a ser incapaz de dar media vuelta.

Apartando mis pensamientos funestos, me concentré únicamente en mi avance. En un momento, decidí desatar la Sreda, ya que mi piel de demonio era más resistente y mis brazos empezaban a estar plagados de rasguños pese a la túnica de guardia. Aguanté tal vez media hora antes de hacer una pausa y de deshacer mi esfera armónica, agotada. Aún no estaba habituada a utilizar las armonías cuando estaba transformada y me daba la sensación de que mi tallo energético se consumía más aprisa.

“Cuando pienso que estás metida en esto por mi culpa”, suspiró Frundis, acallando una voz de tenor. Pocas veces expresaba culpabilidad y me sorprendí de que lo hiciera ahora.

“Bueno, sigo viva, eso es lo importante.” Esbocé una sonrisa en la oscuridad. *“Tu portadora es dura de roer.”*

Y por eso mismo era consciente de que tenía que moverme si quería vivir. Así que, antes de que se me entumeciesen los brazos y las piernas, seguí avanzando. En ningún momento el túnel dio paso a otros túneles, pero lo bueno era que tampoco parecía estrecharse e incluso a veces se ensanchaba ligeramente. Llevaba tal vez una hora progresando a rastras

cuando inspiré un aire puro y fresco y me di cuenta de que la roca volcánica y asfixiante había dado paso a una zona de rocaleón. Esa era una buena señal, estimé, respirando con más tranquilidad. Justo cuando iba a decidir hacer otra pausa, percibí una luz. Por poco no solté una carcajada de alegría y Frundis, que desde hacía un rato se había puesto a componer su nueva obra, se detuvo para celebrarlo conmigo. Me bastaron unos minutos para desembocar en una pequeña gruta cubierta de hierba azul y de plantas. Y esta vez me reí por lo bajo, tremendamente aliviada: la luz provenía de una caverna enorme colindante a la gruta. Oí un murmullo sordo de agua, ligero pero seguro. Y también me llegaba el ruido de choques de espada.

Fruncí el ceño e hice un esfuerzo para levantarme. Eché un vistazo a mi aspecto y comprobé que la túnica de Ató, al contrario que yo, no había sobrevivido al trayecto: esta colgaba sobre mí como un mero guiñapo. La armadura, que me había estado protegiendo, no estaba en mejor estado, constaté. Y mis botas twyms llevaban rato sin parecer muy nuevas, pero esta vez realmente tenían una pinta poco presentable.

“Los verdaderos héroes jamás suelen ir muy apuestos”, me hizo notar Frundis.

Sonreí.

“Desde luego, estoy lejos de tener el aspecto caballeresco de Shakel Borris.”

Me rodeé de armonías y titubeé fuera de la gruta. La vista que se abrió a mis ojos me dejó boquiabierta. Unos cincuenta metros más abajo, a mi izquierda, rodaban las aguas del río, adentrándose en un paisaje repleto de vegetación extraña. ¡Y qué vegetación!, añadí para mis adentros, alzando una mirada asombrada. Poco más lejos, se erguían árboles enormes de troncos blancos que debían de medir varios metros de diámetro. A mi derecha, detrás de unos arbustos, se alzaba una casa de madera de dos plantas. Una casa, me repetí, sobrecogida. ¿Acaso podía haber aterrizado en el pueblo de Kaarnis? Tal vez la suerte no me había abandonado del todo, concluí.

Los choques de espada seguían oyéndose en algún sitio, más allá de aquella casa. Me acerqué titubeante al muro más cercano y eché un vistazo a mi alrededor. El edificio tenía varias aberturas sin cristales, cerradas con simples cortinas azules.

“Frundis, esto no me gusta”, mascullé.

Al bastón pareció hacerle gracia mi aserción.

“Pareces Syu”, se burló.

Hice una mueca al pensar en el mono gawalt, al que había abandonado otra vez.

“Me va a echar una buena bronca en cuanto lo encuentre”, suspiré.

Con todo el sigilo que me permitía mi agotamiento, aparté una de las cortinas. El interior estaba iluminado por una piedra de luna. Había un gran sillón y un enorme armario, una mesilla y un bonito tapiz. No me pareció oír ruido alguno, hasta que percibí el roce de unos pasos que se acercaban sobre la hierba. Me azoré y me di la vuelta. En el preciso instante en que aparecía una silueta rodeando la casa, desaparecí en el interior con un salto que me arrancó las últimas fuerzas que tenía. Perdí el equilibrio y me apoyé a la vez en Frundis y en el respaldo del sillón. Enseguida oí un resoplido. Un pequeño demonio se levantó del asiento dando un respingo y se le cayó un libro al suelo. Era un hobbit. Sus ojos rojos me observaban, abiertos como platos.

—¿Quién… quién demonios eres? —farfulló, estupefacto.

Me sentía terriblemente mareada.

—Disculpa —jadeé. Di un paso hacia delante, él dio un paso hacia atrás y, bajo sus ojos atónitos, me dejé caer sobre el sillón, extenuada. Fue un milagro que no soltara a Frundis. Entonces, con un hilo de voz, repetí—: Disculpa.

Y caí profundamente dormida.

4 Los Hijos de Shilabeth

Desperté tras un sueño agitado en el que caía y caía en un pozo sin fondo. Unos chasquidos atravesaron mi mente adormecida.

"¡Shaedra!"

El tono angustiado era apremiante y por un momento creí que se trataba de Syu, pero enseguida rectifiqué al notar la presencia bréjica.

"Zaix", resoplé mentalmente. Esa sí que era una sorpresa. Me dolía horriblemente la cabeza y ni intenté abrir los ojos aunque notaba que ahora estaba tendida en un mullido colchón. ¿Cuánto tiempo habría dormido?

"Shaedra", repitió el Demonio Encadenado. *"Tenemos un problema. Spaw me contó lo sucedido. Ahora lo están persiguiendo. No quiero echarte la culpa, pero tienes que arreglar esto."*

Sus palabras me sumieron en una total confusión.

"¿Que lo están persiguiendo? ¿Quiénes?"

"Los guardias de Ató. Piensan que es un demonio, creo que porque te acompañó a la Isla Coja. Dime, ¿dónde estás exactamente? No consigo hacerme una idea."

Esta vez había abierto los ojos, aterrada, sin apenas fijarme en el pequeño cuarto en el que me había metido el hobbit. Spaw, pensé estremeciéndome. Sentí que el corazón se me helaba al pensar que, sin lugar a dudas, la culpa era mía y únicamente mía. Musité débilmente:

"Creo que estoy en el pueblo de Kaarnis."

Zaix dio un respingo mental, sorprendido.

"Vaya, y… ¿qué haces ahí, hija mía?"

Hice una mueca y me enderecé, echando un vistazo a mi alrededor. No había mucho que ver: la habitación era reducida y un cortinaje rojo tapaba la salida a modo de puerta. Se oían voces no muy lejanas. Mi cabeza me dio vueltas y volví a tumbarme. Todo el cuerpo me dolía y observé que había vuelto a mi forma de ternian. Mis brazos, cubiertos de heridas, habían sido limpiados del barro. En realidad, ya no llevaba mi túnica sino un simple camisón verde y sedoso.

"¿Shaedra?", se preocupó Zaix tras un silencio.

“Estoy buscando a Kyisse”, contesté al fin, espabilando un poco.

“Kyisse… ¿la Klanez? Mm”, meditó mientras yo asentía. *“Escucha, Shaedra. Por una vez, creo que Spaw necesita ayuda. Le dije que volviese a casa, pero él teme que sigan su rastro. Eres la única que puede ayudarlo. Nidako está a semanas de viaje, en el Mar de las Agujas, y Modori… bueno, es un investigador, no un guerrero. Si le llega a pasar algo a Spaw…”*

Su temor era tan evidente que, por un segundo, creí que perdería la concentración y rompería el contacto bréjico.

“Zaix, yo…” Me interrumpí sin saber qué decirle o más bien sin atreverme a confesarle que si Spaw no lograba despistar a sus perseguidores yo no podría salvarlo. Me representé de pronto la mirada fría de Ew Skalpaï acercando la punta de su espada a la garganta de mi amigo y el horror me bloqueó por un momento la respiración. *“¿Dónde está?”*, pregunté.

“Huyendo de Ató. Al menos eso hacía cuando he hablado con él, hace apenas dos horas. Prométeme que lo ayudarás.”

Inspiré hondo. Aquella era tan sólo la segunda promesa que me pedía Zaix tan formalmente. Pero no podía engañarle prometiéndole algo que me sería tal vez imposible realizar.

“Haré lo que pueda, Zaix.”

“No debe ocurrirle nada”, insistió él. Noté que se retiraba, como cansado. ¿Acaso pensaba que yo tenía poderes mágicos para teletransportarme junto a Spaw y detener a un grupo de guardias pagodistas?, me pregunté, sombría.

Suspiré profundamente. Y todo era por culpa de unos odios ridículos que pervivían entre saijits y demonios. Al menos, muchos demonios habían aprendido a convivir con los saijits. En cambio, estos últimos parecían incapaces de razonar un mínimo, gruñí. Traté de no dejarme llevar por el miedo. Spaw iba a salvarse, afirmé. Tenía que salvarse.

Alguien corrió la cortina y una silueta apareció en el marco.

—¡Iharath! —solté, parpadeando por la luz.

El rostro del semi-elfo se iluminó con una sonrisa.

—Shaedra —pronunció, acuclillándose junto a mí con presteza—. Empezaba a preocuparme de que no te despertaras. Llevas tres días durmiendo.

Me quedé sin aliento.

—¿Tres días? —articulé.

—Ajá. Teb Kaarnis te ha dado un jarabe para que durmieras profundamente y te recuperaras antes.

Silbé entre dientes y me pasé una mano por las mejillas, como para deshacerme de esa modorra que no parecía querer marcharse.

—Teb Kaarnis —murmuré—. ¿El mismísimo Kaarnis me ha dado un jarabe?

Iharath asintió alegremente.

—Ajá. Y nos está hospedando en su casa. ¿Sabes? Empiezo a darme cuenta de que los demonios en realidad son muy parecidos a los saijits.

Esbocé una sonrisa.

—Me alegro. —Marqué una pausa y fruncí el entrecejo—: Pero… ¿y Kaarnis? ¿Sabe que no sois…?

Iharath posó el índice sobre sus labios para imponerme silencio.

—Kaarnis sabe quiénes somos. Pero los demás no. Según él, ya es bastante que su comunidad acepte tener entre ellos a una vampira. Aunque… ha tomado medidas para asegurarse de que Drakvian no atacase a nadie. —Suspiró, fatigado—. Ya le he dicho que era inútil, pero entiendo que no se fíe. Además, Drakvian no para de soltar bromas de mal gusto. Cuántas veces le habré repetido que la mayoría no entienden su humor. —Carraspeó y agregó—: Así que la tienen encerrada en un árbol.

Lo miré boquiabierta.

—¿En un árbol?

—Extraño, ¿verdad? En realidad, es la única prisión que tienen —explicó—. Los árboles de por aquí son muy anchos y, por lo visto, muchos están huecos por dentro y los utilizan para almacenar comida y herramientas comunes. Y uno de esos agujeros lo utilizan para cuando tienen que encerrar alguna bestia para las fiestas. Me lo intentó explicar Kaarnis. Drakvian está… de muy mal humor —afirmó mientras yo ponía los ojos en blanco ante la evidencia—. Ahora ni siquiera me contesta. Incluso escupió contra la reja para que nadie se atreviese a acercarse. Deberías hablar con ella cuando estés un poco más repuesta. A lo mejor consigues serenarla un poco.

Asentí y pregunté, ansiosa:

—¿Y Galgarrios?

—Está bien. Bueno, reponiéndose como tú. Tenía más heridas que la de la pierna y se habían infectado.

Resoplé.

—¿Y por qué no lo dijo?

Iharath se encogió de hombros.

—Como le decía Wujiri, no es bueno ser demasiado estoico. Pero está mucho mejor —aseguró—. Ahora está durmiendo. Y Wujiri también. El pobre elfo oscuro dice que está totalmente superado por los acontecimientos —sonrió—. Dice que ya no sabe dónde está el Bien y dónde está el Mal.

Le devolví la sonrisa.

—Pues ojalá se haga una idea clara del asunto —murmuré. El alivio al saber que todos mis compañeros estaban bien me devolvió un poco el ánimo—. ¿Y Syu? —pregunté al fin.

Iharath hizo ademán de levantarse mientras contestaba:

—Ha estado velándote casi sin pausas. Y ha salido hace un rato a explorar la zona. —O más bien a explorar los árboles, pensé, divertida—. Deberías descansar. Estás medio dormida.

—Por el jarabe —mascullé.

—Tal vez. Le diré a Kaarnis que deje de darte ese brebaje. Parece eficaz, pero…

—Pero un buen plato de arroz lo sería todavía más —repliqué, interrumpiéndolo—. Tengo hambre —declaré, enderezándome.

De pie junto al colchón, Iharath se carcajeó.

—No sé si tienen mucho arroz por aquí, pero tienen una especie de sémola bastante rica.

—Eso será suficiente —afirmé, levantándome—. Arrg —dejé escapar al tambalearme.

Iharath me cogió del brazo.

—No sabes el susto que nos has dado a todos cuando desapareciste por ese pozo —confesó con voz profunda, mientras salíamos de la habitación —. Te juro que pensé que te habíamos perdido para siempre.

Tragué saliva.

—Yo también lo creí.

Iharath me ayudó a sentarme en una silla, frente a una larga mesa de madera blanca. La sala estaba ahora desierta y silenciosa.

—Espera aquí, ya te traigo la comida.

Lo miré salir con gratitud y me quedé sentada muy recta en mi silla, sin atreverme a apoyar los codos sobre la mesa por culpa de las heridas. Al poco rato, oí unos susurros y pronto volvió a aparecer Iharath, seguido por el hobbit en cuya casa me había metido yo sin la menor educación. De pelo negro y rasgos duros, seguía transformado y deduje que, probablemente, se trataba de un táhmar. Me sonrió y todo rastro de severidad desapareció.

—*Taú kras* —pronunció, realizando un saludo—. Es un placer verte al fin despierta.

Le contesté cortésmente llevando mi mano al hombro izquierdo. Y entonces la realidad me impactó. Ese hobbit…

—¿Tú eres… Kaarnis? —balbuceé mientras Iharath posaba ante mí un plato que tenía una pinta suculenta.

El demonio asintió tranquilamente y se sentó enfrente de mí diciendo:

—Soy Teb Kaarnis, hijo de Nalan Kaarnis.

Me ruboricé.

—Yo… siento haber entrado en tu casa, así, tan de repente…

Una sonrisa surcó de nuevo el rostro de Kaarnis.

—Lo cierto es que me llevé un buen susto. Afortunadamente Zanda acababa de avisarme de todo lo ocurrido y deduje que debías de ser la muchacha en apuros. No quisiera hablar de recuerdos seguramente desagradables, pero tengo curiosidad, ¿cómo así conseguiste sobrevivir a una caída mortal?

Iharath se había sentado él también y ambos me miraban con atención. Cogí la cuchara de madera y antes de tomar el primer bocado dije:

—No caí. Al menos no del todo. Encontré una especie de agujero que resultó ser un túnel muy estrecho. Fui reptando hasta que llegué a una pequeña gruta, junto a esta casa.

Engullí una cucharada y el sabor dulce de la sémola despertó del todo mi hambre. Me dediqué a comer mientras Kaarnis asentía para sí.

—Has tenido suerte, entonces. Porque de lo contrario habrías caído directamente en los arrecifes de la cascada, si no me equivoco. En fin, no hablemos más de desventuras. Ga me ha comentado que pertenecías a la comunidad de Zaix. Ignoraba que el Demonio Encadenado hubiese formado una.

Agité afirmativamente la cabeza y tragué los cereales.

—Es pequeña, pero existe —apunté.

Pequeña, y más que podía llegar a ser si alguno de sus miembros acababa quemado en la hoguera. Ese pensamiento alimentó de nuevo mis temores. Y mientras comía, me pregunté por qué diablos tenía que complicar siempre la vida de Spaw. Definitivamente, hubiera actuado con más inteligencia encerrándome junto a Zaix, Sakuni y Modori tras meterme en la cofradía de los Sombríos: de ese modo, ningún guardia de Ató estaría ahora cazando demonios. No quería pensar en lo que harían Kaarnis y las demás comunidades cuando se enterasen de que había metido la pata tan estrepitosamente.

—Según me contó la vampira, te convertiste en demonio por culpa de una poción —prosiguió Kaarnis.

—Hace tres años, exactamente —precisé—. Y sí, bebí una poción sin saber lo que era y mi Sreda se alocó.

Kaarnis parecía vivamente interesado.

—Entonces, debía de ser una poción de un alquimista demonio.

—De Seyrum —asentí.

—Mm. Dicen que es el mejor alquimista de la Superficie. —Tras un breve silencio, añadió—: Disculpa mi indiscreción pero, supongo que alguien se habrá ocupado de tu instrucción durante estos años, ¿verdad?

Terminaba ya mi plato y vacié mi vaso de agua antes de contestar:

—Por supuesto. Kwayat se encargó de instruirme.

Kaarnis sonrió abiertamente.

—Por supuesto. Ese hombre siempre me ha parecido muy especial. —Su rostro se hizo pensativo—. Lo vi una vez, hace muchos años. Recuerdo bien su rostro y su expresión. Parecía… como si se enfrentase a su pasado en una lucha interminable.

Nunca mejor dicho, pensé. Esbocé una sonrisa sombría.

—Kwayat es una persona rodeada de misterios. Por cierto, estaba riquísimo —dije, señalando el plato.

Curiosamente, la sonrisa de Kaarnis me recordaba un poco a la del maestro Dinyú.

—Entonces, lo mejor será que vuelvas al cuarto y duermas todo lo que necesites —concluyó, levantándose.

Asentí, me incorporé y lo saludé respetuosamente, alzando ambas manos hacia los hombros opuestos.

—Es un honor poder hospedarnos en tu casa —pronuncié.

El hobbit acogió los agradecimientos con un breve gesto de cabeza.

—Y para mí es un honor recibiros. Lo cierto es que, con lo que me gustan las rarezas, jamás había visto a un grupo tan abigarrado como el vuestro.

Su comentario nos arrancó a Iharath y a mí una sonrisa.

—¿Dónde está Ga? —pregunté.

—Devorando todas las flores de la caverna, seguramente —bromeó el hobbit.

—Mm. ¿Y Frundis? —dejé escapar, antes de darme cuenta de que era más que probable que no supiese quién era Frundis.

—Está en el salón —contestó sin embargo Kaarnis para mi sorpresa—. Estaba precisamente escuchando una de sus canciones. Es una persona muy curiosa. Y un amigo leal: no me ha contestado a ninguna de mis preguntas. Salvo a las que tienen que ver con la música, claro.

Me mordí el labio. No recordaba que alguien me hubiese hablado nunca de Frundis empleando la palabra «persona».

—¿Puedo… retomarlo?

Kaarnis asintió enseguida.

—Ahora mismo te lo devuelvo.

Desapareció tras una cortina y yo volví renqueando a mi cuarto seguida de Iharath.

—Buenas noches, Shaedra —me murmuró este cuando aparté la cortina roja de mi habitación—. Creo que voy a seguir tu ejemplo. La verdad es que, con estas cavernas, ya nunca sé cuándo toca dormir. A lo mejor ahora en la Superficie son las doce del mediodía. Es una extraña sensación —confesó, rascándose la mejilla.

Por lo visto, a Iharath tampoco parecía convencerle la vida subterránea, observé. Kaarnis regresó con Frundis y no tardé en darles las buenas noches y tumbarme con el bastón. Este se alegró de verme y declaró animadamente:

“Ese hobbit tiene una curiosidad admirable, aunque confieso que ya me estaba cansando intentando explicarle la técnica del contrapunto. Es increíble lo folclóricos que son en este pueblo. Al parecer, sólo tocan guitarra y tambor. No es que esté mal, pero ¿te imaginas? ¡En su vida han

visto un piano! Bah, ríete como Syu”, gruñó cuando dejé escapar una risita por lo bajo. *“¿Cómo te encuentras?”*

Le rasqué el pétalo azul y oí unas dulces notas de flauta.

“Mucho mejor”, aseguré. Poco después, concilié el sueño y soñé con que estaba de vuelta en el *Ciervo alado*. Kirlens me miraba con horror y yo me daba cuenta de que estaba transformada en demonio. Salía corriendo y sólo después de haberme alejado de Ató me percataba de que había dejado a Spaw atrás. Pero entonces llegaba Márevor Helith con Jaixel y ambos lo salvaban y le daban un baúl lleno de capas verdes. Desperté riéndome a carcajadas, aunque pronto callé pensando en que Spaw seguramente no estaba en ese momento preocupándose por su capa, sino más bien huyendo de unos asesinos… a menos que estos ya lo hubiesen atrapado.

Parpadeé. Me sentía mucho más reposada y me detuve un rato a meditar. Ya que al parecer todos mis compañeros estaban bien, mis pensamientos fueron directamente a preocuparse por Spaw. Si efectivamente lo perseguían, Aleria y Akín debían de sospechar que Maoleth, Kwayat, Askaldo, Skoyena, Lilirays, Arfa y tantos otros eran también demonios. Sin duda Aleria se preguntaría por qué entonces habían acabado con la vida de uno de los suyos. Cabía esperar que entendiese que Driikasinwat y sus simpatizantes no constituían más que una parte de la población de los demonios… Pero nada más recordar el destello vengativo de Aleria al hablar de los Droskyns, empecé a dudar sobre si, a fin de cuentas, no estaría dispuesta a revelar todo lo que sabía al Mahir. Y en tal caso tenía que avisar a los demás, ¿pero cómo?

Unos súbitos chasquidos mentales me hicieron agrandar los ojos por la tremenda casualidad.

“¡Zaix!”, exclamé con precipitación. *“Qué casualidad, necesito que me ayudes para avisar a otros demonios de que están en peligro…”*

“¿Me hablas a mí?”, me cortó el bastón, socarrón.

Suspiré y me traté de idiota.

“Frundis, ¿a qué venían esos chasquidos?”

“Estaba componiendo”, replicó pacientemente.

“Mmpf. Buenos días, Frundis.” Lo dejé componiendo y salí del cuarto, estirándome como un mono gawalt. Enseguida una bola de pelos trepó con rapidez hasta mi hombro gritando mi nombre.

“¡Syu!”, solté con alegría, rascándole la barbilla.

El mono se alejó hasta una de las ventanas y declaró con solemnidad:

“Puesto que me dejaste atrás, sólo hay una manera de que te perdone.”

Apartó la cortina e indicó animadamente el paisaje con la mano. Me mostraba los árboles, cómo no. Sonreí.

“Empiezo a entender lo que propones. Tomo un desayuno y echamos la carrera”, le prometí. De pronto oí un golpe contra la madera detrás de mí y me di la vuelta. Al ver a Galgarrios saliendo de su cuarto con una cachava, salté de felicidad y me precipité hacia él para darle un abrazo con el mayor cuidado.

—Galgarrios, ¡no sabes cuánto me alegra verte tan mejorado! —confesé.

El caito sonrió pero enseguida adoptó una expresión afligida.

—Shaedra —murmuró, cabizbajo—. Cuando pienso que estuve a punto de matarte…

Me quedé atónita.

—¿Qué?

Él suspiró.

—Frundis se me escapó. Yo no quería soltarlo pero ya no sabía lo que hacía, perdí el equilibrio y…

—Galgarrios —lo interrumpí, exasperada—. No tienes la culpa de que me tirase en un pozo. ¿De dónde sacas esas ideas?

Mi amigo se encogió de hombros y suspiró.

—Según Iharath, Frundis estaba colgando justo encima del agujero. Por eso te caíste: porque fuiste a recogerlo. Nunca me he sentido tan avergonzado —confesó.

Lo miré con fijeza.

—Amigo mío —dije con más calma—. Si tú te sientes avergonzado por algo tan absurdo, prefiero no pensar en cómo debería sentirme yo. Deja ya de apesadumbrarte. Un gawalt no lo haría —le sonreí—. ¿Qué tal la pierna?

El caito pareció hacer un esfuerzo para retomar el buen humor y me devolvió una leve sonrisa.

—Mejor. Lo cierto es que ya no me duele.

Poco después apareció Kaarnis frotándose los ojos para despertarse y le dimos los buenos días antes de instalarnos a la mesa. El desayuno consistía en unos peces llenos de espinas que el Demonio Mayor llamó bugras rojas y que me recordaron un poco a las truchas del Trueno en más pequeño.

Pronto llegaron Wujiri e Iharath, con el pelo hundido, diciendo que habían estado bañándose en el río. El elfo oscuro había quitado su armadura y su túnica de guardia. Parecía relajado y supuse, divertida, que no se sentía demasiado amenazado por los demonios. Tampoco parecía guardarme rencor por no haberle revelado la verdad sobre mi propia naturaleza.

Mientras comíamos, charlamos tranquilamente de la vida de la Comunidad de la Oscuridad. Según explicó Teb Kaarnis, la gente de ahí vivía sobre todo de fruta, pescado y cereales.

—Esta zona era una de las más ricas, en tiempos del reino de Shilabeth —contó Kaarnis, mientras nosotros acabábamos nuestros platos—. La tierra es muy fértil, los árboles dan siempre frutos y la caverna es difícil de acceso. Es raro que vengan criaturas a molestarnos. Como veis, es un verdadero paraíso —afirmó.

Sonreí al oírlo hablar con tanta convicción. Acababa ya mi última bugra roja cuando oí unos ruidos regulares afuera y alcé los ojos, extrañada.

—Esos son nuestros guardias —explicó Kaarnis, al ver que me levantaba para echar una ojeada al exterior—. Suelen entrenarse cuando no están patrullando.

Wujiri enarcó una ceja.

—¿Tenéis muchos guardias? —inquirió, intrigado.

El Demonio Mayor se encogió de hombros.

—Nueve guerreros y un maestro de armas. Seis de ellos andan fuera del pueblo. Los demás ya los conocéis, volvieron con vosotros.

Kojari, Zanda y Rayth, entendí. Curiosa, aparté la cortina de la entrada. Más abajo, en un pequeño hoyo que separaba el pueblo del bosque, Kojari y Zanda se entrenaban, entrechocando unos bastones en forma de sable con movimientos precisos y regulares. Rápidamente me percaté de que Kojari se las arreglaba mejor que Zanda aunque, habiendo observado tantos combates de entrenamiento en mi vida, no me fue difícil percibir cierta temeridad en alguno de sus movimientos. Reprimí entonces una sonrisa irónica al darme cuenta de que analizaba el combate como lo hubiera hecho delante del maestro Dinyú.

“¿Y la carrera?”, me recordó inocentemente Syu, subido a mi hombro. Asentí y me giré hacia Kaarnis, indecisa.

—Esto… ¿Puedo salir, verdad? —pregunté.

El hobbit puso cara sorprendida.

—¡Naturalmente! Faltaría más.

Sonreí anchamente, me despedí de todos y me apresuré a vestirme y recoger a Frundis antes de salir de la casa y dirigirme hacia el bosque. A mi derecha, se alineaban unas chozas de madera y roca casi ocultas tras la vegetación. Según Kaarnis, la Comunidad de la Oscuridad contaba con trescientos veintisiete miembros, pero todos no vivían en aquella caverna. Aun así, jamás había estado rodeada de tanto demonio y me daba una extraña sensación pensar que precisamente muchos de esos habitantes no habían visto a un saijit en su vida. Por eso, seguramente, no les cabía en la imaginación que Wujiri, Iharath y Galgarrios no fuesen demonios. Pasé junto a Kojari y Zanda y ambos humanos interrumpieron un instante el combate para saludarme. Retomaron la lucha, concentrados, y yo seguí mi camino sin atreverme a decir una palabra, aunque me hubiese gustado darles las gracias por haber llevado sanos y salvos a todos mis compañeros hasta el pueblo. Una vez que me hube adentrado en el bosque, Syu se puso a olfatear todas las raíces, hiperactivo. Los árboles eran inmensos.

"Esos árboles deben de medir treinta metros", estimé, paseando una mirada impresionada a mi alrededor.

El mono gawalt señaló uno de los árboles.

"Este es el más alto que he encontrado", me informó, entusiasmado.

Levanté la cabeza y palidecí al ver que la copa se sumía en las sombras de la caverna.

"Syu… ¿te has vuelto loco? Además, no tiene ni ramas hasta pasados varios metros", me quejé, examinando el tronco con aire crítico.

El mono se cruzó de brazos y me contempló con sorna.

"¿Tienes miedo?"

Gruñí.

"Creía que un gawalt era más prudente."

"Prudente en su justa medida", rectificó Syu. *"Además, un poco de aventura siempre abre el espíritu."*

Puse los ojos en blanco.

"Eso lo sacas de Frundis", adiviné.

Syu se encogió de hombros y siguió clavando sus ojos en los míos. Su pose me pareció tan divertida que me eché a reír y desistí:

"Está bien." Guardé a Frundis a mi espalda. El bastón murmuraba y mascullaba para sí entre acordes de violines y acordeones. *"A la de tres"*,

declaré, sacando las garras.

Se encargó Syu de contar y salimos disparados árbol arriba. La corteza del tronco ofrecía muchos agarres y por eso sabía que en caso de apuro siempre podría hincar las garras e inmovilizarme. Llegamos pronto a las primeras ramas e íbamos a continuar subiendo cuando Syu soltó un grito de sorpresa y me paralicé. ¿Qué…?

Sentada cómodamente en el corazón del árbol, con un fruto amarillo en la mano, una ternian me contemplaba, tan sorprendida como yo. Se repuso antes. Tragó el fruto que comía y realizó el mismo saludo preciso que acostumbraba a realizar Kwayat. Era un gesto reservado a los instructores. Agrandé los ojos, extrañada, mientras le devolvía el saludo más humildemente. ¿Qué hacía una instructora de demonios subida a un árbol?

—Déjame adivinarlo —soltó con una voz pausada—. Eres la joven que apareció hace unos días en casa de Kaarnis, ¿verdad? —Asentí, sonrojada—. Mm. Entonces, tú debes de ser Shaedra —declaró—. Veo que a pesar de tus heridas ya has empezado a hacer ejercicios algo peligrosos —observó—. Mi nombre es Daorys. Oí decir que vais en busca de una spiartea de sol. ¿Es eso cierto?

Noté una pizca de burla y escepticismo en su voz y enarqué una ceja. ¿Acaso no se creía que realmente buscábamos esa spiartea? Ignoraba si era juicioso darle más detalles a esa desconocida, pero precisé:

—Técnicamente, vamos en busca de una niña que fue raptada.

—Ya, eso he oído también —meditó la instructora. Reprimí un suspiro y me pregunté qué demonios habían podido decir Ga, Wujiri e Iharath a Kaarnis para que supiesen todos tanto—. También he oído que esa niña no es una niña cualquiera. —Me miró con insistencia pero yo no despegué los labios, indecisa. Daorys tiró el corazón de su fruto al vacío con un gesto desenfadado antes de agregar—: Al parecer, es una de las últimas nixes que existen en la Tierra Baya.

Ladeé la cabeza, desconcertada.

—¿Nixes? —repetí.

La ternian frunció levemente el ceño.

—¿No andáis buscando a una Klanez? Pues, que yo sepa, los Klanez son una familia de nixes. —Me miró, incrédula—. ¿No lo sabías?

—No. Francamente, no sé ni qué son los nixes —admití, tratando de no alarmarme. Daorys se había quedado perpleja, como sorprendida por mi

ignorancia. Eché una mirada a Syu. Sentado en otra rama, el mono seguía el intercambio con un interés relativo, impaciente seguramente de ir a descubrir ramas más altas.

“¿Tú sabes qué son los nixes?”, inquirí.

La mueca del mono me bastó como respuesta.

—Supongo que no es tan raro que no conozcas a los nixes —dijo al fin Daorys—. Al fin y al cabo, hay muy pocos y se esconden bien. Algunos del pueblo los llaman hadas. Pero, en todo rigor, son nixes. —Mi expresión confusa la hizo menear la cabeza—. La sainal debía de saberlo si realmente habló con los que se llevaron a la nixe… ¿Sabes dónde puede estar ahora? —me preguntó.

—Pues no —confesé, agitada—. Entonces… ¿tú crees que Kyisse fue raptada por los nixes para llevarla a su hogar?

—Obviamente es lo que parece. Lo que me pregunto es por qué un grupo tan extraño como el vuestro, perteneciente a una comunidad… —vaciló y pronunció—: tan nueva y acompañado por una vampira, anda tras una joven nixe y, de paso, va en busca de una flor de cristal. Supongo que tendréis vuestras razones —añadió sonriente mientras yo la miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Queé? —pronuncié—. ¿La spiartea de sol es una flor de cristal? —Por algún milagro, recordaba que las flores de cristal eran plantas rocosas subterráneas, rebosantes de energía bréjica y capaces de provocar trastornos serios con tan sólo acercarse a ellas.

Observé, aterrada, cómo Daorys asentía con la cabeza.

—En tajal se le llama spiartea de sol porque brilla en la oscuridad. Spiartea es una palabra viejísima sinónimo de «sombra». —Hizo una mueca medio incrédula medio divertida—. Veo que Ga os ha explicado todo con claridad. Tan sólo falta que nos aclare por qué diablos desea tener una flor de cristal. Los sainals a veces tienen ideas que ni los demonios podemos lograr entender —sonrió. Hizo ademán de agarrar una rama para emprender la bajada pero se detuvo y giró unos ojos verdes muy claros hacia mí—. Por cierto, Kaarnis me dijo que Kwayat se ocupó de tu instrucción. Eso, supongo, significa que se encuentra bien.

Enarqué las cejas.

—Al menos la última vez que lo vi, estaba bien —le aseguré—. ¿Lo conoces?

Daorys esgrimió una media sonrisa.

—Sí.

Con un leve gesto de cabeza se despidió y desapareció ágilmente detrás del tronco. Syu y yo nos acercamos al borde del árbol para observarla bajar. Parecía conocer aquel árbol de memoria, noté. Cuando llegó al suelo, me recosté contra una gruesa rama, pensativa, mientras Syu se alejaba para explorar el árbol a fondo.

Por lo visto, Ga no me había dicho toda la verdad. Claro que tal vez había pensado que, al revelarme que Kyisse era una "nixe", yo habría entendido adónde la habían llevado y dejaría de intentar buscar esa "flor de cristal". Una nixe, me repetí, anonadada. ¿Eso significaba acaso que Kyisse no era una saijit? Pensándolo detenidamente, jamás había conseguido determinar a qué raza pertenecía, pero lo cierto era que tampoco le había dado mucha importancia al asunto. Daorys había hablado de hadas. Pero yo siempre había creído que las verdaderas hadas eran criaturas olvidadas y extinguidas desde hacía tiempo. En todo caso, si Kyisse estaba sana y salva, desde luego no era gracias a mi eficacia: habían pasado ya cuatro días desde que habíamos desaparecido por la Torre de Shéthil.

De pronto oí unos chasquidos y entorné los ojos, pensando que se trataba de alguna broma de Frundis, pero entonces la voz de Zaix me sobresaltó.

"Shaedra. ¿Estás despierta? Vengo como mero mensajero."

Enarqué una ceja ante su tono monocorde y algo enfurruñado. En cualquier caso, era inédito que Zaix estableciera dos conexiones bréjicas en un intervalo tan corto. Además, yo siempre había pensado que un sortilegio tan potente, aun respaldado por las cadenas de Azbhel, debía de requerir mucha energía.

"Zaix", suspiré, aliviada. *"Pues a mí me gustaría pedirte un favor…"*

"Spaw también me ha pedido uno", me cortó. *"Te dice que no te muevas de donde estás y que ni se te ocurra ir a ayudarlo. Hasta me ha amenazado con entregarse él mismo si me negaba a repetir sus palabras"*, suspiró, malhumorado.

Meneé la cabeza. ¿Por qué no me extrañaba la reacción de Spaw? Aunque, de todas formas, aun si hubiese pedido ayuda, la habría recibido seguramente demasiado tarde.

“Deduzco de esto que los guardias siguen sin haberlo encontrado”, observé, optimista.

Zaix asintió mentalmente.

“Sí, pero no ha querido describirme su situación. Sólo me ha dicho que lo acompañaban unos amigos entre los cuales, tu tío.”

Di un respingo.

“¿Lénisu?”, silbé entre dientes. ¿Y qué demonios hacía Lénisu huyendo de Ató cuando se suponía que había salido de ahí hacía días en compañía de Miyuki, Dashlari y Darosh? Eso sí que era una sorpresa. Sin embargo, a pesar de todas las incógnitas, no pude negar el gran alivio que sentía al saber que Spaw estaba tan bien acompañado.

Conociendo a Zaix, me apresuré a pedirle antes de que rompiese el contacto que avisase a Kwayat, a Askaldo y a Maoleth de lo ocurrido. Se despidió de mí con estas palabras:

“Dudo de que no estén ya al corriente. Pero, de todas formas, yo no me ocupo de salvar a Demonios de la Mente. Ya tengo suficiente con vosotros. A ver cuándo os decidís Spaw y tú a vivir juntos y os dejáis de aventuras.”

Quedé enmudecida por su insinuación. ¿Acaso Zaix pensaba que Spaw y yo nos queríamos más que como simples amigos? Me ruboricé y meneé la cabeza, tratando de no reflexionar demasiado sobre el asunto.

En la caverna, sólo se percibían el murmullo del agua y los choques de madera de Kojari y Zanda. Frundis mascullaba por lo bajo con un ruido de címbalos enervado y pareció estar recriminando su orquesta por algún sonido disonante. Entonces recordé que estaba subida al árbol probablemente más alto de toda la zona y me incorporé para buscar a Syu. Lo encontré metros más arriba observando con precaución un objeto oscuro y circular. En ese momento un avecilla de plumaje azul claro vino a posarse con una lombriz en el pico. Se elevaron chillidos de crías. Un nido de paiskos, entendí, tan maravillada como Syu.

“No hay plátanos”, me dijo entonces el mono. *“¡Pero no sólo se vive de plátanos!”* Y me enseñó triunfalmente un fruto amarillo semejante al que había estado comiendo Daorys. Acto seguido, se lo tragó de un bocado y salió disparado hacia arriba soltando: *“¡Voy a por otro!”*

Nos pasamos la media hora siguiente engullendo frutas amarillas. Tenían un sabor muy curioso aunque, incontestablemente, eran deliciosas. Syu hasta confesó que casi le parecían tan buenas como los plátanos, tal vez

porque también tenían una piel amarilla. Aun así, insistió claramente en el «casi». Cuando estuve saturada y hube echado alguna carrera más con Syu por los altos ramajes, declaré:

“Voy a ver a Drakvian.”

Syu asintió.

“Pues buena visita. Yo vuelvo a casa: la última vez que pasé cerca de su árbol olía peor que una mofeta.”

Con una sonrisa bailando en mis labios, emprendí la bajada del inmenso árbol.

5 El pacto de una demonio

Fue casi imposible conversar con Drakvian. Le di los buenos días desde lejos, sin atreverme a acercarme a aquella reja fétida, y la vampira gruñó desde su agujero:

—Es la primera vez que me encierran. O más bien que me dejo encerrar. Odio esa sensación.

Le dediqué una mueca compasiva.

—Enseguida saldrás y seguiremos con el viaje —le aseguré desde unos cuantos metros de distancia.

—Ya… Además, no me dan ni un poco de sangre para animarme. Te aseguro que cuando me liberen, se van a arrepentir. Me pregunto cómo sabrá la sangre de demonio —añadió, relamiéndose con una risita maligna.

Me llevé la mano a la frente, exasperada.

—Drakvian, esos comentarios mejor no los digas en voz alta. La gente se asusta con facilidad.

—¡Que se asusten! ¡No voy a poder decir lo que pienso…! —rezongó—. Anda, ve a descansar. Cuanto antes te repongas, antes saldré de este maldito árbol.

—Ya estoy casi repuesta. —Vacilé un segundo y entonces agregué—: Intenta meditar.

—¿Meditar? —repitió ella, cruzándose de brazos—. Llevo meditando tres días.

En ese instante, pasaba un niño demonio entre los árboles. Se quedó observándonos y yo le devolví su mirada, curiosa. Si bien recordaba, era la primera vez que veía a un niño transformado en demonio. Drakvian no encontró mejor momento para soltar un escupitajo contra las rejas y enseñar sus colmillos con aire amenazante.

—¡Ja! Así me gusta. ¡Huye, pequeño demonio!

De hecho, el niño había salido huyendo despavorido. Meneé la cabeza. La vampira estaba realmente agitada.

—Creo que necesitas meditar un poco más —apunté—. No te lo tomes tan a pecho. Hasta te han puesto un colchón y cojines, no te tratan tan mal.

Y te juro que en cuanto Galgarrios no cojee nos movemos.

Oí el suspiro profundo de la vampira. Sin contestarme, me dio la espalda y yo emprendí el camino de regreso hacia la casa de Kaarnis con la sensación de que a Drakvian se le estaba avinagrando el carácter.

Sin embargo, pronto entendí por qué. Y es que, como me lo explicó Iharath poco después, la habían obligado a deshacerse de Cielo. Sabiendo cuán terrible podía llegar a ser Drakvian en esas circunstancias, me alivió saber que la vampira confiaba lo suficientemente en Iharath como para dejarle guardar la daga durante unos días y no intentar ninguna locura.

En cuanto volví a la casa, pregunté por Ga, y Kaarnis me contestó que había ido a pasearse y comer flores. La verdad, quería saber por qué no nos había hablado de los riesgos que podía conllevar para nosotros su acuerdo. Además, me habría gustado entender por qué deseaba tanto esa spiartea. Al principio, no había dudado de que tuviera una razón muy importante, pero cuanto más lo pensaba más me preguntaba si las razones de un sainal realmente podían ser entendibles por un saijit.

Los días en los Subterráneos siempre me habían desorientado, pero en esa caverna me resultó particularmente difícil determinar el paso del tiempo. En Dumblor, la enorme piedra de luna contra la cual se adosaba la ciudad variaba de iluminación de manera precisa y regular; en el pueblo de Kaarnis, ninguna fuente de luz era fiable como reloj y lo único que permitía hacerse una idea de la hora era una piedra de Nashtag colocada en medio de la plaza del pueblo. La vi la segunda vez en que salí a explorar más a fondo la zona con Syu. Las miradas recelosas que sentí entonces posarse sobre mí me dejaron incómoda y me refugié pronto en casa de Kaarnis. Para mi sorpresa, el Demonio Mayor incluso se disculpó por la desconfianza de su pueblo. Desde luego, si los demás eran desconfiados, él era todo lo contrario: sentía curiosidad por todo y, al día siguiente, pasamos largas horas conversando con él, sentados a la mesa, como si no tuviésemos nada urgente que hacer. Yo le hablé de la vida en Ató y de la música, Wujiri habló de recetas tradicionales y un comentario de Galgarrios nos hizo derivar hacia temas más fundamentales y filosóficos. En algún momento, Kaarnis mencionó que él mismo había tenido su época de aventuras y nos contó su juventud y sus andanzas por la Superficie.

—Me despedí de mis padres y me fui a errar por el mundo. Creí que regresaría al de unos meses pero resulta que tardé cinco años en hacerlo. Creo que volví algo más sabio. Aunque también se me pasaron las ganas de

viajar —sonrió—. Descubrí que podía sentirme feliz simplemente observando una nueva flor abrirse junto a mi ventana.

—Eres todo un poeta —observé, divertida.

El hobbit sonrió.

—Aquel que pronuncia versos no es poeta. El poeta es quien los pronuncia sintiéndolos de verdad.

Y entonces, se puso a recitar con voz suave:

En el río murmuran las aguas oscuras y solas.
En la sombra la hierba susurra.
Y despierto, las oigo, y en sueños en alma las siento.
Pero nunca el rumor acompaña la voz del viento.

Los ojos de Galgarrios se habían iluminado.

—Bonito —aprobó.

—He ideado estos versos esta misma mañana antes de abrir los ojos —reveló el Demonio Mayor.

Yo asentí, aunque no dejé de intentar descifrar el significado de aquel poema. Poco después, nos ocupamos de poner la cena y volvimos a la mesa con platos llenos de cereales, menos Ga, quien acababa de engullir la última flor del gran cuenco que había traído antes de que empezáramos a cenar. Me mordí el labio, pensativa, mientras comíamos.

—Kaarnis —dije—. ¿Dónde viven exactamente los nixes?

Me dio la impresión de que las sombras que envolvían a Ga se inmovilizaban bruscamente. El Demonio Mayor asintió para sí, como si la pregunta no lo sorprendiera.

—Suponía que me lo preguntarías. Daorys me dijo que no conocías la existencia de los nixes. Lo cierto es que no me extraña, y menos ahora que sé cómo conociste a Kyisse. Si lo he entendido bien, vosotros creíais que ibais en busca de una niña raptada. Y Ga os prometió llevaros hasta ella a cambio de que la ayudarais a encontrar esa… spiartea de sol.

La mirada que le echó a la sainal la hizo estremecerse.

—Era mi única manera de convencerlos —se excusó Ga en tajal.

—De convencerlos para que pusiesen en peligro sus vidas a cambio de una simple información —replicó Kaarnis con voz neutra—. El trato no era muy justo. Sin embargo, yo que vosotros no me metería en el territorio de los nixes. Os aseguro que si Kyisse es una de ellos estará mucho mejor ahí.

—Esperad un momento —intervino Iharath, algo perdido—. ¿Qué son los nixes?

Me encogí de hombros.

—Según me explicó Daorys, son una especie de hadas. —Me giré hacia Kaarnis—. ¿No es así?

—Los nixes son nixes —replicó simplemente el hobbit—. Se parecen un poco a los humanos, pero, según cuentan las historias, tienen ojos dorados y la piel muy pálida. Yo jamás vi a uno. Daorys llegó a la frontera de su territorio, pero según dijo no se puede pasar más allá: está lleno de trampas.

Enarqué una ceja, alarmada.

—¿Trampas?

—Ilusiones —especificó—. Tienen poderes mágicos para crear ilusiones. En fin, vosotros que sabéis de artes celmistas seguramente conocéis el tema mejor que yo.

Intercambié una mirada elocuente con Galgarrios y Wujiri. Ese detalle hablaba por sí mismo. Kyisse tenía una habilidad innata con las armonías. Y el castillo de Klanez estaba, según la leyenda, rodeado de trampas armónicas indelebles…

—No la han llevado a ese lugar —intervino Ga con un suspiro.

Kaarnis y yo nos giramos hacia ella, sorprendidos, mientras los demás se preguntaban seguramente qué demonios habría gruñido.

—¿Qué quieres decir? —la animó Kaarnis, intrigado.

—Quiero decir que el territorio de los nixes se sitúa exactamente en el sentido opuesto al que tomó aquella gente. —Sacudió la cabeza con tristeza. Parecía haberse resignado a hablar—. Hay que pasar por los Túneles Blancos.

Kaarnis arqueó una ceja.

—Los Túneles Blancos conducen a los Subterráneos.

—Existe un pasadizo que sube y sale a la Superficie —replicó Ga—. Según entendí, querían llevar a la niña a los Extradios. Dijeron que la llevaban a su hogar.

—¿Qué está diciendo? —me murmuró Iharath.

Iba a explicárselo cuando Kaarnis preguntó en tajal:

—Esa gente… ¿eran nixes?

Ga negó con la cabeza. Las palabras que pronunció a continuación me helaron la sangre en las venas.

—No eran nixes. Había un humano y un orco. Los acompañaba un sainal al que no conocéis que se quedó conmigo en la torre hasta que volviesen ellos con la niña. Su nombre es Aüro.

—¿Qué ha dicho? —insistió Iharath al verme tan lívida.

Abrí la boca y farfullé:

—Un orco, un sainal y un humano han llevado a Kyisse a los Extradios. Ga —gruñí entonces en tajal—. Me dijiste que Kyisse no corría ningún peligro.

La sainal se encogió de hombros.

—A Aüro lo conozco. Tiene buen corazón. —Eso no me daba a entender que fuese vegetariano como Ga…, pensé—. Y el otro, ahora que lo recuerdo, es de la familia de la niña.

Agrandé los ojos, incrédula.

—¿Y el orco? —pregunté en abrianés con un hilo de voz.

—Es un gran bréjico, al parecer. A la niña no le ha pasado nada malo —insistió.

Tragué saliva, alterada. No conseguía imaginarme a la niña acompañada de un orco y de un sainal.

“Bueno, ya ha viajado durante mucho tiempo con una demonio y no le ha pasado nada”, me consoló Syu, burlón. Suspiré ruidosamente.

Dediqué los siguientes minutos a traducirles a todos la conversación. El rostro de Wujiri se ensombreció considerablemente, Iharath adoptó enseguida una expresión pensativa y Galgarrios se encogió de hombros.

—Si realmente se la llevó un miembro de su familia —meditó Wujiri con lentitud—, tal vez no deberíamos seguir buscándola.

Meneé la cabeza. Podía ser que Kyisse estuviese tranquila con su familia, pero tenía que verlo con mis propios ojos.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos? —intervino el caito, pragmático—. ¿Buscamos ese pasadizo hacia la Superficie o buscamos antes la flor?

—Os conduciré hasta la niña —dijo de pronto Ga. Agrandé los ojos, anonadada, y la vi cruzarse de brazos, decidida—. No quiero que penséis que soy una desalmada. Si realmente dudáis de que la niña esté bien, vayamos antes a verla, y luego… —suspiró— realmente os estaría agradecida si me ayudáis a buscar una spiartea de sol. No se trata de una

cuestión de vida o muerte… pero es algo con lo que vengo soñando… —vaciló— desde hace tiempo.

La contemplé, sin poder creer lo que estaba diciendo.

—Ga… —murmuré—. Yo…

—¡Es una sabia decisión! —apuntó Kaarnis con viveza, empujando su plato—. La caverna de flores de cristal está lejos de aquí. En cambio, por lo que dices, esa salida secreta a la Superficie está mucho más cerca. Piensa que esta gente sólo quiere el bien para la niña. No rompes ninguna promesa enseñándoles el camino —aseguró—. Y de veras que respeto tu deseo, pero sea cual sea lo que pretendas hacer con una spiartea de sol, te recuerdo que es una flor rocosa peligrosa. Ni aun con la ayuda de diez personas lograrías desarraigarla.

Ga asintió y se levantó mientras los demás nos observaban, esperando pacientemente mi traducción.

—Os llevaré entonces al refugio de la niña —concluyó la sainal y agregó en tono bajo—: Tal vez mi deseo fuese demasiado… soñador.

Sus ojos blancos se ensombrecieron y salió de la habitación en silencio. Estuve a punto de detenerla, conmovida al ver que renunciaba tan repentinamente al acuerdo. Sin embargo, la sainal desapareció por la puerta con rapidez.

—¿Se ha enfadado? —preguntó Iharath.

Negué con la cabeza y, tras una vacilación, les expliqué lo ocurrido. Todos se mostraron relativamente contentos al saber que no solamente pronto encontraríamos a Kyisse, sino que además volveríamos a la Superficie.

—En todo caso, me alegro de que esa niña tenga a tantos protectores tan abnegados —comentó Kaarnis.

—Abnegados —repetí con amargura—. Tal vez. Pero no muy eficaces.

Tamborileé nerviosamente contra la mesa. Iharath puso los ojos en blanco.

—Para ser eficaces, sólo hace falta movernos. ¿Qué os parece si mañana nos ponemos en marcha?

Todos aprobaron y Teb Kaarnis aseguró que se encargaría de darnos todo lo necesario para el viaje. Le dimos las gracias efusivamente y él determinó:

—Todos a dormir. Mañana emprenderéis vuestro viaje.

Fuimos a lavar los platos y observé que mis compañeros parecían tan pensativos como yo. Nos dimos las buenas noches y antes de que desapareciese en mi cuarto, Iharath me soltó:

—Con un poco de suerte todo saldrá bien.

Asentí con la cabeza y, tumbada en mi cama, me dije que me había comportado como una egoísta al aceptar tácitamente que Ga renunciase a su acuerdo. También era verdad que Ga persistía en no decir por qué deseaba tanto esa flor de cristal. Poco sabía sobre esas plantas rocosas, aunque esos días había ido acordándome de lo que me había contado Chamik, el botánico de Meykadria, sobre ellas. *"Son flores bréjicas llenas de morjás y minerales"*, había dicho. *"Son capaces de confundir la mente de todo aquel que las roza. Para arrancar una sola flor de esas, deben turnarse diez hombres por lo menos, te lo juro. Por eso se venden muy caras. Los magaristas consiguen fabricar auténticas maravillas con ellas."*

Meneé la cabeza en la oscuridad de mi pequeño cuarto.

"Mañana le hablaré", decidí. *"No quiero que piense que no me importan sus problemas. Yo tampoco soy una desalmada."*

Percibí la sonrisa mental de Syu. Se había hecho un ovillo junto a mí y parecía a punto de dormirse.

"Seguro que consigues hacer que Ga no se sienta triste", dijo. *"No soy un adivino, pero tengo buenas intuiciones."*

Socarrona, le di unos pequeños golpecitos en la cabeza.

"Buenas noches, Syu." Extendí una mano para darle también las buenas noches a Frundis, pero el bastón ya estaba durmiendo.

*** * ***

Cuando desperté, horas después, salí de casa de Kaarnis con la intención de hablar con Ga. Todos dormían aún y por la ventana había distinguido la forma oscura de la sainal, sentada junto a la orilla. Bajé la pequeña colina y sin pensarlo la saludé a la manera de Ató, juntando ambas manos.

—Taú kras, Ga.

—Hola, Shaedra.

Más de una vez me había fijado en que, cuando Ga se sentía intranquila, sus pupilas oscuras se dilataban por intermitencias ensombreciendo sus

grandes ojos lechosos. Me senté sobre una pequeña roca, junto a ella, inquieta por su estado de ánimo.

—Jamás había pasado tanto tiempo en casa de un demonio —me reveló tras un silencio—. Y menos en casa del mismísimo Kaarnis.

Le devolví la sonrisa y observé un momento cómo las aguas se deslizaban en suaves murmullos.

—Ga —dije al fin, rompiendo el silencio—, quería hablarte de nuestro trato.

Meneó su enorme cabeza.

—Olvídalo. Kaarnis tiene razón: mi trato no era realizable.

—Pues para mí, el trato sigue en pie —le informé—. Me comprometo a ayudarte en cuanto haya visto a Kyisse.

—Te ayudaré de todas formas. Olvida ese trato —insistió Ga.

Negué tercamente con la cabeza. El destello de esperanza que había visto nacer en sus ojos no me había pasado desapercibido.

—Un gawalt siempre cumple con su palabra —pronuncié—. En cuanto todo esté arreglado, te prometo que iremos juntas a buscar esa spiartea.

La sainal no pudo aguantar más y sonrió ampliamente. Su boca se había transformado en un creciente de luna sumido en las tinieblas del que despuntaba su lengua azul.

—¿En serio? —preguntó.

Le devolví una sonrisa sincera.

—En serio —afirmé. Me mordí el labio y agregué—: Aún no me has dicho por qué es tan importante para ti esa flor.

Ga desvió la mirada y, para mi sorpresa, contestó.

—La quiero para… Bueno. Seguramente te parecerá ridículo y cuando te lo diga renunciarás a ese trato y lo comprenderé. En cualquier caso, no se lo digas a nadie, y sobre todo no se lo digas a Aüro cuando lo veamos… —Sacudí la cabeza, verdaderamente intrigada, y ella prosiguió—: Recuerdo la última vez que soñé cuando dormía, hace muchos… muchos años. Tuve un sueño maravilloso —sonrió y sus grandes ojos destellaron—. Corría por unas montañas llenas de flores y olía deliciosos perfumes y reía, rodeada de otros sainals. Me sentí muy feliz aquel día y… —Calló y se rebulló, molesta—. Nosotros, los sainals, no soñamos nunca. Tiene que pasar algo realmente especial para que lo hagamos. Y a mí me gustaría tanto poder

soñar cosas tan maravillosas cada vez que duermo… Lo sé: es una estupidez. Pero ese es mi sueño —aseguró con firmeza.

Su historia me dejó emocionada y extrañada a la vez. Jamás se me hubiera ocurrido que Ga pudiese tener un deseo tan… profundo. Sin embargo, más allá de esos «sueños», adivinaba que lo que secretamente deseaba era cumplir aquel maravilloso sueño en su vida real, abandonar su vida solitaria y vivir con otros sainals. Pero entonces ¿por qué no lo hacía?

—No es una estupidez —dije con suavidad. De hecho, estaba segura de que tener como sueño poder soñar habría inspirado a Kaarnis un bellísimo poema. Meneé la cabeza—. Pero ¿por qué crees que una spiartea podría ayudarte a soñar?

Mi reacción y mi interés parecieron sorprender a la sainal. Ladeó la cabeza.

—Hace un tiempo, vino un demonio de los Subterráneos a esta caverna y le oí hablar de esa flor —respondió—. Mencionó que existía una mágara fabricada a partir de una spiartea, capaz de modular los sueños. Si una spiartea puede modularlos, también puede crearlos, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Sin embargo, tal vez todo esto se quede tan sólo… en un sueño. Y tal vez sea mejor así —concluyó en un murmullo.

Me pasé la mano por el cuello, algo confusa. La sainal no parecía ni saber con certeza si una spiartea de sol sería capaz de hacerla soñar. Sacudí la cabeza y pregunté por lo bajo:

—¿Por qué vives tan sola, Ga?

Los ojos de la sainal se ensombrecieron.

—Aquí ya hay muy pocos sainals, pequeña demonio. El único en la zona es Aüro y él… apenas está aquí desde hace seis años. Y es muy reservado. De todas formas, que viva sola no tiene nada que ver con la spiartea.

—¿De veras? —insistí con dulzura.

Las sombras envolvieron a Ga con más fuerza pero ella no contestó y temí haber hablado demasiado.

—A veces, los sueños son peores que la realidad —dije y carraspeé—. Por mi parte, si no es demasiado peligroso, te ayudaré a encontrar esa spiartea —le prometí valientemente.

Ga sonrió de nuevo y sus sombras se hicieron menos espesas. En un brusco movimiento, acercó su enorme cabeza y me dio un lametazo en la

cara con su lengua rasposa.

—¡Mil brujas sagradas! —exclamé, pasándome la manga por el rostro, anonadada.

La sainal se había apartado, carcajeándose.

—Sólo quería darte las gracias —explicó, muy entretenida ante mi reacción.

Puse los ojos en blanco.

—Er… Ya veo… —Me pasé una mano por el pelo y me levanté—. Bueno, aún no he desayunado. ¿Y tú?

—Ayer vi una magnífica flor violeta —contestó, animada—. La guardaba para ahora.

Intercambiamos una sonrisa y la saludé antes de emprender el camino de regreso. Cuando entré en casa de Kaarnis, estaban todos ya levantados. Wujiri examinaba la pierna de Galgarrios, Kaarnis leía un libro e Iharath acababa de pegarle un mordisco a uno de esos frutos amarillos. Según nos había explicado Kaarnis, se llamaban zooyas. Cogí una del cuenco mientras los saludaba a todos y me sentaba a la mesa. Syu, en el borde de una ventana, tenía ya todos los bigotes llenos de jugo y ahora contemplaba el exterior con la fijeza de un gato y la curiosidad de un gawalt.

—Es increíble cómo una fruta subterránea puede tener tanto sabor —comentó Iharath, maravillado, mientras cogía otra zooya.

—¡Ah! —exclamó Kaarnis, alzando unos ojos astutos de su libro—. Así como todo lo que ilumina la luz no tiene por qué ser bueno, todo lo que yace en sombras no es forzosamente malo.

Wujiri dejó escapar un resoplido burlón.

—De hecho, esa es la sensación que tengo desde que he pisado este pueblo. Listo, muchacho —le soltó a Galgarrios cuando acabó de atar una nueva venda en la pierna.

—Gracias —dijo el caito, y entonces alzó una mirada ansiosa hacia Kaarnis—. ¿Has compuesto más versos esta mañana?

La pregunta pareció hacerle gracia al hobbit.

—Por supuesto. Es una costumbre que tengo. ¿Quieres escucharlos?

Como sacudíamos todos afirmativamente la cabeza, él se puso más cómodo en su silla y pronunció:

Los frutos tienen hambre.
Las aguas tienen sed.
La hierba, abandonada,
se olvida de crecer.
¿Qué penas canta el ave
que yo escucho al revés?

Galgarrios le rogó que recitase más poemas y Kaarnis lo hizo encantado. En un momento, Daorys apareció en el marco de la puerta y uno de los versos murió sin terminar en los labios de Kaarnis, quien le dedicó a la instructora una mueca interrogante.

—¿Sucede algo, Daorys?

La ternian llevaba ahora un amplio vestido púrpura y sus ojos burlones detallaron rápidamente nuestros rostros antes de contestar:

—Siento interrumpir vuestro poético despertar, pero me acaban de informar de que se han oído ruidos en las Escaleras de Hierro. Kojari, Rayth y Zanda acaban de partir para allá. Osuí piensa que ocurren cosas… extrañas, últimamente.

Kaarnis había fruncido el ceño. Si bien recordaba lo que nos había contado el hobbit sobre el pueblo, Osuí era el maestro de armas. Observé cómo Kaarnis se levantaba y agarraba prestamente su capa.

—Ve a avisar a la gente de los frutales —ordenó.

Daorys asintió.

—Es extraño que haya tanto movimiento por esa zona —apostilló. La mirada que nos echó a mí y a mis compañeros era elocuente.

—Daorys —la apostrofó el Demonio Mayor con serenidad—. Mis invitados no tienen culpa alguna.

La instructora hizo una mueca.

—Si lo dices… —Dio media vuelta y salió a grandes zancadas, rumbo al bosque.

—¿Creéis que podrían ser guardias de Ató? —pregunté por lo bajo.

Wujiri y Galgarrios habían fruncido el ceño, pensativos. En cuanto a Iharath, parecía inquieto.

—Si ese tal Skalpaï del que me hablaste es tan buen rastreador… —meditó—. Podría ser.

—Disculpadme —dijo Kaarnis, ya en la entrada. Marcó una pausa y se giró hacia nosotros, vacilante—. Tal vez sería una buena idea que os pusierais pronto en marcha.

Entendí que le preocupaba que nuestra presencia pudiese causar problemas a su pueblo. Me apresuré a asentir y me incorporé.

—Nos vamos enseguida —declaré, inclinándome profundamente ante el Demonio Mayor—. Gracias por todo, Kaarnis.

—Y por tus poemas —remarcó Galgarrios con franqueza.

Kaarnis sonrió amablemente.

—En cuanto estéis listos, salid y esperad junto al bosque. Mandaré a alguien para que libere a la vampira.

Se despidió y se dio prisas para reunirse con los demás aldeanos. Si realmente resultaba que Ew Skalpaï y los guardias de Ató habían conseguido rastrearnos, ¿qué pretendería hacer Kaarnis? ¿Luchar? Si bien había entendido, muy pocos sabían manejar un arma. ¿Esconderse tal vez? Pero no veía cómo podían esconder decenas de casas de piedra o madera. Cuando pensaba que quienes habíamos atraído los problemas éramos nosotros…

—Esperemos que no sea nada —dejó escapar entonces Wujiri.

—Mm —reflexioné, teatral—. Déjame adivinarlo, ¿a que la idea de matar demonios ya no te llama tanto?

El elfo oscuro se encogió de hombros, divertido.

—Bah. Sólo hace falta abrir los ojos para ver que los demonios que se hacen llamar demonios no lo son.

Sus palabras me dejaron pensativa y recordé que, en el Bosque de Hilos, Ahishu, el de las mágaras, había pronunciado ante mí unas palabras muy similares. Sin embargo, si los demonios llevaban llamándose así desde hacía tanto tiempo, lo harían por una buena razón, cavilé.

Recogimos rápidamente nuestras escasas pertenencias y salimos de casa de Kaarnis poco después. Vestida con una simple túnica parda, había decidido abandonar mi uniforme de Ató, que había quedado totalmente inusable a estas alturas. Galgarrios se había negado en rotundo a coger a Frundis y se había agenciado otro bastón. Observé con cierto alivio que ya apenas cojeaba. Corrí a avisar a Ga y la encontré jugueteando con una flor violeta junto al río. Le expliqué con concisión lo ocurrido, ella engulló la flor y regresamos junto a nuestros compañeros. Estábamos ya

adentrándonos en el bosque cuando nos interpeló una extraña criatura que salía disparada del pueblo. Era una forma bípeda de piel centelleante y azulada con excrecencias de lo más desconcertantes.

—¿Qué es esa cosa? —soltó Wujiri entre dientes, disimulando difícilmente su repulsión.

Recordé que un día Zaix había dicho que Kaarnis adoptaba a todo tipo de criaturas singulares. Esa en particular parecía haber sido saijit en algún tiempo pasado.

—Me manda Kaarnis —pronunció con una voz graznante al alcanzarnos. Sus ojos eran, pese a su tamaño descomunal, lo que más recordaba al saijit que había sido—. Voy a abriros la celda de la vampira y os llevaré fuera de esta caverna. Tomad —añadió con un tono monocorde, tendiéndonos un saco—. Son provisiones.

Agrandé los ojos y agarré los víveres con un signo de gratitud. Sin más tardanza, la extraña criatura se internó en el bosque. Wujiri me echó una mirada interrogante, como preguntándome si aquello era un demonio o algo peor. Levanté los ojos al cielo por toda respuesta y reanudamos la marcha. Encontramos a Drakvian agarrada a los barrotes de su celda, agitada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. E inmediatamente hizo una mueca impresionada al ver al ser encorbado y deforme que nos acompañaba. Este sacó una gran llave del bolsillo de su túnica y se detuvo a un metro de la reja, aprensivo.

—No me ataques —la advirtió con tono más medroso que amenazante.

—Descuida, si me liberas te dejaré con vida —replicó Drakvian, magnánima.

Cuando el demonio abrió, la vampira salió disparada, pasó junto a él sin tocarlo y se abalanzó hacia Iharath. El semi-elfo, tal vez adivinando lo que se proponía, le tendió enseguida su daga azul.

—¡Cielo! —murmuró Drakvian con los ojos humedecidos. Inspiró hondo para reponerse y nos soltó a todos una mirada inquisitiva—. ¿Qué ha pasado? —repitió.

Estábamos en plena explicación cuando un ruido atronador resonó por toda la caverna y me dejó helada, convencida de que el techo iba a derrumbarse sobre nosotros. Syu, que había empezado a trepar por un árbol para coger una zooya de recuerdo, soltó un gemido y bajó precipitadamente, corriendo hacia mí. Cuando tan sólo quedaron los ecos, resoplamos todos.

—¿Qué ha sido eso? —articuló Iharath, pálido.

Nuestro extraño guía explicó lacónicamente:

—Cuando notamos que un peligro se acerca, cerramos las entradas a la caverna con puertas camufladas. Seguidme. Os guiaré a la salida más segura.

Wujiri insistió para cogerme el saco de provisiones y, sin más dilaciones, nos pusimos a recorrer el alto bosque, llegamos a una de las paredes de la caverna y acabamos desembocando en una especie de pequeño laberinto de grutas casi completamente ocupado por matorrales de anchas hojas verdes.

La criatura penetró en esa maraña de plantas y lo seguimos con más tiento. Rompimos varias telarañas de inquietantes dimensiones y advertí la mueca de repugnancia que mostró Ga cuando tuvimos que dar un rodeo para evitar un nido de insectos. Al de unos minutos, comenté en voz baja:

—Esto es una verdadera jungla.

—Mmpf —gruñó Wujiri. Se le veía desconfiado.

Poco después la vegetación se hizo menos densa y nuestro guía se detuvo.

—Si seguís por aquí, acabaréis en los Túneles Blancos. Kaarnis me ha pedido que os desee buena suerte en su nombre.

—Pues dile, por favor, que le agradecemos de todo corazón todo lo que ha hecho por nosotros —respondí.

El demonio inclinó educadamente la cabeza, dio media vuelta y pronto desapareció de nuestra vista, dejándonos de nuevo solos ante lo desconocido. Entonces, Wujiri se rascó el cuello, pensativo.

—Por curiosidad, ¿los demonios siempre sois tan finos?

Enarqué una ceja sin entender.

—¿Finos? Oh. ¿Te refieres a los saludos? Bueno, en Ató también hay unos cuantos.

—Cierto… En todo caso, reconozco que estos últimos días me estoy llevando sorpresa tras sorpresa. Ojalá sobreviva a todo esto para poder contárselo a mis nietos cuando sea abuelo —bromeó.

—Sobrevivirás —le prometí.

El elfo oscuro esbozó una sonrisa irónica.

—No hagas nunca promesas de ese estilo. Suelen ser de mal augurio.

Enarqué una ceja y él se puso a avanzar por el túnel con el saco abultado en la espalda. Resonó entonces un estruendo lejano de roca que se repitió varias veces. Las puertas de la caverna seguían cerrándose.

6 La Cripta de los Colibríes

Me detuve en seco y me giré hacia Ga.

—¿Has dicho… que no sabes dónde estamos? —resoplé en abrianés, incrédula.

Ga negó con la cabeza y la vi alejarse para inspeccionar los distintos caminos posibles. Llevábamos varias horas andando por un sinfín de grutas de techo bajo, cubierto de estalactitas, sin tener el más remoto conocimiento sobre la zona, ¡y resultaba que nuestra guía se había perdido también!

—Genial —suspiró Drakvian—. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Damos media vuelta?

—¿Qué? Ni hablar —protestó Iharath—. Además, dudo de que seamos capaces de recordar el camino que hemos tomado. Yo, desde luego, sería incapaz.

La vampira le dedicó una sonrisa blanca.

—Ya, ya sé que la orientación y tú… —El semi-elfo le echó una mirada sombría y ella soltó una risita burlona.

"¿Problemas?", preguntó Frundis, desinteresándose por un instante de su composición. Cuando le expliqué que ignorábamos dónde estábamos, sonó un sonido meditativo de trompeta. *"Ese es un problema"*, coincidió. *"Recuerdo que alguien me dijo un día que en la vida nunca sabemos dónde estamos, pero mientras estamos donde estamos siempre hay esperanza."*

Puse los ojos en blanco, divertida, y lo escuché retomar sus bártulos instrumentales. Cómodamente sentado sobre mi hombro, Syu se removió, inquieto.

"Dejando la esperanza a un lado, tengo la mala sensación de que nos estamos metiendo cada vez más profundo", comentó, arrancándome una mueca preocupada. Nos habíamos detenido delante de una encrucijada de varias grutas y la sainal husmeaba el aire, en busca seguramente de algún indicio que la pudiera guiar.

—Ha debido de haber algún derrumbamiento —razonó al fin, acercándose a mí—. No me he dado cuenta y nos hemos alejado de los Túneles Blancos, pero creo que no andamos muy lejos. —Marcó una pausa indecisa antes de añadir—: Seguidme.

Eché una mirada alentadora hacia mis compañeros.

—Adelante —los animé. Galgarrios se había sentado sobre una piedra llena de musgo mientras Ga examinaba los alrededores, pero volvió a levantarse ágilmente al oírme; sin una palabra, apartó sus mechones rubios del rostro, empuñó su bastón con más firmeza y siguió a la sainal sin una queja.

Apenas hubimos reanudado la marcha, Wujiri apuntó:

—Este joven caito me impresiona cada vez más. Es todo un guardia de Ató. —Marcó una pausa—. Por cierto, la próxima vez que nos paremos, deberíamos aprovechar y comer algo, ¿no os parece?

Me carcajeé por lo bajo.

—Nos vendría de maravilla —aprobé con desenfado—. Sólo nos faltan las tortas de Narsia.

Wujiri hizo una mueca, levemente nostálgico.

—Sí. Desgraciadamente, un viaje sin Narsia pierde toda la gracia.

—Se ha vuelto a parar —señaló Iharath, hablando de Ga. De hecho, la sainal se había detenido y giraba la cabeza hacia los lados, buscando su camino entre tanta gruta. Sin embargo, antes de que la alcanzáramos se puso de nuevo en marcha; estuvimos andando una hora más entre plantas y rocas antes de que Ga se girase hacia mí con una expresión contenta.

—Ya está. Hemos vuelto a una zona que conozco. Los Túneles Blancos están justo detrás de esa gran roca en forma de tortuga. A partir de ahí, no creo que me pierda. He recorrido la zona más de una vez, aunque generalmente la evito.

Les comuniqué la buena noticia a todos y nos apresuramos a llegar hasta la tortuga. Rápidamente entendí por qué llamaban aquella zona los Túneles Blancos: la piedra tenía un color blanquecino, y aunque no había mucha luz, esta se reverberaba en todas los resquicios de las paredes.

—Vaya —soltó Wujiri, impresionado—. ¿Puede ser… mármol de Lisia?

Enarqué una ceja, sorprendida. Se suponía que el mármol de Lisia sólo se encontraba en las Tierras Altas. Al fin y al cabo, por eso era tan caro.

—Orientándonos —reflexionó el guardia—, es posible que nos encontremos por debajo de la Insarida.

Como me echaba una mirada interrogante, me encogí de hombros.

—Es posible. Según Kaarnis, estos túneles se dirigen hacia los Extradios.

Wujiri frunció el ceño.

—Pero en la Insarida, hay magma debajo de la tierra. Hay pozos que explotan y sale un humo negro ardiente. Siempre se ha creído que debajo había un lago de lava. No túneles con mármol de Lisia —murmuró.

Iharath inspeccionó la roca con aire de investigador curioso. Entonces, me senté sobre la tortuga y apunté tímidamente:

—¿Y ese saco de provisiones?

Tenía un hambre voraz. El saco contenía pan de viaje, cantimploras con agua, mermelada de bayas y, por supuesto, unas cuantas jugosas zooyas. Comimos racionándonos razonablemente y, cuando Wujiri guardó todo de nuevo en el saco, tuve que cogerle a Syu de la cola para que no cogiese otra zooya.

"Con moderación", le recordé.

Syu suspiró pero juntó las manos con calma y asintió.

"Está bien", me concedió. *"Pero más le vale guardar bien la comida"*, añadió, con los ojos clavados en Wujiri, quien se ponía el saco a la espalda.

Reanudamos la marcha y nos internamos en los Túneles Blancos. El corredor estaba despejado, sin vegetación, y la luz que reinaba nos bastaba ampliamente para avanzar. La sainal abría el camino y observé con curiosidad cómo las sombras de su cuerpo se retraían por intermitencias, como luchando contra la luz.

El viaje fue monótono y cansino. Galgarrios acabó por tirar el bastón, totalmente repuesto, el saco de provisiones fue vaciándose poco a poco, las zooyas se acabaron y Drakvian empezó a mascullar por lo bajo que no había ni un maldito conejo en los alrededores para saciar su sed de sangre. Ignoro cuánto tiempo estuvimos en esos túneles. Giraban, bifurcaban y a veces recorríamos un mismo pasillo durante horas enteras. Dormimos varias veces, aunque yo apenas pude pegar ojo. Cuando empezaba ya a decirme que esos Túneles Blancos no tenían fin y que íbamos a acabar muriendo de inanición, Ga señaló un pequeño desperfecto en el mármol y declaró:

—Hemos llegado.

Me acerqué y examiné la grieta en la piedra blanca, intrigada.

—Ahí hay… ¿un pasadizo?

Ga asintió, metió sus largas garras negras en la grieta y estiró. El silencio del túnel dio paso a un breve restallido que nos estremeció a todos.

Quién sabía si no vivía un pueblo de orcos cerca… Entonces vi, asombrada, cómo la roca se abría a modo de puerta camuflada. Detrás, había un estrecho pasaje sumido en las tinieblas.

—A partir de aquí, sólo hay un camino posible y no hay peligros —aseguró la sainal.

Me apresuré a comunicárselo a los demás; Iharath sonrió a medias.

—Esa es una noticia estupenda —afirmó. Alzó una mano e invocó una esfera de luz—. Ojalá lleguemos pronto a la Superficie. Adelante.

Con el paso firme, se internó en el pasadizo. Drakvian no dudó un solo instante en imitarlo.

—Bueno… —carraspeó Wujiri, aprensivo—. Allá vamos.

Galgarrios me dedicó una sonrisa alentadora y nos metimos en el túnel secreto. Esperamos un minuto a que Ga cerrase de nuevo la puerta detrás de nosotros y entonces la esfera de Iharath se convirtió en nuestra única fuente de luz. El silencio era aún más completo que en los Túneles Blancos. Noté un tirón del pelo y supe que Syu se había puesto a hacerme trenzas, incómodo ante la nueva situación. Frundis, a mi espalda, había asegurado al despertar que su obra maestra estaba casi acabada y resonaban ahora pequeños trozos prometedores de su nueva sinfonía. Avanzamos al principio con cautela, aunque poco a poco fuimos acelerando el ritmo. El terreno llano pronto se puso a subir, y mi ánimo con él: ¡nos acercábamos a la Superficie! Y a Kyisse, añadí, sintiendo mi corazón dar un bote.

No transcurrió mucho tiempo antes de que empezáramos a resollar ante la sempiterna subida. A veces daba vueltas, se empinaba y se suavizaba, se estrechaba y se ensanchaba.

—Esto… es… mortal —jadeó Iharath, abriendo la marcha.

Nos detuvimos unos instantes. La roca se había ido cubriendo poco a poco de tierra, me fijé. Y entonces Drakvian ladeó la cabeza.

—¿Oís lo que yo oigo? —preguntó.

Agudicé el oído y percibí un murmullo lejano.

—¿Un arroyo? —aventuró Galgarrios.

Con un acuerdo tácito, avanzamos a paso rápido pese a nuestro cansancio. ¿Cuántas horas llevábamos andando?, me pregunté, extenuada.

Apenas avanzamos unos metros más cuando de pronto la luz de Iharath pareció ser absorbida por otra luz. Una luz tenue y rojiza. En ese momento, sentí un leve revoloteo de aire. Eso sólo podía significar una cosa…

—Demonios —murmuró el semi-elfo, deslumbrado.

Nos precipitamos todos al lado del semi-elfo y me quedé sin respiración. Ante nosotros, el túnel terminaba bruscamente y desembocaba en una especie de jardín tan sólo iluminado por una luz roja que provenía de arriba… del cielo nocturno. La Vela, entendí. Por lo demás, el jardín, repleto de arbustos, flores y fuentes, estaba en el fondo de un abismo rodeado de una muralla rocosa de tal vez cien metros de altura. La vista era impresionante.

—¿A esto le llaman la Superficie? —resopló Drakvian con la mirada alzada hacia los enormes precipicios.

Me giré hacia Ga y me di cuenta de que la sainal había dado un paso al frente y levantaba ahora una mano. Del jardín, se desató una forma aún más oscura que la noche. Aüro, entendí, aprensiva. Mis compañeros debían de haberlo visto también porque advertí que se arredraban levemente. Syu se refugió bajo mis trenzas, agitado.

“Este lugar está lleno de energías”, se quejó.

De hecho, lo estaba. Pero, al contrario que en la Torre del Brujo de Dathrun, en aquel jardín la energía era estable, aunque increíblemente densa.

El sainal soltó una serie de gruñidos en una lengua desconocida y Ga le contestó, haciendo un vago gesto hacia nosotros, a lo cual Aüro sacudió la cabeza y se cruzó de brazos, como contrariado.

—El tal Aüro no parece muy acogedor —susurró Wujiri entre dientes.

Ga se removía, inquieta, ante las palabras incomprensibles de Aüro.

—Adivinad qué —nos cuchicheó Drakvian con una sonrisa tétrica—. Están preguntándose cómo estaríamos más ricos, si cocidos o a la parrilla.

Resoplamos y observamos a ambos sainals con aprensión. Kyisse debía de estar ahí, pensé, escrutando las tinieblas. Casi esperaba que saliese de algún arbusto, con su vestido blanco, y gritase: «¡Shaeta!» corriendo hacia mí. Sonreí tiernamente y tomé una inspiración decidida. No podía esperar más sabiendo que estaba tan cerca… Estaba a punto de dar un paso adelante y esquivar a Aüro si era preciso cuando unos chasquidos en mi mente me detuvieron en seco.

“Shaedra, ¿qué tal estás?”

“Zaix”, resoplé sin apartar los ojos de Aüro. *“Estoy… perfectamente. ¿Y Spaw?”*

“Al parecer, está fuera de peligro. Está en los Extradios.”

Inspiré hondo, profundamente aliviada. Sólo entonces me di cuenta de lo mucho que me había preocupado por él durante todos esos días.

“¿Y tú?”, inquirió Zaix. *“Dejaste a Kaarnis, ¿verdad? Spaw y tu tío te andan buscando.”*

Asentí mentalmente.

“Bueno. Acabamos de salir de los Túneles Blancos por un pasadizo que sube más o menos hasta la Superficie.” Marqué una pausa antes de añadir: *“Estoy metida en un abismo con unos compañeros y estamos a punto de encontrar a Kyisse.”*

—Ya lo han decidido —cuchicheó Drakvian entonces.

Ga acababa de girarse hacia nosotros.

—Dice que sólo pases tú, Shaedra. Al parecer, te conoce y confía en ti.

Agrandé los ojos como platos.

—¿Que me conoce? —murmuré, incrédula. ¿Cómo iba a conocerme un sainal perdido en un abismo?

“¿En un abismo?”, se extrañaba al mismo tiempo el Demonio Encadenado. Poco a poco di unos pasos hacia adelante mientras Zaix proseguía, meditativo: *“Mm… Los Túneles Blancos están por debajo de los Extradios, ¿no es así? Esa es una buena noticia. Pronto Spaw te encontrará. Y cuando te encuentre, sin más tardanza, vendrás a ocultarte junto a mí: no querías decirle adiós al mundo saijit y el azar ha decidido por ti, hija mía. Y, por cierto, evita cualquier trato con las demás Comunidades, por ahora. Ignoro cómo se habrán tomado tu pequeño espectáculo y no quisiera que se fijasen demasiado en ti, ¿mm? Entonces, ¿me prometes que vendrás directamente a…? ¡Auch!”*, exclamó de pronto.

“¿Qué ocurre?”, me alarmé, deteniéndome.

“Nada… es Sakuni… dice que abuso de mis energías”, masculló, contrariado. *“¿Entonces, me lo prometes…?”*

Siseó y el contacto bréjico se cortó. Reprimí una sonrisa al imaginarme a Sakuni y Zaix discutiendo y gruñendo. Y eso que, como bien había dicho Spaw un día, Sakuni era la máxima representación de la bondad y de la paciencia.

—¿Shaedra?

La voz de Ga me devolvió a la realidad. Entre las tinieblas rojizas de la noche, sus ojos me escudriñaban, inquietos.

—¿Sucede algo?

Negué con la cabeza.

—No. ¿Dónde está Kyisse? —pregunté, ansiosa.

Nos habíamos alejado de mis compañeros y, al acercarme a Aüro, pude detallarlo con más precisión. Era más bajito que Ga y, sobre su cabeza, crecían dos pequeños cuernos que se confundían casi con las sombras que lo envolvían.

—Está aquí, al fondo del jardín —contestó Aüro.

La cabeza del sainal se aproximó levemente. Sus ojos lechosos reflejaban ahora más tranquilidad.

—¿Eres Shaedra? —me preguntó.

—Lo soy —afirmé.

Aüro debió de notar mi impaciencia porque enseguida se enderezó y me hizo signo que lo siguiera. Se adentró en un estrecho sendero bordeado de arbustos y eché una ojeada hacia mis compañeros. Adiviné sin dificultad su preocupación.

—Ellos esperarán aquí hasta que el día se levante —informó Aüro, deteniéndose—. No me fío de ellos. Ga me ha dado su palabra de honor de que no se moverán de ahí.

Les hice un signo a mis amigos para que se quedaran donde estaban, me despedí de Ga con un gesto de cabeza y me apresuré a seguir al sainal.

—¿Y por qué te fías tú de mí? No me conoces. O no deberías conocerme —rectifiqué, turbada.

“Tal vez se trate de algún adivino”, bromeó Frundis mientras avanzábamos.

“Claro”, solté, socarrona. *“Estamos en un Ciclo del Ruido. Habrá tenido algún sueño premonitorio… Es evidente. O bien debe de haberse tragado una spiartea de sol.”*

Aüro dio unos pasos más antes de responder:

—No te conozco. Pero sé que salvaste a la niña.

Los arbustos dieron de pronto lugar a un pequeño prado verde y, contra la roca, escondida debajo de un alto roble de espeso follaje, se encontraba una casa. Por un instante, me pareció que desaparecía contra la piedra, camuflada, pero enseguida la vi otra vez claramente. Era pequeña, de paredes de barro, y una luz brillaba en su interior.

Meneé la cabeza, reflexionando por un momento en lo que me había dicho Aüro. Por lo visto, estaba al corriente de lo que le había ocurrido a Kyisse en los Subterráneos.

De pronto, cuando ya estábamos casi llegando a la casa, resonó una exclamación adentro. La puerta se abrió y el umbral se iluminó. En el marco, apareció una niña de cabello tan azul como el plumaje de los paiskos. Ladeé la cabeza, incrédula.

—¿Kyisse? —resoplé, dando un paso inseguro adelante.

—Sha-e-dra —articuló aplicándose en pronunciar correctamente mi nombre.

Se abalanzó hacia mí y un rayo de la Vela iluminó sus ojos dorados. No cabía duda, me dije. Era Kyisse.

"¿Qué le han hecho a su pelo?", soltó Syu, pestañeando, haciéndose exactamente la misma pregunta que yo. Sin embargo, que tuviese el pelo negro o azul, seguía siendo la misma. Así que, dejando de preocuparme por tan nimio detalle, estreché a la pequeña entre mis brazos. Un alivio indescriptible me invadía al sentirla al fin tan viva como siempre y a salvo.

—Gracias a los dioses —murmuré. Me aparté y vi que sonreía anchamente.

—Shaedra, ¡mis abuelos están ahí dentro! —exclamó en tisekwa con alegría—. ¿Quieres verlos?

Señalaba la puerta. Ahí había aparecido ahora el rostro de un hombre mayor que me observaba con aire afable. La luz de una vela iluminaba sus rasgos pálidos y arrugados de humano. Ese era sin lugar a dudas el legendario Sib Euselys, deduje.

—No esperaba una sorpresa como esta —pronunció en abrianés con una voz pausada—. Me han hablado mucho de ti, Shaedra. Sé bienvenida a nuestra humilde morada.

Abrí la boca y me incorporé lentamente.

—Gracias —respondí con sinceridad—. ¿Tú eres Sib Euselys, verdad?

—Así es.

—Y… ¿eres el abuelo de Kyisse?

Sib sonrió y todo su rostro se iluminó con risueñas arrugas.

—Lo soy de todo corazón —asintió—. Pero pasa, por favor, y siéntate con nosotros. Yarim me estaba enseñando a jugar a algo que se llama el… —frunció el ceño—. No recuerdo ya el nombre…

—¡El kiengó! —rió la niña, cogiéndome de la mano para estirarme hacia adentro.

—¿Yarim? —resoplé—. Es… ¿su verdadero nombre?

Sib asintió y entonces un ruido a sus espaldas lo hizo apartarse levemente. De entre las sombras del pasillo, salió una silueta esbelta de pelo blanco. ¿Podía acaso ser Nawmiria Klanez? Se precipitó hacia la puerta y la luz iluminó todo su rostro. A su vista me quedé sin aliento. No era Nawmiria. Era…

—¿Aryes?

El kadaelfo se había quedado tan pasmado como yo. Como en un sueño, dimos un paso adelante al mismo tiempo.

“Syu, Frundis, ¡es él!”, exclamé sintiendo que mi corazón se desbocaba.

Segundos después, nos encontrábamos abrazados, riendo y llorando juntos como dos nerús. Por un instante, el mundo exterior dejó de existir.

—Dioses —jadeó Aryes con la voz temblorosa—. Creí que jamás… Shaedra —susurró.

Sin previo aviso, me soltó. Aterrada, sentí que su cuerpo se vaciaba de su energía y lo sujeté como pude. Sólo entonces me fijé en que su piel azulada estaba muy pálida y anormalmente fría. Me entró bruscamente el pánico.

—¿Qué demonios…? —solté, lívida.

El rostro de Sib se había ensombrecido.

—Aüro, por favor, llévalo de nuevo al cuarto —le pidió.

El sainal se aproximó y, pese a mi mirada recelosa, levantó al kadaelfo inconsciente con ambos brazos y entró en casa. Aryes llevaba una simple túnica de lana parda.

—No te preocupes, simplemente está inconsciente —aseguró el anciano desde la puerta—. Pasa y te lo contaré todo.

—¿Y el capitán Calbaderca? ¿Y Kitari y Kaota? —inquirí, nerviosa.

—Pasa y te lo contaré todo —repitió él con serenidad.

Inspiré hondo para calmarme. Aryes, por algún extraño milagro, había llegado a casa de los Klanez. Y, por lo visto, algo grave le pasaba. Me giré hacia Kyisse y le tendí la mano. La sonrisa alentadora que me dedicó me devolvió un poco el ánimo. Entramos y el viejo Sib Euselys cerró la puerta

tras él antes de guiarme a una habitación con cojines finamente bordados y una mesa baja con un juego de naipes de Ajensoldra desperdigado.

Nos sentamos y, antes de que el anciano dijera nada, inquirí:

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Está enfermo?

Sib frunció el ceño mientras meneaba la cabeza.

—No es realmente una enfermedad. Abusó de sus energías. Está muy débil —explicó con gravedad mientras yo lo miraba con fijeza, pálida como la muerte—. Hace quizá tres semanas que lo tenemos aquí. Los primeros días no pronunciaba ni una palabra. Yo estaba convencido de que se había quedado apático para siempre, pero Nawmiria aseguró que no lo estaba del todo. E increíblemente, con el tiempo, despertó de su apatía más profunda y se puso a hablar de manera inconexa. En un momento, mencionó a una niña de ojos dorados… —Pasó un destello profundo por su mirada—. Al oírlo, entendí sin dificultad que el joven kadaelfo no podía ser otro que uno de los Salvadores que encontraron a mi pequeña Yarim. Hace un mes me enteré de que Yarim seguía viva, gracias a un amigo, un orco, que me ha ayudado a llevarla hasta aquí. Encontrarme con uno de sus Salvadores cuando estaba a punto de salir en busca de mi nieta era tan inesperado… —Una leve sonrisa surcó su rostro pálido aunque pronto retomó su seriedad—. Al parecer, Aryes nos andaba buscando. Nos encontró, pero le ha costado caro. Sigue delirando y algo parece corroer su consciencia. Apenas duerme porque dice que tiene miedo de caer. —Bajó la mirada sobre un cojín antes de confesar —: Antes de esta noche jamás había mostrado tanta lucidez. —Alzó la cabeza y añadió con dulzura—: Hablaba continuamente de ti.

Cada palabra que pronunciaba me hacía el efecto de un golpe de martillo. Nada más imaginarme a Aryes sumido en un tal estado de apatía, sentí las lágrimas agolparse contra mis párpados. Sentado junto a mí en un cojín, Syu tenía los ojos agrandados, enmudecido. Hice un esfuerzo por reponerme y pregunté:

—¿Qué ha sucedido para que abusase así de sus energías?

—Cayó.

Sib Euselys no había abierto la boca. Me giré con vivacidad y topé con unos ojos idénticos a los de Kyisse. Aun teniendo en cuenta su edad, Nawmiria Klanez era de una belleza hechizante. Su cabello corría como una cascada blanca y vaporosa hasta la cintura. Parecía casi un fantasma y al mismo tiempo su presencia era tan nítida que me fue imposible apartar los

ojos de ella cuando se fue a sentar en un cojín, junto a la ventana. Recobré al fin la voz y espabilé.

—Pero ¿cayó adónde?

La nixe adoptó una expresión afligida cuando respondió.

—Cayó al abismo.

Jadeé y apreté los dientes. Imposible, pensé. ¡Ese abismo medía más de cien metros! ¿Cómo demonios había logrado Aryes bajar ahí sin convertirse en espíritu? ¿Y cómo había conseguido arrojarse a ese abismo? Me pasé una mano por la frente, agitada.

—Pero… se suponía que estaba en las Tierras Altas —murmuré.

Callé. Sí, Aryes había estado en las Tierras Altas, pero, calculando el tiempo en que su carta había tardado en llegar a Ató y sumándolo al tiempo que había transcurrido desde entonces, podía perfectamente haberse pasado varias semanas rondando por los Extradios en compañía del capitán Calbaderca, Kitari y Kaota, y caer por el precipicio de aquella cueva por alguna razón. Sacudí la cabeza nerviosamente.

—Es increíble que haya podido sobrevivir a una caída así.

—Utilizó sus artes y frenó la caída —explicó Nawmiria—. Pero las corrientes de energías de la Cripta han debido de afectar su sortilegio. El abuso de energía se paga muy caro. —Sus ojos dorados eran tan intensos que por un momento sentí mi agitación aplacarse.

Si Aryes había sido capaz de bajar aquel precipicio, desde luego no tenía nada que envidiar a un Talvenire experto. Aunque… ¿qué pasaría si Aryes no se restablecía de su apatismo? ¿Y si se restablecía pero le quedaba una marca indeleble? Ya había sufrido más de un apatismo, en particular aquel que le había dejado el cabello blanco y los ojos hipersensibles a la luz. Según había contado, había tardado dos semanas en reponerse de la crisis. Y ahora llevaba tres semanas y aún seguía apático…

“Shaedra”, gimió Syu. *“Me estás preocupando seriamente. ¿De veras crees que no se recuperará?”*

Simplemente el pensarlo me helaba el corazón.

“Se recuperará, Syu. Yo nunca he dicho que no fuese a hacerlo.”

Sentí una mano suave coger la mía y me di cuenta de que llevábamos varios minutos en silencio. Kyisse me miraba con una sonrisa.

—La gwinalia lo salvará —dijo.

La miré sin entender y entonces recordé aquella famosa gwinalia, la flor azulada de la suerte que me había regalado Kyisse en los Subterráneos. La flor había sobrevivido a muchas peripecias. Pero no a todas. Ignoraba dónde la había perdido y en aquel momento la aseveración de Kyisse más que levantarme el ánimo me lo arrojó por los suelos. Bueno, al menos Kyisse estaba bien y Ga no se había equivocado al decir que la pequeña estaba de vuelta en su hogar.

—Lo salvará —repetí, forzando una sonrisa—. Por supuesto. —Me mordí el labio y recompuse mi expresión—. Dime, Kyisse, ¿por qué tienes el pelo azul?

La niña se encogió de hombros.

—El pelo negro era sólo una ilusión. Es que… mis padres me dijeron que para pasar desapercibida tenía que colorearme el pelo de negro. Y eso fue lo que hice.

Parpadeé, incrédula.

—¿Durante todos estos años?

Kyisse asintió con cara inocente. Resoplé. ¿Era acaso posible guardar en perpetua fabricación un sortilegio de armonía? El ruido de un arpa me alcanzó.

“Por supuesto que es posible”, declaró Frundis. *“Pero, para eso, hay que ser un bastón.”*

“O tener sangre de nixe”, agregué.

Inspiré hondo y advertí que tanto Sib como Nawmiria me examinaban con atención.

—Aüro me ha dicho que varias personas te han acompañado hasta aquí —dijo la nixe—. Si se comprometen a no desvelar nuestro emplazamiento a nadie, les abriremos nuestra puerta encantados.

—Naw —murmuró Sib con una mirada elocuente. Me escudriñó y preguntó—: ¿Cuántos son?

—Pues… Iharath, Drakvian, Wujiri, Galgarrios y Ga. Cinco.

—Cinco —repitió el anciano—. ¿Son todos saijits?

Hice una mueca ante la pregunta.

—No. Ga es una sainal. —Sib asintió—. Y Drakvian es una vampira.

La nixe se sobresaltó.

—¿Una vampira? Aüro no me lo comentó.

—¿Y qué hace una vampira en compañía de presas potenciales? —preguntó Sib Euselys con evidente curiosidad.

Carraspeé.

—Bueno. Drakvian es una amiga. Se ha criado entre saijits. —En el último momento, decidí que era mejor no hablar demasiado y evitar mencionar a Márevor Helith—. Y además, ella también salvó a Kyisse. La pequeña la conoce. No os hará ningún daño. —Me mordí el labio y paseé una mirada distraída por la habitación—. Si me puedo permitir una pregunta, ¿desde cuándo vivís en este… er… lugar?

Sib enarcó una ceja.

—¿En la Cripta de los Colibríes? Desde hace apenas cuatro años. Es un hermoso lugar. Voy a invitar a tus compañeros personalmente —declaró, levantándose—. No hace falta que me acompañes —sonrió al ver que me iba a levantar yo también—. Será mejor que descanses, después de tanto viaje.

Tanta confianza y amabilidad me dejaban un poco desconcertada.

—Quisiera ver a Aryes —declaré.

Sib asintió.

—Está inconsciente, joven ternian. Seguramente no se despertará hasta dentro de varias horas.

—Lo sé —repliqué—. Pero quiero verlo.

Un reflejo extraño pasó por los ojos de Sib.

—Entiendo. Está bien.

Kyisse no me soltó la mano y yo no se la solté a ella. Syu se subió a mi hombro y salimos del comedor. La casa no era muy grande, tan sólo tenía tres habitaciones, y me pregunté cómo demonios pretendía Sib meter a todos mis amigos dentro. Rodeamos una cesta llena de cebollas y Sib abrió una puerta con suavidad. La habitación estaba totalmente a oscuras. El humano se giró hacia mí y me tendió la vela; acto seguido se agachó para murmurarle unas palabras a Kyisse, le cogió la mano y se la llevó con él hacia fuera. Tras una vacilación, Syu dio un salto hasta el suelo.

“No me gustan los apatismos”, se excusó, molesto. *“Voy a ver a los demás.”*

Asentí y cerré la puerta detrás de mí. Aryes dormía agitadamente, murmurando en su sueño. Tras observarlo durante unos instantes, eché un vistazo a mi alrededor. El mobiliario era casi inexistente: sólo había dos

cestas y varios cojines abandonados contra una pared. Posé a Frundis contra el muro y la vela en el suelo antes de arrodillarme junto a Aryes, tendido en un jergón.

—No… —gemía él. Agitó la cabeza, como si estuviese luchando contra algo.

Tragué saliva y le cogí la mano. Estaba fría. Y su mejilla y su frente también lo estaban. Recordé a la joven elfocana de Tenap, y al viejo Jenbralios de Ató. Ambos habían sufrido una crisis apática de la que jamás se habían recuperado. Pero Aryes se repondría. Porque, si no lo hacía, ignoraba cómo iba a poder soportar una realidad tan horrible. Cerré los ojos un instante y luego me tumbé junto a él y posé mi cabeza contra su pecho. Su corazón latía rápidamente.

—Aryes… Te he echado tanto de menos… —murmuré y me sequé las lágrimas para no empaparle la túnica.

Poco a poco, los latidos de su corazón se calmaron y su respiración se hizo más regular. ¿Qué diablos le había podido ocurrir antes de caer en la Cripta de los Colibríes?, me pregunté. ¿Dónde estaban el capitán Calbaderca y sus Espadas Negras? Eso no me lo habían explicado Sib y Nawmiria. Tal vez no lo sabían.

Suspiré en el silencio del cuarto. Cuando las cosas parecían al fin arreglarse, todo se estropeaba de nuevo. Kyisse había recuperado a sus abuelos, pero yo había aniquilado mi vida saijit… y la de Spaw. Aryes estaba en un estado sobre el que prefería no reflexionar demasiado y, sin embargo, seguía vivo y no podía negar que pese a toda mi preocupación me sentía contenta al tenerlo tan cerca. *“Mientras estamos donde estamos, siempre hay esperanza”*, había dicho Frundis. Esbocé una débil sonrisa.

El cansancio acabó por apoderarse de mí y me sumí en un sueño tranquilo en el que una niña de pelo azul iba dibujando rostros desconocidos en la arena de una playa. En un momento, uno de los dibujos se animó con los rasgos de Márevor Helith y este me dedicó una sonrisa esquelética. Desperté bruscamente cuando sentí una mano fría acariciar mi mejilla. Abrí los ojos, semi dormida. Una tenue luz se infiltraba por las rendijas de las contraventanas y los ojos azules de Aryes destellaban.

—¡Aryes! —murmuré. Iba a preguntarle qué tal estaba pero sus labios ahogaron mis palabras. Una sensación de alegría me recorrió todo el

cuerpo. ¿Podía ser que Aryes se hubiese recuperado? El kadaelfo rompió el contacto y me sonrió. Solté un suspiro aliviado—. ¿Qué tal te encuentras?

Su sonrisa desapareció, se recostó contra el jergón y lo vi tragar saliva con dificultad.

—Shaedra —jadeó—. Creo… creo que estoy perdiendo la cabeza.

Su respuesta me devolvió a la realidad: Aryes estaba demasiado pálido, aun para su raza, y todo indicaba que la apatía lo seguía consumiendo.

—No la estás perdiendo —repliqué, tratando de darle un atisbo de convicción a mi voz—. Te estás recuperando. Simplemente abusaste de tus energías. No deberías haber bajado por ese abismo con energía órica.

Aryes inspiró ruidosamente y asintió, distraído.

—Fue una locura. Debería haber muerto —sus ojos se agrandaron y añadió—: con los demás.

Sus palabras me petrificaron.

—El capitán Calbaderca… ¿murió?

Aryes pestañeó. Sus ojos se habían velado.

—Unos orcos nos atacaron. Corrimos. Y yo… los abandoné.

Un sollozo lo sacudió todo entero y ocultó su rostro con un brazo.

—Estoy demasiado débil —murmuró con la voz trémula y cansada—. Por favor, no deberías verme así.

Sacudí la cabeza, aturdida. Que el capitán Calbaderca, Ashli, Kaota y Kitari estuvieran muertos era inimaginable.

—Aryes —solté—. ¿Los viste morir?

El kadaelfo apartó el brazo de su rostro. Estaba deformado por el dolor, constaté espantada.

—No —dijo al fin—. No los vi morir. Pero no tenían escapatoria. —Su rostro perdió de pronto toda expresión. Giró la cabeza, me miró y me sonrió —. Shaedra —pronunció—. ¿Eres tú?

Mis labios temblaron.

—Sí. Soy yo.

Aryes asintió tranquilamente y entonces frunció el ceño.

—Está todo muy oscuro. ¿Estamos en los Subterráneos?

—No —expliqué con dulzura—. Estamos en la Cripta de los Colibríes. El abismo al que caíste hace tres semanas. En los Extradios.

—¿En los Extradios? Vaya. —Levantó una mano lenta hacia mí y cogió el collar que llevaba a mi cuello—. Es un… bonito collar —observó. Parecía mareado—. ¿Te lo regalé yo?

Ladeé la cabeza, preguntándome hasta qué punto Aryes podría llegar a delirar. En realidad, por el momento parecía estar bastante bien: al salir de Tauruith-jur, yo había estado diciendo barbaridades todavía más grandes.

—No —contesté—. Me lo dio Lénisu. Fue el collar de una Sombría.

—Pero tú no eres Sombría —replicó débilmente.

Esbocé una sonrisa. No era el mejor momento para explicarle todos los líos.

—Descansa —le dije. Le besé la frente y me enderecé—. Y haz todo para recuperarte.

Aryes parpadeó y un rayo de lucidez pasó otra vez por sus ojos.

—Shaedra. Hacía tanto tiempo… Sé que debería preguntarte muchas cosas. Pero estoy tan cansado… —Alzó una mano temblorosa y se la tomé, inquieta. Lo oí inspirar hondo—: No te vayas.

Su voz trémula y el pánico en sus ojos me conmovieron en lo más hondo.

—No me iré —le prometí.

Su mirada volvió enseguida a velarse de bruma. Sus labios se movieron y murmuraron algo sobre unos orcos; no estaba ni realmente dormido ni realmente despierto. Me puse más cómoda sobre los cojines y me crucé de brazos, sintiendo rabia al verme incapaz de ayudar a Aryes. Cuando, horas después, vino Drakvian con una bandeja de comida, yo no me había movido un ápice. La vampira enarcó una ceja al detallarme con la mirada; examinó a Aryes desde lejos mientras yo tendía una mano para coger una manzana.

—Se recuperará —dije con firmeza—. Aryes siempre se recupera.

La vampira me dedicó una sonrisa.

—Yo también lo creo. ¿Sabes? Iharath y Sib se han llevado de maravilla desde el principio. Ahora Sib les está enseñando su espada Cobra a él y a Wujiri. Es una reliquia —explicó—. Y Kyisse y Galgarrios están con Nawmiria en el jardín. Tal vez… deberías salir un poco —sugirió.

Negué con la cabeza con obstinación.

—No quiero dejarlo solo.

Drakvian levantó los ojos al cielo.

—Como quieras. ¿Puedo hacerte compañía?

Le sonreí y asentí antes de pegar un mordisco a la manzana.

7 La perdición de las hadas

Drakvian se fue horas después pero yo pasé el día sentada en el cuarto, escuchando ruidos lejanos de voces tranquilas mientras dejaba vagar mis pensamientos. A veces, Aryes despertaba y en sus momentos de lucidez me fue contando por fragmentos todo lo que le había pasado durante la búsqueda de los Klanez. Con los Espadas Negras, había dado vueltas por las Hordas y continuado hasta las Cataratas Eternas antes de dar media vuelta. Ashli había sido enviada a Dumblor para informar a los Consejeros de lo ocurrido mientras que los demás se habían dirigido hacia Iskamangra y las Tierras Altas. Ahí el grupo había acabado por encontrar a un curioso humano, medio aventurero medio ermitaño, que les había revelado finalmente que los Klanez vivían en los Extradios. Siguieron incansablemente y exploraron la parte norte del macizo hasta encontrarse con los orcos… Cuando Aryes llegó a ese punto, se interrumpió y meneó la cabeza sin pronunciar una palabra más. Al de unos minutos de silencio, sin embargo, me soltó:

—Háblame. Dime algo. Creo que me viene bien esforzarme por estar atento.

Enarqué una ceja y entonces me puse a contarle todo lo que me había sucedido desde que nos habíamos separado en Ató. Le conté mi viaje hasta la Isla Coja, le hablé de Ahishu, de Zilacam Darys y de Asbalroth. Cuando le narré mi combate contra Draven, en la Torre Negra de la isla, lo vi adoptar una expresión horrorizada y enseguida encadené con los acontecimientos de Mirleria. Llegada a lo ocurrido en el Palacio del Viento, Aryes resopló y echó una ojeada al bastón:

—¿Frundis vivía en Mirleria?

—Sí. Pero me temo que no le gusta hablar del tema. —Vacilé—. Llevo hablando mucho tiempo. Debería dejarte descansar.

Aryes negó con la cabeza.

—No me sentía tan bien desde mi caída —aseguró con una sonrisa—. Sigue. ¿Qué hiciste después? ¿Volviste a Ató?

Asentí.

—Sí, pero de camino ocurrieron unas cuantas sorpresas.

Aryes se carcajeó.

—¿Nooo, en serio? —replicó, burlón.

Animada al verlo tan mejorado, le conté lo sucedido en Aefna, la reyerta callejera, la huida, la traición de Dahey, la elección de Spaw y mi conversación con Deybris Lorent. El kadaelfo me escuchaba mirándome fijamente, como para no perderse una palabra. Le narré mi ceremonia de iniciación a la cofradía de los Sombríos y los líos de mi tío, le hablé de los Shargus cazademonios, del escama-nefando contra el que había luchado Lénisu con Hilo y finalmente acabé contándole mi corta vida de patrulla, mi metedura de pata en la Torre de Shéthil y el viaje hasta la Cripta de los Colibríes. Poco a poco, había ido notando que Aryes perdía su concentración.

—Lo siento —dijo—. Este apatismo es curioso. Va por rachas. —Sacudió la cabeza como para intentar despejar su mente—. ¿Dónde… dónde está Borrasca? —preguntó de pronto. Y se levantó con precipitación, agarrándose el cuello—. ¡Borrasca! —gritó, con los ojos abiertos como platos.

Su brusco cambio de comportamiento me había dejado paralizada un instante pero pronto me repuse y me acerqué con cautela sin saber qué decirle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aryes. Se lo veía totalmente perdido.

En aquel momento la puerta se abrió y entró Sib. Unas zancadas le bastaron para llegar a la altura del kadaelfo.

—Tranquilo, muchacho —le dijo con serenidad.

De pronto, la mirada de Aryes se hizo lejana y se tambaleó. El humano y yo nos apresuramos a ayudarlo a tumbarse de nuevo. Maldito apatismo, pensé, preocupada.

—Borrasca —repitió el kadaelfo, azorado—. ¿Por qué me la habéis quitado?

Calló y cerró los ojos, sumiéndose en un sueño agitado. Crucé la mirada de Sib y cuando me hizo una señal para que saliera al pasillo, lo seguí, no sin antes coger a Frundis y posarlo entre las manos de Aryes, con la esperanza de que la música del bastón lograse calmar su sueño.

—No es la primera vez que pregunta por Borrasca —me explicó el humano en el pasillo—. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

Carraspeé.

—No se trata de una persona. Es una mágara. Un pañuelo azul. Siempre lo lleva alrededor del cuello.

Sib me miró, sorprendido, y se golpeó la frente.

—Claro. Ahora lo entiendo. Naw y yo estábamos convencidos de que se trataba de una persona. Hablaba de ella como si fuese… Bueno. No sabía qué pensar —admitió—. En fin, deberías unirte a nosotros. Estamos a punto de cenar.

Me mordí el labio pero al cabo asentí.

—Está bien.

Sib sonrió.

—He oído que habéis hablado mucho. Me alegra comprobar que en general parece ir mejor.

Hice una mueca. Sí, en general, me repetí. O por lo menos, de cuando en cuando. Di un paso hacia delante y me detuve al pensar de pronto en algo.

—Sib… Lo siento, soy una huésped terrible. —Al verlo enarcar las cejas, sorprendido, expliqué—: Desde que he entrado aquí no he hecho nada más que…

—Ayudar a alguien a curarse —me cortó suavemente Sib—. No tienes que disculparte por nada. Y ahora a cenar.

Lo seguí hasta el comedor, dudando de que tanta conversación hubiese ayudado de veras a Aryes a curarse. Estaban todos sentados alrededor de la mesa baja, incluidos Aüro y Ga, quienes se habían esforzado, por lo visto, en reducir considerablemente las sombras que los envolvían.

—¡Ahí viene nuestra amable demonio! —bromeó Iharath.

Sonreí al verlos a todos charlar alegremente y al oler la comida se me iluminó el rostro.

—¡Sopa de sarrena! Y eso es… ¿conejo? —pregunté, sentándome sobre un cojín.

Drakvian soltó una risita satisfecha.

—Sib nos ha enseñado un túnel escondido que sale del abismo, lejos de aquí —explicó—. Y esta tarde he decidido irme a cazar. Wujiri me ha ayudado —agregó dedicándole al elfo oscuro una ancha sonrisa de vampira.

Éste se encogió de hombros.

—Lo cierto es que me he contentado con traer los conejos a la vuelta —confesó—. Drakvian corre más rápido que yo. Y eso que siempre creí que

era buen cazador. Al fin y al cabo, lo llevo en la sangre —apuntó con una sonrisa—. Mis padres eran cazadores.

Enarqué una ceja y Drakvian tuvo una media sonrisa siniestra.

—Llevarlo en la sangre —repitió meneando la cabeza—. Jamás entendí esa expresión. Si fuese cierto que las habilidades se llevan en la sangre, entonces los vampiros deberíamos ser los más habilidosos de toda la Tierra Baya. Claro que tal vez no sea tan incierto —añadió con una sonrisa orgullosa.

Iharath resopló y me carcajeé.

—Cualquiera diría que has probado la sangre de gawalt —comenté.

Syu se sobresaltó junto a mí.

"Bah, qué disparates", gruñó. *"El orgullo gawalt no está en la sangre."*

La cena estuvo deliciosa y para el postre Nawmiria había preparado una tarta de manzanas que me recordó a las que hacía Wigy. Compartí mi porción de tarta con Syu y el mono metió su trozo entero en la boca con ojos golosos.

"A Naura la Manzanona le encantaría este lugar", solté, divertida.

El mono gawalt entornó los ojos antes de seguir masticando.

"Esa dragona no sabía moderarse. Se habría comido todas las manzanas en una sola tarde", aseguró.

"Y toda la tarta", agregué.

Alrededor de la mesa, la conversación seguía su curso. Iharath hablaba de Cobra con Sib; Ga y Aüro murmuraban entre ellos en su lengua; Wujiri y Galgarrios se habían puesto a hablar de poesías de caza y el caito le recitaba en ese momento un poema a Kyisse sobre una gacela que engañaba a un cazador. Drakvian se había sentado en el borde de la ventana, jugueteando con uno de sus tirabuzones verdes, y Nawmiria Klanez sonreía levemente observándonos a todos con sus ojos dorados. Cuando crucé la mirada de la nixe, advertí un destello de curiosidad.

—… Fue realmente una pena —decía Sib—. Durante los primeros años funcionaba de maravilla. Incluso conseguí paralizar a una arpía que había venido a atacarnos, no muy lejos del castillo. Pero luego pasé por aquel extraño túnel y el maravilloso encantamiento se deshilachó por completo. Como decía, Cobra ahora no es más que una vieja espada con una bella historia detrás.

—¿El castillo? —repetí, de pronto intrigada—. ¿Hablas del castillo de Klanez?

El humano asintió.

—Así es. Ahí fue donde encontré a Cobra. Y donde Naw y yo vivimos nuestros años de juventud —dijo con expresión risueña—. Apartados de todos y protegidos por los Espejos de la Verdad.

Recordé que Fahr Landew había llamado «Espejos de la Verdad» la zona natural que protegía el castillo y que, al parecer, hervía de ilusiones armónicas tan atrapantes que hacían enloquecer a quienes las veían.

—¿Cómo es ese castillo? —pregunté, curiosa.

Sib se encogió de hombros.

—Grande. Muy grande. Y está lleno de trampas. Realmente hay que conocerlo de memoria para no quedarse atrapado. Naw me salvó la vida más de una vez —sonrió—. También tiene una biblioteca enorme. Es una fuente de información absolutamente increíble. Y lo más interesante es la historia de los Klanez.

—Pasaba el día entero desgastándose los ojos en líneas de tinta —intervino Nawmiria con una mueca divertida.

—Y menos mal —replicó su esposo—. ¿Podéis creeros que Naw no sabía que era una nixe? Os lo juro. Me enteré yo por una glosa que había en uno de los volúmenes de las Memorias de Áwinoth. El que portó a Cobra antes que yo —explicó—. Francamente, aquellos años fueron inolvidables.

Sonreí, pensativa.

—¿Y estabais… solos en el castillo de Klanez?

—Absolutamente —confirmó él—. Solos con el oleaje del mar del Norte, los kérejats y los paiskos. Pasamos ahí seis años. Luego… —se carcajeó por lo bajo como si se burlase de él mismo—. Quisimos ver las estrellas y por eso nos marchamos. Yo debía de tener ya más de treinta años y a pesar de todo seguía teniendo los mismos sueños que cuando era un niño. De lo cual no me arrepentiré jamás —puntualizó, sonriente.

Asentí. Desde luego, la vida de Sib Euselys y Nawmiria Klanez tenía toda la pinta de haber sido muy extraña.

—Uno jamás se arrepiente de intentar cumplir sus sueños —intervino Nawmiria—. Siempre me acordaré del día en que vi el cielo por primera vez. Era de madrugada y la Gema y la Luna brillaban muy juntas en el

cielo. Y entre los árboles se oían cantos de pájaro que jamás había escuchado.

Todos sonreímos al verla hablar con tanta emoción.

—¿Desde cuándo vivís en la Superficie? —preguntó Iharath.

—Bueno —dijo Sib con más vivacidad—. En realidad la primera vez que fuimos nos quedamos tan sólo unos años. Luego nos metimos en la primera capa subterránea, en busca del pueblo nixe. Entramos en su territorio, un lugar que no olvidaré jamás… Pero no vimos a nadie. —Frunció el ceño, como recordando—. Era como si los nixes hubiesen desaparecido sin dejar rastro.

El rostro de Wujiri se había ensombrecido cuando preguntó:

—¿Piensa que fueron atacados?

Nawmiria sacudió la cabeza.

—No había signo alguno de combate. De todas formas, ninguna criatura se habría aventurado en su territorio: es impenetrable por las ilusiones. No tengo ni idea de si murieron o se mudaron a otro lugar, pero obviamente algo pasó.

¿Podía ser acaso que Nawmiria fuese la última verdadera nixe de la Tierra Baya?, me pregunté. ¿Pero qué era realmente un nixe? La miré con más atención, buscando tal vez algo que me explicara por qué los nixes eran considerados como hadas y no como saijits. Pero, aparte de sus ojos dorados brillantes y su extraña belleza, no veía nada.

—Después de eso, regresamos a los Subterráneos —retomó Sib. Sonrió, rememorando el pasado—. Nuestro hijo, Anmis, ya tenía por entonces veinte años y estaba harto de tanto viaje. Así que, cuando llegamos a la ciudad de Elen, decidimos quedarnos. Anmis conoció a Keyma, se casó, y al de un año nos trasladamos todos otra vez al Castillo de Klanez. Los dos parecían tan felices juntos… —Su sonrisa tembló y su expresión se ensombreció—. Cuando llegamos al castillo, Naw y yo enseguida vimos que había cambiado. Los desequilibrios energéticos eran mayores y la zona se había vuelto especialmente peligrosa. Sin embargo, a Anmis y Keyma les encantaba el lugar. Los dos eran unos apasionados de energías asdrónicas. Pero… Naw y yo echábamos de menos la Superficie y, al de un tiempo, decidimos volver. Debieron de pasar un par de años antes de que Anmis y Keyma también se marchasen del castillo, con la pequeña. Antes de que… —Sib miró con aire entristecido el rostro de Kyisse y su voz murió en sus

labios. Debió de percatarse de la turbación de la niña porque se esforzó en sonreírle—. ¡Bueno! —dijo, cambiando bruscamente de tono—. Después de esta bonita cena, ¿qué tal si jugamos una partida de…? Er… ¿Cómo era, hija mía? ¿Kienbobó?

Kyisse estalló de risa.

—¡Kiengó!

—Eso —sonrió su abuelo.

Éramos demasiados para jugar al kiengó y tras una partida le dejé a Syu con Galgarrios, asegurándole a este que jugar con un mono gawalt traía suerte.

"¿Y jugar con un caito también trae buena suerte, supongo?", se burló el mono.

"Por supuesto. A Galgarrios siempre lo acompaña un hada de la suerte", afirmé, guiñándole un ojo. Menos cuando lo acompañaba yo, añadí entonces para mis adentros.

Pronto me levanté y les di las buenas noches. Lo cierto era que me alegraba verlos al fin disfrutar de un poco de calma tras tanto viaje, echando tranquilamente una partida de cartas. Claro que, visto lo visto, yo iba a poder disfrutar de una calma todavía más completa si de veras decidía escucharle a Zaix y encerrarme junto a él, pensé con ironía. Estaba ya en el pasillo cuando Nawmiria me llamó.

Me giré y la vi aparecer junto al marco de la puerta. Sus ojos me estudiaron con detenimiento y le devolví la mirada, algo confusa. Sonrió.

—¿Quieres que demos un paseo?

La propuesta me desconcertó aún más pero no me atreví a rechazarla y asentí en silencio antes de seguirla hacia fuera. La Luna iluminaba el prado con su tenue luz. Respiré hondo el aire cálido de verano y le eché una mirada intrigada a la nixe mientras esta se alejaba por la hierba y las sombras. ¿Acaso quería llevarme a algún sitio en especial? Cuando llegamos junto a un manzano, rompí el silencio, impaciente.

—¿Querías decirme algo?

La nixe se giró hacia mí sonriendo con los ojos.

—Bueno, pensé que te vendría bien ver las estrellas.

Enarqué una ceja, divertida, y eché un vistazo hacia el cielo nocturno. Como Nawmiria se sentaba sobre la hierba, la imité, cruzando las piernas.

Oí un repentino susurro de aleteos sobre mi cabeza y entorné los ojos para intentar vislumbrar algo entre las sombras. Por un momento, pensé que podían ser murciélagos. Aunque recordando el nombre que le habían dado Sib y Nawmiria a aquel abismo, también podían ser colibríes.

Entonces la voz serena de Nawmiria me sacó de mis pensamientos.

—Siento en ti algo extraño que me desconcierta —confesó—. Durante la cena, he sentido en ti tristeza, miedo, alegría… —Sus ojos me detallaron con intensidad—. Entiendo que te preocupes por ese joven. Pero noto algo más, como si creyeses que algún mal iba a acontecer. ¿Crees que hay algo que podría ponernos en peligro? —inquirió con suavidad.

Sostuve su mirada, turbada.

—Yo… —Resoplé—. ¿Eres capaz de leer los pensamientos?

—No los pensamientos. Pero sí ciertos sentimientos.

Asentí, pensativa, y recordé un comentario extraño que había soltado una vez Kyisse: *"He visto tu corazón y sé que me quieres"*. Dado que Kyisse no era enteramente una nixe, quién sabe si las capacidades de Nawmiria para adivinar sentimientos no estaban más desarrolladas que las suyas.

—Bueno, que yo sepa, no corréis ningún peligro —dije al fin—. Simplemente debes haber sentido… agitación.

—¿Qué temes? —insistió ella.

Me rasqué la mejilla, molesta.

—¿Qué temo? La verdad, no lo sé. En mi vida he temido tantas cosas que debería haber dejado de tenerle miedo a nada.

—Y sin embargo… —me alentó ella.

La miré con extrañeza. ¿Qué pretendía que le dijera? ¿Que temía haber acabado con mi vida saijit para siempre? ¿Que temía salir en busca del capitán Calbaderca, Kaota y Kitari para darme cuenta de que estaban muertos? Había tantas cosas que temía y tantas cosas en las que prefería no pensar… ¡Y sin embargo todo parecía estar tan tranquilo a mi alrededor! El suspiro de Nawmiria Klanez me hizo levantar de nuevo la cabeza.

—¿Sabes? —me dijo—. Cuando busco respuestas, suelo tumbarme en la hierba y contemplar las estrellas.

Esbocé una sonrisa al verla acostarse y levantar los ojos al cielo.

—¿Y encuentras las respuestas? —pregunté.

—Siempre.

Al menos, la nixe era optimista, pensé, tumbándome a mi vez en la hierba. Las estrellas centelleaban tímidamente entre las sombras de la noche.

—Entonces, supongo que no buscas respuestas muy complicadas —dejé escapar al de un rato.

Nawmiria se carcajeó.

—En realidad, hace tiempo que ya no busco ninguna respuesta —admitió tras un silencio—. Pero te aseguro que hay preguntas cuyas respuestas sólo vienen al contemplar el mundo que te rodea —afirmó—. A veces los problemas siguen simplemente siendo problemas porque buscas la solución en el problema y no fuera de él.

Sonreí abiertamente. Ese parecía un proverbio de Frundis de los que se podían interpretar como a uno le viniese en gana. La voz suave de Nawmiria prosiguió:

—Cuando miro las estrellas, tan fuera de nuestro alcance, pienso que el mundo es infinito y que yo formo parte de ese infinito. ¿No te parece hermoso? —Me encogí de hombros sin saber qué contestar—. Y aun así, el mundo no sólo tiene hermosuras, también tiene penas, temores, injusticias, pero lo importante es que siga teniendo hermosuras, ¿no te parece?

—Por supuesto —contesté.

La nixe se enderezó. Sus ojos dorados brillaban tenuemente.

—Entonces, si estás de acuerdo, ¿por qué guardas tanta tristeza en tu corazón?

Me ruboricé y suspiré, exasperada.

—No estoy triste —repliqué—. Sólo inquieta por todo lo que puede pasar.

—Entiendo. —Entornó los ojos, sonrientes—. Siento inmiscuirme en tus sentimientos. Pero no puedo dejar de ser lo que soy.

Meneé la cabeza y me incorporé.

—Y yo no puedo dejar de preocuparme siempre por todo —bromeé—. Pero te prometo que cada vez que algo me inquiete contemplaré las estrellas en busca de respuestas.

Nawmiria se carcajeó por lo bajo.

—No te rías tan rápido de las manías de los demás. Tal vez, cuando tengas mi edad, hables de estrellas, fuentes y nubes.

Resoplé, divertida.

—No sabes cuánto me encantaría. Sólo falta que llegue hasta ahí, y en esta vida no hay nada seguro. De todas formas, gracias por intentar ayudarme.

Sonrió.

—Ve ya con el joven kadaelfo. Siento que tú le puedes ayudar más que yo a ti.

Inspiré.

—Buenas noches, Nawmiria.

—Buenas noches.

Me levanté e iba a alejarme cuando una súbita pregunta me detuvo.

—Quería preguntarte… —Callé, indecisa—. Visto que los nixes aquellos desaparecieron, ¿crees que es posible que tú seas… bueno… que seas la última nixe?

Su rostro bañado por la luz de la Luna no se inmutó, pero sus ojos brillaron con un destello extraño.

—No lo creo. El mundo es muy grande. Pero de todas formas yo nunca me consideré una nixe. —Marcó una pausa y agregó por lo bajo—: Los nixes jamás se crían tan solos como me crié yo. Yo soy simplemente… Naw.

Su voz murió en un susurro. Asentí silenciosamente y, adivinando sus sentimientos como lo hubiera hecho ella, la dejé sola contemplando las estrellas sin más palabras. Desde luego, Sib y Nawmiria formaban una pareja muy extraña.

Regresé al cuarto, me quité las botas y posé las dagas y el cinturón. Me fijé en que la bandeja de la cena estaba vacía y que alguien había dejado otro jergón en la habitación. Me senté sobre él contemplando el sueño agitado de Aryes. Murmuraba palabras inconexas que no lograba entender. Se le había escapado Frundis. Recogí el bastón y le di las buenas noches antes de colocarlo contra el muro. Acto seguido, me tumbé y cerré los ojos sabiendo que aquella noche me iba a ser difícil dormir. En la casa aún se oían las voces apagadas de los demás jugando a cartas. Luego oí un ruido de puertas y un par de «buenas noches», y entonces la casa se sumió en un silencio casi completo. Mis pensamientos vagabundeaban sin rumbo cuando un ruido cercano de mantas me sobresaltó. Aryes se había sentado sobre su jergón y se masajeaba las sienes con energía.

—Maldita apatía —soltó.

Y se desplomó contra su almohada. Fui a cubrirlo de nuevo con la manta y sonreí al pensar la de veces que había hecho lo mismo Wigy conmigo cuando era niña. Me crucé con los ojos azules de Aryes.

—¿Estoy soñando? —murmuró.

Negué con la cabeza.

—No, sólo desvariando un poco —repliqué en tono de broma.

Un rayo de lucidez pasó por los ojos del kadaelfo. Resopló.

—Cuando me cure, Shaedra, será mejor que no me cuentes todas las tonterías que he podido hacer o decir.

—¿Como cuáles? —pregunté, aliviada al ver que realmente él esperaba curarse.

—Bueno… Como la que voy a decir ahora —dijo, enderezándose—. Fíjate que he estado pensando…

—¿En serio?

—Sí —asintió con aire teatral—. He estado pensando y me he dado cuenta ¿sabes de qué? —Sonrió anchamente—. Me he dado cuenta de que no sé pensar. Y entonces al pensar eso ya no sabía qué pensar porque si pensaba que no sabía pensar, ¿cómo podía estar pensándolo?

Ambos nos miramos, resoplamos ruidosamente y estallamos de risa.

—¡Ajaj…! —jadeó Aryes, sin aliento—, lo siento, Shaedra, mi humor es patético.

—Apático —lo corregí, enjugándome las lágrimas—. Pero la verdad es que no difiere mucho del habitual, tranquilo. Ojalá te cures pronto —añadí, retomando mi seriedad.

El kadaelfo asintió.

—Creo que voy cada vez mejor. Y creo que es gracias a ti.

Me mordí el labio, sonriente.

—¿Sabes? Nawmiria Klanez me ha dicho que hay preguntas cuyas respuestas sólo vienen al contemplar el mundo que te rodea.

—Es muy profundo —reconoció Aryes, pensativo.

—Sí —asentí—. Ella mira las estrellas y… yo te miro a ti.

Le sonreí, preguntándome cómo unas simples palabras podían acelerar mi corazón de esa manera. Aryes me devolvió una ancha sonrisa y meneó la cabeza.

—Y tú eres la estrella más hermosa de todo mi universo —pronunció, llevándose una mano al pecho.

Me carcajeé por lo bajo, nerviosa.

—Somos peores que Win y Wen.

Aryes enarcó una ceja, sin entender.

—¿Win y Wen?

—¿Nunca has escuchado la canción de la princesa Win y el príncipe Wen? —me extrañé—. Frundis estaría escandalizado. Y eso que dice que es música folclórica, pero le encanta interpretarla.

Aryes resopló, divertido.

—Pues ya la escucharé. —Frunció el ceño e hizo un leve ademán—. Siento que viene otra racha. Este apatismo es verdaderamente desconcertante…

Con el rostro ensombrecido volvió a tumbarse y minutos después estaba otra vez delirando. En un momento, oí que me llamaba a mí, y luego que le llamaba a su hermana Zéladyn. Lentamente, me dormí, pero desperté en plena noche al oír un grito. A cuatro patas sobre su jergón, Aryes buscaba a Borrasca. Lo calmé con sumo esfuerzo y cuando Sib apareció por la puerta en camisón le dediqué una mueca de disculpas.

—No te preocupes —aseguró él—. Normalmente, le sucedía mucho más a menudo. Está recuperándose, de eso no cabe duda.

Con esas palabras reconfortantes, volvió a cerrar la puerta y yo concilié el sueño con mayor sosiego.

8 Brisa asesina

Al día siguiente, Aryes no había mejorado especialmente y acabé dándome cuenta de que, aunque al hablar conmigo recobraba cierta lucidez, tras una larga conversación recaía siempre en una crisis apática que le duraba horas. La Cripta estaba ya a oscuras pese al cielo azul cuando dejé el cuarto, cansada de permanecer sentada y sin hacer nada. Como no había nadie en casa, salí afuera, preguntándome dónde se habían metido los demás. Un remolino de aire me azotó enseguida el cabello y despejé mis ojos con un ademán antes de echar un vistazo general hacia la Cripta de los Colibríes. Extrañamente, aquel lugar me recordaba a la caverna solitaria y tranquila donde había crecido Kyisse en los Subterráneos. Sin embargo, era más ameno y familiar para mí: el sol, aunque oculto la mayor parte del tiempo, llegaba a iluminar la hierba verde y los frutales durante dos o tres horas al día. Revoloteando junto a unos arbustos que crecían entre la roca de las paredes, pequeños pájaros coloridos formaban un verdadero coro armonioso que le tenía entusiasmado a Frundis desde que habíamos llegado. Aquella mañana, le había dicho al bastón que a lo mejor mezclando trinos con balidos podría llegar a realizar una proeza musical. Sin embargo, él me había contestado con tono terminante que aún estaba demasiado ocupado finalizando su composición *La música del hierro* y que no veía cómo introducir a los colibríes en ella sin estropearla del todo. Estaba inquieto, como solía cuando se quedaba atascado por algunas notas; le dedicaba tanta pasión a su nueva sinfonía que yo ni siquiera me había atrevido a sacarlo de casa.

Sonriente, busqué a los demás con la mirada y no tardé en encontrarlos. Al otro lado del prado, Nawmiria y Sib recolectaban frambuesas con movimientos lentos, como si pretendiesen pasarse toda la tarde rellenando sus cestos. Subidos cada uno a un cerezo, Galgarrios e Iharath participaban de la recolecta con un saco de cuero medio lleno en bandolera; sin lugar a dudas, el caito estaba ya enteramente repuesto de la herida en la pierna. Los saludé desde lejos y giré la cabeza al oír un sonido parecido al de una flauta. Sentados en unas rocas, contra una de las paredes del abismo, estaban Wujiri y Kyisse, él con una un trozo de madera en la mano, ella con

una flauta en los labios. Por lo visto, Wujiri le había fabricado el instrumento, observé, intrigada.

“El elfo lleva toda la tarde haciendo agujeros en ese trozo de madera”, confirmó el mono, saliendo de pronto de un arbusto a mi izquierda. Trepó hasta mi hombro y ladeó la cabeza. *“¿Qué tal va Aryes?”*

“Durmiendo”, me limité a decir.

“¿Y qué tal va Frundis?”, inquirió Syu mientras atrapaba un mechón de mi cabello y se ponía a trenzarlo.

Esbocé una sonrisa burlona y contesté:

“Componiendo.”

Vi a Kyisse hacerme gestos de lejos y me acerqué.

—Wujiri me está enseñando a tocar la flauta —explicó, muy animada —. ¿Quieres oír?

Tanto Wujiri como yo sonreímos anchamente al verla tan entusiasmada.

—Por supuesto —afirmé, sentándome junto a ellos.

Pronto mi sonrisa se quedó fijada en una mueca sobrecogida cuando empezó a tocar. La melodía era un verdadero desastre discordante. Desde luego, se le daba mejor la música armónica. Tras oír un sonido chirriante, resoplé mentalmente y Syu, a punto ya de salir huyendo de esa tortura musical, cerró un ojo con aire sufrido e invocó el nombre de Frundis. Al fin, Wujiri intervino, quitándole casi la flauta de las manos a la niña.

—¡Pequeña! —dijo, tratando de hablar con suavidad sin conseguirlo. Carraspeó ante la mirada interrogante y algo herida de Kyisse—. No hace falta soplar tanto, ¿sabes?

La cara que hizo Kyisse me hizo tanta gracia que me eché a reír. Pronto los dejé con su lección de música y me dispuse a dar una vuelta por la cripta. No vi a Aüro y a Ga por ningún sitio, ni tampoco a Drakvian, y supuse que habrían salido por aquel pasadizo del que había hablado la vampira la víspera. Observé cómo Syu se paseaba alegremente de manzano en manzano examinando cada fruta con aire afable. Me pasé un rato buscando a Borrasca entre los pedruscos de las paredes, convencida de que el pañuelo debía de haberse quedado colgando en alguna roca, árbol o arbusto. Sin duda a Aryes le habría animado saber que no había perdido su querida mágara. Sin embargo, di toda la vuelta a la cripta sin resultados. Estaba volviendo a bajar de una roca de dos metros de altura cubierta de musgo cuando vi a Iharath acercarse con expresión curiosa.

—¿Andas buscando la salida?

Negué con la cabeza. Esa ya la había encontrado, camuflada entre matorrales y espesa hiedra.

—Busco el pañuelo azul que perdió Aryes al caer del abismo —expliqué—. Pero por el momento no he visto nada. Y es una lástima, porque esa mágara era muy especial para él.

El semi-elfo hizo una mueca.

—Márevor Helith solía decir que las mágaras no son eternas.

Traté de reprimir una sonrisa, sin conseguirlo.

—Y yo soy la primera en habérselo demostrado, supongo —solté.

—¿Te refieres al shuamir? —Iharath lanzó una mirada hacia el cielo, divertido—. Bueno, ahí debo admitir que el maestro Helith no esperaba que perdieses su collar con… ese estilo. —Ambos carraspeamos—. Bueno, a propósito, quería saber si te apetecía empezar a aprender a manejar las Trillizas. Ya que aún no las has perdido —apuntó con una ceja enarcada.

Lo miré, sorprendida.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Tienes algo mejor que hacer? En realidad, la lección tampoco será muy dura, dado que ya tienes bastantes nociones sobre mágaras, ¿verdad?

Hice una mueca, poco convencida.

—Tenía nociones —lo corregí—. Pero así como dicen que los ternians comparten la sangre de los dragones, me temo que no tengo tanta memoria como ellos.

Iharath sonrió un instante pero su rostro se hizo de pronto más serio.

—Por cierto, Shaedra, hay algo que debiera comentarte.

Su tono me alarmó ligeramente.

—¿De qué se trata?

—Bueno. No sé si habrás notado que en esta Cripta hay mucha densidad de energías. —Asentí, extrañada—. Es una mezcla de energía bréjica con energía órica, básicamente. Sib dice que se forman curiosos remolinos de viento en la cripta, pero al parecer se producen otros fenómenos… —Vaciló antes de continuar—: Sib piensa que este no es el mejor lugar para un apático. Antes no podían sacar a Aryes de aquí y dejarlo solo o en manos de las tribus orcas que pueblan la zona… pero ahora tanto Sib como Nawmiria piensan que cuanto antes lo saquemos de aquí, antes se restablecerá.

Lo miré con aire escéptico.

—Eso… ¿no será una delicada manera de decirnos que no somos bienvenidos…?

—No —me interrumpió el semi-elfo poniendo los ojos en blanco—. Eso mismo le soltó Drakvian cuando nos lo dijo. Sib y Nawmiria aseguran estar encantados de tener a tanta gente en su casa. —Hizo una mueca cómica—. Aunque supongo que si nos quedásemos mucho más tiempo empezarían a hartarse, por supuesto, sobre todo porque acabaríamos con sus provisiones, sus cebollas y… —echó una ojeada a Syu, tranquilamente sentado sobre mi hombro, y añadió—: sus manzanas.

Me quedé pensativa.

—Entonces yo estoy dispuesta a salir mañana mismo. Wujiri y Galgarrios regresarán a Ató. No es justo que anden vagabundeando por las montañas con nosotros —razoné—. Y… Aryes se repondrá.

Iharath me cogió de los hombros con un ligero abrazo tranquilizador.

—Claro que sí. ¿Y Kyisse?

Me mordí el labio, nerviosa.

—Kyisse está… en casa, ahora.

—Así que tienes pensado dejarla sola, con sus abuelos —concluyó Iharath.

Sus palabras me dejaron perpleja.

—Ella tiene sangre de nixe y… es normal que esté con sus abuelos. No soy quien para decidir su futuro —repliqué simplemente.

Iharath sonrió.

—Tampoco pueden decidirlo Sib y Nawmiria. En cualquier caso, te puedo asegurar que vivir una infancia solitaria es un duro castigo. Te lo digo por experiencia. Una sombra, de por sí, sabe lo que significa crecer sola —afirmó con sinceridad.

Inspiré, recordando entonces con quién estaba hablando.

—Lo sé. Pero estoy convencida de que Sib y Nawmiria harán todo lo posible para que viva feliz. No quiero que vuelva a Ató para que la manden al castillo de Klanez. Y no puede venir con nosotros porque… entre lo de los cazademonios y lo de Jaixel, sería un disparate.

Iharath asintió.

—Tienes razón. Propongo que nos instalemos en la pequeña pradera, delante de la casa. ¿Llevas las Trillizas? —Asentí y nos pusimos a andar

entre los arbustos, en silencio. Era cierto que la energía de aquella cripta era algo intrusiva y casi palpable, pero ¿realmente era posible que estuviese ralentizando la curación de Aryes? Quién sabe. Cuando nos sentamos en la hierba, observé que Kyisse había dejado su lección de flauta y que correteaba entre los arbustos jugando al escondite con Galgarrios y Nawmiria. Sonreí y deseé por un momento unirme a ellos. Sin embargo, la curiosidad por aprender algo más sobre las Trillizas prevaleció. Saqué las tres bolas de colores y levanté una mirada interrogante hacia Iharath.

—Bueno. ¿Cómo se activan?

Iharath les echó un vistazo antes de recogerse el pelo de fuego tras la espalda mientras decía con tono de profesor:

—Primero, tienes que entender su trazado. Es un trazado bastante complejo. Y cuando se activen, tienes que sujetarlas bien, porque se ponen a vibrar de tal forma que se te pueden caer y generalmente si la situación es crítica podría resultarte fatal.

—No empecemos a ser pesimistas hablando de situaciones críticas —repuse sabiamente antes de adoptar una mueca concentrada y curiosa—. ¿Qué tipo de trazado utilizan? Intenté diez mil veces comprenderlo, pero me fue totalmente imposible conseguir nada.

Él sonrió anchamente.

—Es que esa es la parte más complicada. No sería una mágara del maestro Helith si el trazado no fuese complejo.

Se puso a continuación a hablarme de energías y trazados y, al de una hora, cuando entendí las bases, traté de activar las Trillizas. El primer intento me salió bastante regular: logré activarlas pero no focalizar mi sortilegio de armonía de luz a través de ellas, de modo que tan sólo se pusieron a vibrar sin dar resultado alguno. Al de varios intentos, acabé sabiendo activarlas en tan sólo unos segundos y al enésimo intento conseguí soltar un resplandor armónico que se deshilachó casi tan pronto como había venido pero que me dejó totalmente deslumbrada.

—Vaya. ¡Lo has conseguido! —me felicitó Iharath.

Con la súbita luz me acababa de percatar de que el cielo estaba ya oscureciéndose.

—Creo que ya está bien por hoy —resoplé, animada—. Ya he gastado bastante mi tallo energético.

Iharath asintió vivamente y se levantó.

—Con un poco más de práctica, sabrás manejarlas más o menos correctamente. El mayor riesgo, de todas formas, es que no focalices bien la energía y que todo tu sortilegio se deshaga. Es particularmente difícil controlar un sortilegio con una mágara de por medio…

Calló repentinamente, fijando los ojos en un objeto a mis espaldas. Seguí la dirección de su mirada y me enderecé, alarmada.

—¿Qué…?

Mi voz murió en mi garganta cuando alcancé a ver las dos formas oscuras que se aproximaban corriendo a toda prisa. Algo me dijo que salían del pasaje que llevaba a los Túneles Blancos, ya que el túnel que subía hasta los Extradios estaba del otro lado de la Cripta.

"Todo no va bien", comentó Syu, con sus habituales intuiciones adivinas.

—¡Shaedra! —exclamó Ga en tajal.

Con aprensión, la vi llegar hasta mí.

—Shaedra —repitió la sainal. Tenía los ojos casi totalmente oscurecidos por la urgencia—. Tres saijits… Están subiendo el pasadizo, desde los Túneles Blancos y uno de ellos es el que te amenazó con su arma en la torre. Ha sido un milagro que no nos hayan visto. Van a llegar en cualquier momento. Tienes que marcharte de aquí.

Abrí la boca y la volví a cerrar sin que ningún sonido saliera de ella. Entonces, me entró el pánico.

"¡Es… Ew Skalpaï, Syu!"

"Pues no te quedes como un árbol ahí parada y salgamos de aquí", sugirió el mono gawalt con apremio.

Iharath me cogió del brazo para sacudirme.

—¡Shaedra! ¿Qué demonios ocurre?

Tomé una inspiración para serenarme un poco.

—Parece ser que Ew Skalpaï nos ha encontrado —expliqué con tono monocorde.

Volví a ver con nitidez los ojos chispeantes del cazavampiros, llenos de una fría razón que lo había conducido durante su vida a querer matar a cuantos «monstruos» encontrase por su camino. Maldito…

Al fin, reaccioné y salí corriendo hacia la casa de los Klanez como una endemoniada. Syu tuvo que agarrarse a mi cuello para no caerse.

"¿Pero qué haces? ¡La salida, Shaedra! ¡Está por ahí!", rezongó.

“Antes debo avisar a los demás, Syu.”

Pasé el umbral a la velocidad del rayo y llegué al comedor con el corazón desbocado. Estaban preparándose para la cena y vi los rostros de todos girarse hacia mí, sorprendidos.

—¿Shaedra…? —soltó Wujiri, alarmado. Como en un sueño, me fijé en que estaba deshuesando las cerezas y tenía las manos llenas de jugo.

—Ew Skalpaï está aquí —solté, lacónica—. Vosotros quedaos en la cripta. A vosotros no os están buscando. Pero yo me voy de inmediato.

—Y yo —jadeó Iharath, a mis espaldas—. Ahora mismo.

La noticia los había dejado a todos pasmados, o al menos a casi todos. Curiosamente, Nawmiria no parecía muy impresionada.

—No os preocupéis —intervino—. Ocultaré la casa. Nadie os verá, darán una vuelta por el abismo y con un poco de suerte encontrarán la salida hacia la Superficie y continuarán su camino sin sospechar nada…

No esperé a que terminase: en aquel momento, sus palabras carecían de sentido para mí. Me precipité hasta el cuarto de Aryes y entré. El kadaelfo estaba sentado sobre el jergón y parpadeó ante la luz del candelabro del pasillo.

—¿Ew Skalpaï? —pronunció—. Así que ese maldito ha conseguido seguiros.

Por lo visto, lo había oído todo.

—Dicen que es un rastreador de primera —suspiré mientras agarraba a Frundis.

Aryes se levantó y observó mi agitación con aire inquieto.

—Bueno… —dijo—. Entonces, será mejor que nos marchemos cuanto antes.

Debió de percibir la duda en mi expresión; sin embargo, esbozó una sonrisa.

—Tal vez pueda tener todavía alguna crisis apática —admitió—, pero no te preocupes, ya no estoy tan cansado y, aunque diga tonterías de cuando en cuando, sigo corriendo igual de rápido.

Y además, según Sib, no le venía bien quedarse en la Cripta, completé para mis adentros.

—No es razonable —dije sin embargo.

—No… Tal vez no —reconoció él—. Pero te prometo que si me quedo será simplemente para servirle alguna pócima envenenada a ese asesino.

Puse los ojos en blanco.

—Está bien —acepté sin pensármelo más—. Pero démonos prisas.

—Es inútil darse prisas —intervino una voz discordante en el pasillo. Me giré de golpe hacia Drakvian. Un hilillo de sangre le recorría aún los colmillos—. Los acabo de ver —declaró—. Se dirigían hacia la casa. En menos de dos minutos estarán aquí.

Agrandé los ojos y miré alternadamente a Aryes, Iharath y Drakvian con aire desazonado.

—Venid —nos pidió Sib.

Entró con andar presto en el cuarto del fondo, destinado a las provisiones, y abrió la ventana mientras nos apresurábamos todos a seguirlo.

—Salid y escondeos detrás de esas rocas —nos dijo—. Los retendremos todo lo posible para que tengáis tiempo de huir. Nadie verá a Yarim.

Sin una palabra, Drakvian dio un salto y salió por la ventana, seguida rápidamente por Iharath.

—Shaedra —murmuró Galgarrios. Su rostro estaba descompuesto ante la súbita emergencia de la situación.

Le dediqué una débil sonrisa franca.

—Vuelve a Ató, amigo —le dije con rapidez—. Trata… de no hablar demasiado de mí a nadie, ¿eh? —Le eché una ojeada elocuente a Wujiri, quien se contentó con hacerme un gesto apremiante con la barbilla. No iba a delatarme, entendí con alivio—. Cuidaos todos y gracias por todo —me contenté con añadir. Puse un pie sobre el borde de la ventana e iba a saltar cuando Kyisse sollozó:

—Shaeta…

En el mismo instante, se oyó una voz en la puerta de entrada. No entendí lo que decía, pero me imaginé sin dificultad que era Ew Skalpaï. Sólo podía ser él. Giré la cabeza hacia la pequeña con el corazón helado. Los ojos dorados de Kyisse se habían llenado de lágrimas.

—No te preocupes, nadie la verá —aseguró Sib por lo bajo.

Me llevé la mano al pecho en un gesto de eterno cariño antes de alejarme prestamente en la oscuridad del crepúsculo. Me prometí que, pasase lo que pasase, volvería a verla un día.

Alcancé la pared de la cripta y me reuní con Aryes, Drakvian e Iharath. El kadaelfo parecía estar en uno de sus momentos de lucidez pero… ¿qué

pasaría si de pronto se ponía a gritar el nombre de Borrasca? Tragué saliva con dificultad al imaginarme la escena. Sin embargo, de momento era mejor permanecer ocultos entre las rocas y no moverse demasiado, de modo que me senté junto a ellos en silencio y nos envolví a todos en una esfera armónica bastante eficaz incluso para quien hubiese estado a escasos metros de nosotros.

—¿Y Ga? —inquirí por lo bajo.

—La he visto correr hacia el túnel con Aüro —susurró Drakvian, con una voz prácticamente inaudible.

Aun desde donde estábamos, se oían voces apagadas que provenían de la casa. En ningún momento pareció salir nadie y supuse que entre los Klanez y Wujiri habían tenido que convencer a Ew Skalpaï y sus compañeros de que la demonio no se encontraba en la Cripta.

"Debería haberles pedido que les dijesen que me había caído en un pozo infernal", deploré. *"Así habrían dejado de buscarme."*

Syu no paraba de trenzarme y destrenzarme el mismo mechón.

"No entiendo por qué es tan persistente ese Ew", masculló. *"Ningún gawalt es tan cabezota."*

"Es que Ew Skalpaï dista mucho de ser un gawalt, Syu", suspiré.

En un tácito acuerdo, decidimos bordear la pared hasta la entrada del túnel que subía hacia los Extradios. La oscuridad era ya casi total y, aunque adivinaba que a ninguno le apetecía moverse por miedo a meter ruido, salimos de nuestro escondite rodeados por mi sortilegio. Iharath me sugirió en un murmullo que utilizase las Trillizas para ampliar las sombras, pero me negué en rotundo: bien sabía que aún no tenía la suficiente práctica como para hacer experimentos en un momento tan crítico. Aryes aprobó mi prudencia y llegamos al comienzo del túnel sin que nos hubiese interpelado ninguna voz atronadora.

Sin atrevernos a hablar más de la cuenta, nos adentramos por el angosto túnel que nos llevaría, según Drakvian, hacia una montaña situada al norte del macizo, no muy lejos del lugar donde ella misma había estado viviendo con su antiguo clan de vampiros. No pudo evitar dedicarnos una sonrisa lóbrega al mencionarlo, aunque aseguró que en su incursión de aquella tarde no había visto ni rastro de sus antiguos compañeros. El túnel resultó ser bastante largo y durante la ascensión habría estado dándole vueltas inútilmente a lo sucedido si Frundis no hubiese declarado, exultante, que su

obra maestra estaba al fin lista para ser estrenada. Me pregunté si se había enterado de algo de lo ocupado que había estado dándole los últimos toques a su épica composición.

"Me temo que tu público está algo desconcentrado", le confesé.

"¡Bah! La armonía del hierro te reconcentrará", afirmó, muy seguro.

Enarqué una ceja.

"¿La armonía del hierro? Creía que la habías llamado La música del hierro."

Percibí claramente el resoplido del bastón.

"Ese era un título provisional", replicó. *"Bueno, ¿queréis escucharla o no?"*, se impacientó.

Pese a saber que un humano se encontraba a escasos metros de mí con intenciones de matarme, no pude evitar sonreír. Syu y yo lo alentamos, medio curiosos medio burlones, hasta que Frundis se decidiese a iniciar la función. La verdad era que, vista su fuente de inspiración, me había esperado a que saliese una obra tétrica y horrible, como una lluvia de barrotes metálicos, pero me equivocaba. Aquella era una obra maestra comparable a la de rocarreina y consiguió emocionarnos tanto a Syu como a mí. En un momento, percibí un ligero coro de balidos e hice un tremendo esfuerzo para no echarme a reír y no interrumpir su bella composición. Cuando acabó, el mono y yo lo alabamos largo rato.

"Veo que al final has conseguido meter tus famosos balidos en una obra maestra", observé, muy divertida.

"Sí", reconoció el bastón con modestia. *"Me dije que el sonido era apropiado en ese instante, justo después del segundo movimiento. Fue una idea repentina y me salió bastante bien, la verdad, aunque así no parece pero me pasé un día entero con ese trozo…"*

Siguió hablando por los codos sobre cómo había conseguido tamaña proeza y, reprimiendo la risa, le rasqué el pétalo azul, pensando que, así como cuando componía estaba más bien callado, cuando acababa una de sus composiciones maestras no había quien lo parase. No tardamos mucho más en salir del túnel. Desembocamos en una pequeña gruta cuya entrada estaba cubierta de plantas ramificadas. En cuanto nuestros pasos fueron iluminados tenuemente por la Luna, Iharath deshizo el sortilegio de luz.

—Bueno —murmuró—. Y ahora, ¿adónde vamos?

—¿Subimos el monte? —propuso Drakvian—. Si lo bajásemos, acabaríamos en la Insarida. No es muy recomendable. A menos que nos dirijamos más al oeste.

Iharath sacudió la cabeza.

—Me refería a… bueno, a lo que se supone que tenemos que hacer. Shaedra no puede volver a una zona poblada por saijits. Y no tenemos ni idea de adónde se han marchado Ga y Aüro… seguramente han debido de encontrarse algún refugio. Así que supongo que lo de la spiartea queda descartado. De modo que… ¿qué hacemos?

Sus palabras nos sumieron en un breve silencio pensativo y me dejaron particularmente afectada. La idea de no poder volver a vivir con los saijits era todavía más terrible cuando la oía así, pronunciada en voz alta.

Iba a contestar al fin que de momento lo más urgente era alejarse de aquel lugar cuando vi un enorme bulto negro surgir de entre los árboles.

—Diablos, menudo susto —jadeó Iharath.

—*Ishrsisk* —pronunció Ga. Sus dos ojos lechosos brillaron en la oscuridad. «Olvídala», decía.

—¿Que olvide el qué? —pregunté en tajal, desconcertada.

—La spiartea de sol —explicó Ga—. Y tu promesa.

Se giró hacia un lugar sumido entre las sombras y adiviné que Aüro no debía de andar muy lejos.

—Tenías razón —me dijo, sacando la lengua azul—. Un sueño siempre seguirá siendo un sueño y no será nunca tan bonito como la realidad. Es bueno no sentirse sola —confesó, echando una ojeada hacia las sombras… y hacia Aüro, entendí—. Aunque tal vez te parezca ridículo…

No pude retener una carcajada de alegría. Iharath y Drakvian nos miraban alternadamente, intrigados.

—Tienes toda la razón, Ga —aprobé—. Y no sabes cuánto me alegro de que te des cuenta de ello.

Los ojos blancos de Ga brillaron más intensamente. Inclinó la cabeza y me lamió la cara amistosamente con su enorme lengua azul y rasposa. Se giró hacia Iharath y me carcajeé cuando el semi-elfo se pasó una mano por el rostro, asqueado. Drakvian dio un bote hacia atrás, enseñando los colmillos.

—No, Ga, no es necesario. Ya sé que me echarás de menos y yo te echaré de menos a ti. Dejémoslo así —aseguró, nerviosa.

Cuando Ga le dio las gracias a Aryes, este estuvo a punto de perder el equilibrio. Entonces, la sainal dio unos pasos hacia atrás, desapareció entre la oscuridad y se despidió con esas palabras:

—Suerte a todos vosotros y que las sombras os protejan.

—Suerte a ti también, Ga —contesté. Oí un susurro de hojas y dos sombras se perdieron en la noche.

—El sol da demasiadas vueltas…

Me giré hacia Aryes con el corazón en un puño. El kadaelfo había levantado la cabeza hacia el cielo, melancólico. La luz trémula de la Luna vagabundeaba en sus ojos azules. Iharath y Drakvian se miraron el uno al otro y suspiraron a la vez.

—Alejémonos de aquí —declaró la vampira—. Y, mientras tanto, nos cuentas qué te ha dicho la sainal.

Tomé el brazo de Aryes con dulzura y comenzamos a subir la montaña boscosa con sigilo. La Luna, detrás de la copa de los árboles, iluminaba silenciosamente nuestro camino.

9 Barro negro

—Aquí no hay nadie.

La voz de Drakvian dejaba claramente traspasar su exasperación: llevábamos una hora entera rodeando todo el abismo desde arriba sin resultado. La silueta de Iharath se desató de las sombras, acercándose.

—Es un peligro andar por aquí con esta oscuridad —murmuró—. Además, tengo la sensación de que se va a poner a llover. No es plan que resbalemos y acabemos abajo de ese abismo otra vez. Si realmente Spaw y Lénisu nos están buscando, o bien se han equivocado totalmente de camino, o bien aún no han llegado. No sirve de nada esperarlos aquí sabiendo que hay… otra gente menos simpática que te anda buscando, Shaedra.

Hice una mueca resignada y le di la razón con un gesto de cabeza.

—Lo siento, nos hemos retrasado por mi culpa. Se supone que debían de buscar un abismo… pero claro, a lo mejor hay muchos abismos de este tipo en los Extradios.

Había albergado la loca esperanza de encontrar a Lénisu y a Spaw buscando alguna entrada para bajar hasta el abismo y acababa de perderla. ¿Quién sabe dónde podían estar en aquel instante? El norte de los Extradios no era una zona precisamente pequeña.

Drakvian volvió a poner su capucha, ocultando sus tirabuzones verdes; abrió la marcha y se distanció con rapidez. Los demás nos alejamos del borde con precaución y empezamos a caminar por una cuesta poblada de rocas y tierra. El cielo, ahora totalmente cubierto, estaba tan oscuro como la tinta de Inán. Tan sólo se oía el viento, que acababa de levantarse, así como algún lejano aullido de lobo o de búho. Viajar de noche no me gustaba nada: me daba la impresión de que en cualquier momento podía surgir alguna bestia sanguinaria de entre dos rocas para abalanzarse sobre nosotros y comernos vivos. Claro que no estaba tan lejos de la verdad, considerando que Ew Skalpaï tal vez hubiese notado nuestra presencia y retomado la caza. Ese humano parecía tener el olfato de un escama-nefando, pensé con acritud.

Aryes andaba junto a mí sin haber pronunciado casi una palabra desde que habíamos salido de la Cripta y me preguntaba si estaría luchando con

algún nuevo ataque apático. Con tanta desventura que le había ocurrido con sus energías óricas, no me cabía ya duda de que la apatía era la maldición por antonomasia de los celmistas.

Acabábamos de empezar a bajar la vertiente cuando notamos las primeras gotas de lluvia, la cual pronto arreció y en unos pocos minutos estuvimos nadando casi literalmente en el barro. Le di Frundis a Aryes, pensando que lo necesitaría más, aunque resultó que la primera en caer fui yo: en un momento, patiné y resbalé en el mar de barro; Aryes me tendió una mano.

—Ten cuidado… —resopló, mientras tratábamos de recuperar ambos el equilibrio.

Un resplandor, mucho más impresionante que el que había conseguido mediante las Trillizas, desgarró el cielo de lado a lado tan repentinamente que me quedé unos instantes sin moverme, hasta que se oyó el trueno: fue como si se hubiese derrumbado una montaña entera o si se hubiese desarraigado de golpe todo un bosque.

Me agarré a Aryes, hinchando las mejillas por la impresión.

—Por Nagray, ¿qué ha sido eso? —tartamudeé.

—Un trueno, obviamente.

Gemí, haciendo eco a la queja que Syu había emitido al instante.

—Odio las tormentas —declaré.

El mono estaba temblando de pies a cabeza.

“Syu… Me estás contagiando tu miedo”, le reproché.

“Ni que fuese culpa mía”, replicó él, aferrado a mi cuello.

Acabábamos de ponernos de nuevo en marcha cuando vimos una luz, más abajo, en la montaña. Fue una especie de estrella de fuego que refulgió y fue a morir como un relámpago rojizo en las tinieblas.

—Eso no puede haber sido un rayo —razoné en voz alta, aunque dudé de que alguien me oyera.

—¡Es Drakvian! —gritó Iharath, sobre el estruendo de la lluvia—. Rápido. Ha debido de encontrar un refugio.

Nos apresuramos a bajar la cuesta hasta donde había aparecido la luz. Nos costó bastante más tiempo de lo esperado. Cuando al fin la alcanzamos, la sombra de Drakvian se giró vivamente hacia nosotros. Tenía una mueca taciturna en el rostro. Solté un sortilegio de luz armónica, buscando algún refugio con la mirada. Rocas, ríos de barro y más barro… No había nada. Y

la vampira estaba totalmente empapada de barro, me fijé, reprimiendo una sonrisa.

—Adivinad lo que me ha pasado —gruñó Drakvian. Las gruesas gotas de agua seguían cayendo sobre nosotros como flechas, aunque me pareció que estaba amainando un poco.

Me encogí de hombros y aventuré:

—Te has… ¿caído?

La vampira se rascó la nariz, como molesta. Sus tirabuzones verdes caían, embarrados, contra su rostro pálido.

—Si sólo fuera eso… ¿Habéis visto la bola de fuego que he soltado? —Asentimos en silencio, curiosos, y agrandamos los ojos en cuanto bajó una mirada elocuente hacia sus botas rojas—. Ya veis… Esta mágara no sirve de nada. ¡Se activa cuando le da la gana! A saber adónde habrá ido a parar la bola de fuego. El maestro Helith tenía razón: ese rayo era todo menos inofensivo. Seguro que he dejado una señal bien clara y carbonizada del camino que estamos tomando —se lamentó—. De verdad que estoy por tirar las botas. No me gusta llevar algo tan peligroso en los pies. ¿Y si el rayo hubiese salido mal? No quiero ni pensarlo. Si no fuera porque son cómodas…

La vampira hablaba agitadamente y con una cara tan disgustada que no pude evitar reírme de buena gana.

—Mmpf. Si quieres intercambiamos las botas —sugirió ella, provocante.

—Si quieres, pero te advierto que las mías están hechas un desastre desde lo del pozo —apunté, echando un vistazo a mis twyms enterradas bajo el barro.

—Y las mías no están mucho mejor después de las caminatas y la caída final —aseguró Aryes, divertido.

—Ñaj. Y a mí todavía no se me ha quitado el olor a algas de aquella bajada subterránea —carraspeó Iharath. Nos observó, impaciente—. ¡Bueno! Ahora que todos sabemos que somos unos impresentables, a lo mejor deberíamos movernos. A menos que estéis esperando a que nos abrase algún rayo…

De hecho, aunque la lluvia ya no era tan recia y los truenos resonaban más lejanos, los relámpagos desgarraban aún el cielo iluminándolo por intermitencias. Seguimos bajando, buscando algún bosquecillo con la

mirada, pero aquella vertiente parecía exenta hasta de arbustos. Antes de que encontráramos refugio alguno, la tormenta se redujo a un rumor de tambores y las nubes dejaron simplemente tras ellas una bajada impracticable. Ninguno de nosotros se salvó de algún resbalón y, de cuando en cuando, me imaginaba el rastro bien visible que estaríamos dejando para quien pasara por ahí a la luz del día. Ew Skalpaï no se podría quejar…

Llegamos a una especie de barranco de varios metros de altura y nos alejamos de él con cautela, bordeándolo sin saber muy bien adónde íbamos. Era una verdadera locura estar caminando a ciegas en un terreno como aquel y me daba a mí que no era la única en pensarlo. Sabía de sobra que para muchos Centinelas de Ató los Extradios eran considerados más peligrosos y traicioneros que las Cordilleras de las Hordas, no solamente porque había más criaturas, sino también porque había más hoyos y precipicios. Hubiera sido ridículo que Ew Skalpaï me encontrase agarrándome al borde de algún hoyo del monte, gritando socorro.

Poco después resbalé de tal forma que acabé rodeada de una verdadera armadura de barro. Cuando me levanté, siseando entre dientes, percibí en el silencio relativo de la noche una melodía horrísona que me resultó familiar. Y entonces, la reconocí. Era la *Canción del trueno*, que tanto le gustaba a Frundis entonar tras una tormenta. Pero el caso era que no tenía a Frundis entre las manos. Me giré hacia Aryes e hice una mueca turbada al entender que el kadaelfo estaba canturreando con aire distraído.

“Oh, no…”, solté, pasando ahora a maldecir a Frundis. ¿Por qué justo tenía que sacar esa canción tan poco alegre para que la oyese Aryes? ¡Desde luego no podía estar haciéndolo para darle ánimos!

“Lo compadezco sinceramente”, confesó Syu, siguiendo la dirección de mi mirada. *“No es fácil aguantar a Frundis después de una tormenta.”*

Me mordí el labio, preocupada e intrigada a la vez.

“Todo parece indicar que le está gustando la melodía. Debe de ser por el apatismo, si no, no me lo explico…”

Segundos después, la voz de Aryes se elevó en la noche como un lamento más terrible incluso que en la versión del bastón que yo había oído. Drakvian e Iharath, que caminaban delante, se giraron bruscamente.

—¿Pero qué demonios le pasa? —rezongó la vampira.

Me aproximé al kadaelfo con rapidez y traté de tranquilizarlo, soltando ojeadas inquietas hacia las tinieblas de la noche. Unos rayos de Luna se

infiltraron en ese instante a través de las nubes, iluminando el rostro sorprendido de Aryes.

—¿Qué… ocurre? —preguntó, como despertando de un largo sueño.

Solté un ruidoso suspiro y le cogí a Frundis de las manos. El bastón seguía con su espeluznante letanía, plenamente entusiasmado.

“¡Este chaval tiene alma de músico!”, me reveló, de buen humor.

“Frundis, eres imposible”, me limité a decirle, reprimiendo una sonrisa.

—No pasa nada —respondí en voz alta—. Esto… —Les eché una mirada interrogante a Iharath y Drakvian—. ¿No creéis que hemos andado ya suficiente?

El semi-elfo puso cara dubitativa.

—Suficiente es mucho decir visto lo eficaz que ha sido ese cazavampiros en encontrar la Cripta… Pero tienes razón: no podemos seguir avanzando mucho tiempo más. Yo estoy agotado: me he pasado casi todo el día recolectando cerezas y manzanas y a saber cuántas horas llevamos bajando por este lodazal…

—Pero no podemos pararnos aquí —suspiré—. Tendría la impresión de estar descansando en una cama de barro.

—Continuemos un poco —propuso Aryes—. Áynorin solía decir que cuando uno está a punto rendirse es precisamente cuando se empieza a tener suerte.

Parecía haber recobrado su lucidez, observé con cierto alivio. Aunque quién sabía cuánto le podía durar… Reanudamos la marcha y reforcé mi esfera armónica de luz. Mi tallo energético ya algo mermado por mis tanteos con las Trillizas iba consumiéndose poco a poco. Pero, de todos modos, sin luz no me habría atrevido a dar ni un solo paso más. Cuando estuve a punto de tropezarme de nuevo y caer de bruces, dejé escapar un gruñido.

—Ahora lo entiendo. Nos hemos teletransportado a las Montañas Embarradas sin darnos cuenta —mascullé—. No hay otra explicación.

—Me siento como en un desierto empinado de barro —se lamentó poéticamente Iharath, mientras chapoteábamos ruidosamente—. Si ese maldito cazavampiros no hubiese… —Se interrumpió y exclamó tras unos segundos—: ¡Mil brujas sagradas, un árbol!

Parecía Syu de lo emocionado que estaba. Solté una risita a pesar de las circunstancias.

—¿Dónde? —preguntó Aryes.

Iharath ya había apretado el paso, extendiendo el brazo con su esfera de luz. Escudriñé la oscuridad y creí divisar efectivamente una forma vertical bastante imponente a una distancia difícil de evaluar.

—¿Y si no es un árbol? —murmuré, inquieta. Aryes me miró con aire interrogante y le dediqué una inocente sonrisa—. Perdón, no he dicho nada. Lo más probable es que sea un árbol, pero si das rienda suelta a la imaginación, podría ser cualquier otra cosa…

Drakvian dejó escapar un sonido irónico por toda respuesta y Aryes se contentó con devolverme una sonrisa burlona antes de seguir a Iharath. El semi-elfo no había gritado de terror al llegar junto al bulto y pronto comprobé que este era efectivamente un árbol.

—Debe de ser un tipo de arce —comentó el semi-elfo, inspeccionando el tronco.

Lo miré con cara incrédula.

—Iharath, esto es un botrillo —carraspeé.

Él enarcó una ceja y se encogió de hombros con una leve sonrisa.

—No soy botánico —replicó—. ¿Así que el papel de botrillo se saca de cosas como esto?

Resoplé, divertida.

—Pues sí —contesté y pasé una mano embarrada por el tronco oscuro —. Pero yo creía que los botrillos crecían en bosquecillos y no en solitario.

—Pues este debe de ser un separatista —bromeó Aryes—. Mirad, por aquí empieza a haber hierba —agregó.

Era cierto, constaté, iluminando el suelo con mi esfera. Por fin parecía que íbamos a salir del baño de barro. Drakvian nos llamó la atención con un gesto y señaló el este.

—Está amaneciendo —declaró.

Pese a las nubes que cubrían aún el cielo, una tenue luz comenzaba a iluminar el levante. Pronto veríamos dónde demonios nos habían llevado nuestros pasos.

Con un suspiro de cansancio, Iharath se dejó caer al pie del botrillo y cerró los ojos sin una palabra. Enseguida lo imité y pronto estuvimos los cuatro sentados en la hierba mojada, recostados contra el tronco. El viento se había levantado y no hacía precisamente calor. Con los ojos entornados, observé largo rato la montaña en la que nos encontrábamos. Poco a poco, se

iban difuminando las sombras, dando paso a una larguísima y ancha cuesta por la que acabábamos de bajar. Eché un vistazo del otro lado, hacia abajo, y agrandé los ojos. A apenas una veintena de metros, la bajada se interrumpía con un pequeño barranco, seguido de una explanada; más allá se desdibujaban formas lejanas, como si a partir de ahí la montaña bajase en picado…

"¡Syu!", dejé escapar mentalmente. *"Esta bajada… me resulta familiar."*

Syu se había subido al botrillo pero, notando mi agitación, cayó de nuevo sobre mis hombros.

"¿Quieres decir que ya hemos pasado por aquí antes?"

Una extraña sensación se removió en mi interior.

"Así es", asentí. *"O al menos no muy lejos de aquí. Pero no había barro cuando pasamos. Había…"*

Syu ladeó la cabeza, tratando de recordar.

"¿Qué había?"

Inspiré suavemente. Un súbito rayo de sol atravesó las nubes oscuras, iluminando la vertiente. Y entonces contesté:

"Nieve, Syu. Había nieve."

Syu estaba aún digiriendo la noticia cuando un grito de alarma desgarró el aire de la mañana como un látigo, seguido de un sonido silbante. Levanté la cabeza hacia la cuesta y sentí que, por un segundo, mi corazón dejaba de latir.

De pie, dos siluetas encapuchadas oscuras como el barro acababan de desenvainar las espadas. Se encontraban a varios metros de distancia la una de la otra. Ew Skalpaï debía de ser una de ellas. Y su adversario no podía ser otro que…

—Lénisu —susurré, sin aliento.

Un rayo de sol iluminó la montaña e Hilo centelleó con una suave luz azulada. Recogí a Frundis y, sin dudar un solo instante, comencé a subir de nuevo la cuesta tan rápido como podía.

10 Bruma roja

Ignoré los gritos de Iharath y Drakvian así como los consejos prudentes de Syu y me concentré tan sólo en seguir avanzando por el terreno embarrado. Era dolorosamente consciente de que me estaba acercando a un hombre que deseaba matarme. Pero no podía dejar que mi tío luchase contra Ew Skalpaï. ¡Ew Skalpaï! Él quien había sido durante toda su vida un cazador de monstruos, un har-karista y un experto en combate. Apreté los dientes. Lénisu no era un guerrero. Nunca lo había sido. Y no podía permitir que perdiese la vida por mi culpa. Aceleré mi carrera, sin tener la más remota idea de lo que haría una vez arriba.

"¡Va a ocurrir una catástrofe, Syu!", me lamenté.

Lénisu y Ew no estaban solos. Había una silueta que acababa de detenerse detrás de Lénisu y otra observaba la escena detrás de Ew… Era difícil reconocerlos, encapuchados como estaban, pero supuse que el acompañante de Lénisu no podía ser otro que Spaw. Ya no me faltaba mucho…

Mi tío giró levemente la cabeza hacia mí.

—¡No te acerques, Shaedra! —gruñó.

No le hice caso y seguí avanzando, teniendo cuidado de no acercarme a Ew Skalpaï. Su rostro permanecía invisible detrás de la capucha.

—Proteges a un demonio —acusó el cazador con una serenidad inmutable—. Deduzco que tú también lo eres.

Lénisu soltó una risita irónica y fría.

—Un demonio como los hay pocos —replicó, quitándose la capucha con su mano libre—. Un poco como tú, pero en más razonable porque soy partidario de evitar un combate. No actuemos como insensatos. Tratemos de resolver el problema amistosamente.

—No tengo ni la más mínima intención de llegar a acuerdos con unos demonios —escupió el cazavampiros—. Os conozco más de lo que creéis y sé cómo obráis para destruir las almas por dentro. —Movió ligeramente la cabeza, como si calculase sus posibilidades… de capturarme o de salir huyendo, eso no lo tenía claro—. Prefiero morir a convertirme en uno de los vuestros.

—Mmpf —dijo Lénisu. Dio un paso para acercarse a mí e interponerse entre Ew y yo—. No seamos tan trágicos.

Spaw se quitó la capucha y me cogió del brazo para estirarme hacia atrás. Parecía más pálido de lo normal y sus ojos negros brillaban más que nunca, detallándome con intensidad.

—Beksiá… Shaedra —murmuró—. ¿Estás bien?

—Sí… —Vacilé. Hubiera querido preguntarle muchas cosas, entre las cuales cómo demonios habían conseguido encontrarnos, pero finalmente tan sólo dije—: ¿Y tu capa verde?

Esbozó una sonrisa divertida.

—Una capa tan vistosa no es óptima para un fugitivo.

Hice una mueca culpable y desvié la mirada hacia el maestro Ew al pensar que Spaw jamás se habría convertido en un fugitivo si no hubiera metido yo la pata hasta el fondo en la torre de Shéthil… La voz grave de Lénisu me recordó que de momento había preocupaciones más urgentes. Con una breve ojeada comprobé que Aryes e Iharath estaban a punto de alcanzarnos, resollando ruidosamente. Drakvian acababa de colocarse junto a mí, Cielo en mano.

—Nadie va a morir aquí —declaró mi tío—: ni tú, ni yo, ni mi sobrina, ni nadie… Estás en clara minoría. Pero todo depende de ti. Envaina la espada y vivirás. Te doy mi palabra de honor.

—¡Ja! ¿Tu palabra de honor? ¿Y qué honor puede tener un demonio? —siseó Ew Skalpaï. Había girado levemente la cabeza hacia Drakvian. Aun sin verle la cara, la aversión que sentía por todos nosotros era evidente—. Ningún saijit con honor viajaría con vampiros.

Para arreglar el ambiente más que tenso, Drakvian le dedicó una sonrisa asesina. Ew retrocedió un paso.

—La muerte es poco para monstruos así —masculló.

Lénisu suspiró.

—Creo que no lo has entendido: sois dos contra seis. Has perdido tu caza de antemano. Lo siento por ti —concluyó con sarcasmo.

Ew Skalpaï había adoptado una inmovilidad preocupante. Todo lo contrario que yo. Inspiré hondo para tratar de dominarme. Entonces una voz femenina surgió de la silueta encapuchada que se situaba a unos metros de Ew.

—Yo no pertenezco a ningún bando —dijo—. No me meteré en este asunto.

La voz me resultó familiar, pero no alcancé a identificarla. Lénisu enarcó una ceja.

—Uno contra seis, entonces. Me temo que es un argumento de peso.

Ew Skalpaï pareció aceptar la traición de su compañera con suma tranquilidad.

—Un cazador digno de ese nombre no se rinde ni aun rodeado de monstruos —replicó.

—No se rinde porque generalmente los monstruos no le dan la oportunidad de salir con vida —intervine—. Y en este caso, le damos esa oportunidad… maestro Ew —agregué, esforzándome por sonreírle un poco.

A decir verdad, ningún encuentro con Ew Skalpaï que había podido imaginar se asemejaba a este, ni de lejos. Pero, desde luego, era uno de los mejores que hubieran podido ocurrir. A menos que Ew Skalpaï tuviese algún as en la manga, claro. O a menos que persistiese en su tozudez. En tal caso, era capaz de causar muchos estragos antes de que lo neutralizáramos.

—No caeré en un engaño tan torpe —dijo Ew tras un silencio pesado.

—Arroja tu espada —le ordenó Lénisu— y yo envainaré la mía.

—Arroja la tuya y prometo no matarte —retrucó Ew Skalpaï, sardónico.

—Esto es ridículo —intervino Aryes—. Maestro Ew, usted no se da cuenta de que…

—Aryes Dómerath —lo cortó el cazavampiros, como sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí?

Los miré a ambos, extrañada, y sólo entonces pensé que probablemente, antes de salir en busca de los abuelos de Kyisse, Aryes había asistido a clases del maestro Ew como kal pagodista.

El kadaelfo carraspeó y prosiguió sin contestar a la pregunta.

—Maestro Ew, no se da cuenta de que está usted muy equivocado al pensar que los demonios destruyen las almas de los saijits poseyéndolas. Eso es pura leyenda. Los demonios tal y como los llama no son los demonios de los cuentos. No son engendros infernales… —Percibí el resoplido discreto de la desconocida—. Son saijits que pueden transformarse un poco mediante… mutaciones y mediante una energía que…

—Abreviad la charla —intervino la desconocida, interrumpiéndolo con sequedad. Se había ido alejando de Ew y ahora se situaba a una decena de metros en la cuesta—. No hace falta entrar en detalles. Ese hombre no cambiará de opinión.

La observé, tratando de adivinar quién demonios era.

—Veo que me han engañado como a un novato —comentó Ew Skalpaï con una calma imperturbable—. Así que… —Suspiró y, con un movimiento elegante, levantó su espada. Alcancé a ver sus labios apretados en la sombra de su capucha—. O me dejáis con vida sin engaños o lucharé contra vosotros. Y podéis estar seguros de que no me mataréis con facilidad.

"De eso no me cabe duda", murmuré mentalmente. Syu tragó saliva, rezando seguramente por que las cosas no se torciesen.

Percibí varios suspiros.

—No queremos matarte —aseguró Lénisu, más relajado—. Y si tú nos prometes que dejarás de perseguir a Shaedra, estamos en paz.

En silencio, Ew envainó y retrocedió un paso y luego otro. Cuando se hubo distanciado unos cuantos metros, soltó:

—Hace tiempo que Navon Ew Skalpaï dejó de hacer promesas.

Y, con estas palabras amargas, se puso a subir la cuesta con grandes zancadas.

Lo observamos un buen rato en silencio, salvo Frundis, quien tras escuchar la conversación a medias entonó una balada trágica. Meneé la cabeza, incrédula. No podía creer que el problema se hubiera resuelto tan fácil aunque…

—Yo que vosotros no lo dejaría escapar —dijo Drakvian—. Y no lo digo por la sangre. Con un carácter así, seguro que está tan envenenada como la de los escama-nefandos. No me apetecería ni probarla.

Lénisu se giró al fin hacia nosotros. Su rostro expresaba una intensa preocupación mezclada con un curioso alivio.

—No soy un asesino —se limitó a replicar.

Inspiré hondo y sonreí anchamente.

—Lénisu, ¡no sabes cuánto me alegro de verte! —Me precipité hacia él, le di un abrazo y solté una risita, a la cual respondió de buena gana. Sus ojos violetas, clavados en los míos, brillaron bajo la luz de la mañana.

—Desgraciadamente, pareces haber heredado la mala suerte de los Háreldyn, sobrina. —Me dio una palmadita sobre el hombro mientras yo

me ruborizaba y alzó la mirada hacia el cielo, añadiendo—: Menos mal que volví a Ató antes de lo previsto. De lo contrario, Spaw y tú ya os habríais ido al infierno. —Se giró bruscamente hacia la figura encapuchada que había dejado plantado a Ew; la escrutó e inquirió—: ¿Y tú quién eres?

La aludida alzó lentamente una mano enguantada y, al fin, se quitó la capucha. Tenía un rostro de ternian de ojos verdes muy claros. Por fin caí en la cuenta y resoplé al mismo tiempo que Iharath. ¿Qué diablos hacía una Demonio de la Oscuridad en la Superficie?

—¡Daorys! —pronuncié, asombrada.

La instructora asintió con tranquilidad.

—Er… —Lénisu nos miraba alternadamente, extrañado—. ¿Os… conocéis?

—Nos conocemos —confirmó Daorys con una sonrisa—. Y dado que acabáis de salvar la vida de una demonio… creo que no os causaré más espanto presentándome. Mi nombre es Daorys Kaarnis. —Alzó sus manos hasta los hombros y realizó un saludo que dejó a Lénisu desconcertado. Enarqué una ceja.

—¿Daorys Kaarnis? —repetí—. Pero… tú eres una ternian. Y Kaarnis es un hobbit. No puedes ser de la misma…

Su súbita carcajada me interrumpió.

—Todos los demonios de la Oscuridad se apellidan Kaarnis —aseguró, con los ojos sonrientes—. Es un simple apelativo. Pero Kaarnis a secas es nuestro Demonio Mayor.

—Oh —entendí.

—Daorys —repitió Spaw, meditativo—. El nombre me resulta familiar. ¿No estuviste una vez en una reunión de instructores en Aefna?

Daorys lo observó con detenimiento.

—Sí… De hecho, soy instructora. ¿Puedo saber con quién estoy hablando?

El humano realizó un saludo de lo más elegante.

—Spaw Tay-Shual —se presentó.

Daorys frunció el ceño, pensativa.

—Creo haber oído hablar de ti. Eres… un templario, ¿verdad?

Spaw se encogió de hombros, algo molesto.

—Mm —se contentó con decir afirmativamente—. Tengo curiosidad, ¿cómo es que te dio por viajar en compañía de un cazademonios?

La ternian sonrió y, más confiada, avanzó unos pasos.

—Os lo explicaré. Ese saijit, Ew Skalpaï, pasó cerca de la Comunidad de la Oscuridad en compañía de una humana rubia llamada Narsia.

Enarqué una ceja. Así que Narsia había acompañado a Ew en su loca empresa… seguramente para buscar a Wujiri y a Galgarrios. Y, quién sabe, tal vez Narsia estuviese en ese instante preparándoles unas tortas a Kyisse y a sus abuelos para el desayuno, pensé, sonriente. Aun así, lo más probable, y lo mejor que podía pasar, era que Sib y Naw hubiesen escondido a Kyisse a tiempo y que ni Ew ni Narsia se enterasen nunca de que sus anfitriones eran los mismísimos Klanez.

Daorys prosiguió:

—Salí de la caverna por un pasadizo para averiguar quiénes venían a incordiar la Comunidad. Pero… el cazademonios me pilló. —Se ruborizó, como si recordase la escena con cierta vergüenza—. En mi vida he visto a un rastreador tan bueno como él —se justificó.

Tragué saliva al imaginarme el encuentro.

—Y… ¿cómo reaccionaron? —pregunté.

Daorys juntó ambas manos y contó con serenidad:

—El cazademonios me atacó sin ni siquiera darme la oportunidad de hablar. Por un momento hasta creí que era capaz de detectar a los demonios por algún sexto sentido. Mmpf. Afortunadamente, Narsia se interpuso y lo hizo entrar en razón. No se me ocurrió otra cosa que presentarme como una aventurera solitaria y decirles que andaba perdida. No sé si llegué a convencerlos del todo, pero no me quedaba otra que viajar con ellos, de lo contrario les habría hecho sospechar que no estaba tan perdida como afirmaba y habrían explorado más la zona. Además… admito que tenía curiosidad por saber qué hacían dos saijits paseándose por ahí —sonrió—. Me explicaron lo ocurrido en la torre de Shéthil y, anoche, llegamos al abismo donde vive la nixe. Hacía tanto tiempo que no iba a la Superficie ¡que casi me traiciono! —confesó—. Cuando Ew Skalpaï decidió continuar la caza aun cuando estaba anocheciendo, supe sin la menor duda que iba a dar contigo, Shaedra. Como ya he dicho, es un rastreador muy bueno. Así que… le supliqué que me dejase ayudarlo. No iba a dejaros solos con ese monstruo. Me fui con él y Narsia se quedó con vuestros compañeros, Wujiri y Galgarrios…

—¿Y Kyisse? —la interrumpí, ansiosa.

—¿La niña? No la vi. —Sonrió al verme tan aliviada—. Por lo visto, los poderes de los nixes superan los de Ew Skalpaï. En fin. Me ha quedado claro que al parecer vuestros compañeros ya no son tan demonios como antes… Jamás hubiera creído que Kaarnis sería capaz de alojar a saijits en su propia casa. —Me sonrojé—. En cualquier caso, vuestros compañeros no os han delatado —reveló—. Le dijeron al cazademonios y a la humana rubia que se habían despertado en los túneles sin saber cómo. —Puso los ojos en blanco—. Por lo que he visto, el caito cojeaba bastante… aunque me daba la impresión de que ambos actuaban más que otra cosa. —Nos miró a todos con atención—. Y ahora, ¿puedo preguntar algo yo? ¿Cuántos demonios hay entre vosotros?

La pregunta pareció hacerle gracia a Lénisu.

—Sólo tenemos a dos —contestó con un tono ligero—. Aunque contigo ya sois tres. Más una vampira. —Se giró hacia Aryes y le dio un palmadita sobre el hombro—. Menuda colección, ¿eh? Me alegra saber que estás vivo, Aryes. Cuando me enteré de que unos orcos pedían un rescate para tres Espadas Negras sin mencionarte a ti, creí que no volvería a verte.

Parpadeé, atónita.

—¿Queé? —jadeó Aryes, incrédulo—. ¿El capitán Calbaderca… Kaota y Kitari están vivos?

Lénisu enarcó una ceja y asintió.

—Sí, según creo. Los orcos no destacan por su amabilidad, pero supongo que si estos piden un rescate no irán a entregar tres cadáveres. Sería de muy mal gusto, incluso para unos orcos —rió—. No te preocupes. Son Espadas Negras. Los liberarán rápidamente.

Aryes silbó entre dientes.

—Diablos —resolló—. Yo… La verdad es que… Qué alivio. —Espiró ruidosamente y me dedicó una sonrisa radiante—. ¡Shaedra, están vivos! ¡Kitari y Kaota y el capitán están vivos! No puedo creerlo. Estaba convencido de… En fin, no suelo decirlo, pero, por una vez ¡loados sean los dioses!

Nos carcajeamos todos, contentos y divertidos al verlo tan aliviado. Acto seguido, nos pusimos a explicarle a Lénisu todo lo ocurrido desde la desaparición de Kyisse y aprovechamos para bajar otra vez la cuesta hacia un terreno menos enlodazado. El cielo se había despejado casi enteramente y los rayos de sol del amanecer iluminaban toda la vertiente. Bajé la mirada

hacia mi ropa: cualquiera hubiera dicho que me había estado rebozando en una ciénaga. Cuando llegamos junto al botrillo, Aryes estaba contando sus andanzas por la Tierra Baya pero, poco a poco, sus frases se volvieron deshilachadas e inconexas y lo cogí del brazo con suavidad. Sus ojos azules me miraron y lo vi inspirar hondo para tratar de luchar contra el apatismo.

—Creo que estamos todos muy cansados —declaré.

—No es nada extraño dada la noche que hemos pasado —sonrió Iharath—. Por cierto. ¿Cómo sabíais que ese cazavampiros nos perseguía? —les preguntó a Lénisu y Spaw con curiosidad.

—Pura intuición —contestó simplemente Lénisu—. Vimos vuestras huellas cerca de un enorme agujero y seguimos vuestro rastro y el de ese hombre.

—Por un momento realmente creí que iba a abalanzarse sobre nosotros —comentó Spaw. Sonrió y alzó una mano para arrancar una hoja de botrillo—. Bueno. Tenemos todos un aspecto lamentable y sé que estamos todos cansados, pero propongo que nos movamos y que nos alejemos de ese cazador. Quién sabe si no volverá esta noche a hurtadillas a asesinarnos mientras dormimos. —Ante las caras que pusimos Aryes, Iharath y yo, su sonrisa se ensanchó—. Oh, ¡venga! Es una posibilidad.

No pude más que coincidir con él. Lénisu me cogió afectuosamente de los hombros.

—Alegrémonos de que estamos todos vivos. Debo admitir, sobrina, que jamás ningún guardia ha debido de tener un servicio tan breve como el tuyo. Y, por lo demás, no sé si alguna vez ha ocurrido que una Sombría dure tan poco tiempo en la cofradía… —Le devolví una mirada afligida; rió y añadió teatralmente con tono orgulloso—: ¡No hay nadie como una Háreldin para conseguir una proeza así!

Tragué saliva.

—Tal y como están las cosas, tío Lénisu, me alegra que te lo tomes todo tan bien…

—Mm. —Retomando su seriedad, Lénisu se apartó de mí y apuntó—: Me lo tomo como debe tomarse cualquier error en la vida. Y este podría haber tenido unas consecuencias mucho peores de haber podido Ew Skalpaï cumplir su… tarea. En cualquier caso, antes de que hablemos de cómo vamos a arreglar el problema, bajemos esta montaña, encontremos un

arroyo y… —paseó una mirada por todos nosotros antes de añadir—: quitémonos todo este barro.

Mientras los demás asentían y reanudaban la bajada por la vertiente, miré a Lénisu con los ojos entornados.

—Déjame adivinarlo, ¿tienes un plan? —pregunté al fin.

Mi tío hizo una mueca cómica.

—Yo siempre tengo algún plan, querida —sonrió, y frunció rápidamente el ceño—. Por cierto, ¿aún tienes esa carta de Márevor Helith de la que me has hablado? Me gustaría leerla. La historia del Kyuhs… En fin. A veces se diría que para ese nakrús sólo existen él y su querido Ribok.

Esbocé una sonrisa, burlona, y saqué un trozo de papel embarrado de un bolsillo de mi túnica. Al ver la expresión de mi tío, apunté:

—Es papel de lamitril. La letra sigue siendo legible.

—Mm. —Mi tío la cogió, le echó un vistazo y asintió para sí—. Me la leeré.

Se puso a seguir a los demás en la bajada y lo seguí, mordiéndome el labio, meditativa. El sol empezaba a secar el barro de mi ropa y este se desmigajaba poco a poco.

—La verdad, tengo curiosidad por saber en qué consiste tu plan —carraspeé tras un silencio—. Porque a mí, personalmente, ya se me han ocurrido dos ideas: o salgo de Ajensoldra, o bien intento volver a Ató para convencer a todo el mundo de que soy un duende de ojos rojos inofensivo.

Mi tío sonrió.

—Ciertamente, existen muchas posibilidades. Pero confía en mí, todo puede arreglarse. O al menos eso creo —añadió. Me dedicó una leve sonrisa y, sin más palabras, se adelantó para ir a abrir la marcha. Meneé la cabeza.

“A saber qué idea se le habrá ocurrido esta vez”, suspiré.

Syu se encogió de hombros, tan curioso como yo; en cambio, Frundis, ajeno a todo, trasteaba con sus instrumentos y parecía estar retocando trozos de su magnífica *armonía del hierro*. Al de un rato, el bastón percibió mi diversión y masculló.

“No soy perfeccionista, simplemente mejoro algunos detalles”, se justificó.

Syu y yo intercambiamos una ojeada y sonreímos anchamente.

11 Decisiones y confianzas

—¿Hacerles creer que me ha desposeído un Mentista? —exclamé, anonadada—. ¿Y cómo? ¿Te vas a hacer pasar por un Mentista tú, Lénisu? ¿Y quién te creería? No quiero ser pesimista, pero tu plan es un poco flojo.

Lénisu posó las manos sobre sus rodillas, meditativo.

—Te aseguro que lo he pensado detenidamente.

Resoplé y desvié la mirada hacia las altas copas de los árboles. Llevábamos toda la tarde andando bajo un sol de plomo y había sido un alivio para todos poder disfrutar al fin de un poco de sombra en ese bosquecillo de paeldros. Y sólo ahora Lénisu se decidía a revelarme en qué consistía exactamente ese «plan» en el que albergaba tantas esperanzas. Más o menos yo había entendido que pretendía hacer que todo volviese a la normalidad: que yo pudiese volver al *Ciervo alado* como si nada y retomar mis patrullas o qué sé yo. Sin embargo, ahora me enteraba de que su intención era pedir la ayuda de un Mentista para simular una suerte de exorcismo y probar así a quienquiera que yo ya volvía a ser una saijit común y corriente. Era una verdadera locura, aunque viniendo de Lénisu nada podía extrañarme.

Di unos pasos agitados por la hierba. El sol del atardecer se infiltraba a través del frondoso bosque, iluminando los troncos y las hojas. Aún quedaba tiempo para que estas se tornasen pardas y rojizas. Era curioso ver cómo la naturaleza podía ser tan indiferente ante los problemas incomprensibles de los saijits. Parpadeé, me detuve y me giré.

—Es meterse en la boca del dragón —determiné.

Lénisu se levantó y se acercó a mí como si estuviese tratando con un gato asustadizo.

—Shaedra, no te azores. Ya te he dicho que es sólo una posibilidad. Pero es la única opción que tenemos para que todo vuelva a ser como antes. Si no funciona, entonces… tendrás que salir de Ajensoldra. —Sacudió la cabeza con aire sombrío—. Prefiero no pensar en ello. En fin —esbozó una sonrisa consoladora—: Menudo dilema, ¿eh?

Resoplé y reflexioné sobre sus palabras.

—Tampoco necesitaría irme tan lejos… —murmuré al fin—. Y es obvio que no me apetece marcharme, pero ¿qué otra opción tengo… aparte de confiar ciegamente en un Mentista que tal vez resulte ser un cazademonios? —Solté un resoplido afligido y me dejé caer encima de una gruesa raíz—. Odio tener que tomar decisiones tan difíciles.

Lénisu sonrió y se agachó junto a mí.

—La vida está llena de decisiones difíciles —dijo con aire sabio—, y quien no se arriesga a tomarlas… no vive.

Volvió a levantarse antes de declarar:

—Vayamos a cenar. No es bueno tomar grandes decisiones con el estómago vacío, te lo digo yo.

Le devolví la sonrisa y lo vi alejarse entre los árboles hacia donde se habían instalado los demás. Tamborileé contra la raíz con una mano y me di cuenta de que había sacado las garras. Las volví a meter con un suspiro y levanté la cabeza al oír un crujido de ramas. Syu apareció corriendo tranquilamente por la hierba; se detuvo ante mí, me miró con bigotes trémulos y puso los ojos en blanco.

“¿No estarás preocupándote por algo?”

Sonreí y negué con la cabeza.

“No me preocupa tener que tomar una decisión. Lo que me preocupa son las consecuencias que puede tener esta decisión”, confesé. Marqué una pausa y le miré al mono gawalt con curiosidad. *“Dime, Syu. ¿Qué harías si tuvieses que elegir?”*

El mono entrecerró un ojo, sorprendido.

“¿Me lo preguntas a mí?”

“Sí. Imagínate que te encuentras en un bosque. Y que de repente le has pegado fuego sin querer…” Me mordí el labio. *“¿Qué harías? ¿Intentar apagar el fuego o irte solo a buscar otro bosque más seguro aunque totalmente desconocido?”*

Syu se sentó lentamente sobre la hierba y se sostuvo el mentón con pose meditativa. Al fin, sacudió la cabeza.

“Me iría a otro bosque”, decidió. *“El fuego quema demasiado rápido para que un gawalt pueda apagarlo.”*

Aprobé, ensimismada.

“Tienes razón, Syu, sería lo más juicioso. Además, en Ajensoldra existe un proverbio que dice que el miedo quema más rápido que el fuego.”

Syu rió mentalmente.

“Lo que se está quemando es la liebre que ha cazado Drakvian.” Saltó sobre mi hombro y agitó la cola. *“Frundis le está enseñando su obra maestra a Spaw”*, me informó.

Esbocé una sonrisa. Conociendo a Spaw, sabía que Frundis no se quedaría a falta de cumplidos. Le rasqué la barbilla al mono y me levanté con más energía.

* * *

Aquella noche, soñé con que iba tranquilamente paseándome por un prado florido. Aparecía Ew Skalpaï y yo echaba a correr pero avanzaba tan lento que el maldito me alcanzaba. Su voz me perseguía. Al principio no entendía lo que decía pero luego, a medida que se iba acercando, logré oír sus palabras. *“¿Qué honor puede tener un demonio?”*, preguntaba. El tono era tranquilo pero frío. Muy frío. *“¿Qué honor puede tener un demonio?”*, repetía, cada vez más cerca. Yo estaba a punto de retrucarle si acaso un asesino podía tener honor cuando súbitamente él me agarraba del brazo con fuerza. *“¡La muerte es poco para monstruos así!”* Antes de que todo se convirtiera en una verdadera pesadilla, aparecía Kyisse de la nada y con un simple ademán expulsaba al cazavampiros como si se hubiese tratado de una ilusión armónica. *“Asok alaná eftraráyale”*, pronunciaba la pequeña en tisekwa, sonriente. A partir de ahí, dejé de soñar y dormí profunda y serenamente durante el resto de la noche… Sin embargo, cuando desperté, lo primero que me vino en mente fue la imagen de Ew Skalpaï, espada en mano, mirándome como a una aberración. Efectivamente, me dije con una mueca, ¿qué honor podía tener un asesino?

La música de Frundis, junto a mi mano, me espabiló. Me pasé un brazo delante de los ojos, bostezando, y husmeé el aire límpido de la mañana. Flotaba un agradable olor a… Abrí al fin los ojos. ¡Raíces de tugrín! Lénisu estaba asándolas sosteniendo un palo sobre el fuego. Eché un vistazo a mi alrededor y adiviné que el día sería caluroso. Los rayos de sol ya calentaban la tierra a través de la copa de los árboles. Aryes e Iharath seguían durmiendo, Drakvian observaba las raíces con cara de asco y, más allá, regresando de algún sitio, Spaw y Daorys se acercaban al pequeño fuego. Él traía algo envuelto en su capa negra; en cuanto a la demonio de la Oscuridad, ponía cara ensimismada.

—¡Buenos días! —lancé, enderezándome.

Lénisu abrió la boca para contestarme y… soltó un repentino grito agudo. Una raíz de tugrín se desprendió del palo y salió disparada lejos del fuego. Cayó, humeante, a unos centímetros de mí.

—¡Rayos y centellas! —masculló mi tío, sin dejar de agitar su mano quemada con energía. Su grito había despertado a Aryes y a Iharath y a quién sabe cuántas criaturas de la vecindad.

Drakvian lo miraba, meneando la cabeza.

—Lo que te decía: las raíces no son sanas.

—¡Ja! Que no son sanas, dice —resopló mi tío, metiéndose el pulgar quemado en la boca—. Las raíces de tugrín son de lo más sano que hay. Y además mata el hambre. En el Lago Turrils se las llama daekabuil, que significa algo así como «las fortunas del viajero», en tisekwa. —Se encogió de hombros—. Es cierto que si hubiésemos tenido un poco de arroz habría podido cocinar algo mucho más comestible —confesó. Me sonrió—: El arroz con tugrín me sale casi tan bien como la sopa de puerros negros. Shaedra es testigo.

La vampira gruñó.

—Jamás entenderé esa capacidad que tenéis los saijits para sobrevivir con semejante *comida*.

Spaw sonrió anchamente y se sentó junto a la vampira.

—Estoy seguro —dijo, mientras desplegaba la capa con movimientos delicados— de que si probases una de estas maravillas, cambiarías de opinión.

Drakvian puso cara de profundo aburrimiento y, al ver lo que contenía la capa, inspiré con brusquedad.

—¡Frambuesas! —exclamé.

Me reí y, antes de acercarme al fuego, recogí con precaución la raíz extraviada. Desayunamos todos juntos, exceptuando a Drakvian y a Syu, quien, con toda probabilidad, estaría explorando algún árbol. Con alivio, comprobé que Aryes parecía andar mejor y me pregunté si efectivamente las energías que poblaban la Cripta podían haber frenado su curación. En todo caso, la salud mental del kadaelfo ya no parecía peligrar… hasta que le sucediese el próximo ataque de apatismo, pensé, reprimiendo una mueca.

Habíamos acabado de desayunar y Spaw, Aryes, Iharath y yo charlábamos tranquilamente de cosas sin importancia cuando Lénisu

intervino, juntando las manos con pose meditativa.

—Deberíamos movernos. Esta zona podría ser peligrosa: no andamos muy lejos de la Insarida.

—¿Puedo saber hacia dónde os dirigís? —preguntó Daorys con interés, tomando por primera vez la palabra—. Personalmente he pensado aprovechar que estoy en la Superficie para ir a visitar a unos amigos. Hace mucho tiempo que no los veo y no voy a visitarlos tantas veces como debería. Si la dirección coincide, podría acompañaros. Si no os molesta, claro.

—En absoluto —aceptó enseguida Spaw—. Los amigos de Daorys viven por el oeste, cerca de Aefna —nos explicó—. El oeste es el mejor camino y quizá el único más o menos razonable.

Lénisu miró a Daorys y a Spaw alternadamente antes de asentir.

—Es muy posible —admitió—. Sin embargo, debo avisarte, Daorys, que tal vez no hagamos más que darte problemas. Pasar por el camino queda descartado: sería tentar la suerte. Pasaremos por la ciénaga de Zafiro. No creo que Ew Skalpaï se atreva a meterse ahí solo. Y si se marcha a Ató a buscar refuerzos, el tiempo que los encuentre, nosotros ya estaremos lejos. Si los encuentra, claro, porque quién nos dice que esos dos sainals de los que nos habéis hablado no se lo han comido vivo. —Sonrió con aire fúnebre y le devolví la sonrisa, divertida.

—Podría ser, si Ga lo ha confundido con una rosa… pero lo dudo —añadí.

—Por mi parte, no le veo inconveniente a pasar por la ciénaga de Zafiro —aseguró Daorys con una media sonrisa.

Lénisu arqueó mucho las cejas.

—Ah… ¿no?

Parecía sinceramente sorprendido.

—La ciénaga de Zafiro —masculló Iharath—. Eso suena a barro y a insectos. ¿De verdad no podemos rodearla?

Spaw soltó una risita breve.

—¿Rodear la ciénaga de Zafiro? Difícil. Los Extradios son todo precipicios por esa zona. Habría que cruzar el camino por el norte y hacer un rodeo de mil demonios o subir otra vez la misma cuesta que bajamos ayer. Pero, tienes toda la razón, la ciénaga de Zafiro, entre otras cosas, está llena de barro.

—Más barro… —suspiré, desanimada. La víspera había necesitado una hora entera para quitarme el barro acumulado durante la bajada, y aun así no lo había conseguido del todo.

Iharath carraspeó.

—Disculpad mi ignorancia, pero yo, aparte de algunos sitios de Éshingra, no tengo ni idea de geografía. ¿La ciénaga es peligrosa?

—Algo —convino Spaw. Percibí la mirada curiosa que le echó al semi-elfo—. ¿Así que eres de Éshingra? Ahora que lo pienso, no me sorprende. Según me dijo Shaedra, el tal Márevor Helith vivía en Dathrun. En la academia. —Marcó una pausa—. ¿Eres celmista?

—Sí, así es. Soy magarista. Magarista bréjico —precisó Iharath, tal vez sorprendido por el vivo interés que mostraba de pronto Spaw—. ¿Así que… la ciénaga es peligrosa? —Frunció el ceño—. ¿Hay nadros rojos?

—No, a los nadros rojos les repugna tanta humedad —contestó Lénisu—. Tranquilo, la ciénaga es menos peligrosa que la Insarida. Recuerda un poco a las marismas de Acaraus, con más niebla, más mosquitos, cañas por todas partes y menos árboles. Sí, ya he tenido la ocasión de meterme en ese lodazal una vez —admitió ante nuestras miradas curiosas mientras apagaba el fuego—. Recuerdo que me acompañaba Néldaru Farbins. Unos mercenarios nos abordaron en el camino exigiendo que pagásemos una tasa para contrabandistas y como ya habíamos vendido toda la mercancía teníamos… er… bastante dinero y…

—¿Una tasa para contrabandistas? —lo interrumpió Aryes con extrañeza.

—Como lo oyes. En Belyac hay una especie de gremio que intenta o más bien intentaba monopolizar el contrabando. —Meneó la cabeza como si la idea le pareciese soberanamente ridícula—. Incluso llegaron a meterse con los Sombríos. Según me han dicho, hace un par de años el capataz del gremio fue arrestado por el Mahir de Belyac. Y resulta —se rió por lo bajo— que ese mismo Mahir compraba información por vía de unos contrabandistas Sombríos. Qué irónico, ¿no os parece?

No le pregunté si él formaba parte de esos «contrabandistas Sombríos» y me levanté para ir a recoger a Frundis.

—El caso es que nos costó dos semanas salir de la ciénaga —contaba Lénisu mientras se ponía su saco al hombro—. Me mordió una araña que tenía un veneno paralizante, ni idea de cómo se llamaba esa asquerosidad.

Me quedé con una pata coja durante un mes entero. Casi llegamos a arrepentirnos de no haber pagado esa tasa. —Marcó una pausa y le sonrió a Iharath anchamente—. No te preocupes, todo irá bien —le dijo, dándole una palmada en el hombro—. Un proverbio de los Subterráneos dice que volver a pasar por un lugar donde casi te mueres trae buena suerte. Venga, espabilad. Si vamos a buen ritmo llegaremos a la ciénaga a principios de la tarde.

En ese momento, Syu apareció con las manos y los morros pegajosos de frambuesas. Echamos todos una última ojeada al campamento para ver si no dejábamos demasiadas huellas, y nos dirigimos directamente hacia el oeste.

No tardamos en salir del bosquecillo de paeldros y nos encontramos rápidamente subiendo y bajando pequeñas colinas bajo un sol cada vez más agobiante. El paisaje era más bien lúgubre, poblado de arbustos sin hojas, con ramas retorcidas cubiertas de pinchos. Syu no se atrevió ni una vez a bajarse de mi hombro y se rebullía, nervioso.

“Hay cactus y más cactus por todas partes”, gimió en un momento.

Esbocé una sonrisa. Por lo visto, el mono se había metido en la cabeza que todas las plantas con pinchos eran forzosamente cactus.

Apenas intercambié palabras con los demás, y es que hacía tal calor que preferíamos concentrarnos simplemente en avanzar. Daorys resollaba y comentó algo sobre lo bien que se estaba en los subterráneos. Iharath tampoco parecía de muy buen humor y aseguraba que a ningún habitante de Dathrun se le ocurriría viajar con tales calores.

—Menos a mí —suspiró.

Pero, sin lugar a dudas, el que más sufría era Aryes. Arrebujado en su capa, con las manos enguantadas y la capucha ocultando su rostro, respiraba ruidosamente y transpiraba a mares. Ignoraba cómo podía aguantar.

El sol estaba casi en su cenit cuando, exhaustos, le pedimos una pausa a Lénisu. Él aceptó de inmediato. Se dejó caer en la tierra seca y levantó una polvareda.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Aryes, imitándolo. Antes de que Lénisu contestase, resopló, echando una mirada sombría al suelo—: Esto no es tierra, es fuego puro…

Lénisu puso cara pensativa.

—Yo diría que unas dos horas, aproximadamente —estimó—. Si seguimos a este ritmo, claro.

—Quién diría que echaría de menos el barro de ayer —suspiró Iharath.

Sonreí. La pausa duró, a decir verdad, muy poco, ya que andábamos todos con prisas por llegar. Tenía una sed horrible, pero no tardamos en vaciar nuestras cantimploras. El único que parecía algo animado era Frundis, cómo no. Sombría, yo estaba pensando que morir de sed era una de las peores muertes posibles, cuando empecé a oír un arrullo de agua. Se me iluminaron los ojos… y se me ensombrecieron enseguida cuando me percaté del artificio. Frundis rió y Syu gruñó.

"Esa es una broma de muy mal gusto, Frundis", refunfuñé.

"Qué poco humor", se lamentó Frundis, teatral.

Syu, asfixiado y medio atontado por el calor, resopló.

"Un gawalt tiene el humor que conviene a las circunstancias", afirmó. *"Y esto es un infierno."*

No debía de faltar mucho para llegar a la ciénaga cuando Aryes empezó a delirar. Mascullaba por lo bajo ininterrumpidamente y cuando me acerqué para intentar entender qué decía, lo oí mezclar temas y hablar del calor y de Borrasca, de Ató y del arroz, del maestro Áynorin y de su hermana… Lo cogí del brazo, preocupada, y él me sonrió con indecisión… Acto seguido, sus ojos se volvieron vidriosos y se desmayó. Conseguí de milagro evitar que se desplomase contra un arbusto e inspiré, tomando una bocanada de aire tórrido. Todos se habían detenido, alarmados.

—Debe de ser el calor —dijo Lénisu, acuclillándose junto a mí. Lo vi esbozar un gesto para quitarle la capucha al kadaelfo pero yo se lo impedí.

—Aryes no soporta el sol, Lénisu.

—Si lo dejamos así, se va a quedar seco —protestó mi tío. Echó una mirada sombría al rostro pálido de Aryes. Le dio unas palmaditas en las mejillas… y suspiró—. Lo llevaré a cuestas —declaró—. De todas formas, siento que ya estamos a punto de llegar a la ciénaga.

Lo miré con los ojos agrandados mientras cogía al kadaelfo en brazos. En un segundo volvió a posarlo y determinó, resollando:

—Spaw, ayúdame.

El demonio enarcó una ceja burlona y asintió. Entre los dos, lo levantaron, se pasaron un brazo alrededor de los hombros y comenzaron a avanzar, arrastrándolo casi.

—Genial —dijo Iharath, pellizcándose las mejillas como para espabilarse—. Lo que faltaba. Espero que si me pasa lo mismo no me dejéis

tirado, ¿eh?

Drakvian le dedicó una sonrisa irónicamente compasiva.

—Descuida. Te pondremos una mantita para que no pases frío y te recogeremos a la vuelta.

Por toda respuesta, Iharath emitió un profundo suspiro difícilmente interpretable. En un momento, Drakvian y yo propusimos a Lénisu y a Spaw relevarlos, pero ambos se negaron estoicamente. Aryes avanzaba entre ellos, cabizbajo, como un peso muerto.

Tardamos aún media hora en avistar la ciénaga, desde lo alto de una colina. Estaba cubierta de una bruma curiosamente densa, pero los primeros cañaverales se veían muy nítidamente. El aire era algo más fresco y húmedo, muy húmedo. Tan húmedo que mi sed despertó de nuevo, más apremiante que nunca. Sin una palabra, empezamos a trastabillar cuesta abajo. Estábamos ya casi llegando cuando, súbitamente, Spaw se sobresaltó y estuvo a punto de perder el equilibrio y de soltar su carga. En ese instante, Aryes despertó. Agitó la cabeza y frunció el ceño al ver su extraña posición.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó, aturdido.

Spaw se apartó muy ligeramente, como si temiese que el kadaelfo fuese a derrumbarse otra vez.

—Te desmayaste —le informó—. Hace como media hora.

Aryes enarcó una ceja muy sorprendido.

—Vaya —pronunció, mientras levantaba una mano para colocarse mejor la capucha—. Qué cosas.

Resoplé y me acerqué.

—Sí, qué cosas —aprobé—. De hecho, yo no sé si no deberías considerar la posibilidad de no volver a utilizar las energías óricas. Son un peligro.

El kadaelfo sonrió con aire inocente.

—No tanto —protestó—. Pero te prometo que seré más prudente la próxima vez.

—Eso es lo que me preocupa —repliqué—. Sé que, por lo general, eres prudente y mira cuántos apatismos has tenido ya. Prefiero no pensar cómo terminaría Spaw si decidiese convertirse en un Talvenire maestro en órica —añadí, echándole una mirada burlona al demonio.

El aludido puso los ojos en blanco y Lénisu carraspeó.

—¿Nos vamos a quedar aquí hasta que nos desmayemos todos o preferís seguir avanzando?

Sonreímos y recorrimos los últimos metros. La sombra de los cañaverales pronto nos escondió del sol.

—Aún quedan muchas horas antes de que anochezca —intervino Daorys entonces—. Podríamos avanzar un trecho dentro de la ciénaga…

—Nooo —rebatió Lénisu, escudriñando la zona—. No se mete uno en la ciénaga de Zafiro sediento y con hambre. Además, cuantas menos noches pasemos ahí dentro, mejor —determinó—. Hagamos una pausa y luego os sugiero que sigamos un poco más hacia el norte, bordeando la ciénaga. Así acortaremos el viaje.

Asentimos, cansados. Lénisu tuvo que hacer hervir varias veces el agua cenagosa en su cazuela para que pudiésemos saciar todos nuestra sed. No nos demoramos mucho y pronto seguimos andando. Teóricamente, no nos encontrábamos demasiado al sur de la Torre de Shéthil, aunque no había ni rastro de las bellas praderas que la circundaban.

—Aryes —murmuré con indecisión al verlo avanzar con paso no muy firme—. ¿Estás seguro… de que estás mejor?

El kadaelfo giró levemente la cabeza y su rostro pálido apareció debajo de su capucha.

—Seguro. Si fuese a peor, ya me habríais metido en algún loquero, créeme. Más de una vez he leído libros sobre el apatismo. Cuando te afecta de manera irreparable, jamás vas a mejor, sino todo lo contrario —aseguró.

Sus palabras me causaron gran alivio. Por un momento, quise volver a pedirle que fuese prudente con la levitación… pero me di cuenta de que de nada servía repetirle lo que ya sabía. Sin embargo, Aryes pareció adivinar mis pensamientos.

—Te aseguro, Shaedra, que sé perfectamente dónde están mis límites. El mayor problema no son las energías óricas… el mayor problema es mi mala suerte.

Sonreí anchamente.

—Qué coincidencia. Cualquiera diría que me copias mis malas costumbres.

—Tal vez suceda al revés —replicó Aryes, divertido.

Iba a añadir algo cuando un terrible grito semejante al de una arpía ronca desgarró el aire. Venía de lejos, pero eso no impidió que me sintiese

de pronto como si una tropa de escama-nefandos fuese a surgir de los cañaverales.

—Rápido —murmuró Aryes, tenso—. No nos quedemos atrás.

* * *

Aquella noche, cenamos ratas de agua. Todas desangradas, por supuesto: por un momento, temí que Drakvian hubiese bebido demasiado. La vampira estaba tan enérgica que se pasó toda la cena hablando y bromeando con sus típicas bromas macabras. Nosotros ya estábamos acostumbrados, pero Daorys no y sus comentarios le arrancaron más de una mueca nerviosa.

—No le hagas caso, Daorys —aseguró Iharath—. Conozco a Drakvian desde hace años y normalmente sólo caza por necesidad. Es para mí como una hermanita algo sanguinaria —sonrió con todos sus dientes—. Mientras no le robes su Cielo, puedes estar tranquila.

Daorys enarcó una ceja, aprensiva.

—¿Su cielo?

—Cielo —ronroneó Drakvian—. Mi daga.

Daorys tragó saliva, pero a partir de ahí se relajó un poco. Y cuando Spaw le contó su primer encuentro con Drakvian, en el camino de Kaendra, sonrió. Conocía demasiado las distancias infranqueables que existían entre demonios, saijits y vampiros para no entender las reservas de Daorys. Aun así, una cosa estaba clara: Daorys era increíblemente más tolerante que Kwayat.

Aquella noche, me dormí enseguida, agotada, pese a los ruidos extrañísimos que provenían de la ciénaga. Soñé con que me había convertido en gawalt y subía un árbol infinito. Corría y saltaba de rama en rama y Syu me decía: *“¡Arriba, más arriba!”* Y aparecía en alguna rama, con los bigotes llenos de jugo de zooya. Entonces se ponía a tronar y un rayo fulgurante caía en el árbol, fulminándolo. Las llamas lo invadieron todo, Syu desapareció entre el humo, me puse a gritar y…

Desperté de sobresalto y resoplé de alivio al darme cuenta de que sólo había sido una pesadilla: Syu dormía apaciblemente junto a mí; la noche estaba ahora relativamente silenciosa, iluminada por la luz de la Gema; sentada un poco más arriba, en la colina que bordeaba la ciénaga, había una silueta que observaba tranquilamente la noche. Spaw, entendí.

En silencio, me levanté, procurando no molestar a Syu. Me alejé del campamento y me senté junto al demonio, pensativa.

—¿Una pesadilla? —preguntó él en un murmullo.

Asentí y se la conté por lo bajo. El demonio resopló, como divertido.

—Ese no es el tipo de pesadillas que suelo tener —confesó.

Enarqué una ceja, curiosa.

—¿Y qué tipo de pesadillas tienes tú?

Se encogió de hombros, mirando el cielo negro.

—Más realistas.

Hice una mueca.

—La mía parecía muy realista —protesté.

Sonrió.

—Sí. Pero ya sabes que nunca te vas a encontrar con un árbol infinito. En cambio, mis pesadillas son más… realistas —insistió.

Su tono grave me intrigó todavía más.

—¿Es decir? —lo animé.

—Bueno. Últimamente tengo siempre el mismo sueño. Tal vez se deba al Ciclo del Ruido —razonó, algo molesto—. Es una simple pesadilla, en cualquier caso.

Puse los ojos en blanco ante tanta vacilación y esperé pacientemente. Spaw sonrió y cambió de tema.

—Por cierto, no te he dicho que Zaix me ha hablado. Justo cuando estaba llevando a Aryes. Me ha pegado un susto de muerte. —Meneó la cabeza—. Dice… que Kwayat ha pasado por casa y que se ha marchado a buscarte. Sin duda querrá echarte una buena bronca. Aunque al menos… —sonrió de nuevo— ahora no podrá decirte que no te instruye por no querer dejar la vida saijit.

La noticia me hizo fruncir el ceño.

—¿Y se va a meter en la ciénaga?

Spaw negó con la cabeza.

—Le he dicho a Zaix que nos dirigíamos hacia Aefna. Seguramente, nos esperará ahí, o en Belyac.

Calló y adiviné sus pensamientos.

—Crees que intentará frustrar el plan de Lénisu.

Spaw alzó los ojos.

—¿Te refieres a lo del Mentista? Tal vez —coincidió—. Podría ser. De todas formas… —carraspeó.

—De todas formas, a ti tampoco te parece un buen plan —intuí.

—He… Como comprenderás, dudo mucho que un Mentista sea capaz de convencer a todo un pueblo que el demonio que hay en ti se ha marchado. Basta que unos pocos no lo crean, para crearte muchos, muchísimos problemas. Y ningún otro demonio se atrevería a hablarte por miedo a ser identificado. No es la primera vez que un demonio mete la pata —aseguró mientras me veía palidecer—, pero créeme, no pasa todos los días y esto… va a generar mucha tensión. Al final, lo que decía Lilirays será verdad: los tiempos cambian. —Sonrió amargamente y agregó—: Aun así, no seamos tremendistas. Aún te queda una opción.

Sus palabras me habían dejado con la boca seca. Bajé la cabeza hacia los cañaverales sumidos en la sombra.

—Quieres decir… ¿encerrarme junto a Zaix? —pregunté.

Spaw se encogió de hombros.

—O partir lejos de aquí. Sería lo más seguro. Y si te marcharas… te juro que te acompañaría. Y no estarías obligada a aguantar los lamentos de Zaix —bromeó.

Lo observé con los ojos agrandados y esperé que la oscuridad de la noche ocultaría mi rubor. Tras un silencio, meneé la cabeza.

—Aún no me has contado tu pesadilla.

Spaw resopló y tardó tanto en responder que creí que no lo haría.

—Bueno, si de veras quieres saberlo… —Marcó una pausa. Me miró a los ojos con una extraña emoción. Y entonces, susurró—: Sueño con que mi primera familia vuelve a por mí para matarme.

Me estremecí tanto por el sentido como por la dureza de sus palabras. Su primera familia, me repetí.

—¿Qué primera familia? —osé preguntar en un murmullo.

Spaw apartó la mirada, significándome que no quería hablar de ello. Sin embargo, ya cuando me había levantado, dijo:

—Los Droskyns. Son una Comunidad muy antigua. Y que no tiene nada que ver con los Droskyns perdidos de la Isla Coja. Nadie habla de ellos. Es, más o menos, como si perteneciese a una familia de asesinos, pero en mucho peor. Es… Bueno. —Se miró las manos con los ojos perdidos, y entonces sacudió la cabeza e hizo un vago ademán—. Lo siento. No

pretendía hablar de ello. Pero estos sueños me están haciendo pensar en ellos más de la cuenta. Es historia pasada —afirmó con más energía. Sus ojos oscuros brillaron bajo la luz de la Gema y sonrieron—. Buenas noches, Shaedra.

Estuve a punto de decir algo. Y también estuve a punto de irme y dejarlo con sus pensamientos. Sin embargo, no hice ni lo uno, ni lo otro. Simplemente volví a sentarme, le cogí ambas manos y las apreté para comunicarle en silencio todo lo que no se podía pronunciar con palabras. Aunque apenas me había revelado nada, estaba claro que el pasado de Spaw no era mucho más halagüeño que el mío. ¿Desde cuándo vivía con Zaix? Según había entendido, desde muy joven, con lo cual aquella comunidad que tanto parecía haberlo traumado no había podido enseñarle nada malo, ¿verdad?

Cuando al fin me levanté y lo dejé con sus pensamientos, otra pregunta insidiosa me turbó. Si esa pesadilla era tan realista como decía que era, ¿acaso podía ser que unos Droskyns estuviesen buscándolo… para matarlo?

12 El experto de Belyac

—¿Eso son… *gusanos*? —se alarmó Spaw con la mirada fija en lo que traía Lénisu.

Mi tío posó su capa con precaución y extendí el cuello para constatar que efectivamente Spaw no estaba muy lejos de la verdad. Aquellas criaturas pequeñas, gordas y sin patas, parecían gusanos hinchados.

—Ni idea de cómo se llaman —confesó Lénisu—, pero sé que son comestibles. No es la primera vez que los pruebo. —Alzó la vista y enarcó una ceja, burlón—. No pongáis esas caras. Serán gusanos, pero están riquísimos.

—Casi echo de menos las ratas que nos trajo Drakvian ayer —suspiró Iharath. Parecía a punto de vomitar.

Entonces intervine:

—No son gusanos. Son yabrias. —Al ver que todos me miraban, me encogí de hombros—. Para algo el maestro Áynorin nos hizo leer tanto libro sobre las criaturas de la Tierra Baya cuando era snorí. —Eché una ojeada a Aryes pero él se encogió de hombros: por lo visto no se acordaba de haber leído nada sobre aquellas criaturas—. Los pueblos del norte de la ciénaga comen yabrias —retomé—. Y al parecer… —tragué saliva y desvié la mirada de los gusanos antes de acabar—: les encantan.

—¡Oh! —carraspeó Spaw, mirándome con una mueca indefinible—. En ese caso… si les encantan…

Lénisu había adoptado una expresión meditativa.

—Vaya, me has dado una idea, Shaedra. —Sacó su pequeña cazuela y empezó a hacer hervir agua—. Esperad aquí. Enseguida vuelvo —prometió.

Lo vimos desaparecer entre la bruma, intrigados.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Iharath.

—Más bien pregúntate cuántos mosquitos nos han picado a todos —suspiró Aryes. No pude reprimir una sonrisa al verlo considerar con una mueca sus brazos llenos de picaduras, rojas como la sangre que le habían robado esos malditos insectos.

Eché una mirada a mi alrededor, más allá del islote relativamente seco donde nos encontrábamos. Lénisu nos había pedido que despejásemos la zona de las cañas caídas pero la tierra seguía estando demasiado húmeda para mi gusto.

Aquella mañana nos habíamos metido al fin en la ciénaga y habíamos caminado entre lodo, cañas, agua maloliente y bichos de todo tipo. Incluso habíamos cruzado un río poco profundo y, en las riberas, habíamos visto un zorro blanco y varios pájaros de altas patas y plumas doradas. En cuanto nos alejamos de las riberas, la bruma se fue haciendo cada vez más densa de tal modo que nos fue imposible adivinar si realmente nos dirigíamos hacia el oeste o bien estábamos dando un giro tremendo… Lo único bueno era que por una vez Aryes había podido quitarse la capucha y la capa. Y no tardó en arrepentirse cuando comprobó que los mosquitos parecían querer devorarnos enteros.

Lénisu regresó justo cuando el agua se ponía a hervir. Con una sonrisa flotando en los labios, añadió en la cazuela unas hierbas, probablemente para dar más sabor. Decidió que la primera yabria me tocaría a mí y noté la mirada atenta de todos cuando cogí con ambas manos la comida, como si esta fuese a despertarse y morderme en cualquier momento.

—Venga —me animó Lénisu, mientras se dedicaba a cocer otra yabria con aires de experto—. ¿Es que no tienes hambre?

Le eché una mirada sombría y él sonrió con todos sus dientes.

—Ahora lo recuerdo. Cuando tienes hambre, sueles emplear una expresión que usan los gawalts… ¿Cómo era ya? Ah, sí: «Podría comerme gusanos». —Hizo un vago ademán—. Ha llegado la hora de comprobarlo.

A Syu parecieron hacerle gracia sus palabras. Suspiré.

—No son gusanos —refunfuñé. Y sin más dilaciones, le pegué un mordisco a la yabria. Su piel estaba más dura que la corteza de un árbol. Resoplando, saqué mi bonita daga de Sombría y me dispuse a agujerear la especie de caparazón. Un líquido cálido me salpicó todo el rostro y Aryes y Spaw se rieron brevemente. Puse los ojos en blanco y empecé a comer.

—Está riquísimo —mentí con la boca llena.

—¿Seguro que no es venenoso, eh? —preguntó Aryes, cuando Lénisu le dio su porción.

—Al menos no es un veneno fulgurante —lo tranquilizó Spaw—. Shaedra sigue viva.

Cuando Aryes dio el primer bocado, cerró un momento los ojos, y tragó. Acto seguido, hizo un mohín de puro asco.

—¡En mi vida he comido algo tan repugnante! —se lamentó.

Me carcajeé y, haciendo caso omiso de mi propio paladar, seguí comiendo mientras las siguientes yabrias se iban cociendo en la cazuela de Lénisu. A nadie le gustaron las yabrias, salvo a Daorys. La demonio incluso comentó que el sabor le recordaba al que tenían ciertas babosas de río, en su pueblo subterráneo. La miramos comerse la última yabria que sobraba sin comentarios.

Tras la cena, apenas charlamos. Oíamos ruidos entre los cañaverales, la noche se cernía rápidamente sobre nosotros y casi no nos atrevíamos a pronunciar una palabra en voz alta. Lénisu nos había pedido que fuéramos prudentes allá donde pisábamos y que no nos alejásemos del campamento bajo ningún concepto.

—Si os perdéis en el cenagal, con esta bruma, podríais perderos del todo —nos había prevenido—. Cuando se aleja uno de los bordes de la ciénaga, los ruidos se transforman en ecos extraños y es relativamente difícil averiguar de dónde vienen. Os lo juro —había asegurado al ver nuestras muecas incrédulas.

Aquella noche, tardé horas enteras en conciliar el sueño. Lénisu, que realizaba el primer turno de guardia, había apagado el pequeño fuego y la bruma opaca ocultaba cualquier astro o estrella que pudiera estar brillando en el cielo. Arrebujada en mi capa, no dejaba de oír el ruido estresante de los mosquitos, pero eso no era lo peor. También percibía de manera muy clara, por encima de la brisa que se había levantado, chapoteos, silbidos de cañas, siseos y hasta de cuando en cuando gritos apagados que me recordaban a los gruñidos de un oso sanfuriento. Y finalmente, me dormí.

Desperté en plena noche con el corazón latiéndome a toda prisa tras oír un ruido seco y cercano. Muy cercano. Abrí los ojos y me enderecé casi de inmediato. Un rayo de luz opaca atravesaba la bruma. Lénisu, a unos pasos de mí, colocó el dedo sobre sus labios para recordarme que no metiese ruido. Con la otra mano, había desenvainado su espada; unos reflejos azulados recorrían su filo. Alarmada, bajé la mirada… y palidecí al ver una especie de cuerda inmóvil decapitada. A todas luces, era una serpiente. Inspiré lentamente, tratando de no dejar que el pánico me invadiera. El zumbido de varios mosquitos se intensificó y agité la mano, nerviosa, para

ahuyentarlos. Empezaba a arrepentirme seriamente de haberme metido en aquel infierno de vida y muerte.

—¿Oís eso? —murmuró de pronto una voz.

Creí reconocer la voz de Iharath. Agudicé el oído y percibí un ruido escalofriante y lánguido…

—Es como si estuviesen cantando unas sirenas —susurró Aryes.

—¿Ah, porque tú ya has oído cantar a una sirena? —replicó Spaw con una voz casi inaudible. En su voz había un deje de aprensión.

Drakvian se sentó, resoplando:

—Estoy harta de oír a tanto mosquito…

Reprimí una sonrisa al pensar que, al fin y al cabo, el modo de alimentarse de los mosquitos y el de los vampiros no se diferenciaban mucho.

Rápidamente comprobé que estaban todos despiertos. No me sorprendió: casi me extrañaba que yo hubiese sido capaz de conciliar el sueño un momento. Aun así, no había sido la única: Syu aún dormía como el agua en un lago. Al verlo acurrucado junto a Frundis, hice una mueca compasiva. Aunque el día anterior se hubiese pasado todo el tiempo acomodado sobre mi hombro, el calor y la humedad, unidos a tanta sorpresa, lo habían dejado rendido.

Poco después, el canto se intensificó. Giré la cabeza por todos los lados, incapaz de determinar de dónde provenía. Durante el día, había intentado olvidar lo poco que había leído sobre la ciénaga de Zafiro. Pero ahora no podía evitar que me asaltasen los nombres de decenas de monstruos. Basiliscos, anfigusanos, plantas ácidas cubiertas de energía flávica… Oí un ruido de botas y me sobresalté antes de percatarme de que era Lénisu, quien acababa de sentarse sobre la única roca del islote.

—Dormid —declaró mi tío en tono bajo, adivinando sin duda la tensión de todos—. Es lo mejor que podéis hacer.

De hecho, mientras no apareciese un monstruo asesino entre los cañaverales, lo mejor que podíamos hacer era retomar fuerzas. Me estremecí, apreté la capa contra mí y volví a tumbarme sobre la tierra. Muy cerca, oía las respiraciones irregulares de los demás, así como el sonido casi armónico del viento contra las altas cañas. Y por encima de todo eso, el canto, si acaso era eso un canto, se elevaba en la noche como si estuviese llorando o lamentándose o quién sabe.

Duró un buen rato hasta que, súbitamente, se hizo el silencio. Un silencio casi total, exceptuando el zumbido de los mosquitos. Ignoro cuánto tiempo estuve así, escuchando con aprensión los alrededores. Estaba a punto de volver a dormirme cuando oí un susurro de pasos. Abrí los ojos. Lénisu se había levantado y se acercaba a un muro de cañas, escudriñando las sombras.

—Esto no me gusta —lo oí mascullar.

Apenas transcurrieron unos segundos antes de que percibiese al fin lo que le había llamado la atención: ahí, entre dos amasijos de cañas, a unos treinta metros, brillaba una especie de luz verde. Y súbitamente desapareció. Entorné los ojos… y me sobresalté al oír un ruido inequívoco de pasos y de caña rota.

—No os mováis —nos ordenó enseguida Lénisu, tenso.

Iba a levantarme pero sus palabras me detuvieron.

—No hagáis movimientos bruscos —rectificó mi tío por lo bajo—. Y sobre todo, no hagáis ruido.

Nos levantamos todos con sigilo. Sin dejar de echar ojeadas aprensivas a mi alrededor, cogí a Syu con una mano y a Frundis con la otra. Los ruidos de pasos se acercaban, o esa era mi impresión. Oí un chapoteo ruidoso de agua. Intercambié unas miradas asustadas con los demás. Bueno, Drakvian, más que asustada, parecía curiosa, como si no se le hubiese ocurrido que aquello que se aproximaba pudiese ser alguna bestia hambrienta de dientes afilados.

Cuando empezamos a ver moverse unas cañas, retrocedimos hacia el lado opuesto y nos escondimos como pudimos. Lénisu ocultó su espada detrás de su capa sin envainarla.

Al fin, aparecieron. Eran dos siluetas cubiertas de barro de la cabeza a los pies. Parecían saijits, pero no podía confirmarlo ya que apenas los veía en la oscuridad. No tenía lógica que fuese Ew Skalpaï, me dije, agazapada en el barro. Pero ¿acaso habitaban saijits en la ciénaga? Que yo supiese, no.

Las dos siluetas caminaban trastabillando y agarrándose la una la otra, como si temiesen caerse. Andaban realmente de manera muy extraña, observé. Y respiraban como si les faltase aire. Creí que iban a pasar de largo, pero no: en ese instante una de los dos cayó de rodillas, arrastrando a la otra en su caída.

—Ooooh…

El quejido me sonó demasiado ronco e irreal para pertenecer a un saijit. Pero por más que buscase en mi memoria no lograba identificar a esas criaturas…

—Ddda… bbblas —dijo la otra silueta—. Ddd-ddd…

Un rayo de luna alcanzó atravesar el velo brumoso que flotaba sobre la ciénaga y por fin pude verlas con más claridad. Tenían ambas los ojos desencajados y… Aryes se levantó de un bote.

—Son saijits —murmuró.

Quiso salir de su escondite pero Lénisu lo cogió del brazo y le echó una mirada fulminante. Los dos desconocidos seguían profiriendo palabras incomprensibles. No les entendía nada, pero no era difícil adivinar que no andaban del todo en sus cabales.

—No creo que sean peligrosos —protestó Aryes al fin—. No tienen ni armas.

Se levantó y esta vez Lénisu no se lo impidió, pero no dejó de preguntar:

—¿Y cómo lo sabes? Podrían hasta esconder una ballesta debajo de tanto barro.

Sin duda, las siluetas tenían que habernos oído, pero no levantaron la cabeza hasta que vieron a Aryes surgir de entre el cañaveral. Una de ellas se azoró.

—¡Ppppooo…! —exclamó, haciendo vibrar la voz como lo haría una cabra—. ¡Ppp-pp. Nnnna. Ggrrr… yyyyeeeee…!

El kadaelfo se paró en seco. El otro saijit no pareció enterarse de nada y se contentó con tumbarse en la tierra y hundir el rostro entre sus brazos emitiendo un ruido de agotamiento.

“Nos han robado el sitio”, suspiró Syu, contrariado. Aun así, lo noté más tranquilo al comprobar que nuestras vidas no parecían peligrar.

Salí del escondite al mismo tiempo que Spaw y Lénisu.

—Si no son saijits al menos se les parecen mucho —caviló Spaw, acercándose con prudencia.

—Esperad, no os acerquéis tanto —nos previno Lénisu. Aún no había envainado la espada—. Podría ser una trampa.

—¿Una trampa? —repitió Aryes—. A mí me parece más bien que son dos saijits perdidos en una ciénaga a punto de morirse.

—Dos saijits desjuiciados —completé—. Y para mí que no viven en la ciénaga.

Diciendo esto, solté un sortilegio de luz armónica. El rostro de quien se había asustado apenas era visible bajo el barro y la suciedad: sus ojos me observaron, parpadeando, como si ignorase si estaba soñando o no.

—Bueeeno —dijo Iharath, cruzándose de brazos—. Dos nuevos compañeros de suplicio. Ni que fuera esta ciénaga un lugar de paso. ¿Qué hacemos con ellos?

Lénisu siseó para que bajase la voz.

—No olvidemos dónde estamos, ¿eh? —murmuró—. Bueno, supongo… que, lógicamente, no podemos dejarlos aquí solos, dado el estado en el que están…

Por su tono, no parecía tan convencido de lo que afirmaba. Aryes carraspeó.

—Lógicamente, sí. Dejarlos morir aquí sería comportarse como un asesino.

—Ya —masculló Lénisu, contrariado. Marcó una pausa y entonces envainó la espada y rebuscó algo en su saco. Agarró al fin una cuerda y se acercó a los dos saijits. Lo contemplé, atónita.

—¡Lénisu! —silbé entre dientes—. ¿No pretenderás atarlos?

—Atarles las manos, sí. Aún no sabemos de lo que son capaces ni quiénes son. Date la vuelta —le ordenó a la silueta que aún seguía algo enderezada. Esta abrió la boca y por un momento temí que estuviese a punto de dejar escapar su último suspiro. Lénisu tuvo que rodearla para maniatarla y a continuación se ocupó del otro saijit que parecía estar durmiendo. Al fin, se levantó—. Menudo contratiempo.

Nos quedamos unos segundos de pie, en la oscuridad, mirando los dos bultos que se confundían con el barro. Ambos, ahora, parecían haberse quedado dormidos.

—Tal vez unas yabrias les vendrían bien —comentó al fin Aryes.

Spaw soltó una risita.

—Excelente idea. Si quieres ir a buscarlas…

Lénisu volvió a sisear para imponer silencio.

—Os recuerdo que cualquier ruido algo fuerte puede oírse desde lejos —susurró. Fue a sentarse sobre la roca y agregó—: Shaedra, yo que tú

desharía esa esfera de luz si no quieres que ningún monstruo venga a curiosear por aquí.

Le hice caso y pregunté:

—¿Y la luz verde? ¿De dónde salía?

Lénisu se encogió de hombros.

—Podría ser un fuego fatuo. En realidad, no tengo ni idea. Si hablasen, tal vez podrían explicárnoslo esos dos.

—No me gusta esto —confesó Daorys—. ¿Cuánto tiempo queda para el amanecer?

—Un par de horas, tal vez —evaluó Lénisu—. Es lo bueno de estar en verano. Lo malo es que el tiempo que el sol ilumine algo a través de esta bruma… pueden pasar más de tres horas. Aproximadamente.

Nos sumimos de nuevo en el silencio y nos sentamos sobre el islote, sin atrevernos ya a dormir. Syu, sentado en mi hombro, se puso a trenzarme mechones a oscuras, inquieto. Aprovechando nuestra vigilia, Lénisu decidió tomar su tiempo de descanso, se acomodó e, increíblemente, se durmió en unos minutos. En un momento, empezó a mascullar en sueños y pronunció con claridad las palabras «puerros negros»; se le dibujó una sonrisa de felicidad en el rostro y, reprimiendo carcajadas, intercambiamos miradas burlonas.

La oscuridad ya se estaba reduciendo muy poco a poco cuando uno de los desconocidos despertó emitiendo un ruido:

—Sssa… sssa —decía. Su voz, masculina, parecía ya menos extraña—. Mma… ddd… —Resopló, se enderezó y entonces se dio cuenta de que estaba maniatado—. ¿Qué diablos…? —Se agitó aún más cuando vio a su compañero junto a él—. ¡Ma-dey-ssa! —tartamudeó.

—No te asustes —intervine, temiendo que metiese demasiado ruido. Se paró en seco y alzó la cabeza—. Sólo os hemos atado por precaución —continué—. No grites. Este sitio es peligroso.

—Me da que eso ya lo sabe —carraspeó irónicamente Iharath.

—¿Podemos saber quiénes sois? —preguntó Aryes, acercándose.

El desconocido, en vez de contestar, escupió barro.

—Soltadme —dijo al fin.

—Nos encantaría —afirmé—, pero antes…

—Antes estaría bien que os presentaseis —añadió Lénisu, despertándose y estirándose.

El desconocido pestañeó, se quedó un instante en silencio y se giró hacia la tal Madeyssa.

—Tu nombre —insistió Lénisu, tratando de hablar con más suavidad—. No tenemos malas intenciones, créeme. Simplemente nos habéis despertado en mitad de la noche al aparecer por aquí hace unas horas y nos habéis dado un buen susto.

Observamos al saijit, expectantes. Era casi imposible adivinar de qué raza era de lo sucio que estaba, pero advertí que sus orejas tenían una forma puntiaguda. Eran demasiado grandes para ser de ternian. Tal vez fuese un elfo…

—No lo sé —gimió de pronto, como invadido por el pánico—. No me acuerdo. ¿C-c-cómo es que no me acuerdo?

—¿No te acuerdas de tu nombre? —preguntó Lénisu, incrédulo.

—Yo… Sí. O no. ¡No lo sé! —gritó. Unas aves salieron volando no muy lejos de ahí, despertadas por el estruendo. Fulminamos al desconocido con la mirada. ¡Iba a conseguir mosquear a todos los carnívoros de la zona!

—Tranquilo —dijo Aryes, acercándose y dándole unas palmaditas amistosas sobre el hombro—. No te preocupes. Has debido de sufrir algún trastorno emocional o quién sabe. Seguro que con el tiempo te mejoras.

—Planta —murmuró el elfo—. Esa planta. No, no recuerdo. Es como si supiese que he vivido sin poder afirmarlo —añadió más racionalmente. Inspiró hondo para calmar su respiración y se giró hacia Madeyssa—. ¿Está muerta?

—¡No! —aseguró Aryes—. Al menos hace una hora estaba bastante viva. ¿Cómo es que os habéis puesto en este estado?

—Prefiero casi no saberlo… —murmuró Iharath.

Lénisu decidió quitarles la cuerda, considerando seguramente que ni el uno ni la otra estaban en condiciones de hacernos daño.

—Creo que me acuerdo —retomó el elfo tras un silencio de profunda concentración—. Sí. Sí, ahora me acuerdo. Entramos en la ciénaga. ¡Oh, sí, me acuerdo de todo! —Sus ojos estaban desenfocados. Se golpeó la frente con ambas manos, como si le afluyesen los recuerdos como olas brutales. Al fin, alzó otra vez la cabeza y se me quedó mirando, atontado—. ¿Shaedra?

Sólo entonces vi lo evidente. A pesar del barro, sus ojos y su voz eran inequívocos, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Silbé entre dientes,

atónita.

—¿Kahisso?

El semi-elfo asintió.

—Kahisso —repitió como si le sorprendiese que lo llamase así—. Eso es. Dioses, ¡menudo desastre! —Sin preocuparse más por nosotros, extendió las manos para despertar a su compañera—. Madeyssa, ¡Mady! Despierta, ¡por todos los dioses!

Yo meneaba la cabeza, sin poder creerlo aún. Kahisso, el raenday, hijo de Kirlens, el mismo al que creía no volver a ver jamás, estaba metido en la ciénaga de Zafiro con un aspecto todavía más espantoso que el nuestro.

—No me lo puedo creer —dije en voz alta.

—¿Kahisso, el hijo de Kirlens? —preguntó Lénisu, sorprendido. Asentí, anonadada.

—¡Mady! —repitió Kahisso con exasperación—. ¡Jefa! ¡Despierta ya!

Al fin, Madeyssa despertó. Parpadeó y se enderezó con más energía de la que le hubiera sospechado tener. Se pasó una manga embarrada sobre su rostro embarrado, gruñendo:

—¿Qué pasa, Kay?

Kahisso suspiró.

—Pasa que no me acuerdo qué demonios ha pasado pero resulta que ahora estamos solos.

Madeyssa bajó lentamente su brazo.

—¿Solos? —Alzó la mirada hacia nosotros y se levantó de un bote. Se tambaleó y Lénisu la ayudó a no caerse—. Quita esas manos —siseó, apartándose de mi tío—. Solos no estamos, obviamente. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Y dónde nos habéis llevado? ¿Y dónde están mis hombres? —nos ladró, amenazante.

Lénisu hizo un vago ademán con aire aburrido.

—No os hemos llevado a ninguna parte. Y somos unos simples viajeros que intentaban ayudar a dos pobres moribundos. Y con todas las buenas intenciones del mundo os diría que el camino más corto para salir de la ciénaga está por ahí pero… por lo visto la ayuda no es bienvenida así que hasta la próxima.

Recogió su saco y lo observé con cierta sorpresa. Me giré hacia Kahisso.

—¿Qué diablos te ha pasado? —pregunté.

—Lo ignoro —confesó Kahisso—. Aj… Estoy hecho un auténtico elemental de barro —deploró, echándose una rápida ojeada—. Íbamos en busca de un reptil —explicó—. Un reptil único. Fue un elfo oscuro de Belyac, un celmista, el que nos prometió que nos pagaría mil kétalos a cada uno por la faena. Mil kétalos, ¿os dais cuenta? Es decir, nos pagaba por traerle el reptil vivo a su casa. Es una especie de experto. Sí. Así que seguimos la pista de la criatura dentro de la ciénaga. Dejaba una pista bien clara porque era grande. Nos metimos y… entonces empezó la pesadilla. Y luego inexplicablemente mi cabeza dejó de funcionar y no recuerdo nada, absolutamente nada, hasta que… bueno… hasta que… —su mirada se volvió distante y pareció olvidar que estaba hablando.

Madeyssa frunció el ceño.

—Ey, Kay, ¡despierta, muchacho! Que todavía hay trabajo que hacer.

Kahisso agitó la cabeza.

—¿No me digas que quieres seguir buscando al reptil?

—Al diablo con el reptil —replicó ella con contundencia—. Tengo que encontrar a mis hombres.

Lénisu carraspeó.

—¿Puedo preguntaros algo? ¿Cómo es que dos raendays en busca de un reptil por lo visto peligroso no llevan armas consigo?

Madeyssa abrió mucho los ojos y se miró el cinturón. Como pudo constatar, estaba vacío.

—¡Ladrones! —estalló.

De manera completamente inesperada, se abalanzó sobre nosotros. Iharath pegó un bote hacia atrás y antes de que Madeyssa se tirase sobre Spaw realicé un movimiento con el bastón para cortarle el paso.

—¡Espera un momento, Mady! —exclamó débilmente Kahisso—. Ellos no tienen la culpa de nada. Es más: conozco a tres de ellos. Son de Ató. Son buena gente. Quienes nos han robado las armas deben de ser los mismos que los que nos han trastocado la cabeza y la memoria. —Resopló—. Dioses, cómo odio esta ciénaga.

—¡Ja! Ya somos dos —aseguró Drakvian. Observé con cierto alivio que se había embozado con su capa negra para ocultar la mayor parte de su rostro de vampiro.

Madeyssa pareció calmarse un poco, aunque todo en su cara reflejaba enojo y contrariedad. Era como si prefiriese enfadarse con nosotros a

reflexionar detenidamente sobre lo que le acababa de pasar.

—Bueno, decidnos —retomó—. ¿De dónde veníamos?

—De por ahí —dijo Lénisu, señalando una dirección que, según creía yo, se acercaba más al norte que al sur.

—Mm —asintió firmemente Madeyssa, pensativa—. Está bien. ¿Kay? En marcha.

Los miramos con caras perplejas.

—Er… —dije, mientras Madeyssa le cogía a Kahisso del brazo para espabilarlo—. ¿Vais a iros así, sin más, sin comer nada ni limpiaros un poco la…? —Callé ante la mirada asesina de la raenday.

—¿Pero y a ti qué más te da lo que hagamos? —espetó.

Me encogí de hombros y la vi darse la vuelta. Volvió a tambalearse.

—Shaedra tiene razón —dijo Kahisso con tono diplomático—. Comer algo no sería una mala idea.

La que parecía ser la jefa del desafortunado grupo raenday desaparecido suspiró.

—Tienes razón. —Se volvió hacia nosotros con un mohín—. Sois de Ató, ¿eh? ¿Y qué demonios hacen unos habitantes de Ató en la ciénaga de Zafiro?

—Como ya he dicho, somos viajeros —dijo Lénisu, como con paciencia.

—Viajeros, ¿eh? Y supongo que si no viajáis por el camino es para que el viaje os resulte más enriquecedor, ¿eh?

Lénisu hizo una mueca juntando ambas manos.

—Voy a buscar más yabrias —declaró.

Carraspeé mientras Madeyssa miraba a mi tío, desconcertada.

—En realidad somos varios celmistas en el grupo —expliqué—. Yo soy cekal de la Pagoda Azul. Realizamos un estudio sobre… las criaturas de la… ciénaga. Ya ves.

Madeyssa resopló y no pareció notar la reacción de mis compañeros ante mi mentira.

—Otros expertos celmistas —se lamentó—. Como si no hubiera bastantes expertos ya. ¿Y qué tal avanza el estudio?

Tragué saliva.

—Vaaa… —Vacilé y repetí—: Va.

—Ah. —Madeyssa pareció desinteresarse del todo de la razón de nuestra presencia ahí—. Es una suerte que sigamos vivos. ¿Kay? Vayamos a buscar esas… yabrias de las que ha hablado el ternian. ¡Me muero de hambre!

Lénisu hizo una mueca. Estaba claro que la situación le resultaba más que contrariante. Por mi parte, no era que no me alegrase ver a Kahisso, pero ya me veía soltándole mentira tras mentira en cuanto el raenday hubiese recuperado un poco su salud mental. Y si, por suerte, el raenday se tragaba las mentiras, le bastaría pasarse por Ató para oír hablar de demonios.

Finalmente, fueron Lénisu y Drakvian quienes se marcharon a buscar las yabrias y convencimos a los dos raendays de que se sentasen con nosotros en el islote de tierra seca. La luz iba iluminando poco a poco los cañaverales a través de la bruma. Mientras esperábamos a que Lénisu y Drakvian regresasen, Kahisso nos contó con más detalle todo lo ocurrido en la ciénaga, con el claro objetivo de intentar acordarse qué demonios había pasado después… Madeyssa no parecía hacer ningún esfuerzo, arguyendo que no había que buscar ninguna explicación «mágica» al asunto y que lo mejor era marchar cuanto antes para buscar a sus compañeros. Me fijé en que la raenday tenía un acento peculiar y cuando le pregunté si venía del Imperio de Iskamangra, enarcó una ceja y asintió secamente.

—Soy de Enzalrei. Y manejo una maza desde que tengo ocho años. Y mi maza no se roba —afirmó, casi ladrando. Pestañeó, como sintiendo un súbito mareo—. Esos ladrones, sean quienes sean, lo pagarán caro —murmuró.

Cuando Lénisu y Drakvian reaparecieron con una yabria para cada uno, Madeyssa se había sumido en un silencio inmutable y Kahisso, abstraído, murmuraba entre dientes:

—No, debe de haber pasado algo justo después de que Wundail matase el anfigusano ese. Yo estaba con Mady. Hubo un ruido. Sí, hubo un ruido. A menos que eso fuese antes —añadió, rascándose la frente—. Sí, sí. Fue antes. —Meneó la cabeza, perdido—. Pero ¿antes de qué?

Intercambié con Aryes una mirada a la vez preocupada y divertida. Desde luego, lo que les había pasado a Madeyssa y Kahisso era inexplicable. Por un lado, me aterraba imaginar que algo, en aquella ciénaga, era capaz de trastornar las ideas hasta el punto de hacer olvidar lo

ocurrido. Y por otro lado, me hacía gracia habernos encontrado con dos raendays en medio de la nada. La situación era más bien insólita.

Curiosamente, el aspecto asqueroso de las yabrias no levantó ningún comentario por parte de los raendays: empezaron a engullir el desayuno casi sin mirar.

"Definitivamente, aún distan mucho de haber recuperado todas sus facultades", les comenté a Syu y a Frundis. El mono no pudo más que estar de acuerdo conmigo.

Cuando acabamos de comer, Lénisu y yo nos levantamos al mismo tiempo.

—Bueno, ¿qué tal si nos ponemos en marcha? —propuso Lénisu.

Madeyssa alzó la cabeza con brusquedad, como despertando de un largo sueño.

—¿Qué? Vamos a ver, si decidís viajar con nosotros, os dejaré bien clara una cosa: aquí la que manda soy yo —espetó—. ¿Está claro?

Y diciendo esto, se levantó y salió del islote chapoteando entre las cañas.

—Kay —llamó.

Un destello de exasperación pasó por los ojos de Kahisso.

—Ni que fuera su perro —masculló. Sin embargo, se incorporó y, sin mirarnos siquiera, tomó la misma dirección que Madeyssa.

Mis compañeros y yo nos miramos con aire elocuente.

—Raendays —suspiró Lénisu, como si eso lo explicase todo—. Estoy por tomar otra dirección…

—Van desarmados, Lénisu —le recordé con tranquilidad—. Y me temo que aún no andan muy bien de la cabeza.

—Encima —volvió a suspirar Lénisu.

—Por no mencionar que Kahisso me salvó la vida —añadí.

Mi tío enarcó una ceja.

—¿No te habrá convertido Srakhi al say-guetranismo?

Puse los ojos en blanco y, sin más dilaciones, avanzamos para seguir a los raendays entre las cañas, el barro, las serpientes, y quién sabe qué más horrores.

13 Yzietcha

Anduvimos durante varias horas antes de que Madeyssa declarase que había que hacer una pausa. Habíamos llegado a un lugar donde el agua parecía un poco más clara e intentamos todos lavarnos un poco aunque, sin lugar a dudas, quienes más lo necesitaban eran Madeyssa y Kahisso. Cuando estos acabaron de asearse, descubrí con cierta sorpresa que Madeyssa tenía el pelo de un rosa brillante. Su rostro de bliaco, mitad humano mitad belarco, era pequeño y tenía el color de la corteza de un joven paeldro. Me echó una mirada directa al ver que la observaba.

—¿Y bien? ¿Aún no recordáis nada? —preguntó Lénisu, con educado interés.

Madeyssa, sin perder su expresión orgullosa, negó con la cabeza.

—Nada. Pero es normal si consideramos que alguien nos atacó por la espalda y nos golpeó la cabeza con algo.

—Eso no fue lo que pasó —negó Kahisso.

—¿Y tú qué sabes? —retrucó Madeyssa—. No me gusta tu teoría sobre energías y tú lo sabes.

Kahisso resopló y la miró con cara aburrida.

—Mady, reflexiona un poco. Sé que es duro vistas las circunstancias, y sé que te preocupas por lo que les haya podido ocurrir a los demás, pero pensemos con claridad.

Madeyssa hizo una mueca testaruda pero al cabo suspiró, rendida.

—Bien, tú piensas que hay algo, en esta ciénaga, que nos ha hecho perder la memoria por un instante. Está bien, admitamos tu teoría. ¿Y luego? ¿Qué harías, oh poderoso celmista?

—Soy curandero, no perceptista —replicó Kahisso—. Ni tampoco soy un Mentista.

Percibí la sonrisilla de Lénisu.

—Bien —intervino mi tío sin perder la calma—. Decidme, ¿cuántos raendays erais?

Madeyssa parecía estar a punto de contestar que eran asuntos que no le incumbían, pero lo pensó mejor.

—Cinco. Yo, Kahisso, Wundail, Imarada y Minimaw.

Enarqué una ceja.

—¿Y Djaira?

Madeyssa, sin extrañarse de que la conociese, resopló y para asombro mío soltó:

—Esa mujer está enferma desde hace varios meses…

Kahisso la interrumpió con un gesto vivo; la fulminó con la mirada y controló su expresión al ver la cara que ponía yo. Que Djaira estuviese tan enferma me sorprendía mucho, y más que Kahisso no me lo hubiese mencionado la última vez que nos habíamos visto en el camino entre Mirleria y Aefna.

—Está mejorándose —aseguró el raenday—. En un momento parecía que no mejoraría, pero ahora está mucho mejor. Y no se trata de una enfermedad, Mady —gruñó. Me miró con sinceridad—. Fue un veneno. Algo debió de morderla mientras estábamos en las Tierras Altas. Era un veneno muy lento. Pero mortal. Pagué el remedio con Wundail. Y ahora está mejorando —repitió.

—Está mejorando desde hace ya dos meses, Kay —le dijo la bliaca con un aire curiosamente más suave—. De todas formas, está claro que no va a morir. A Djaira no la mata ni el mordisco de un tigre de nieves.

No insistí en el tema, sabiendo que debía de ser doloroso para Kahisso hablar de ello. Al fin y al cabo, Djaira era un poco como una hermana mayor, o casi como una madre para él y para Wundail. La recordé, con su pelo pelirrojo y su carácter más bien huraño pero simpático en el fondo… Inspiré y escuché a medias la conversación. Hablaban de la dirección a tomar. Kahisso y Madeyssa estaban totalmente obsesionados con la idea de volver exactamente al sitio donde les había ocurrido la desgracia. Era casi un comportamiento masoquista, pero entendía que era la mejor forma para encontrar a los demás raendays.

Nos pasamos las siguientes horas chapoteando en el barro, perdiendo el norte y dando rodeos, o eso me pareció. Vimos grandes arañas peludas y coloridas que, según había leído yo en los libros, no eran venenosas, pero no dejamos de ser prudentes por ello. Aún no tenía que ser mediodía cuando un grito desgarró el aire pesado de la ciénaga. Y casi enseguida oímos inesperadamente algo que se parecía mucho a una carcajada.

Nos consultamos todos con la mirada, suspensos. Sin una palabra, Madeyssa echó a correr hacia un sentido, que podía ser el bueno como ser del todo equivocado. Kahisso soltó una imprecación por lo bajo y se apresuró a seguirla. Lénisu suspiró.

—A este paso no vamos a salir vivos ni en sueños.

Tuvimos que ponernos a correr para no perder de vista a Madeyssa y a Kahisso. Ahuyentamos varios pájaros que se habían posado en un islote seco, entre dos matas de cañas, bajamos una pequeña ondulación repleta de arena y cruzamos una charca muy poco profunda pero totalmente enfangada. Syu se agarraba a mí, mascullando por lo bajo, mientras Frundis nos acompañaba con una ópera de dos voces.

Acababa de pasar por debajo de un arco formado por bambúes cuando divisé una forma blanca agazapada detrás de una planta de anchas hojas. Me paré en seco. Drakvian se empotró contra mí y fue un milagro que no me desplomase en el barro.

—¡Shaedra…! —protestó la vampira, resoplando. Se le había deslizado el embozo y se lo volvió a poner con rapidez.

—Perdón —me disculpé. Me apresuré a mirar de nuevo hacia el lugar que me había llamado la atención… y comprobé que la silueta se había esfumado. Fruncí el ceño—. Esto no me gusta.

—Y a quién le gusta —replicó la vampira con un ruidoso suspiro.

Retomó la carrera y la seguí con una sensación extraña.

“Hay algo raro por esta zona”, les dije a Syu y a Frundis. *“Me recuerda un poco al Mausoleo de Akras. O a la Torre de Shéthil. Pero no es igual. Es como si…”* Callé, sin saber cómo expresar lo que sentía. Syu se puso aún más nervioso si cabe.

“Yo también siento que algo no va bien…”, me confesó, rebulléndose.

“Y yo también”, apoyó Frundis con tono quejumbroso, dejando aparte su ópera. *“Tengo la impresión de estar cubierto de barro hasta los pétalos.”*

Puse los ojos en blanco y los agrandé casi de inmediato cuando, al desembocar en una especie de claro cubierto de arena y rodeado de cañas, vi a Lénisu con la espada desenvainada cortándole el paso a Madeyssa.

—Sabía que no erais de fiar —escupió Madeyssa.

—Al contrario —replicó Lénisu bajando muy levemente la punta de su espada—. Deberías fiarte más de mi sentido común. Corriendo como lo

haces, a ciegas y sin la más mínima prudencia, no vas a llegar muy lejos, créeme. Entiendo que estéis todavía algo afectados mentalmente, pero estamos en la ciénaga de Zafiro y, no sé vosotros, pero yo no me he metido aquí para morir precipitándome en la casa de una gorgona.

Hice una mueca de espanto al oírlo hablar de gorgonas. Había pensado en los basiliscos y en los anfigusanos, pero no en las gorgonas. El grito de Syu me sobresaltó.

"¡Ahí!"

Volteé, justo a tiempo para ver desaparecer una silueta que se asemejaba mucho a los saijits.

—¿Lo has visto? —murmuró Spaw, junto a mí.

Asentí varias veces con aprensión. Al menos no era una hidra, pensé, tratando de ser positiva. Sin embargo, obviamente, aquella silueta tampoco era un raenday perdido…

—Sé lo que hago —replicó en ese instante Madeyssa—. Aparta ese arma, chaval. Sé lo que hago —repitió—. Esta ciénaga tampoco es tan peligrosa. Y tengo pensado encontrar a mi gente hoy mismo… —Se interrumpió de pronto y soltó un grito señalando con el índice algo metido en el cañaveral. Lénisu se dio la vuelta con viveza; sin previo aviso, Madeyssa lo atacó por la espalda y le propinó un fuerte puñetazo en la cabeza. Tuve la impresión de haberlo recibido yo. Atónita, vi a Lénisu derrumbarse en la arena, inconsciente. Necesité apenas un segundo antes de recobrar mi movilidad y soltar una maldición. Frundis y Syu bufaron, indignados, al tiempo que yo me abalanzaba hacia la raenday con la clara intención de darle su merecido.

—¿Pero te has vuelto loca? —gritaba Kahisso, agarrando a su jefa del brazo para tratar de apartarla de la espada de Lénisu. Entendí que, irónicamente, Madeyssa tenía intención de robársela sin saber siquiera que era una reliquia.

Sin embargo, apenas tuve tiempo de avanzar unos pasos antes de que, sin aparente explicación, la bruma se intensificase a una velocidad espeluznante. En unos segundos, quedé como ciega.

—¿Qué…? —jadeé.

Estalló un sonido estridente, seguido de voces difusas. Me paré en seco sintiendo que se me helaba la sangre en las venas.

"Os lo dije", susurré mentalmente. Algo o alguien nos estaba atacando.

—¡Drakvian!

Era la voz de Iharath.

—¡Mil brujas sagradas! —imprecó Aryes, chocándose contra mí—. ¿Qué demonios está pasando?

Ni me dio tiempo a contestarle que no tenía ni idea. Bruscamente, tuve la sensación de estar rodeada de nada, como si la bruma, el ruido, todo se hubiese desvanecido de repente. Como si me hubiese muerto. Tan sólo seguía sintiendo la mano de Aryes sobre mi brazo, la calidez de Syu sobre mi hombro y la madera de Frundis en mi mano… Y tuve la impresión de que pronto no sentiría nada de nada. Me entró el pánico.

—¡Aryes! —intenté gritar, sin atreverme a moverme—. ¡Spaw! ¡Lénisu!

No lograba oírme, me di cuenta, aterrada. Percibí el lamento de Syu por vía del kershí y traté de consolarlo. ¿Qué diablos estaba pasando? Un sinfín de posibilidades más terribles las unas que las otras empezaron a desfilar por mi mente. Estaba imaginándome que nos acababan de atacar unas plantas carnívoras paralizantes cuando Frundis soltó un grito sorprendido:

“¡Son armonías!” Estaba entusiasmado. *“¡Son ilusiones, Shaedra! Pero muy muy bien hechas. ¡Es una pasada! ¡Mirad, escuchad!”*

Sus palabras me dejaron perpleja por unos segundos. ¿Armonías?, me repetí, mirando a la nada. Y entonces lo vi. De hecho, ahí, pegado a mí, había un trazado; un trazado que me envolvía toda entera, como si las ilusiones me hubiesen metido en una especie de saco. Resultaba que, tal como lo afirmaba Frundis, el trazado estaba pero que muy bien conseguido. Y con toda probabilidad, aquellas ilusiones no se habían creado solas.

“Frundis, ¡ayúdame!”, le pedí, agarrándolo con más fuerza.

Intenté buscar cualquier defecto para empezar a destruir la ilusión armónica, que inconscientemente me paralizaba. Tenía que haber un defecto, me repetí. Y no debía de ser imposible deshacer la ilusión. Al fin y al cabo, ¿no se suponía que era lo que mejor se me daba?

Tras unos instantes, conseguí desestabilizar lo suficiente la ilusión para ver un poco de lo que me rodeaba: Aryes había caído de rodillas y parecía estar totalmente perdido; Spaw, unos metros más lejos, con su daga roja en mano, hacía muecas silenciosas como si estuviese luchando contra sí mismo; y, de pie, a unos escasos metros, se erguían varias siluetas esbeltas desconocidas, vestidas con túnicas coloridas y cortas. Incluso me fijé en que

una de las siluetas recogía la espada de Lénisu con sumo tiento, antes de que la ilusión volviese a fortalecerse y a cortarme del mundo.

"¡Frundis!"

"¡Hago lo que puedo! Pero…" Las armonías exteriores ahogaban las suyas casi por completo y tan sólo pude pillar la palabra «fantásticas».

"Frundis", gruñí. *"Esas malditas criaturas nos están atacando, ¡deja ya de entusiasmarte y acabemos con esto!"*

Un sonido apagado de trompeta aprobadora me respondió. Me quedé así durante unos minutos, luchando contra las armonías, el pánico y la incomprensión. ¿Quiénes eran esas siluetas? Parecían saijits, pero ¿qué podía hacer un grupo de armónicos en la ciénaga de Zafiro? Una idea del todo extraña me volvía repetidamente en mente y agrandé los ojos al pensar en ella con más detenimiento. Sólo conocía a dos personas capaces de crear ilusiones tan poderosas, capaces hasta de ahogar las armonías de Frundis. Kyisse y Nawmiria Klanez.

Resoplé mentalmente.

—Nixes —pronuncié.

Por un instante, la ilusión se desgarró de nuevo y conseguí ver la expresión sorprendida de un hombre que se situaba muy cerca de mí… demasiado cerca. Entorné los ojos, luchando contra el mareo: definitivamente, no era fácil luchar contra unas ilusiones tan realistas. Tenía la sensación de haberme quedado sin mundo: no oía nada, no veía nada, no olía nada… Resultaba más que desconcertante. Sin embargo, cuando alguien pretendió quitarme el bastón me enteré fácilmente, gracias a Frundis: el bastón emitió un bufido amenazante y lo así con ambas manos, adoptando una pose defensiva.

—Sois nixes —repetí. Y tanto que eran nixes, no me cabía ya ninguna duda de que lo fueran, aunque el hecho me llenaba de asombro. ¿No se suponía, según Sib, que habían desaparecido de Ajensoldra? Por lo visto, no era el caso. A menos que me equivocase del todo y que las personas que había divisado tan sólo fueran ilusiones también y que hubiésemos entrado simplemente en una zona alucinógena o quién sabe… Reprimí un gemido quejumbroso. ¿Por qué nos habíamos metido en esa ciénaga?

Sólo entonces me di cuenta de que me estaba moviendo. ¡Estaba avanzando! Me detuve en seco y la persona que me cogía del brazo, aquel mismo hombre de pelo plateado que me miraba con cara preocupada, dijo

algo en una lengua que no entendí. Seguí intentando desgarrar la ilusión para ver más allá, pero era, más o menos, como estar luchando contra el agua. Syu temblaba sobre mi hombro, escondiendo su rostro contra mi cuello. Tensé la mandíbula y escudriñé la bruma densa, buscando a los demás, sin verlos. ¿Adónde nos llevaban aquellos malditos nixes? Por un momento, se me ocurrió empezar a dar bastonazos a diestro y siniestro, pero luego recapacité: no era plan de enfurruñarlos, tampoco; a lo mejor sus intenciones no eran malas… pero bien sabía que, aunque Nawmiria Klanez tuviese buen corazón, eso no significaba forzosamente que todos los nixes de la Tierra Baya lo tuvieran.

Empujada por el nixe, seguí andando. Uno de los puntos positivos era que no parecían atreverse a quitarme al bastón. Sin embargo, ninguno de mis intentos por deshilachar las ilusiones surtió efecto: cada vez que deshacía una, alguien volvía a componerla segundos después. No podía jugar a ese juego contra unos nixes, me percaté, desesperada. Ahora me daba cuenta de lo poderosas que podían ser las armonías: estaba segura de que mis demás compañeros debían de sentirse del todo perdidos, atrapados en una burbuja que inhibía cualquier percepción del exterior. En un momento, pensé en las Trillizas y me imaginé más que sentí el peso de las tres bolas metidas en un bolsillo de mi túnica. Se suponía que canalizaban la energía y multiplicaban el efecto. Pero, aun olvidando el hecho de que tan sólo las había utilizado una vez, me preguntaba si era sabio arriesgarse a sacarlas a la vista de todos para que me las arrebatasen antes de que consiguiese hacer nada; mejor era esperar al momento oportuno…

—Por el amor de Ruyalé, soltadnos —lancé de pronto sin pensarlo mucho. Conseguí oír mi voz pese a que todo, en el aire, parecía querer inmovilizar cualquier onda. Sentí mis ojos llenarse de lágrimas y parpadeé con rabia—. O al menos explicadnos adónde nos lleváis y por qué nos tratáis así —insistí. Me detuve, súbitamente decidida—. No tengo nada contra los nixes. Es más, tengo a dos amigas que lo son. Pero si seguís acribillándonos a ilusiones, podéis estar seguros de que no me voy a dejar matar así como así. Soy Shaedra Úcrinalm Háreldin —gruñí.

“¡Así se habla!”, aprobó Frundis con una ráfaga de guitarra para rematar mi amenaza. Syu, en cambio, estaba demasiado espantado por el vacío que parecía envolvernos como para darme ánimos.

Nadie me contestó. Me empujaron de nuevo hacia delante. Volví a luchar contra las armonías y creí distinguir, entre la bruma que se

deshilachaba, una especie de sendero. No sé cuánto tiempo estuve así, avanzando sin notar nada y sin oír nada más que la música tranquilizadora de Frundis. El caso es que, cuando ya sentía que el tallo energético empezaba a consumirse peligrosamente, alguien me detuvo; la burbuja armónica en la que me habían metido desapareció y me encontré cara a cara con una mujer de pelo rubio y ojos dorados que me resultó curiosamente familiar. Se desprendía de ella la misma aura indefinible que poseía Nawmiria.

Antes de que tuviese tiempo de preguntarle nada, se puso a hablar en abrianés, con un acento tan acusado que me costó entenderla:

—Has dicho que conocías a dos de los nuestros.

Enarqué una ceja y eché una mirada a mi alrededor. La bruma seguía siendo densa, pero mis oídos percibieron ruidos de pasos y susurros. Syu, retomando poco a poco una respiración normal, observó a la nixe con ojos desconfiados. Asentí, pensando que al menos aquella nixe parecía querer conversar.

—Así es. —Resoplé—. ¿Por qué nos habéis atacado?

La mujer rubia frunció el ceño.

—Nosotros no hemos atacado. Sois vosotros los que habéis entrado en nuestro territorio —explicó con evidente dificultad—. ¿Cómo conoces a los nixes? ¿Y por qué pasar por aquí? Este no es un lugar para saijits.

—Ya —carraspeé—. El caso es que nos dirigimos hacia el oeste. Nos hemos encontrado con otros dos saijits que andaban perdidos y a los que vosotros, según deduzco, atacasteis y trastornasteis la cabeza. —La nixe hizo una mueca y palidecí al ver que su silencio lo confirmaba.

—Los saijits sois peligrosos y lo sabemos —afirmó—. Ningún saijit que nos ve debe salir de esta ciénaga acordándose de nosotros.

Reprimí sin conseguirlo un mohín de repugnancia y aprensión.

—¿Y cómo os las arregláis? —pregunté con un hilo de voz.

—Con una planta —explicó sin aparente impaciencia—. Nosotros os conducimos lejos de aquí. Y entonces, utilizamos la planta y olvidáis nuestro encuentro, y sólo nuestro encuentro. Y ahora, contesta. ¿Quiénes son esos nixes de los que hablas? Jamás hemos oído hablar de otros nixes en la zona.

Entendí que mis palabras habían despertado vivamente su interés, pero me costó un rato asimilar lo que me acababa de afirmar con tanta

tranquilidad: iban a drogarnos. ¡Iban a hacernos perder la memoria!

Me agité nerviosamente. Los ruidos de pasos se alejaban, y por consiguiente mis compañeros también, pero tenía la impresión de que otros nixes nos espiaban desde muy cerca, tras esa maldita bruma. Y decir que Nawmiria pensaba que ya no había nixes en la Tierra Baya… ¿Cuántos podían estar viviendo en aquella ciénaga? Decenas, por lo visto.

—¿Y si os juramos que no diremos nada a nadie sobre vosotros? —sugerí con esperanza. Antes de que la nixe contestase nada, añadí—: Como ya he dicho, sólo conozco a dos nixes. Una es una niña y la otra es su abuela, Nawmiria Klanez.

Oí unos murmullos de voces a mi alrededor y me tensé.

—Una Klanez —susurró la nixe, muy sorprendida—. Pero… según la leyenda, la familia vive en los Subterráneos —objetó.

Meneé la cabeza, preguntándome si contestándole de manera amable conseguiría que los nixes se apiadasen de nosotros.

—Vivía —la corregí—. Nawmiria fue la última nixe en vivir en el castillo de Klanez, con su esposo, Sib Euselys. Se marcharon a la Superficie. Y tienen una nieta, Kyisse… Yarim, quiero decir. Mis compañeros y yo encontramos a la niña sola, en los Subterráneos, hace un año, y la salvamos —apunté, insistiendo en las últimas palabras—. Ahora está con sus abuelos.

Y viendo lo eficaces que eran los nixes con las armonías, ya no me cabía duda de que Nawmiria Klanez era del todo capaz de proteger a Kyisse…

La nixe siguió haciéndome preguntas: que si cómo sabía que Nawmiria era una nixe, que si la niña era nixe del todo o sólo a medias… Su actitud parecía haberse vuelto más amigable y me pregunté si, a fin de cuentas, no conseguiría convencerla para que nos dejase marchar y nos liberase de sus hechizos. Sólo cuando le hube contestado a unas cuantas preguntas se me ocurrió una idea desconcertante.

—No tendréis intenciones de ir a buscarlos, ¿verdad?

La nixe se encogió de hombros con un movimiento ágil; pero no contestó. Carraspeé, molesta, y proseguí:

—Porque si esa es vuestra intención, os juro que no os diré dónde se esconden hasta que no nos hayáis dejado fuera de la ciénaga sin utilizar esa planta de la que hablas. Lo juro —repetí.

Creí ver las comisuras de sus labios levantarse ligeramente.

—Me temo que no estás en condiciones de negociar —observó.

La fulminé con la mirada.

—Sigamos —declaró—. Por cierto, ya que tú has dado tu nombre, me veo obligada a darte el mío, aunque lo olvides pronto: mi nombre es Yzietcha.

—Descuida, no lo olvidaré —le repliqué entre dientes.

Sonrió mientras se daba la vuelta.

—Lo dudo.

Casi acertó.

14 Sólo falta morir

—¡RIBOK!

El grito resonó en toda la caverna. Un rayo de luz salió disparado de la nada y me cegó. Una felicidad intensa, histérica, me poseía. Todo en mí era energía. El jaipú se había reducido a un tímido filamento. Todo mi cuerpo temblaba. Caí de rodillas sobre la piedra y me desgarré la túnica. De pronto, toda la energía se liberó, perdí el control, mi cabeza se derrumbó contra mi pecho y me invadió una inquietante sensación de cansancio.

—Ribok —murmuró entonces una voz.

Sentí una mano sobre mi hombro.

—Ribok, ¿estás bien? —No contesté—. Ribok, ¿me oyes? —Se puso a sacudirme por los hombros. Alcé la cabeza y lo miré a los ojos, esos globos azules brillantes y fríos que acababan de presenciar lo que no quería que nadie supiese…—. Deberías sentir vergüenza por lo que pretendes hacer. Después de todo lo que te he enseñado…

Tensé la mandíbula.

—No siento ninguna vergüenza —murmuré—. Tú no lo entiendes. Aún no puedo dejar este mundo.

—¡Sólo morirás cuando te toque morir! —replicó él, irritado—. Cuando tu corazón deje de latir. No antes. No me defraudes de ese modo.

Debilitado por mi experimento, me levanté sin embargo con cierta viveza. Mi voz temblaba, pero no era por mi cansancio.

—No, maestro. Yo sé lo que debo hacer. No deberías haber venido. Sé ocuparme perfectamente de mí mismo. —Me volví hacia mi pequeña caverna en la que llevaba viviendo desde hacía varios meses. Marqué una pausa—. Deberías marcharte.

—Basta —siseó él—. ¡No digas bobadas! Dame esos libros y los devolveré a la biblioteca de Kurbonth, donde deben estar. Metidos en lo más profundo de su mazmorra para que nadie más que los expertos los puedan leer.

Esbocé una sonrisa irónica.

—Ya no tengo esos libros.

Mi respuesta pareció asombrar al maestro Helith.

—¿Cómo? —pronunció.

—Los leí, los memoricé y los quemé —expliqué—. Y ahora déjame en paz. Déjame que me convierta. No debes interferir o moriré sin renacer. Y todo el saber de esos libros morirá conmigo.

El silencio pareció eternizarse. Al fin:

—No te lo permitiré. Jamás debí haberte traído a los Subterráneos. Debería haberte dejado morir cuando atacaron los nadros rojos y los esqueletos descontrolados.

Sus palabras me hirieron profundamente, pero no contesté.

—Me das lástima —prosiguió el maestro Helith. Su voz se alzaba cada vez más en la caverna—. Jamás supiste olvidar aquel día. Te obsesionaste. Odias la nigromancia. Odias a todos los esqueletos. Me odias a mí… Entonces, ¿por qué convertirte en el peor de los engendros mórticos?

Bajé la cabeza y miré mi mano. La energía mórtica aún vibraba en mi cuerpo. Unos experimentos más y al fin podría matarme y realizar la transformación al completo. Al fin podría convertirme en un lich…

Un jadeo sonó a mis espaldas.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros y me giré levemente hacia él otra vez, sintiendo una tristeza indefinible en mi corazón.

—¿Por qué? —repetí lentamente—. Porque tengo una tarea que cumplir, maestro.

Con serenidad, miré la caverna y sus altas estalactitas. En el silencio, se oía el tintineo regular de una fuente subterránea. Suspiré, evitando la mirada de Márevor Helith.

—Una tarea que va más allá de las razones que tengo para vivir.

—Ribok —me reprochó, tenso—. Tienes muchas razones para vivir. No desperdicies tu vida por un objetivo tan macabro como el de matar a todos los nigromantes de Háreka. Si me lo hubiese dicho cualquier otro, habría creído que estaba bromeando. Es ridículo.

Meneé la cabeza.

—Definitivamente, no me entiendes. Mi objetivo no es tan ambicioso. Mi objetivo no es matar a los nigromantes. No soy un asesino. Mi objetivo es matar a sus criaturas mórticas. No a los nigromantes —repetí.

Oí su suspiro hondo y exasperado. Y también sentí su miedo.

—Hablas en serio, entonces.

—Hablo en serio —confirmé.

—Estás loco.

Esta vez, quien suspiró fui yo.

—Tal vez —reconocí—. Pero no más que tú. Mi familia murió. Todo lo que amo ha muerto. Esta es la única pasión que me queda. Mi única voluntad.

—Y tu última voluntad —completó el maestro Helith—. No esperes que yo te ayude.

—No te he pedido ayuda. Te he pedido que te marches. Eso es todo —dije con sequedad.

Giré levemente los ojos, lo suficiente para ver un brillo de cólera y resignación brillar en los ojos de mi antiguo maestro.

—Debería matarte con mis propias manos —declaró al fin—. Un lich es un monstruo andante. No tiene nada que ver con un nakrús. Renuncias a la vida. Cuando te transformes, olvidarás tu tarea. Lo sé. Olvidarás y matarás por doquier. Eso es lo que hacen los liches normalmente, ¿sabes? Debería matarte —repitió. Hubo un silencio. Yo esperaba pacientemente.

Y entonces, soltó:

—Me marcho, Ribok.

* * *

Lo oí alejarse sobre la roca. Oí sus huesos chocar ligeramente contra una estalagmita. Cuando dejé de oírlo, me senté en el suelo. Junté las manos. Y murmuré:

—Ya sólo me falta morir.

15 Torgab Cuatro-Espadas (Parte 2: Entre un puñal y una llama)

Abrí la boca con la impresión de haber estado tragando arena seca durante horas; la luz del sol me quemaba los ojos a través de los párpados y tenía una horrible jaqueca. No me acordaba de nada. Bueno, sí, me acordaba de Ribok. Pero ahora, con la práctica, creía haber aprendido a no confundirme con él. Al menos no hasta el punto de olvidarme de quién era.

Abrí los ojos y los volví a cerrar casi inmediatamente, mareada. Estaba tumbada boca arriba y tenía todo el cuerpo como si acabase de salir de una larga enfermedad. Sabía que tenía que acordarme de algo, pero no sabía de qué. Tras pasarme largo rato con los pensamientos vagando sin rumbo por la cabeza, me enderecé y entorné los ojos. Delante de mí, había un amasijo de cañas iluminadas por el sol, que ya estaba casi en su cenit. Se oía un ruido constante de agua y un temblor me agitó. Estaba sedienta.

Sin embargo, cuando me giré, olvidé mi sed.

Ahí, tumbados en la hierba, estaban Lénisu, Aryes e Iharath… así como los cinco raendays. Fruncí el ceño, tratando de recordar. ¿Por qué demonios nos acompañaban unos raendays? Busqué una respuesta, en vano.

“¡Shaedra!”

Era la voz de Syu. Lo vi acercarse a toda prisa por la hierba. Drakvian lo seguía, llevando a Frundis. Cerré los ojos y me pasé una mano por la frente. No sabía qué me molestaba más, si mi dolor de cabeza o el sentimiento de estar totalmente perdida.

—Syu —pronuncié. Mi voz estaba ronca, como si me hubiese pasado todo un día cantando.

—Ya era hora de que alguien se despertase —dijo la vampira al acercarse a mí—. Frundis me lo ha contado todo. Al parecer, nos atacaron nada menos que unos nixes. Como para creerse que han desaparecido de la Tierra Baya… Pff. Nos drogaron haciéndonos respirar toxinas de una planta y se cercioraron de que todos sucumbíamos al efecto. Incluso me afectó a mí, aunque en menor medida: llevo dos horas despierta esperando a que alguien abra los ojos. Y bueno, nos trajeron aquí como a hipnotizados.

Afortunadamente para ellos, nos han devuelto todas nuestras armas. —Una sonrisa macabra surcó su rostro—. De lo contrario, ya estaría saboreando sangre de nixe.

Sus palabras me dejaron aún más perpleja. No recordaba absolutamente nada. ¿Toxinas? Solté un suspiro y miré de nuevo a mi alrededor. ¡Tenía una sed!

—¿Dónde estamos? —tartamudeé. Mi pregunta sonó horriblemente vacilante.

—En el norte. Si no me equivoco, no debemos de andar muy lejos del camino principal. Hay una granja justo ahí. He ido a robar un poco de queso para todo el mundo. —Mostró el queso y sonrió anchamente—. Habrase visto: ¡una vampira robando queso!

Frunció entonces el ceño, echó un vistazo a los demás, aún inconscientes, y se volvió a embozar el rostro, cautelosa.

—¿Sabes qué? Deberíamos intentar despertar a los demás y huir de los raendays antes de que nos compliquen más la vida. —Marcó una pausa, pensativa—. Me pregunto dónde se habrán metido Spaw y Daorys. Frundis dice que justo antes de que nos drogasen se transformaron en demonio y huyeron. Los diablos saben cómo lo consiguieron. Yo no recuerdo nada.

"¡Y yo lo he visto todo!", me reveló el mono gawalt, contento.

Lo miré sentarse sobre mis rodillas, confundida. Alcé la mirada hacia la vampira.

—¿Has dicho nixes? ¿En la ciénaga?

—Como lo oyes. ¿Quieres un poco de queso?

Asentí con algo más de viveza y mientras comía, Frundis, Drakvian y Syu siguieron explicándome todo lo que había sucedido. Los escuché al principio incrédula pero, a la larga, no tuve otra que darle crédito a su historia. Por lo visto, yo había estado hablando con una tal Yzietcha, de pelo rubio y ojos dorados. Syu y Frundis recompusieron eficazmente toda la conversación.

"La nixe te dijo que olvidarías su nombre. ¡Pues ellos olvidaron a un mono gawalt!", rió Syu. *"Los nixes son igualitos a los saijits."*

"Pero admite que a ti te podrían haber drogado si hubiesen sido más listos", intervino el bastón. *"En cambio a mí…"* Soltó una breve risita, satisfecho. El optimismo de ambos me arrancó una sonrisa a pesar de que aún me sentía como si me hubiesen lanzado un yunque en la cabeza. Mi

sonrisa desapareció sin embargo cuando Frundis me contó el acuerdo al que había llegado con esa Yzietcha.

“Tú le pediste que nos liberaran sin drogarnos, prometiéndoles que no diríamos nada acerca de los nixes”, explicó. *“Y a cambio les revelaste que Kyisse y Nawmiria vivían en la Cripta de los Colibríes. Aunque antes quisiste asegurarte de que las intenciones de Yzietcha eran buenas. De hecho, la nixe tampoco parecía ser mala persona: creo que tenía pensado ayudar a los Klanez e invitarlos a su pueblo.”*

Mis ánimos se vinieron abajo. ¡Un acuerdo! Y a cambio, la maldita Yzietcha, en vez de hacer honor a su palabra, se había burlado de mí a ultranza. Y el hecho de no recordar su traición era casi lo que más me irritaba, porque… ¿y si Frundis y Syu habían olvidado contarme algo importante? Ellos aseguraron que no, y me hubiera gustado creerles, pero siempre me quedaría la duda…

Nos habíamos alejado hacia el riachuelo de agua relativamente clara que pasaba no muy lejos de ahí. Bebí y me masajeé la cabeza, tratando de olvidar mi jaqueca y pensar con claridad.

—¡Bueno! —solté al fin—. Creo que es la primera vez que me pasa haber hablado con alguien y no acordarme. Es… ligeramente preocupante.

Dejé escapar un largo suspiro.

—¿Dices que Spaw y Daorys huyeron?

La vampira hizo un gesto con ambas manos.

—Eso dice tu bastón.

Reprimí un resoplido cansado.

—Al menos ellos se han librado de esos malditos nixes. A saber cómo lo han conseguido. —Meneé levemente la cabeza—. Será mejor que no digamos nada sobre lo ocurrido delante de los raendays y que finjamos no acordarnos de nada.

La vampira enarcó una ceja, divertida.

—¿Vas a proteger a esos nixes aun después de lo que nos han hecho?

Puse los ojos en blanco.

—Tampoco ha sido para tanto, y hemos salido de este infierno vivos —le hice notar.

Me levanté y eché un vistazo hacia el norte: todo eran arbustos bajos y praderas con suaves colinas. No muy lejos, se veía una granja, seguramente la misma donde Drakvian había ido a robar el queso. Percibí un movimiento

con el rabillo del ojo y me giré para comprobar que Kahisso empezaba a despertarse. Drakvian se agachó con rapidez, siseando.

—Ve tú y despierta a los demás. Os seguiré de lejos —prometió—. No me apetece tratar con esa gente. Me pone nerviosa.

Con sigilo, la vampira desapareció entre los arbustos.

“Cuánta razón lleva”, aprobó Syu. *“Deberíamos hacer lo mismo. Esos saijits, en particular la del pelo rosa, van a causarnos más problemas, fijo.”*

Esbocé una sonrisa, burlona.

“Después de todo, tal vez la vampira se esté convirtiendo en una gawalt…”, aventuré.

Syu se encogió de hombros y concedió, magnánimo:

“En algunos aspectos, tal vez.”

Cuando volví con los demás, Iharath y Aryes acababan de despertarse. El primero se enderezó casi de inmediato y paseó una mirada perdida a su alrededor; el segundo se masajeó las sienes y se pasó un brazo sobre los ojos. Enseguida palidecí al percatarme de un detalle: Aryes se había quedado probablemente horas bajo el sol y su piel, habitualmente azul pálida, estaba ahora roja como la escama de un nadro rojo, o casi. Me precipité hacia él y constaté que su rostro se estaba despellejando.

Normalmente, por reflejo, Aryes debería haberse puesto la capucha, pero se lo veía tan aturdido que entendí que ni siquiera había pensado en ello. Se la puse con presteza, escondiendo su rostro del sol.

—¿Shaedra? —murmuró—. No te veo…

Alzó la cabeza con un movimiento lento. Y me quedé helada. Sus ojos estaban rojos, no oscuros como los de Aleria, sino de un rojo pálido.

—¿No me ves? —pregunté con la voz temblorosa, asiéndole una mano enguantada.

Aryes bajó de nuevo la cabeza y se pasó otra vez la mano por delante de los ojos. Sus labios agrietados temblaron en la sombra de su capucha. Me pareció que Iharath decía algo, pero tan sólo oí el eco de su pregunta. Toda mi atención estaba centrada en Aryes. Al parecer, el kadaelfo estaba sacando sus propias conclusiones: el sol le había dañado los ojos… ¿pero hasta qué punto?

Apreté los labios, sintiendo una inmensa rabia. Y exploté.

“¡Malditos, condenados, endiablados nixes!”

Syu soltó un gemido, asustado. Frundis acalló bruscamente su música de violines. Y, como si Aryes adivinase mis sentimientos, sus manos apretaron las mías con suavidad.

—No te preocupes —aseguró—. Es sólo temporal. Mis ojos son más sensibles, eso es todo. Y ahora, dime, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no recuerdo nada? Tengo un mal presentimiento. ¿No nos habrá ocurrido lo mismo que les pasó a Kahisso y a Madeyssa, eh?

Meneé la cabeza, escéptica. Que sólo era temporal, decía… ¿Pero por qué diablos Aryes se había aficionado a la órica?, me lamenté. Sin embargo, inspiré hondo, traté de tragarme toda la preocupación y asentí con la cabeza.

—Has acertado. Por lo visto, nos ha pasado exactamente lo mismo. —Los cinco raendays ya estaban espabilándose y no quería hablar de los nixes delante de ellos así que… me guardé las explicaciones para luego—. Tranquilo, yo tampoco me acuerdo de nada. Pero lo importante es que hemos salido de la ciénaga.

Aryes, mareado, no contestó. Desde luego, nuestro viaje estaba siendo de lo más saludable, pensé, irónica. Eché un vistazo a mi alrededor. Lénisu no despertaba. En cuanto a los raendays, mascullaban entre ellos y trataban de entender lo que les había ocurrido. Luchando contra el aturdimiento, escudriñé los cañaverales mientras las preguntas se arremolinaban en mi mente. ¿Dónde se habrían marchado Spaw y Daorys? ¿Y cómo habían conseguido liberarse de los sortilegios armónicos? ¿Transformándose en demonio? Pero no tenía sentido que un demonio transformado pudiera rehuir más fácilmente de un grupo entero de nixes friéndolo a armonías, ¿verdad? Me mordí el labio y pasé a la opción más probable: habían tenido que utilizar sryho. Recordaba que, según Kwayat, el sryho, entre otras cosas, podía neutralizar cierto tipo de energía… Y estaba claro que Spaw y Daorys, al contrario que yo, sabían utilizarlo. Al fin y al cabo, Spaw era un templario y Daorys una instructora.

—¡Espabilad, muchachos!

La exclamación de Madeyssa me sobresaltó. La raenday se levantaba, apoyándose sobre una gran maza de aspecto más bien inquietante. La miré, miré su rostro de bliaco, su cabellera rosa… y una imagen se me formó en la mente: la de su puño embarrado propulsándose contra la cabeza de Lénisu. Una sonrisa asesina se dibujó en mi rostro.

“Ya sabía que no me podría olvidar de lo más importante”, siseé entre dientes mientras apretaba los puños alrededor de Frundis. Sentía unas ganas tremendas de devolver lo pegado a esa traidora…

“¡Shaedra!”, protestó Syu, agitado.

Parpadeé y dejé de fulminar a Madeyssa para mirar al mono, sorprendida.

“¿Qué pasa?”

Syu puso una mueca aburrida.

“Un gawalt actúa mejor con una mente clara. Y tú no la tienes clara. Además, el tío Lénisu dijo una vez que la venganza era un sentimiento odioso. Por no comentar que esa saijit tiene una maza”, me hizo notar.

“Y yo tengo a Frundis”, objeté.

“Por mí, le daría un buen bastonazo”, aprobó el bastón con una risita impaciente. *“A puño traidor, bastón vengador”*, sentenció.

Sin embargo, tras pensarlo mejor, negué con la cabeza. Syu tenía razón: mi mente aún no razonaba del todo bien y no arreglaría ninguno de mis problemas haciendo más tonterías y enemistándome con unos raendays armados; además, Madeyssa tal vez ni siquiera se acordase de haber golpeado a Lénisu. Llegando a tal conclusión, me relajé, observé las praderas y traté de olvidar el corto pero más que desastroso viaje a través de la ciénaga: de todas formas, ya que no recordaba un buen trozo por culpa de los nixes, para qué acordarse de los mosquitos, las traiciones, el barro y esas cosas tan agradables…

Cuando me levanté, recordé que Drakvian, al esconderse precipitadamente, se había marchado con el resto del queso. Sonreí al preguntarme qué demonios pensaría hacer con él.

Madeyssa no nos dejó tiempo para reponernos de los efectos de la droga. Tras una conversación animada entre raendays, en la que imprecaron varias veces contra la ciénaga y contra el experto de Belyac que los había contratado, todos parecieron estar de acuerdo en dejar la misión a otras personas *más temerarias y especializadas en la caza de reptiles*.

—¡Que ese experto de Belyac se contente con estudiar a las hormigas de su jardín! —masculló Kahisso.

—Vayamos a pedir comida a esa granja —determinó Madeyssa—. Y luego volvamos a Belyac.

—Ya… —dijo Kahisso, meditativo, mirando a su alrededor—. Curioso. Este lugar me suena mucho.

De pronto, Wundail nos sobresaltó a todos con una exclamación.

—¡Kahisso! Kahisso, pero… pero… ¡a estos yo los conozco! —El humano se giró hacia mí por primera vez, asombrado, y soltó una carcajada —. ¡Shaedra! ¿Cómo es posible?

Kahisso sonrió.

—De hecho, aún me pregunto qué demonios hacíais en esa ciénaga —admitió, mirándome con insistencia—. Porque lo de la investigación pagodista… —Su silencio escéptico era más que elocuente.

Carraspeé, tremendamente molesta.

—Bueno, ejem. El caso es que pasábamos por ahí y…

El semi-elfo se carcajeó, interrumpiéndome.

—¡De acuerdo! Me imaginaré que estabais haciendo los aventureros buscando alguna reliquia perdida… Lo importante es que estemos todos vivos. —Enarqué una ceja al ver que Kahisso parecía no notar la ausencia de tres de mis compañeros. Agregó—: Te prometo que no te preguntaré nada más si tú no comentas nada a nadie sobre este incidente…

Aprobé con la cabeza, demasiado sorprendida para contestar. Madeyssa soltó una risita ronca.

—Le contaremos al experto que nos hemos encontrado con un basilisco, ¿qué os parece, muchachos? —propuso la bliaca con aire más alegre—. Al fin y al cabo, podría ser cierto. Y desde luego queda mucho más impresionante que si le dijésemos: «Tal vez nos hayamos encontrado con tu famoso reptil de seis patas, pero no lo recordamos, lo sentimos mucho». Suena horrible.

Los cuatros raendays sonrieron y asintieron con la cabeza.

—¡Y ahora, en marcha! —dijo vivazmente Madeyssa.

Por un lado, me hubiera gustado que los raendays se marchasen solos: su presencia me recordaba dolorosamente que había guardias de Ató al tanto de que una demonio podía andar por la zona. Pero dada la situación, era imposible rechazar su ayuda: Lénisu seguía inconsciente; y lo cierto era que su estado empezaba a preocuparme. Según Frundis y Syu, Yzietcha había asegurado que aquella planta no podía tener efectos graves, si acaso algún trastorno temporal, pero cuando vi a Wundail y a otra raenday

levantarlo para transportarlo… no pude evitar dar rienda suelta a mi imaginación.

Para colmo, Aryes seguía sin ver nada. De camino a la granja, lo guié en silencio y aproveché para pasarle a Frundis, pidiéndole a este que le explicase al kadaelfo todo lo ocurrido. Al de un rato, vi a Aryes sacudir la cabeza, incrédulo.

—¿Se han vuelto locos Frundis y Syu o realmente lo que dicen es verdad? —me preguntó en voz baja.

"¡Ni que fuese a mentir un gawalt!", protestó enseguida Syu, malhumorado.

Aryes se quedó pensativo y, como si de nada, le pasó Frundis a Iharath. Esbocé una sonrisilla. Estaba segura de que el bastón empezaba a estar harto de repetir una y otra vez la misma historia.

Estábamos pasando por un pequeño camino bordeado de huertas cuando Aryes declaró que ya empezaba a ver algo. Suspiré, sintiendo un gran alivio. Él carraspeó.

—Lo siento, pero últimamente parece como si sólo me pasasen desgracias. ¿Sabes? A veces pienso que deberíais encerrarme en los Subterráneos, en una caverna baja para que no pueda levitar. Lo digo en serio —sonrió—. Así no podría pasarme nada.

Le sonreí anchamente.

—Lo peor que podría pasarte es morirte de aburrimiento. Pero descuida, lo pensaré detenidamente —le prometí—. Si es que al final, lo mejor que podremos hacer es meternos todos en una caverna y ponernos a meditar. Empezando por mí —apunté, alzando la mirada.

La granja era relativamente grande, y vi en un rincón unos cuantos gallineros y conejeras. Los animales estaban tranquilos y deduje, con cierta sorna, que Drakvian no había pasado por ahí a desangrarlos… Madeyssa llamó a la puerta. Pronto esta se abrió y apareció un caito jorobado, moreno y fornido, de expresión cerrada. Nos miró con ojos penetrantes, con el ceño fruncido, y supuse que no acostumbraba tener mucha visita.

—Honor, Vida y Coraje —soltó Madeyssa con firmeza.

El rostro del granjero se ensombreció aún más. Obviamente, Kirlens no era el único en tenerle manía a la cofradía de los raendays. Al fin, pronunció entre dientes:

—Raenday que llama a tu puerta, dos veces entra. —Y diciendo esto, se apartó, dejándonos entrar. Percibí la sonrisa incómoda de Kahisso. Por lo visto, se conocían.

—Un placer volver a ser tu huésped, Lidish —dijo el raenday—. Es… una casualidad que pasásemos por aquí. Verás, acabamos de salir de la ciénaga.

—Oh, sí, eso se ve a cien leguas. Y se huele —enfatizó el caito.

Kahisso carraspeó y se llevó el puño al corazón.

—Honor, Vida y Coraje, Lidish.

—¡Honor, dice! —rió con un sarcasmo cortante—. En fin, entrad. Pero os advierto: sólo os quedáis para comer y lavaros un poco. Luego os mando directos al *Cisne azul* en carreta y os las arregláis como podáis. No sacaréis nada de la granja vecina: están más que hartos de los raendays. El mes pasado unos mercenarios les robaron dos caballos.

—Descuide, nosotros no somos ladrones —replicó Madeyssa, al parecer herida en su orgullo—. Ya veo que os conocéis —observó, mientras entrábamos.

Miré a Kahisso con curiosidad.

—De hecho, un poco —afirmó—. Aunque no lo parezca, Lidish era raenday hace diez años. —Pese a la mirada fulminante que le echó este, prosiguió—: Su nombre es Lidish Torgab.

Madeyssa se detuvo en seco en medio de la habitación y se giró hacia el caito.

—¿Torgab? —repitió. Y lo miró con súbito entusiasmo—. ¿Torgab Cuatro-Espadas? ¿El que cazó al Druida Asesino y tiró la reliquia de los Vientos en el océano Dólico? —Se apercibió de que su voz vibraba de admiración y recompuso su expresión, molesta—. He oído hablar de ti —se contentó con añadir.

El granjero jorobado suspiró ruidosamente mientras cerraba la puerta detrás de nosotros.

—No sabes cuánto me alegro —replicó. Todo en su expresión manifestaba exactamente lo contrario.

16 Cenizas ciegas

Poco después de que Kahisso saliese del cuarto asegurándome que no veía razón alguna por la que Lénisu seguía inconsciente, mi tío despertó. Cuando le vi abrir los ojos, Syu y yo sonreímos, contentos, y me apresuré a sentarme en el borde de la cama. Antes de que él llegase a pronunciar palabra, dije de corrido:

—Si no te acuerdas de nada, es del todo normal. Nos ha sucedido a todos. Nos hemos despertado fuera de la ciénaga y ahora estamos en una granja.

Lénisu parpadeó y frunció el ceño.

—¿Y estamos vivos?

Su pregunta me hizo enarcar una ceja.

—Sí, estamos vivos. Afortunadamente.

Tras un silencio, resopló y se enderezó. Inmediatamente, se cogió la cabeza con ambas manos, espirando lentamente.

—Ooooh… Sí, creo que estoy vivo —confirmó débilmente. Marcó una pausa, posó unos ojos aturdidos sobre su espada, y entonces se giró bruscamente hacia mí—: ¿Dónde está mi saco? —Parecía casi preso del pánico. Se lo señalé con el dedo y él lo recogió precipitadamente. Le echó un vistazo y el alivio se reflejó en su rostro. Acto seguido, frunció el entrecejo y articuló—: ¿Una granja? —Asentí con tranquilidad pero su expresión descompuesta enseguida me turbó—. Shaedra, ¿me estás diciendo que estamos en una granja a pesar de que te están busc…?

Se detuvo en seco y su mirada se fijó en la puerta entornada.

—Sí. Eso he dicho —confirmé sin perder la calma, y junté las manos con paciencia, como él solía hacerlo—. Tío Lénisu, verás que no tenía otra opción. Tú no despertabas y Aryes todavía no ve casi ni un dragón. Habría sido más que sospechoso rechazar la ayuda de cinco raendays y meternos de nuevo en la ciénaga después de lo que ha pasado, ¿no crees?

Lénisu meneó la cabeza, disgustado.

—No, no lo creo. —Alzó una mano como si fuese a explicarme algo sumamente peliagudo… La dejó caer, suspiró y preguntó con el tono de quien no quiere saber nada—: ¿Qué ha pasado en la ciénaga?

Apenas hube abierto la boca, una voz, la voz de Wundail, resonó en el fondo del pasillo:

—¡Shaedra! ¡Ya está la comida!

Le dediqué una mueca cómica a mi tío y le tendí al bastón por toda respuesta.

"Perdón por ser tan pesada, Frundis", me disculpé con aire inocente.

El bastón gruñó pero no contestó.

* * *

Lénisu estuvo de malhumor durante todo el trayecto en carreta hasta el albergue del *Cisne azul* y, cuando llegamos al camino principal, no se me pasó por alto la mirada sombría que echó hacia el este, como esperándose que en cualquier momento unos guardias fuesen a aparecer cabalgando a galope tendido para arrestarme y quemarme viva. Nada más pensarlo, seguí la dirección de su mirada con cierto temor. Sin embargo, una cosa estaba clara: ni a Aryes, ni a Iharath, ni a mí nos apetecía volver a meternos en la ciénaga.

Durante el trayecto, que duró casi dos horas, estuvimos todos bastante silenciosos. Los raendays mascullaban un poco entre ellos, Madeyssa intentó entablar conversación con Lidish Torgab, sin éxito, y yo le preguntaba de cuando en cuando a Aryes cómo mejoraba su vista.

—Ya sólo siento un picor extraño —me aseguró cuando se lo pregunté por cuarta vez. Su tono de voz me hizo entender que mi insistencia empezaba a divertirlo sumamente y procuré callarme.

Acabábamos de avistar el *Cisne azul*, rodeado de campos y arrozales, cuando Madeyssa soltó, vacilante:

—Por curiosidad, Torgab. ¿Es verdad que eres capaz de manejar cuatro espadas a la vez? No sé, siempre me pareció una idea disparatada pero no dejo de preguntarme…

Lidish Torgab la miró con una ceja enarcada y creí divisar un amago de sonrisa en su rostro cuando contestó:

—Antes, pregúntate si todas las espadas tienen filo, ¿mm?

Su extraña respuesta nos dejó a todos perplejos, menos a Kahisso, quien se contentó con sonreír disimuladamente, como al tanto ya de que el antiguo raenday tenía un carácter un poco especial.

Antes incluso de apearnos de la carreta, Syu empezó a rebullirse. No me costó adivinar su problema: las dos veces que habíamos pasado por ese mismo albergue el mono había estado igualmente agitado por culpa de los gatos.

No eran ni las siete de la tarde y aun así el *Cisne azul* estaba más lleno que la última vez. Al entrar, nos encontramos con que más de la mitad de las mesas estaban ocupadas y, tras una breve reflexión, caí en la cuenta de que muchos clientes tenían pinta de ser o agricultores de la vecindad o comerciantes. Y considerando que hacia el final del verano había una gran feria en Aefna, tuve la certeza de que estos últimos se dirigían hacia el oeste.

—¡Bienvenidos al *Cisne azul*! —exclamó el posadero. Su voz apenas se distinguió entre el tumulto. Se lo veía algo desbordado por tanto trabajo—. Vaya, Lidish —se sorprendió—. Hacía tiempo que no pasabas por aquí. Empezábamos a creer que algún bicharraco de la ciénaga te había secuestrado —sonrió amablemente.

El jorobado le devolvió la sonrisa con una mueca.

—Este año ha crecido tanta cosa en la huerta que no he tenido tiempo.

—Pues fíjate, últimamente yo tampoco tengo tiempo ni para respirar —aseguró, señalando la taberna ruidosa—. Aunque el año pasado fue todavía más movido.

Nos guió hasta una mesa y nos preguntó qué queríamos cenar y si pretendíamos pasar la noche en el albergue. Madeyssa contestó que sí y me incliné ligeramente hacia Lénisu cuando vi que este hacía una mueca discreta.

—No tienes un kétalo, ¿verdad? —inquirí por lo bajo.

Mi tío carraspeó.

—Para comer, no se necesitan kétalos —replicó. Sonrió ante mi expresión dubitativa y se levantó—. Tú déjame a mí.

Enseguida lo vi alejarse e intercambiar unas palabras con el tabernero. Este soltó una exclamación y le dio una palmada amigable en la espalda. Observé a Lénisu con los ojos agrandados mientras este desaparecía por una puerta.

“¿Qué estará tramando?”

Syu saltó abajo de mi hombro y desapareció entre las mesas.

“Ten cuidado con los gatos”, le dije, burlona.

Pronto averigüé cuál era el plan de Lénisu para hacernos comer a los cuatro gratis cuando volvió Syu diciendo que el tío Lénisu estaba jugando con los platos, con los cuchillos, los pimientos y esas cosas. En realidad, más bien dio de comer a cinco: Syu se sorbió dos vasos de zumo de uva e incluso se atrevió a robar un pedazo de plátano a un mercader que lo tenía abandonado en su plato.

El mono gawalt exultaba, Frundis componía suavemente, como adormilado, los raendays hablaban por los codos y Lénisu, cuando aparecía de cuando en cuando por las mesas, daba la impresión de estar de nuevo en su hogar. No parecía ya estar preocupado ni lo más mínimo por la posibilidad de que apareciesen unos cazademonios por la puerta. Tras tanto tiempo pasado en tierras perdidas, aquella tarde se me hizo muy corta. Después de charlar y beber unas cuantas cervezas, Torgab Cuatro-Espadas se marchó. La rapidez con la que se fue no nos permitió ni levantarnos para despedirnos más convenientemente.

—Un curioso tipo —observó Madeyssa—. ¿Cómo lo conociste?

Se lo preguntaba a Kahisso, obviamente.

—Hace diez años, en una reunión de raendays.

—Ya, pero hace diez años tú no eras un raenday —objetó Madeyssa enarcando una ceja suspicaz.

—Aún estaba al servicio de Ató —reconoció el semi-elfo—. Pero ya pertenecía a la cofradía de los raendays. —El tema no parecía molestarlo tanto como a Kirlens, observé—. Cuando el Dáilerrin se enteró, me exigió que renunciase a ser miembro de la cofradía. Y Lidish intervino para convencerlo de que era posible ser un raenday y servir una ciudad al mismo tiempo.

Madeyssa pareció sorprendida.

—¿Y lo convenció?

Kahisso sonrió.

—Sí. Pero al de unos meses, el Dáilerrin cambió y tuve que renunciar a mi puesto de Centinela. Además de pagar una buena cuantía por los Años de Deuda que me quedaban. —Me echó una ojeada, añadiendo—: La Pagoda Azul tiene unos maestros increíbles, pero el sistema que la rige deja mucho que desear.

No pude más que estar de acuerdo. A fin de cuentas, Kahisso no se diferenciaba tanto de mí: había mandado la Pagoda a freír sapos en el río y

se había dedicado a lo que quería: una vida de aventuras en una cofradía con unas leyes mucho más libres que las que regían Ató. Honor, Vida y Coraje, pensé, sonriendo. Claro que mi intención no era hacerme raenday. La verdad, no tenía otra intención que la de salir viva de Ajensoldra.

Ya anochecía cuando Syu volvió a aparecer.

"¡Shaedra! ¡Me persigue un gato enorme!", gritó, aterrado, subiéndose a mi hombro.

El gato en cuestión era atigrado y gordo como un osezno. Se contentó con echarle una ojeada curiosa al mono antes de alejarse perezosamente.

"Aterrador", me burlé.

El gawalt se cruzó de brazos y refunfuñó algo entre dientes.

Tras la cena, Lénisu siguió trabajando en la cocina y nosotros le propusimos ayudarlo a lavar platos, pero él se negó.

—Subid a los cuartos y descansad cuanto podáis. Mañana será un día largo a menos que encuentre a alguien que esté dispuesto a llevarnos en carreta.

Su idea nos alegró a todos: estábamos más que hartos de patearnos Ajensoldra a pie. La tabernera nos guió hasta nuestros cuartos, añadió un jergón para los raendays y nos metió a nosotros en una habitación para cuatro, con una ventana que daba al camino.

—Si necesitáis algo, ¡no dudéis en preguntar! —dijo alegremente la tabernera.

Le dimos las gracias y, cuando se marchó, Aryes cerró la puerta y se giró hacia nosotros con una mueca cómica.

—Menudo lío —pronunció.

Iharath dejó escapar una leve carcajada tumbándose en una cama al azar.

—Y que lo digas. Creo que todavía mi cabeza ni se ha repuesto del todo. Ya me gustaría a mí saber cómo demonios Spaw y Daorys se las han arreglado para huir. ¡Por Hórojis! —Meneó la cabeza, incrédulo, y se enderezó—. Dejamos a dos nixes perdidas y ¡nos encontramos con todo un clan! ¿Tiene sentido eso?

—Es más bien sorprendente —admití.

—Tal vez no sea tan casual como parece… —meditó entonces Aryes. Se había aproximado a la ventana para contemplar el camino con el ceño fruncido. Agregó—: Al fin y al cabo, tal vez haya más nixes de lo que

suponemos. Visto cómo se las arreglan para que nadie pase por su territorio, se entiende que nadie sepa dónde viven. —Se giró hacia nosotros, pensativo —. Me pregunto qué droga habrán utilizado.

Dejé a Frundis componer tranquilamente contra el muro y contesté:

—He estado repasando todas las plantas que conozco. Recuerdo que Kajert una vez me dejó un libro sobre las distintas plantas que existen en toda Ajensoldra. Y de las que crecen en la ciénaga y tengan efectos similares sólo me viene el nombre de una: la maskla.

—¿Y eso qué es? —preguntó Iharath con un mohín. Ambos me miraban, muy atentos.

—Una planta que turba la mente. En Ajensoldra, está prohibido venderla. Si no recuerdo mal, tiene efectos amnésicos. Los nixes nos habrán hecho inhalar muy pocas toxinas, justo para hacernos olvidar el encuentro… O bien me estoy equivocando de planta. Seguramente Kajert habría sabido contestaros mejor que yo. —Me encogí de hombros—. La ciénaga de Zafiro es un verdadero jardín botánico.

—Y un infierno —completó Iharath; se desabrochó la capa—. Yo no me vuelvo a meter ahí ni loco.

—Ni yo —lo apoyé.

—A menos que aparezca Ew Skalpaï con sus famosos refuerzos —intervino Aryes.

—En ese caso, los llevamos directos a casa de los nixes para que se ocupen de quitarles la memoria. —Solté una risita—. Tal vez atiborrando a todos los guardias de Ató con maskla conseguiríamos solucionar el problema.

—Un plan ingenioso —se burló el semi-elfo.

—Aunque tal vez a los nixes no les haga tanta gracia —añadí, meditativa.

—Sólo nos falta que los nixes también te persigan —sonrió Aryes; se apartó de la ventana—. Será mejor que durmamos y retomemos fuerzas. Lénisu volverá tan cansado de lavar platos que mañana tendremos que llevárnoslo a cuestas —bromeó.

Pronto estuve tendida en la cama, sintiendo que aquella noche iba a dormir como el agua en un lago. Después de tanta desventura, había sido un alivio poder lavarnos y limpiar la ropa en casa de Torgab y ahora me sentía como si me hubiese atacado Wigy con su jaboneta. Sonreí pero fruncí el

ceño cuando pensé en Drakvian. Esperé que hubiese encontrado un buen cobijo para pasar la noche.

Poco a poco, la taberna se fue sumiendo en el silencio cuando los clientes se marcharon a dormir. Largo rato estuve repasando lo ocurrido aquellos días. Traté de recordar algo de mi conversación con Yzietcha, aunque sólo fuese un detalle, pero todo fue en vano. Al cabo, me di cuenta de que Syu no estaba acurrucado como solía junto a mí y eché un vistazo hacia la ventana. Sentado en el bordecillo, el mono contemplaba la Gema.

"¿En qué estás pensando?", pregunté, curiosa.

El mono gawalt agitó tranquilamente la cola.

"En nada", confesó. *"Bueno, sí. En la noche. Y en el astro azul que brilla. Y en el silencio. En la tranquilidad. A veces no hace falta pensar en más cosas."*

Sonreí al verlo tan filósofo.

"Cierto", contesté.

Cerré los ojos y no tardé en dormirme. Tuve un sueño maravilloso: volvía a ser yo, con diez años. Me despertaba en un cuarto bañado con la luz de la mañana, comía un trozo de tarta hecha por Wigy, me tiraba entre los brazos de Kirlens diciéndole «¡Buenos días!» y corría a la Pagoda, ansiosa por ver a Aleria, Akín y Galgarrios y deseosa de escuchar la tranquila y profunda voz del maestro Yinur…

Desperté de un sobresalto al sentir que una mano me tapaba la boca y volví al mundo real.

—Chsss —dijo una voz.

Syu dio un bote y yo estuve a punto de realizar un ataque estrella, pero me retuve. Sólo era Lénisu. ¿Pero por qué andarse con tanto tiento? Un súbito temor me paralizó al pensar en Ew Skalpaï.

Por lo visto, al contrario que Syu, Lénisu no había estado meditando sobre la tranquilidad. Me hizo signo para que me levantara, manteniendo el índice sobre sus labios. Quería hablarme a solas, entendí, más relajada. Sin embargo, en vez de dirigirse hacia la puerta, despertó a Aryes y a Iharath, con el mismo sigilo. Sin atreverme a hablar, intercambié una mirada con el kadaelfo y luego con Syu… Obviamente, algo no andaba bien. Aun así, me exhorté a tener paciencia, tratando de no dejar que mi mente se inventase cualquier rocambolesca historia.

Me abroché la capa, cogí a un Frundis completamente dormido y salí al pasillo con los demás, temiendo que apareciese algún cazademonios con la espada desenvainada y una sonrisa asesina en el rostro… Sacudí la cabeza y minutos después estábamos fuera de la taberna. Oí unos maullidos de gatos y una tos proveniente de un cuarto con la ventana abierta…

—Lénisu… —susurré.

Su señal de advertencia me acalló y lo seguimos, cada vez más intrigados. Cruzó el pequeño patio empedrado, rodeando las carretas hasta los establos. Una vez dentro, se giró hacia nosotros con viveza y murmuró:

—Hay Sombríos en esa posada —declaró de golpe—. Han llegado a última hora y he tenido que darle una excusa barata al tabernero para no ir a servirles los platos. Tenemos que salir de aquí inmediatamente —concluyó.

Lo observé con la cara descompuesta.

—Lénisu, ¿qué te hace pensar que esos Sombríos me andan buscando?

Mi tío me contempló con exasperación.

—Sobrina, a veces tu ceguera me asombra. —Se alejó un poco, abrió la puertecilla de un compartimento y cogió las riendas de un caballo. Me fijé en que este ya estaba ensillado y, por las alforjas abultadas, Lénisu había pensado ya en todo lo necesario. Hizo una señal con el mentón.

—Aryes, coge el del compartimento de al lado. También está ensillado.

El kadaelfo tenía una cara todavía más pasmada y pronto entendí por qué.

—¿Un… caballo? Espera, Lénisu. Yo nunca he montado a caballo.

—Me encargaré —murmuró enseguida Iharath—. Una vez monté sobre un burro —apuntó, dedicándole una sonrisa burlona a Aryes.

Aryes le devolvió una mirada lúgubre pero no protestó.

—¿Y tienes una idea de adónde vamos? —pregunté.

Mi tío se encogió de hombros, subiéndose al caballo.

—Lo más lejos posible de aquí. —Me extendió una mano.

—¿Hacia el oeste?

Lénisu puso los ojos en blanco.

—¿Quieres volver a Ató? —replicó, retórico—. Anda, sube ya.

Suspiré y le agarré la mano a Lénisu.

—Supongo que el castigo por robar un caballo es menor que el reservado para un demonio —mascullé.

El caballo avanzó sin protestar; no emitió ningún ruido de cascos y me fijé en que sus patas estaban cubiertas con algo parecido a una esponja blanca. Desde luego, Lénisu lo había preparado todo.

"Con lo tranquilos que estábamos", suspiró Syu, echando ojeadas nerviosas al caballo. Aprobé, suspirando.

"Sabía que los guardias de Ató me buscaban, pero que me busquen los Sombríos es mil veces peor…", le dije, verdaderamente asustada.

Era mil veces peor, me repetí interiormente. Porque los guardias de Ató, estaban en Ató, mientras que los Sombríos… estaban por todas partes.

Iharath y Aryes tardaron más en acomodarse sobre el caballo. Apenas montados, este soltó un relincho de protesta y palidecimos todos. Suerte que el caballo pareciese especialmente manso…

—¡Maldita sea, acariciadle el lomo! —siseó Lénisu.

Aryes estaba más rígido que Frundis y el semi-elfo, que llevaba las riendas, parecía estar sentado como si se preparase a cualquier caída inminente. Cuando salimos del establo al paso, casi me resultó sorprendente que no hubiese ningún Sombrío esperándonos afuera.

Nos alejamos de la taberna, rumbo al oeste. Llevábamos como diez minutos avanzando al paso cuando Lénisu se apeó para quitar las protecciones extrañas que había colocado en cada casco de los caballos.

—¿Y Drakvian? —susurró Iharath, echando vistazos inquietos alrededor—. ¿Creéis que se habrá enterado?

Me encogí de hombros sin contestar y paseé una mirada inquisidora por los campos y matorrales que bordeaban el camino.

A partir de ahí, avanzamos a un ritmo mucho más rápido. Los rayos de la Gema iluminaban nuestro camino y las sombras de los arbustos desfilaban delante de nuestros ojos. Parecía como si Lénisu temiese oír en cualquier momento cascos precipitados detrás de nosotros…

Durante horas, cabalgamos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. Bueno, yo, más que otra cosa, me imaginaba escenas terribles en las que unos Sombríos venían a cortarnos el paso y a acribillarnos de flechas. En un momento, creí de veras oír un grito a nuestras espaldas. En otro, estuve a punto de decirle a Lénisu que parase porque había creído ver una cabellera verde entre los arbustos… Y al fin, maldije mis locas lucubraciones. A mis espaldas, Frundis dormía

profundamente y hubiera apostado mil plátanos a que ni se había enterado de que habíamos cambiado de decorado.

Suspiré interiormente y dejé de pensar.

Empezaba a amanecer cuando Lénisu estiró de las riendas.

—Sigamos a pie —declaró—, tampoco es plan de que se nos mueran los caballos.

Nos apeamos, Lénisu tomó las riendas y seguimos andando. El albergue quedaba ahora lejos atrás y poco faltaba para que el paisaje de la ciénaga se poblara de colinas y bosques. Pronto llegaríamos a Belyac.

—Por los pelos —suspiró Iharath.

—Por los pelos os encontramos a ti y a Aryes por los suelos, ¿quieres decir? —replicó burlonamente Lénisu.

—Me refería a los Sombríos —gruñó el semi-elfo con dignidad—. Yo no monto tan mal.

—No —reconoció Lénisu—. Y sí, es una suerte que haya visto a esos Sombríos. Ya os dije que era una soberana estupidez seguir a esos raendays y meterse en una taberna. Sólo cabe esperar que no nos hayan visto.

—Así que según tú esos Sombríos también me quieren quemar viva. —A pesar de mi tono irónico, mi aprensión se notaba demasiado. Lénisu sonrió sombríamente.

—¿Quemar viva? Venga ya. Los tres Sombríos de la taberna no se creen el cuento del demonio que va de cuerpo en cuerpo. No necesitan fuego para matar demonios.

Un escalofrío me recorrió.

—Los conoces, ¿verdad? ¿Es Deybris Lorent quien los envía? —pregunté.

—A Deybris Lorent no le van esos asuntos tan poco rentables. Durante estos últimos años, un hombre se ha dedicado a pagar ese tipo de tareas. Arimelio Nézaru. De la ínclita familia de los Nézaru. Un día debió de levantarse con mal pie y le dio por aniquilar demonios, ya ves. Seguro que muchos lo consideran como un héroe.

Su tono desapasionado me arrancó una mueca. La evidencia era demasiado clara como para no verla.

—Son Shargus —murmuré al fin.

—Son Shargus —confirmó.

—¿Y tú cómo sabes que es un Nézaru quien les paga? —inquirí, suspicaz—. ¿Cómo conoces su nombre?

Lénisu me echó una mirada rápida y un destello de sorpresa pasó por sus ojos.

—¿No estarás pensando…? —Emitió un ruido gutural—. Te aseguro que no soy un Shargu, Shaedra.

Enarqué una ceja, sintiendo que el aire se tensaba.

—Ahora no lo eres, pero… ¿y antes?

—¿Qué es un Shargu? —intervino Iharath, algo perdido.

—Un Sombrío que mata demonios —expliqué, sin apartar los ojos de Lénisu.

Lénisu resopló, se detuvo un segundo y retomó la marcha.

—No soy un asesino —replicó con firmeza—. Nunca lo fui. Ya sabes lo mucho que me repugna la sangre, ¡como para dedicarme a esas cosas! —Volvió a resoplar y sentí que su expresión se transformaba en una máscara—. Sin embargo… una vez…

Su rostro se cerró aún más si cabe.

—Una vez dejaste a un demonio en un agujero del que no podía salir —completé, algo aliviada pese a que sabía, en el fondo, que Lénisu jamás habría podido ser un Shargu—. Ya me lo contaste. Pero no podías saber que no era un monstruo. Y además, no lo mataste directamente.

La expresión de Lénisu sin embargo no se relajó.

—Aquel día… —Se interrumpió de nuevo y sentí que su voz temblaba ligeramente cuando retomó—: Te mentí. O más bien… no te conté toda la verdad. —Agrandé los ojos—. El muchacho realmente cayó en un agujero. Pero el agujero no era tan grande. Podría haber salido de ahí si no fuera… —desvió la mirada de la mía, aturdida— si no fuera por lo que le había hecho el Shargu que me acompañaba. Yo no… no lo maté. Ni siquiera lo vi morir. Había sangre… mucha sangre —murmuró—. Me desmayé.

Creí que el corazón se me helaba por dentro. Lénisu había presenciado la muerte de un demonio. Y conocía al asesino. Y con toda probabilidad este seguía vivo. Y Lénisu por lo visto seguía culpándose terriblemente de lo ocurrido… Eché una mirada a Aryes y a Iharath y constaté que las palabras de mi tío los habían conmocionado tanto como a mí. Inspiré hondo.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté, tensa como la cuerda de un arco.

Cuando Lénisu me miró pareció haber envejecido diez años.

—¿Te refieres al Shargu? —Frunció el ceño y meneó la cabeza con más energía—. Pronto lo sabrás si llegan a alcanzarnos.

Tragué saliva con dificultad. Conocía de sobra la sensación que agarrotaba todo mi cuerpo en aquel instante. Estaba muerta de miedo.

—Hagamos una pausa —determinó de golpe mi tío—. Y desayunemos. He traído una tarta deliciosa y no quisiera que se estropease.

Lo miré con fijeza, alucinada, y él me dedicó una sonrisa alentadora.

—Cuando una persona está en peligro de muerte, querida, no hay nada mejor que un poco de tarta para animarse.

No pude evitar devolverle una ancha sonrisa.

17 La casa del estanque

Con la mirada lúgubre, eché un vistazo hacia los árboles que bordeaban el sendero de caza. Tras pasarnos casi todo el día cabalgando, al fin habíamos llegado al bosque de Belyac. Pero en vez de seguir hasta la ciudad, habíamos abandonado los pobres caballos y nos habíamos adentrado en el bosque. Llevábamos andando aproximadamente una hora y la luz del sol empezaba a desaparecer.

Nadie tenía ánimos para seguir avanzando. Salvo Lénisu: mi tío abría la marcha con pasos enérgicos, con el mismo aguante que un enano de las cavernas. Tras él, caminaba Aryes a trancas y barrancas y, por su andar, no era difícil adivinar que aún seguía dolorido de tanto cabalgar. Iharath venía detrás de mí en silencio. En cuanto a mí, sufría como una mártir desde hacía al menos dos horas, por culpa de Frundis. Al final de la tarde, se había despertado emitiendo ruidos chirriantes y desquiciantes. Al principio, yo había temido que de pronto le hubiese dado por componer alguna sinfonía con aquella famosa nota macabra, pero no: el bastón aseguró alegremente que sólo estaba probando instrumentos para *"afinarlos"*. ¡Ni que las armonías tuviesen que afinarse! Tras varios intentos pidiéndole misericordia, logré enfurruñarlo y no tuve otra que la de tomarme las cosas con paciencia. Frundis incluso consiguió que Syu venciese sus temores y abandonase mi hombro para corretear por el sendero, cerrando su kershí todo lo posible.

El cielo se estaba ya tiñendo de rojo cuando solté:

—¿No crees que nos estamos metiendo demasiado, Lénisu?

Lénisu negó con la cabeza, sin apenas girarse.

—No podemos quedarnos demasiado cerca del camino. Escucha el consejo de un Sombrío con experiencia: si huyes, huye hacia donde el enemigo también esté en peligro.

—También —repetí con un suspiro—. Debo reconocer que tienes mucha experiencia metiéndote en todos los lugares más peligrosos de Háreka. La Tierra de Cenizas, la Mazmorra de la Sabiduría, la Insarida, los Subterráneos, la ciénaga de Zafiro… —enumeré.

Delante de mí, Aryes resopló, burlón.

—Tú tampoco vas por mal camino —me hizo notar.

Sonreí y terminé:

—Y ahora el Bosque de Belyac. Pero tienes razón, Lénisu. Prefiero mil veces morir devorada por un escama-nefando a ser quemada por unos saijits. Al menos el escama-nefando podrá disfrutar de su festín.

—Ejem. Me alegra que seas tan optimista, sobrina. —Se bajó para pasar por debajo de una rama y añadió—: Pero olvídate de la fogata: ya te he dicho que los Shargus no se tomarán la molestia de hacer ningún fuego en tu honor. Con una flecha les basta.

—Sólo si apuntan bien —retruqué con una sonrisilla desafiante.

—Oh, créeme: apuntarán bien si les damos la oportunidad.

Hice una mueca pero no contesté. El objetivo era sencillo: bordear el camino por el Bosque de Belyac hacia el oeste, despistar a cuanto cazademonios pudiese estar buscándonos y luego… luego ya se vería. Y aunque no me gustase la idea de meterme en un lugar tan oscuro, sabía que Lénisu actuaba con razón. Al fin y al cabo, no hacía mucho, ya se había escondido de los Sombríos con éxito. Mi tío tenía muchísima práctica para ese tipo de asuntos.

Continuamos andando largo rato. En el bosque, reinaba un silencio inquietante tan sólo interrumpido por el ruido de nuestros pasos y algún que otro restallido de rama. La maleza empezó a invadir el sendero y Lénisu sacó a Hilo para abrirnos el camino, tratando sin embargo de no dejar demasiadas huellas. La noche se cernía sobre nosotros a medida que avanzábamos…

—¿No tienes pensado hacer una pausa? —preguntó Aryes.

Lénisu se detuvo y echó un vistazo a su alrededor, como contrariado.

—¿Una pausa? —repitió, absorto—. No. Dentro de poco llegamos.

Casi me detuve en seco por la sorpresa. Era la primera vez que daba a entender que teníamos un destino preciso.

—¿Llegamos adónde? —inquirí.

—Al lugar donde quiero llegar —replicó Lénisu. Los tres lo fulminamos con la mirada y se carcajeó—. Me encanta cuando me miráis así. Está bien. Os lo diré. Nos dirigimos a casa de un amigo. —Aryes, Iharath y yo soltamos resoplidos sorprendidos—. Resulta que de momento está vacía. De modo que nos instalaremos ahí para la noche. No me apetece dormir en pleno Bosque de Belyac, entre lobos, escama-nefandos y arañas.

—En eso estoy de acuerdo —aprobó Aryes.

—¿Quién es ese amigo? —pregunté yo, curiosa.

Lénisu hizo una mueca, poco dispuesto a contestar, e Iharath comentó:

—Cualquiera diría que conoces a toda la gente extraña de Ajensoldra.

—No sólo de Ajensoldra —sonrió mi tío con teatral pomposidad—. Tengo amigos en toda Háreka. Por eso tengo tantos problemas.

Bostezó desenfadadamente y se giró de nuevo.

—Ánimo, ya estamos casi.

Llegamos a la dicha casa media hora después, cuando la noche ya había caído sobre nosotros. Los ruidos nocturnos, acompañados por algún aullido escalofriante, me sobresaltaron más de una vez y sentí un gran alivio cuando salimos a un pequeño claro y descubrimos, bajo la luz de la Gema, una casa de madera junto a un pequeño estanque. Frundis había dejado de afinar y Syu volvió a colocarse sobre mi hombro, cansado.

"Una suerte que no se le ocurra afinar todos los días", gruñó el mono.

Nos aproximamos a la casa con premura. Todo lo que deseaba ahora era comer algo caliente y dormir como un oso lebrín hasta que el sol saliera otra vez. La casa no era una choza, pero tampoco era muy grande; sólo tenía un piso, y estaba rodeada de flores. A la luz del día, estaba segura de que aquel lugar tenía que ser precioso.

—Lénisu —murmuré cuando estábamos casi llegando a la puerta—. ¿Estás seguro… de que no le molestará a tu amigo que entremos?

Pese a la oscuridad, conseguí ver la expresión burlona de mi tío.

—Podemos esperar a preguntárselo, si quieres.

Dejé escapar un gruñido mientras Lénisu se adelantaba y agudizaba el oído. Asintió con la cabeza para sí y empujó la puerta. La entornó apenas unos centímetros: estaba cerrada con una cadena. Pasó la mano por el resquicio y la abrió del todo. La puerta chirrió contra el suelo de madera.

—¿Cómo sabes que no hay nadie? —cuchicheó Aryes.

—Porque ahora el que vivía aquí tiene otra casa mucho más cómoda en Aefna —contestó simplemente Lénisu; y pasó el umbral.

Un búho ululó y me apresuré a entrar no sin soltar antes un sortilegio armónico de luz. El interior era sencillo, pero acogedor. Había una larga mesa de gruesa madera, sillas con un respaldo groseramente esculpido, una cocina con chimenea, un enorme armario, unas estanterías casi completamente vacías y dos puertas abiertas que daban a habitaciones.

Aquel sitio no parecía un hogar de una sola persona, sino de una familia entera.

—¡Bueno! —dijo Lénisu. Acababa de encender un candelabro y se dejó caer sobre una silla con un suspiro cansado—. ¿Sabéis qué? Os voy a dejar a los tres el inmenso privilegio de cocinar esta noche. No puedo más.

Enarqué una ceja burlona y eché un vistazo al saco de comida que había dejado sobre la mesa.

—¿Hay arroz? —pregunté, animada.

Lénisu, colocado cómodamente en su silla, había cerrado los ojos y abrió uno para observarme con sorna.

—Hay. No podrás decir que no he pensado en ti, sobrina. Y también hay especias, sal, zanahorias y cebollas.

Aryes puso cara divertida.

—¿Y supongo que las especias y la sal eran de vital importancia?

Lénisu asintió firmemente.

—Desde luego.

Finalmente, cocinamos entre todos ya que Lénisu fue incapaz de no entrometerse cuando Iharath quiso añadir demasiada agua. Comimos como reyes, aunque bostezando entre bocado y bocado, y no tardamos en preocuparnos de echar un vistazo a las habitaciones. Sólo una tenía una cama, con un colchón relativamente cómodo; la otra estaba totalmente vacía. Algo decepcionados, decidimos echar a suerte quién dormiría en el colchón… Y le tocó a Lénisu.

—Así es la vida —sonrió este con desenfado—. ¡Que durmáis bien!

De un bote, Syu se bajó de mi hombro para acompañarlo y lo miré con envidia.

“Ser pequeño tiene sus ventajas”, replicó el mono, muy satisfecho.

Tras apilar todos los sacos y trozos de tela de la casa, formando unos jergones más bien ridículos, Iharath, Aryes y yo nos tumbamos sobre el suelo de madera. Tardé tiempo en conciliar el sueño. Al principio, pensaba en los tres Shargus del *Cisne azul*. Si realmente nos perseguían, deseé con fervor que no hubiesen logrado seguir nuestro rastro. Me recorrió un escalofrío y traté de no pensar en ellos. Al de un rato, me pillé preguntándome qué pretendía Lénisu que hiciésemos a partir de ahí. Porque estaba claro que tenía un plan. Tal vez persistiese con lo del Mentista. O tal vez se le hubiese ocurrido alguna otra idea maravillosa para convencer a

toda la Tierra Baya de que los demonios eran unos seres indefensos y simpáticos…

Sumida en mis pensamientos, tardé en darme cuenta de que seguía despierta. Abrí los ojos y crucé la mirada de Aryes. Él tampoco parecía conseguir conciliar el sueño. Me aproximé y me acurruqué junto a él, posando mi frente contra su pecho. Los latidos de su corazón eran lentos y regulares. Lo sentí abrazarme con ternura y me sumí rápidamente en un profundo sueño.

* * *

Estaba soñando apaciblemente cuando una música explosiva y triunfal de platillos y trompetas impactó mi mente como una descarga bestial.

"¡Arriba, oso lebrín!", exclamó alegremente Frundis.

Solté el bastón con el corazón latiéndome a toda prisa por el susto. Una carcajada me hizo alzar una mirada furibunda hacia la puerta abierta. Lénisu me dedicó una ancha sonrisa.

—Yo no he sido, ha sido el bastón —se burló—. Venga, arriba, sobrina, los pájaros cantan y el sol ya se ha levantado.

Refunfuñé algo entre dientes y me fijé en que Aryes e Iharath ya habían salido del cuarto. Con una mueca medio divertida medio gruñona, toqué con el índice el bastón.

"La próxima vez te despierto a ti tirándote a un nido de arpías para que disfrutes de la mañana", lo amenacé. Sin sentirse aludido, Frundis entonó una inocente melodía de flautas.

Para compensar mi brusco despertar, el desayuno resultó ser delicioso. Lénisu había ido a recoger bayas y manzanas del claro y Aryes y yo nos empachamos sin reservas, hasta tal punto que Syu nos preguntó burlonamente si no estaríamos empezando a seguir el ejemplo de Naura la Manzanona.

"Mira quién habló", le repliqué, mirando con insistencia sus bigotes llenos de jugo rosáceo.

Una luz dorada iluminaba el interior de la casa y, cuando eché un vistazo por una de las ventanas, mi sospecha de la víspera se confirmó: aquel lugar era especialmente hermoso, con su estanque, sus frutales y sus flores.

—¿Bonito, verdad? —comentó Lénisu.

Me giré y fruncí el ceño al verlo abrocharse la capa y atarse el cinturón con Hilo.

—¿Ya nos vamos? —pregunté. Fui incapaz de disimular mi decepción.

Mi tío negó con la cabeza.

—No. Me voy yo solo —precisó—. A buscar a ese Mentista. Viajaré mucho más tranquilo si os quedáis aquí.

Me quedé mirándolo, sorprendida. Iharath carraspeó.

—¿Realmente crees que ese Mentista podrá arreglar las cosas? —interrogó, dubitativo.

El rostro de Lénisu se ensombreció.

—No lo sé —confesó—. Pero no se pierde nada por intentarlo. Seguro que hay una solución.

—Pero no creo que ese Mentista la encuentre —intervine—. A menos que tenga muchísima influencia y pueda detener a todos los cazademonios de Ajensoldra, pero lo dudo. Además, ¿qué te hace pensar que nos ayudaría? ¿Es acaso un demonio él también? ¿O es un simpatizante? —sonreí con sorna y Lénisu negó con la cabeza, resoplando.

—No es un demonio. Ni un cazademonios —me aseguró—. Alal es sencillamente un hombre que sabe muchísimas cosas sobre energías.

Enarqué una ceja.

—¿Alal? —repetí—. ¿Es su nombre?

—Ajá. Es un apodo. Su nombre real es… er… ¿Altin… Alcalm Urk? —Se mordió el labio y volvió a probar—: Alpin Alsialgo… No… —Meneó la cabeza—: Aj, qué más da, su nombre es intragable. Es increíble, pero jamás he logrado acordarme de él. Sólo recuerdo que hay dos «al» en algún sitio. Por eso lo llamo Alal —sonrió.

Le devolví una mueca burlona.

—Bueno, ¿y qué le vas a decir a ese tal Alal?

—Le diré… —Vaciló—. Le diré que me acompañe hasta aquí.

Aryes, sentado a la mesa, resopló.

—Bueno, y una vez aquí, ¿qué quieres que haga? —preguntó el kadaelfo—. El problema no lo tiene Shaedra, Lénisu. El problema lo tienen todos los ajensoldrenses que creen que ser un demonio es malo. Aunque ese Alal sepa hacer maravillas con las energías, no puede luchar contra unas creencias milenarias.

Fruncí el ceño, suspicaz, sin apartar la vista de Lénisu.

—Lénisu, ¿por qué te andas con rodeos? —solté al fin—. Está claro que tienes un plan preciso.

Lénisu hizo una mueca.

—No tanto como crees. Además, sé que no te va a gustar. —Volvió a sentarse a la mesa y me hizo signo para que lo imitara. Intercambié una mirada intrigada con Aryes y me senté—. Verás, Shaedra. Yendo al grano, mi intención es pedirle a Alal que vuelva a dormir tu Sreda.

Me sentí como si me hubiese anunciado que pretendía erradicar la energía brúlica del mundo. Aryes se había quedado tan pasmado como yo.

—¿Es eso posible? —preguntó Iharath con mero interés científico.

—¿Y por qué no lo sería? —replicó Lénisu—. ¡De acuerdo! Admito que no tengo ni idea de si es posible o no.

—Ni Driikasinwat, con todos sus experimentos, fue capaz de despertar la Sreda —objetó Aryes—. Como para dormirla…

—Tal vez sea más sencillo dormirla que despertarla —repuso Lénisu—. Si realmente Alal es capaz de hacer que Shaedra deje de ser una demonio, entonces todos los problemas se solucionarían de golpe.

Se lo veía ansioso por solucionar los problemas, observé. Pero el caso era que Lénisu no tenía ni idea de Sredas. Suspiré.

—Supongo que opinas que es una locura —adivinó mi tío.

Meneé la cabeza.

—Una locura es poco decir. Los Mentistas son expertos en bréjica, Lénisu, en la energía del naari, como dicen ellos. Y la Sreda no es bréjica. No es ni siquiera una energía propiamente dicho. Está metida en el jaipú —expliqué—. Es una parte de él. No tengo ni idea de si es posible hacer que la Sreda vuelva a su estado original, pero desde luego no veo por qué un Mentista tendría más probabilidades de conseguirlo que un invocador. Además, te has olvidado de un detalle, Lénisu: la filacteria del lich.

Lénisu dejó escapar un inmenso suspiro, recostándose contra el respaldo de su silla.

—Sabía que hablarías de la filacteria. Pero no te preocupes por eso. Alal es un apasionado de nigromancia. No la practica, por supuesto —añadió al oírme resoplar, incrédula—. Es hijo de eshayríes. Y se crió conmigo en Dumblor. Apostaría mi espada a que no te traicionaría. Y además, ya conoce la historia. Y como decía, no es sólo brejista —insistió—. Le

preguntaré si es posible. Y si no es posible, entonces tan sólo nos quedará una opción.

Marcharme lejos de Ajensoldra, completé. Negué con la cabeza.

—Admitamos que sea posible —dije—. ¿Cómo convencerías a los de Ató? ¿Cómo convencerías a Ew Skalpaï?

—Con el tiempo, se pueden conseguir milagros —aseguró Lénisu—. Alal tiene influencia. Y yo también. Y a Deybris Lorent no le interesa que te maten.

Sus palabras me hicieron recordar un detalle.

—Deybris Lorent me debe tres deseos —murmuré, pensando en el trato que había cerrado con él. Asentí, tomando una súbita decisión—. Te acompañaré y le pediré que nos ayude.

Lénisu carraspeó, mirándome con cara aburrida.

—Deybris Lorent no te debe nada, sobrina. No te fíes de la palabra de un Nohistrá. Aun así, creo no equivocarme si te digo que te dará su apoyo. Que seas un demonio, un gawalt o un gálpata de tierra, poco le importa mientras heredes de Derkot Neebensha. —Se levantó—. Tú te quedas aquí, Shaedra. A mí no me buscan: te buscan a ti. Volveré dentro de cinco días como mucho. Lo ideal sería encontrar otro caballo —meditó.

Sacudí la cabeza.

—Tu plan no funcionará.

No le dije que, personalmente, prefería quedarme como estaba. Ya me había habituado demasiado a ser un demonio como para cambiar de nuevo. Hubiera sido para mí como si el tío de Suminaria ordenase otra vez que me seccionasen las garras. Aun así, si el plan de Lénisu funcionaba, tal vez todo se solucionase realmente…

—Si mi plan no funciona, que puede ser, entonces iremos pensando si prefieres vivir en los Subterráneos o en Kunkubria. Cuidaos bien y no salgáis del claro —dijo, abriendo la puerta.

—¿Vas a viajar sin nada? —se extrañó Aryes, dejando su asiento.

Mi tío esbozó una sonrisa.

—Viajo con Hilo y conmigo, ¿no te parece suficiente?

Por un momento estuve tentada de decirle que no hacía falta que se complicase la vida. Que había decidido marcharme de Ajensoldra a un lugar donde nadie pudiese reconocerme. Sin embargo, una extraña

esperanza me lo impidió y me contenté con levantarme y darle un breve abrazo.

—Confía en mí, Shaedra —me murmuró; y repitió—: Cuidaos bien.

Lo vi alejarse, de pie en el umbral. Y cuando desapareció entre los árboles, toda esperanza me desertó.

—Adormecer la Sreda —mascullé, meneando la cabeza.

Ahora veía que Lénisu no pretendía sólo hacer creer que ya no era un demonio: también quería demostrarlo. Aryes, arrimado al marco de la puerta, suspiró.

—Una suerte que Spaw no se haya enterado todavía —comentó—. De lo contrario, estoy seguro de que el plan de Lénisu le habría parecido una aberración.

Me mordí el labio.

—A mí también me lo parece —admití.

Aryes me observó un instante e hizo leve gesto de cabeza.

—Lo suponía. Pero entonces, ¿por qué has aceptado el plan?

Hice una mueca y desvié la mirada hacia las aguas brillantes del estanque.

—No he aceptado —dije al fin—. Aún me lo estoy pensando. —Bajé una mirada hacia el mono, sentado en el umbral y sonreí, alzando de nuevo los ojos hacia Aryes—. Lo malo es que, como dice Syu, pensar no se me da muy bien.

18 Los ojos de la muerte

Hundí de nuevo mi cabeza bajo el agua y la volví a sacar, feliz como una nerú. Varios patos salvajes nadaban en el otro extremo del estanque y las aguas centelleaban bajo los rayos del sol poniente. Aquello me recordaba inevitablemente a Roca Grande, aunque sin el ruido del Trueno y sus remolinos. *"No sabes lo que te pierdes, Syu"*, comenté.

Syu resopló. El estanque no parecía emocionarlo tanto: tumbado en la ribera, sobre una roca, aprovechaba perezosamente los últimos rayos de sol. Nadé hasta la orilla y agarré mi túnica.

"Una cosa es meterse en un cubo de agua y otra meterse en un océano", replicó al fin, bostezando.

Puse los ojos en blanco y escurrí mi cabello. Estaba particularmente lleno de trenzas, señal de que Syu había tenido unas cuantas ocasiones de estar intranquilo últimamente. Sin embargo, me divertía comprobar que el mono estaba ahora de lo más tranquilo. Lo dejé holgazanear y me dirigí hacia la casa.

Llevábamos dos días en aquel remanso de paz sin que nos hubieran visitado más que los pájaros y los rayos de sol. Los Shargus parecían haber perdido nuestro rastro, si es que realmente nos seguían, y casi deseaba que Lénisu volviese con las manos vacías, arguyendo que no había conseguido encontrar al Mentista, para que aprovechase con nosotros aquellos últimos días de verano. Mientras nadie supiese dónde estábamos, no corríamos ningún riesgo… Pero, para bien o para mal, Lénisu siempre quería arreglar las cosas con prisas.

Estaba casi llegando al umbral cuando oí la carcajada de Aryes.

—¡No puedo creerlo!

Entré y sonreí al ver a Iharath y a Aryes sentados a la mesa, jugando al Erlun con un viejo tablero roto que habíamos encontrado en el armario. Tras echar una ojeada al juego, supe que Aryes acababa de inhabilitar el Arquero de Iharath con un Lagarto Rojo. La expresión incrédula de Iharath era tan graciosa que me eché a reír.

—Imposible —objetó este—. ¿Cómo se me ha podido pasar?

—Cosas de la vida —replicó Aryes, muy contento, retomando las palabras de Lénisu. Se giró hacia mí mientras me sentaba y declaró con tono cómplice—: En tres jugadas le gano.

Enarqué una ceja. Aryes jamás había jugado mucho al Erlun, pero, por lo visto, no se le daba mal.

—No alardees antes de tiempo —lo previno el semi-elfo. Tenía los ojos entrecerrados y la mirada fija en el tablero, muy concentrado.

Aryes no ganó en tres jugadas, sino en cinco. Cuando Iharath se dio cuenta de que ya no había salvación posible, se recostó contra el respaldo con una mueca divertida y comentó:

—Necesito una revancha. Y el que pierde pone la cena.

Aryes puso los ojos en blanco y terminó la partida solo, antes de recolocar las piezas.

—La pondré de todas formas. No me apetece comer sopa de arroz, con perdón.

—Entonces apostemos otra cosa —insistió Iharath—. En el Termondillo siempre se apostaba —apuntó, refiriéndose al famoso local de estudiantes de Dathrun—. Tengo una idea. Apostamos a…

Nunca supe a qué quería apostar Iharath ya que en ese instante una fuerte detonación seguida de una algarabía de gritos de patos desgarró el aire del claro. Nos quedamos los tres paralizados.

—¿Qué… ha sido eso? —jadeé al fin.

Me precipité hacia la puerta abierta, lista para cerrarla en caso de emergencia. Eché una ojeada prudente afuera antes de salir. Los patos del estanque habían salido despavoridos. Y Syu corría precipitadamente hacia mí, aterrorizado.

“¿Has oído eso?”, me preguntó.

Asentí mentalmente y traté de determinar de dónde había provenido aquel estruendo.

—Volvamos a entrar —sugirió Aryes, inquieto. Constaté que Iharath y él me habían seguido—. Dudo que sean los Shargus —razonó—, pero podría ser algo peor. Un troll, por ejemplo.

Reprimí una risita nerviosa.

—Si fuera un troll, ya estaríamos corriendo —solté, melodramática—. Pero tienes razón, entrad vosotros, yo iré a investigar. —Como vi que iban a protestar, agregué—: Nadie me verá. Pero cogeré a Frundis por si acaso.

Minutos después, estaba rodeando el estanque, envuelta en sombras armónicas. Aún faltaba tiempo para que el sol se fuera del todo, pero el claro ya se estaba sumiendo en las sombras. Syu miraba hacia todos los lados, alerta, y Frundis, por una vez, parecía interesarse por lo que lo rodeaba.

No llegué a los lindes del bosque: me paré en seco a medio camino cuando oí ruidos de voces entre la espesura. Retrocedí unos pasos muy lentamente. No era tan buena en armonías como para estar segura de que no me verían, me dije.

Entonces salieron a descubierto. Eran dos criaturas horribles, negruzcas y verdáceas, envueltas en una nube de humo. Antes de que se me ocurriera echar a correr, vi a una de ellas tirarse al estanque con precipitación. La nube se disipó y…

—¡No haberme regalado esas botas! —masculló una voz.

Apareció Drakvian recorriendo con paso firme la distancia que la separaba del estanque. Syu, Frundis y yo nos quedamos a cuadros. La criatura que no se había metido dentro del agua se arrodilló en la orilla y zambulló sus dos brazos.

—No me eches la culpa a mí —le replicó a la vampira. Agrandé los ojos. ¡La criatura hablaba!—. Anda, ayúdame a sacar a este garrulo del agua, ya se ha apagado.

Sus ojos eran como dos globos azules.

—Márevor Helith —murmuré, aturdida. ¿No se suponía que el nakrús me estaba esperando en el Kyuhs? ¿Y por qué demonios tenía esa pinta de haber estado rebozándose en el barro y en el musgo durante un día entero? Deshice de golpe mi sortilegio armónico y solté, más alto—: ¡Maestro Helith!

La vampira y él estaban estirando a su compañero del agua y levantaron la cabeza de golpe.

—¡Shaedra! —dijo la vampira con una amplia sonrisa mientras yo me acercaba con rapidez—. Ya pensaba que no volvería a encontraros. Una suerte que aún tengas las Trillizas. Bonita casa —observó—. ¿Nos ayudas a sacar al lich?

Me puse lívida y me giré hacia el ser humeante que se había tirado de pleno al agua. El pánico me invadió como una brusca oleada.

—¡¿Lich?! —repetí, retrocediendo con torpeza, aterrada. Frundis comenzó a tocar las trompetas, previendo algún combate épico.

Cuando Jaixel se levantó al fin, quitándose un nenúfar del brazo y pasándose una mano por su rostro esquelético, me quedé contemplándolo como si no existiera un mañana. Era él. Lo recordaba, recordaba su silueta en el reflejo de los ojos de un recién nacido… Sus ojos dorados y casi apagados me observaron con el mismo detenimiento con el que yo lo observaba a él. Retrocedí otro paso, casi sin darme cuenta. Todos mis pensamientos estaban paralizados en unos recuerdos lejanos, ¡tan lejanos! como si se hubiesen abierto de pronto todas las puertas de la filacteria y ya no hubiese frontera entre mi mente y ella. Él, me dije. Él había dejado que mis padres muriesen. Él me había abandonado en los Subterráneos después de haberse deshecho de sus recuerdos más dolorosos, junto a los más hermosos. Jaixel, el lich viejo de quinientos años, estaba ahí, delante de mí, con los huesos ennegrecidos por las botas de Drakvian y con una túnica corta y gris hecha harapos. Me percaté de que me había llevado las manos a la boca, como para ahogar un grito y traté de serenarme. Pero era inútil.

—Bueno —carraspeó la vampira—. Supongo…

—Chss —intervino Márevor Helith—. Este es un momento mágico. El encuentro entre dos mentes con recuerdos idénticos. ¿No es maravilloso?

Estaba entusiasmado. Espabilé y giré la cabeza al oír gritos detrás de mí. Aryes e Iharath corrían desaladamente cuesta abajo. Volví a mirar al lich y me percaté de que había dado un paso hacia adelante. Dio otro paso, casi con temor, como si esperase que yo saliese de ahí corriendo. Pero yo no me moví.

“Shaedra…”, murmuró Syu, más que nervioso. *“Shaedra…”*, insistió. *“No vas a dejar que se acerque más, ¿verdad?”*

“¿Y qué propones que haga? Por el momento no parece muy peligroso”, razoné.

Cuando llegó hasta mí, Syu ya se había bajado de mi hombro y se había alejado, prudente. Jaixel no tenía el mismo aspecto que el maestro Helith. Parecía menos torpe al andar, como si su energía mórtica le permitiese ser más ágil. Estaba a apenas medio metro. Levantó una mano y me pregunté si, a fin de cuentas, Syu no había tenido razón al huir. Jaixel era un lich, me repetí. Ya no era el Ribok lleno de dudas que yo recordaba. Y quién sabe si al crear mi filacteria no se le habría desregulado algo en la mente…

Aun así, no lograba ya sentirme del todo asustada. Sus ojos dorados estaban llenos de tristeza.

Tocó mi mejilla con sus dedos fríos y húmedos. Me estremecí al contacto pero no me arredré. Con una claridad inquietante, notaba ahora la energía mórtica que se arremolinaba en su ser dándole vida en un mecanismo perfecto. Un mecanismo que yo recordaba y no conocía.

"Aún vives."

Por poco no rompí el contacto. La voz bréjica del lich tenía un deje de asombro. Volvía a ver su propia vida. Ribok. Su propio nombre. Su propia historia. Pero Ribok había muerto, se decía el lich, aturdido. No servía de nada tratar de ser quien no era ya. Los pensamientos de Jaixel me embrollaban la mente.

Entonces, otra voz, detrás de mí, la de Aryes, resopló temblorosa:

—Shaedra, atrás.

Sentí que me cogía del brazo y bastó ese simple contacto para que volviese a la realidad: yo no era Ribok, ni Jaixel. Tampoco era una simple filacteria.

—Sí, vivo —pronuncié—. Y mi nombre es Shaedra. Shaedra Úcrinalm Háreldin.

Cuando Jaixel retiró su brazo tuve la impresión de ser arrojada al fin en una playa tras pasarme tres horas perdida en el océano. Inclinó la cabeza.

—Es un placer volver… a encontrarte.

Su voz graznaba y chirriaba, como si no acostumbrase a hablar en voz alta. Di un paso atrás e intercambié una rápida ojeada con Aryes. El kadaelfo estaba particularmente pálido.

—Os explico —intervino Drakvian con un tono más jovial, acercándose junto al nakrús—. Yo estaba caminando tranquilamente por el bosque, buscando una pista que me pudiese guiar hasta vosotros. Apareció un monolito a un metro escaso de mis narices —contó—. Casi no me dio tiempo a frenar. Por poco me muero del susto cuando he visto aparecer a… —echó un vistazo al lich con cierta cautela— a Jaixel —prosiguió—. Y a partir de ahí, Márevor ha utilizado las Trillizas para determinar donde estabas.

—Y tú has utilizado las botas para carbonizar a Ribok —suspiró el nakrús, recolocando su sombrero rojo sobre su cabeza—. Por poco nos tenéis que recoger en trozos, y no lo digo por lo del relámpago calcinante

—añadió—. Lo digo por el portal. Supuse ingenuamente que las botas y las Trillizas debían de estar cerca, ya que se suponía que sus poseedoras estaban juntas. —Soltó una mirada aguda a la vampira, quien suspiró ruidosamente—. Utilicé ambas mágaras para determinar dónde colocar el monolito. Y después de tanto esfuerzo, casi se me expande la energía del portal sobre varios kilómetros. Menuda faena. Menos mal que os dije que os dirigieseis hacia el Kyuhs… Supongo que me habríais dejado plantado ahí durante mil años sin ir buscarme —suspiró, mientras Iharath y Drakvian hacían una mueca indefinible—. En fin, me alegro de verte, Iharath. Y Aryes. No sabes cuánto me alegró que me hicieras caso y fueses a ver a mi buen amigo Pi en las Hordas. Estoy seguro de que te enseñó muchas cosas interesantes.

El kadaelfo estaba demasiado anonadado como para contestarle.

—Márevor Helith —tonó entonces Iharath. Sus ojos nos miraron alternadamente a Márevor, Jaixel y a mí antes de que estallase—: ¿Pero te has vuelto loco?

Esa era exactamente la pregunta que hubiera querido hacerle yo. El nakrús pareció divertido.

—De ninguna manera. En realidad, todo está saliendo de maravilla. Por ahora. Sólo falta que Jaixel recupere su filacteria. Y sus recuerdos.

—Y tú, los libros —murmuró el lich.

Agrandé los ojos. Los libros. ¿Acaso se refería a esos famosos libros de nigromancia que le habían permitido convertirse en lich?

—Los quieres, ¿verdad? —insistió Jaixel. Ya no me miraba a mí, le miraba a su maestro.

Este pareció algo molesto.

—Pues claro que los quiero. Y tú también los quieres, Jaixel, no me mientas. Si es cierto que no te acuerdas de ellos, entonces es que están ahí —dijo, señalándome.

Aryes y yo retrocedimos varios pasos, espantados.

—¡Maestro Helith! —protestó Iharath. Se colocó delante de mí con los brazos cruzados—. Me estás preocupando seriamente. ¿Cómo demonios has podido…? Demonios —repitió—. Está claro que el lich no está loco, de lo contrario ya nos habría atacado, pero… —Vaciló y agregó con firmeza —: Pero traerlo hasta aquí, hasta la Superficie, es condenarlo a muerte.

—Él accedió —replicó el nakrús con tranquilidad—. Y de todas formas… —Sus ojos azules brillaron más que de costumbre cuando dijo—: Ribok ha decidido no volver jamás a los Subterráneos.

Lo miré de hito en hito. Así que ahora el lich pretendía quedarse en la Superficie a tomar el sol… ¡Lo que faltaba! Si no hubiese estado ahí Jaixel, siguiendo la conversación con esa extraña gravedad, y si no hubiese sentido en aquel momento una enorme aprensión, me habría echado a reír por la incongruencia.

19 Confesiones de un muerto

Nos habíamos sentado a la mesa y yo había procurado instalarme lo más lejos posible de Jaixel. El candelabro brillaba con sus velas encendidas.

Márevor Helith hablaba profusamente. Preguntó con indiscreción por todo lo ocurrido desde que se había marchado y no pareció interesarse mucho por los asuntos de los demonios, pero sí por los nixes. Y mientras hablaban los demás, yo observaba a hurtadillas al lich, sintiéndome cada vez más nerviosa. Cuando Márevor preguntó por las tareas que les había pedido a Iharath y a Drakvian, la vampira hizo una mueca.

—¿Y mis gatos? —decía el nakrús—. ¿Cómo están? ¿Habéis ido a visitarlos después de dejarlos en Acaraus?

—¿Cómo quieres que vayamos a visitarlos con todo lo que nos ha pasado? —replicó Iharath. Lo vi intercambiar una mirada rápida con Drakvian.

—Los gatos están perfectamente —aseguró Drakvian—. Y la niña huérfana y ciega recibió el dinero sonriendo de oreja a oreja. Nos pidió que te dijéramos que eras el mejor padre que hubiera podido tener jamás aunque lamentó que tuvieras que ausentarte.

El nakrús pareció muy conmovido.

—Oh. Mi pequeña Stradyna —pronunció—. ¿Sabéis cómo la conocí? —Negamos todos con la cabeza, menos el lich, quien parecía algo aturdido, como si no pudiese abarcar tanta agitación—. Yo estaba caminando por la playa cuando la vi, sentada en una roca, cantando una canción. Parecía una sirena. Todas las mañanas, cuando volvía a la playa, la escuchaba cantar. Y un día, me acerqué, y ella no se inmutó. —Ladeó su cuello esquelético—. Al principio, me extrañó mucho porque no entendí que era ciega. Le hablé y ella me contestó. Era la más hermosa criatura que había visto en mi vida.

No pude evitar sonreír, burlona.

—A lo mejor era una nixe —bromeó la vampira.

—No lo es. Pero tiene el corazón de un hada —afirmó alegremente el nakrús.

—Hablando de cosas más urgentes —intervino Iharath, carraspeando con paciencia—. ¿Qué es esa historia de libros? ¿Y qué pretendes hacer

ahora? ¿Que Jaixel recupere su filacteria?

El nakrús asintió, pensativo.

—Sí, básicamente es eso. Jaixel quiere recuperar sus recuerdos.

Resoplé.

—¿Pero entonces por qué demonios me los dejó? —pregunté, evitando la mirada del lich.

Jamás en mi vida hubiera imaginado que estaría un día sentada a la mesa con Jaixel. Aquella situación me superaba, pero como Márevor Helith parecía tan tranquilo, traté de serenarme yo también.

Márevor Helith se había girado hacia Jaixel, como para invitarlo a contestar. El lich posó ambos brazos sobre la mesa y clavó su mirada dorada en la mía como si quisiese leer mi mente.

—Tenías apenas unos meses. —Su voz grave, aunque baja, se oyó en toda la habitación—. No eras hija de nigromantes. Eras… la criatura perfecta —concluyó.

Lo miré, sin entender nada. ¿Qué quería decir con que era la criatura perfecta?

—Te aseguro que no quería que tus padres murieran —prosiguió—. La hidra… Bueno. El Laberinto de Tafosia es peligroso para un saijit. No quería que se metiesen dentro. Pero se metieron porque les robé a su hija. Pensaron tal vez que quería hacerte daño, cuando yo lo único que quería era… volver a ser saijit. —Inclinó levemente la cabeza con cierta tristeza—. Fallé de todas formas.

El significado de las palabras de Jaixel tardó en llegar hasta mi mente. Pero cuando lo entendí, miré al lich con horror. Jaixel no sólo me había raptado para transmitirme unos recuerdos. En realidad… había querido darme *todos* sus recuerdos.

—Quiso probar la reencarnación —confirmó Márevor Helith—. Un proyecto ambicioso porque es el sortilegio nigromántico más peligroso y difícil de todos. Tanto Ribok como tú podríais haber muerto en el intento. Por suerte, no pasó nada grave.

Su tranquilidad me puso los pelos como escarpias.

—¿Nada… grave? —tartamudeó Aryes, incrédulo. Parecía tan espantado como yo por lo que habría podido ocurrir de haber conseguido Jaixel su propósito.

—¿Y no hubiera sido más sencillo ocupar un cuerpo vacío? —preguntó Iharath. Hice una mueca de asco. Aquella conversación me estaba resultando pero que muy desagradable.

—Hubiera sido todavía más difícil —aseguró Márevor Helith—. Por no decir imposible. Como entenderás, no es lo mismo fusionar un cuerpo con una sombra que con la mente de un muertoviviente lleno de energía mórtica. Es una cuestión de equilibrios entre energías… pero no os aburriré con lecciones de nigromantes. Son muy enrevesadas.

De los dos muertosvivientes, el único que parecía darse cuenta un poco de la gravedad del asunto era Jaixel. Sin embargo, no podía dejar de pensar que, si había sido capaz de proyectar algo tan macabro como abandonar su cuerpo esquelético por el de un recién nacido, tal vez tuviese ahora otro plan todavía más siniestro.

—Diez mil lagartos incendiados —murmuré. ¡Y estaba sentada a la misma mesa que ese engendro! Reaccioné al fin, levantándome de un bote—. No os dejaré meteros en mi mente. A nadie. Ni a ti, ni a ese Mentista, ni a nadie —determiné. Posé violentamente las Trillizas en la mesa y siseé—: Nunca más.

Agarré a Frundis con una mano rápida, caminé hasta la ventana abierta y salí al exterior con un bote ágil. Oí la voz de Aryes llamarme, y la de Iharath, pero no me detuve. Me sumí entre las tinieblas de la noche y me alejé con la impresión de que la filacteria se estaba diluyendo en mi mente. Me imaginé que los recuerdos de Jaixel me apresaban hasta el punto que olvidaba mi propio nombre. ¡Era un pensamiento tan horrible! Mucho más horrible que el de morir. Me adentré en el bosque y caminé sin rumbo. Syu y Frundis trataron de consolarme, pero no les fue fácil. Al cabo, recostada contra un árbol, me pasé una mano por los ojos y meneé la cabeza. Hacía apenas unas horas me sentía feliz, y la aparición de esos dos muertosvivientes había aguado toda mi alegría.

“Marchémonos”, propuso el mono, agitado por mi estado de ánimo. *“Alejémonos de ellos. Ellos tienen las Trillizas. Ya no pueden encontrarnos.”*

Cierto. Me di cuenta de que, en un rincón de mi mente, esa había sido mi intención: huir para que no me encontrase nadie. Huir para no tener más problemas. Resoplé.

—Qué estupidez —murmuré.

No podía huir y dejar a Aryes en semejante compañía. Me pasé una mano por el cabello y escudriñé la oscuridad del bosque. Tampoco se me había ocurrido, al salir, que podía encontrarme con alguna bestia nocturna de dientes afilados.

"Me tienes a mí", me recordó amablemente Frundis.

Sonreí y le acaricié el pétalo azul. Una suave melodía de violín me contestó.

Aun así, pasada mi conmoción, no pude abstraerme de los ruidos nocturnos. Syu me sugirió que subiésemos a un árbol e iba a hacerle caso, cuando oí unos chasquidos de lengua.

"¡Zaix!", exclamé.

"Shaedra", contestó el Demonio Encadenado. Parecía contrariado. *"¿Qué demonios ha pasado? Spaw me ha contado lo que sucedió en la ciénaga. Y ahora… estás en el Bosque de Belyac, ¿verdad?"*

Asentí mentalmente con rapidez.

"No estoy muy lejos de Belyac. ¿Qué tal está Spaw?", inquirí.

"Perfectamente, según me dijo", suspiró Zaix. *"Es curioso. Jamás me preguntas a mí cómo me va."*

Sus palabras me dejaron perpleja.

"Bueno… ¿es que tienes algún problema?", pregunté, extrañada.

"¿Estar encadenado a las cadenas de Azbhel no te parece un problema?", replicó él amargamente. Me ruboricé y asentí. Lo cierto era que no me tomaba su encadenamiento tan en serio como parecía hacerlo Spaw. *"En fin. Le diré a Spaw que te traiga aquí a la fuerza si hace falta. ¿Es que quieres que los cazademonios te encuentren?"*

Me mordí el labio.

"No", le aseguré.

"Ya sé lo que piensas", masculló Zaix tras un breve silencio. *"Recuerdo lo que le dijiste un día a Spaw. Le dijiste que no querías meterte en un agujero en la tierra como hacen algunos. Y lo entiendo. Si pudiera quitarme esas cadenas, podría disfrutar de los últimos años de mi vida de manera más agradable. Pero sé que no será posible. Y tú deberías saber que tampoco es posible volver a tu vida de antes. Hay cosas que cambian para siempre."*

Alcé una mirada sombría hacia la oscuridad de la noche. Zaix tenía razón. No podía seguir intentando arreglar problemas que no tenían

solución. Recordé las palabras que había pronunciado Lénisu: *“es la única opción que tenemos para que todo vuelva a ser como antes”*. Sólo entonces me di cuenta de que, desde el principio, siempre había sabido que el Mentista no iba a solucionar nada. Simplemente había sido una esperanza para no renunciar a una vida que me había forjado en Ató. Kirlens, Wigy, Laygra, Murri, Galgarrios, Deria… Los quería con todo mi corazón pero, aunque consiguiera convencerlos de que ser un demonio no era algo malo, no podía volver a Ató y vivir como antes.

“Zaix”, murmuré, más tranquila.

Curiosamente, pese a mi largo silencio, el demonio seguía ahí.

“¿Sí?”

“Gracias por cuidar de mí.”

Mis palabras parecieron sorprenderlo.

“¡Ah! Bueno, pequeña demonio, Spaw te protege más que yo. Espero que a él también le des las gracias.”

Sonrió mentalmente y le correspondí, asintiendo.

“Se las daré.”

Noté que Zaix vacilaba antes de soltar:

“Te contó lo de los Droskyns, ¿verdad?”

Asentí de nuevo en silencio.

“Un poco.”

“Él tampoco sabe dejar atrás su pasado”, deploró suavemente el Demonio Encadenado. *“Ni tampoco sabe lo que quiere. Me temo que está aún más perdido que tú, Shaedra.”* Marcó una pausa y agregó: *“¿Puedes prometerme algo?”*

Agrandé los ojos, sorprendida.

“¿El qué?”, dije, prudente. Ya me imaginaba que me pedía de nuevo que fuese a verlo y me quedase a vivir con ellos.

Casi tuve la sensación de oír realmente la voz de Zaix cuando dijo con una extraña gravedad:

“No le rompas el corazón.”

Se marchó y me dejó en suspenso. ¿Romperle el corazón a Spaw?, me repetí, agitada.

“¿Y por qué habría de rompérselo?”, les pregunté a Frundis y a Syu. Pero lo cierto era que conocía de sobra la respuesta. Sin embargo, Spaw

jamás me había hecho saber que… Bueno. Meneé la cabeza, turbada. Tal vez Zaix se inventase historias. ¿Pero por qué siempre tenía que sacar el tema? Incluso había conseguido que me hiciese sentir culpable por no saber zanjar la cuestión. ¡Como si pudiese yo manejar mis sentimientos al igual que mis energías!

El nerviosismo volvió a apoderarse de mí y me acurruqué junto al tronco, con las lágrimas amenazando de nuevo mis ojos. Estaba cansada, había dos muertosvivientes en la casa, me sentía desgarrada por dentro y deseaba de todo corazón salir de Ajensoldra lo más pronto posible para dejar atrás todas esas historias. Tensé la mandíbula. Aún estaba viva, ¿no? Podía forjarme un nuevo hogar y… y dejar todas las personas a las que amaba en Ató. Como una nerú, hundí mi rostro entre mis manos y sollocé todo lo que pude. Syu gemía, viendo que sus consejos gawalts no surtían efecto. Y Frundis yacía abandonado en el suelo.

Un brusco crujido de hojas me sobresaltó y me levanté de un bote. Me envolví con armonías y recogí a Frundis con gestos febriles.

—¡Shaedra!

Di un respingo y el alivio me invadió al ver a Drakvian aparecer entre dos arbustos iluminados tenuemente por la luz de la Luna. Me pasé una manga por los ojos y traté de sobreponerme antes de deshacer completamente el sortilegio armónico.

—Vaya —dijo al acercarse—. Estás llorando.

Desvié la mirada, molesta.

—Supongo… que os preocupabais por mí —suspiré.

La vampira se cogió un tirabuzón verde, sin contestar, y se giró al oír un ruido cercano. El rostro pálido de Aryes apareció bajo un rayo de Luna.

Al vernos, se precipitó hacia mí. Parecía muy alterado.

—Shaedra… no vuelvas a hacerme esto. —Inspiró hondo, como para controlarse—. Por un instante, creí que te habías marchado para siempre. Te vi tan decidida, tan…

No acabó la frase al no hallar la palabra exacta. Me acerqué y le murmuré:

—Jamás me marcharía sin ti, a menos que me lo pidieras.

Los ojos de Aryes brillaron como dos gemas sonrientes.

—Y yo jamás te abandonaré, aunque me lo pidas —contestó.

Ambos sonreímos, más tranquilos.

—Ejem —intervino Drakvian—. Todo esto es muy enternecedor, pero ¿qué tal si volvemos a la casa y dormimos un poco? —Sonrió con aire macabro cuando añadió—: Jaixel y Márevor Helith velarán sobre nosotros.

* * *

Le hice caso a Drakvian y volvimos a la casa. Aun así, no intercambié ni una palabra ni con Márevor ni con Jaixel. Aryes, Iharath y Drakvian quisieron dejarme la cama con el colchón, *"para que durmiese como una reina"*, pero yo me negué en rotundo a quedarme sola en la habitación. Finalmente, llevaron todos sus jergones improvisados para hacerme compañía. Parecían realmente preocupados por mi estado de ánimo. Y de hecho, yo misma lo estaba un poco. El contacto con el lich había debilitado inexplicablemente las murallas de la filacteria y se entremezclaban ideas en mi mente que a veces no lograba entender.

"Duerme y deja de pensar", me aconsejó Syu mientras se acurrucaba junto a mí. Sonreí y asentí.

Y en cuanto cerré los ojos, volví quinientos años atrás.

20 Un poder por una venganza

Tenía sed, tenía hambre, pero poco me importaba. Mis ojos recorrían febrilmente las páginas, sin atreverse siquiera a cerrarse unos instantes. De cuando en cuando, unas palabras o unos complicados cálculos me arrancaban una mueca de asco o de fascinación. Tenía la misma impresión que cuando le había robado un manual de nigromancia al maestro Helith, años atrás… La de estar usando algo que no me pertenecía. Sin embargo, ahora, los libros no eran manuales para simples nigromantes: eran grimorios muy antiguos escritos por los mismísimos liches. Una sed que no tenía nada que ver con la que me secaba la garganta me carcomía por dentro. Ya no me quemaba tanto el odio como el ansia de ser alguien en mi vida, por una vez. Alguien que pudiera proteger a quienes sufrían. Alguien que tuviera poder para acabar con todas las bestias inmundas creadas por la energía mórtica. Alguien para vengar a mi familia y darle un sentido al por qué yo seguía existiendo. Por eso mismo tenía que convertirme en lo peor, en lo más horrible que jamás hubiera existido…

—Un lich —susurré por lo bajo con una sonrisa ladeada.

Oí un ruido a mis espaldas. Alguien se acercaba. Posé el libro de cultivo sobre el grimorio con tranquilidad y pasé una página.

—¿Leyendo a estas horas tan tardías?

Simulé un sobresalto y me giré. Una mujer de ojos muy oscuros y rostro pálido se acercaba.

—Saselya. No deberías entrar en mi cuarto.

La joven hizo una mueca tozuda y vino a sentarse en el banco donde yo estaba sentado. Me costó reprimir la exasperación que me producía su interrupción.

—¿Sabes cómo te llaman los demás mercenarios?

Enarqué una ceja, poco interesado. Saselya sonrió.

—El Taciturno. Nunca sonríes. Y si lo haces, siempre es a medias. Desapareces en cuanto hemos cumplido un trabajo. Y ahora hace dos meses que te veo solo metido en este antro con tus libros. Eres más soso que la carne de un hawi —concluyó.

La observé con paciencia.

—¿Y qué quieres que haga? —repliqué al fin—. Así soy yo. ¿Te molesta?

—¿Ves? —exclamó ella—. Ahí te tengo: taciturno como un reloj sin agujas y intratable como el filo de una espada roñada. Veamos, ¿qué te parece si salimos a dar un paseo por la calle? Hoy es el Día de los Enamorados. Y Kurbonth está lleno de colores.

Calló ante mi expresión cerrada pero retomó enseguida la palabra:

—Me cansas —confesó—. Siempre intento ser amable contigo. Ya te dije que, de todos los mercenarios, eres el que más me atrae. Los demás son todos tontos de remate. Mientras que tú eres diferente.

—Sí, soy soso como la carne de un hawi, taciturno como un reloj sin agujas y intratable como el filo de una espada roñada —resumí.

Saselya se carcajeó.

—Exacto. Pero… —Levantó una mano y, antes de que tuviese tiempo de reaccionar, cogió la tapa del libro sobre técnicas de cultivo y lo cerró—. Con un poco de sal, unas agujas y una buena herrera, eso se puede arreglar —ronroneó. Frunció el ceño casi inmediatamente—. ¿Qué es ese libro?

Cerré el grimorio con la expresión imperturbable.

—Un libro de filosofía.

—¿Un libro de filosofía? —repitió Saselya, incrédula—. ¿Y de dónde lo sacaste? ¿Desde cuándo te interesa a ti la filosofía?

—Desde que tengo que hacer esfuerzos para no sacarte de mi cuarto a rastras —retruqué.

Saselya se turbó.

—Hace unos días, hubo un robo en el templo.

La fulminé con la mirada.

—¿Y crees que he sido yo?

Saselya se encogió de hombros y retomó su sonrisa.

—¿Por qué no? ¿De qué trata el libro? ¡Debe de contener muchísimos secretos…!

La paré en seco cuando tendió una mano hacia el grimorio.

—Suéltame —siseó.

La solté. Nos miramos de hito en hito unos segundos. Entonces ella sonrió anchamente, con esa sonrisa salvaje tan típica en ella.

—Así que eres un ladrón de templos. Me gusta la idea.

Meneé la cabeza, exasperado.

—Déjalo ya, Saselya. Eres peor que una ardoxina. ¿Qué quieres que haga yo contigo ahora? No irás a hablar de este asunto a nadie, ¿verdad?

Saselya ladeó la cabeza, teatral.

—Mm. Creo que si vamos a dar un paseo juntos y me lo cuentas todo, no saldrá ninguna palabra equivocada de mi boca.

—¿Me lo prometes?

La joven mercenaria se encogió de hombros.

—¿De qué vale la promesa de un mercenario?

—Dame tu palabra como ternian.

Ella sonrió con todos sus dientes. Su pequeño descubrimiento parecía haberle alegrado el día.

—Tienes la palabra de Saselya Háreldin Númik: tus oscuras maquinaciones y tus próximas fechorías permanecerán ocultas para siempre jamás. ¡Amor inocente! —exclamó—. ¡Has sonreído!

Puse los ojos en blanco.

—No soy tan muermo como crees —le aseguré—. Pero… tengo cosas que hacer.

—No te libras del paseo —me recordó Saselya.

Hice una mueca.

—¿Ahora?

—Vago. Levántate, olvida tu libro y salgamos. No puedo creerlo, ¡te has levantado! He conseguido lo que todos los mercenarios decían que era imposible —se emocionó—. Y ahora, prométeme una cosa: daremos la vuelta a todo Kurbonth, iremos a ver los espectáculos de la Plaza de los Cuadrados y luego me ofrecerás una rosa roja delante de todo el mundo. ¿De acuerdo?

Esbocé una sonrisa ante su discurso precipitado y asentí con la cabeza.

—De acuerdo.

Pese a lo extraña que siempre me había resultado Saselya, era la única que conseguía hacerme olvidar de cuando en cuando mis fijaciones. El grimorio de los liches podía esperar. Me lo leería entero y lo memorizaría. Necesitaría tiempo, mucho tiempo. Pero al cabo, lo conseguiría. Y entonces… Saselya tendría que pedir rosas rojas a otra persona.

* * *

Desperté en plena noche con la impresión de estar luchando contra un espectro invisible. Veía el rostro de Saselya, que se confundía con el de Leeresia. Oía la voz de Márevor Helith que me decía: *"Me das lástima"*. Y sentía una profunda tristeza clavada en lo más hondo de mi pecho. Sin embargo, fijándome en los hechos reales, resultaba que estaba tumbada en una cama, en pleno Bosque de Belyac, y no metida en los Subterráneos. Oía las respiraciones tranquilas de los demás. Syu dormía profundamente junto a mí. Y mis manos vibraban de energía.

Al notarlo, bajé la mirada y me dio un vuelco el corazón. ¡Mis manos estaban envueltas de energía mórtica! Se me escapó un jadeo aterrado y apreté los labios para no despertar a nadie. Acto seguido, traté de serenarme y me miré las manos, perdida. No tenía ni idea de cómo se deshacía la energía mórtica y jamás en mi vida hubiera pensado que me resultaría útil aprender algo semejante. Sin embargo, lo más horrible no era eso. Lo más horrible era que yo hubiese sido capaz de crear energía mórtica cuando jamás había leído un maldito libro de nigromancia. El lich había tenido que trastornarme la cabeza, junto al estanque, determiné. Una sonrisa sardónica y aterrorizada surcó mi rostro. Quién sabe si no había empezado el proceso de reencarnación sin consultarme. Al fin y al cabo, tampoco me había consultado la última vez.

Syu se removió.

"¿Qué pasa?", preguntó, medio dormido.

"Nada", le aseguré. *"Que acabo de descubrir que soy una nigromante sin tener ni idea de nigromancia."*

"No tiene por qué ser ilógico." El mono gawalt bostezó. *"Los saijits sois seres vivos y no por ello tenéis más idea de lo que es la vida."* Y diciendo esto, se dio la vuelta para seguir durmiendo, dejándome meditar sobre sus palabras.

21 El Gran Grimorio

Cuando desperté, todos habían salido de la habitación y por un momento me dije que empezaba a convertirme en un oso lebrín incorregible. Claro que no había pasado una noche particularmente agradable, repasando trozos diseminados de la vida de Jaixel. Y sólo pensar que ese mismo Ribok que me atormentaba tanto con sus recuerdos estaba ahora sentado a la mesa del comedor…

Cuando, al salir del cuarto, lo vi girarse para mirarme con esos ojos dorados y apagados, me estremecí.

—¡Buenos días! —dijo alegremente Márevor Helith—. Aryes te ha preparado los últimos granos de arroz que quedaban, sólo para ti —declaró.

Enarqué una ceja y el kadaelfo sonrió enseñándome el plato.

—Ya sé que no sueles desayunar arroz, pero como te gusta tanto y no quedaba más que para una persona he pensado que te haría ilusión.

Sonreí, más animada, y me senté con apetito.

—Te ha salido tan bueno como a Lénisu —observé, tras engullir varios bocados. Los miré a todos y los vi tan atentos que me ruboricé—. Veo que me cuidáis como una reina pero… ¿seguro que no queréis un poco?

Todos negaron con la cabeza y entendí que no me miraban por envidia, sino por alguna otra razón. El único en no hacerme tanto caso era Márevor Helith: el nakrús estaba examinando ahora un objeto posado sobre la mesa. Algo así como una placa metálica circular. La observé unos segundos. Y entonces caí en la cuenta y dejé de masticar.

—El corazón de Álingar —farfullé con la boca llena. Tragué—. ¿Qué demonios hace eso aquí?

—Lo tenía Lénisu en su saco —carraspeó Iharath—. El maestro Helith notó una presencia energética y…

—Soy muy curioso, no me lo tengáis en cuenta —apuntó el nakrús con tono desenfadado—. Un objeto de gran valor. Por el nombre que le has dado deduzco que algo tiene que ver con la espada de Álingar. —Recogió el objeto y lo llevó a la altura de su rostro—. Qué maravilla —murmuró. Apartó sus ojos mágicos de la mágara y me miró—. ¿Para qué sirve?

Entorné los ojos.

—Para reencarnarse en trucha —retruqué.

Drakvian soltó una carcajada ruidosa; Iharath y Aryes palidecieron; y Jaixel se levantó, echó una ojeada a Márevor Helith y se dirigió hacia la puerta sin una palabra.

—¡Ribok! —lo llamó el nakrús, sorprendido. Suspiró cuando el lich salió—. Perfecto, ya lo has enfurruñado.

Dejó el corazón de Álingar sobre la mesa y partió en busca del lich. Sacudí la cabeza, alucinada. ¡Enfurruñado, había dicho!

—A lo mejor le falta humor —comentó la vampira.

—Drakvian —suspiró Iharath—. Piensa que el lich se ha pasado quinientos años viviendo casi en solitario. No debe de ser fácil interactuar con otros seres vivos después de tanto tiempo.

La vampira hizo un mohín pero no replicó. Seguí comiendo en silencio, sin poder creer que estuviesen hablando del lich como si fuera una especie de paciente convaleciente.

—Lo que me gustaría saber —prosiguió el semi-elfo con aire intrigado — es cómo demonios Márevor Helith ha conseguido convencer a Jaixel de salir del Laberinto de Tafosia hasta la Superficie.

Drakvian y Aryes se encogieron de hombros.

—Tal vez Jaixel quisiese ver las estrellas como Nawmiria Klanez —sugirió Aryes.

Sonreí nada más considerar esa posibilidad pero enseguida adopté una expresión más sombría cuando dije:

—O bien quiere acabar con su famosa reencarnación. Ya va bien encaminado. He pasado toda la noche convencida de que no era otra que Ribok. —Los vi agrandar los ojos a los tres y antes de que preguntasen nada, agregué—: Si de verdad queréis ayudarme, impedid a Jaixel que vuelva a acercarse a mí. Ayer, tuve la impresión de que…

Carraspeé, molesta, y callé, preguntándome si era una buena idea hablar de esto a los pupilos de Márevor Helith. Sí, eran amigos míos… pero Márevor Helith les había salvado la vida y los había criado como a unos hijos. Y si yo les decía que creía poder acordarme de casi todos los detalles de la vida anterior de Ribok, eso habría confirmado las sospechas del maestro Helith: que yo recordaba lo que contenían esos antiguos grimorios de los liches. Incluso me había pillado, en un momento de la noche, recitándolo mentalmente, como tantas veces se lo había repetido Ribok. Sin

embargo, ahora mismo, no recordaba nada específico del contenido: era como si una barrera se hubiera vuelto a instalar durante mis pocas horas de sueño y en aquel momento ni me atrevía a investigar más a fondo por qué había sufrido tal caótico derrame de recuerdos. Al contrario que el olvido sufrido por las nixes, aquel olvido era del todo voluntario: lógicamente, no quería saber nada sobre cómo Ribok se había transformado en Jaixel. La idea de la transformación en lich era ya lo suficientemente escalofriante en sí.

—¿Shaedra?

Me di cuenta de que había cerrado los ojos y los volví a abrir. Con la mirada inquieta, Aryes me observaba con atención.

—¿Estás bien? —Se giró hacia Iharath antes de que me diera tiempo a contestar—. ¿Estás realmente seguro de que ese lich no pudo soltarle ningún sortilegio ayer, cuando la tocó?

El semi-elfo puso cara de que no tenía ni idea y Aryes resopló ruidosamente.

—Estoy bien —intervine al fin. Y lo cierto era que, técnicamente, estaba en plena forma—. He tomado una decisión —solté de pronto, más animada—. Voy a marcharme y el que quiera acompañarme que me acompañe. Esperaré a que regrese Lénisu. Y le diré a ese Alal que estoy muy bien como estoy con mi Sreda. Y Jaixel… —solté una risita— que intente capturarme ahora, si es que puede.

Me percaté de que estaba hablando sin pensar y callé. Mis compañeros me observaban con cierta cautela. En cambio, a Syu enseguida le gustó mi plan.

—Es decir que no piensas volver a Ató —adivinó Iharath.

—¿Y adónde quieres marcharte? —preguntó Drakvian.

Me encogí de hombros.

—Adonde sea. Lejos. Al Bosque de Tres Pisos.

—¿Al Bosque de Tres Pisos? —repitió Aryes, confuso.

Me sonrojé y oí la risita de Syu.

—Es… un bosque mítico en la cultura gawalt —expliqué. Los observé a los tres, sintiéndome al fin liberada de un enorme peso—. ¿Os parece una locura?

Iharath y Drakvian se encogieron de hombros. Miré a Aryes casi con timidez y tragué saliva.

—Lo que me dijiste ayer… Bueno. Eran sólo unas palabras. Tienes una familia en Ató. Lo entendería si…

—¿Sólo unas palabras? —bufó Aryes. Me miró de hito en hito—. Shaedra, yo, cuando digo algo, lo digo porque lo pienso de veras y no cambio de opinión fácilmente.

Me sorprendió su vehemencia pero enseguida una sonrisa me estiró los labios.

—Yo también pienso lo que digo —afirmé—. En la mayoría de los casos —me corregí—. Porque a veces, digo cosas sin pensarlas —bromeé.

Aryes sonrió y frunció rápidamente el ceño.

—Entonces, no piensas ir a esconderte donde vive Zaix.

Negué con la cabeza.

—Con la suerte que tengo, sería capaz de atraerle problemas y desvelar su guarida al mundo entero. —Resoplé—. Pero de todas formas, antes que nada, tengo que sobrevivir y escapar de ese lich.

—No temas —intervino Iharath—. No va a atacarte. Márevor Helith dice que, en su interior, sigue siendo Ribok. Y según él es hasta algo más sabio que antaño.

—Sabio —repetí, incrédula. Después de las locuras que había cometido ese ternian, me resultaba estrictamente imposible calificarlo de sabio.

De pronto, la voz de Márevor Helith sonó no muy lejana.

—¡Que los demonios de Ithruil me descuarticen si no lo consigues! Claro que eres capaz, Ribok. Sólo entra e inténtalo. No le pasará nada.

—Vibra de energía mórtica, Márevor. Y ayer nuestro contacto tan sólo duró unos segundos.

—¿Energía mórtica? —repitió el nakrús mientras mis compañeros agrandaban los ojos, alarmados.

—Tú tal vez no lo notes —replicó el lich—. Pero yo sí.

Aparecieron en el umbral y entraron en la casa. Sólo entonces se percataron de que habíamos oído el final de su conversación, pero no pareció molestarles mayormente. El primero en tomar la palabra fue el nakrús, quien se quitó el sombrero rojo para darle más teatralidad a su discurso.

—Si no os importa, hablemos de cosas importantes: de esa dichosa filacteria. Sé que no quieres que Ribok se meta en tu mente —asintió, aplacando mi protesta—. Y no te forzaremos a nada… —un destello bailó

en sus ojos de nakrús—. Pero te aseguro que si no colaboras, tu conciencia llevará para siempre la muerte de alguien que no debería morir.

Me quedé sin aliento, anonadada.

—¿Es una amenaza?

—No. Es una constatación —replicó simplemente con tranquilidad.

—Maestro Helith —suspiró Iharath, con suma paciencia—. ¿De qué diablos estás hablando?

—De mí. Y de mi muerte próxima. —Nuestras expresiones atónitas parecieron divertirlo—. En realidad, todo es relativo. Pero, echando cálculos, si no consigo acordarme de algunos detalles importantes que contenía uno de esos malditos grimorios, moriré dentro de unos doscientos años. Mis huesos empiezan a estar muy desgastados y sé que existe una manera para inyectar morjás de hueso a un hueso usado y así regenerar la energía mórtica. Y sin tu ayuda, Shaedra, moriré.

Me había quedado boquiabierta.

—Morirás cien años después de que todos nosotros estemos muertos —masculló Iharath—. Y eso si no nos ocurre nada malo por el camino. Maestro Helith —parecía apurado—, ¿realmente merece la pena tanta complicación?

El nakrús encogió sus hombros esqueléticos.

—¿Y qué es lo que merece la pena en esta vida? —replicó—. Me gustan las complicaciones. Y, además, cuanto más se vive, más duro es morir —admitió—. Pero no os alarméis. Soy un nakrús honrado y si Shaedra se niega a que Ribok lea la filacteria, que sólo la lea —insistió—, entonces esperaré el día de mi muerte con toda la calma del mundo.

Sus palabras me sumían en la más completa confusión. Márevor Helith deseaba sacar de mi filacteria unas simples informaciones para recomponer sus huesos. Había guardado el secreto hasta entonces, los diablos sabían por qué. Y ahora… Inspiré hondo.

—¿Por qué no haber intentado tú mismo sacar esas informaciones de mi cabeza? —pregunté con cierta sequedad. Estaba tensa, lista para pegar un bote y echar a correr si se le ocurría a uno de los dos muertosvivientes dar un paso hacia mí.

—Nunca fui un gran bréjico —explicó con paciencia el nakrús—. Y además, hace ya algún tiempo que tengo la certeza de que nadie más que Ribok es capaz de leer realmente todo lo que hay en esa filacteria. Y si la

Hullinrot que fue a visitarte sacó algo en claro… Bueno, visto que me he llevado a su lich, no creo que los Hullinrots quieran ya cerrar ningún acuerdo conmigo para desvelarme nada. En fin, ya os he explicado mis problemas. Ahora, os toca decidir.

El silencio cayó en la habitación. Yo estaba ya a punto de decirle amablemente que, después de vivir más de dos mil años, no era cosa mala aceptar morir con dignidad, cuando Jaixel habló con su voz chirriante.

—Ya estamos muertos, maestro. En cambio, la joven ternian tiene una vida. Tú y yo ya no la tenemos. Es demasiado peligroso. Y no arriesgaré ninguna vida para salvar a un nigromante.

Márevor Helith suspiró.

—Un nigromante. Qué ideas. Hace muchísimos años que ya no lo soy.

El lich lo miró a los ojos con su postura hierática y negó con la cabeza.

—Tampoco ayudo a los muertos.

Por una vez, el nakrús pareció quedarse en suspenso. Incluso distinguí un brillo de aceptación en sus ojos. Iba a capitular, entendí. E iba a aceptar su muerte. Suspiré interiormente, aliviada sobre todo al entender que ni el lich ni el nakrús pretendían utilizar la fuerza para obligarme a nada. A pesar de que ambos tenían sin lugar a dudas el poder suficiente para persuadirme. Aun así… una imagen me turbó. La de Márevor Helith apareciendo años después, desesperado, para sacarme la mente de cuajo.

Y de pronto, tuve una idea. No quería que nadie se metiese en mi mente, pero yo ya estaba en ella. Sin pensármelo dos veces, cerré los ojos y sentí una ligera vibración ahí donde se escondía la filacteria. Tras las murallas que ahora empezaban a desmoronarse, estaban los recuerdos, claros como el agua. Me zambullí en ellos sin reflexionar, arrastrada por su corriente. Oí la voz preocupada de Syu pero apenas la distinguí entre la avalancha de palabras que invadían ahora mi mente. Oí voces, sentí una sonrisa flotar sobre mis labios, y vi una caverna hermosa, hecha de rocas rojas y centelleantes… Me concentré y fui a buscar todavía más profundo, ahí donde se guardaban los secretos más hondos. Y al fin, abrí los ojos.

—Te ayudaré yo misma con una sola condición —pronuncié. Iharath acababa de soltar algún comentario y calló de golpe, pasmado. Tratando de no mezclarlo todo en mi cabeza, declaré—: Olvida mi filacteria.

El nakrús se acercó a la mesa, asombrado. Abrió la boca, la cerró, y entonces asintió.

—La olvidaré para siempre.

—No entiendo nada —siseó Aryes, asustado.

—Yo tampoco —intervino la vampira, intrigada.

Les dediqué una sonrisa apaciguadora.

—Ya lo vais a entender.

Tomé una inspiración y traté de poner orden en mis pensamientos, aunque eso era un poco como intentar ordenar un campo de karolas. Y entonces, en voz alta y clara, me puse a recitar de memoria y en un idioma extrañísimo las primeras palabras del Gran Grimorio de los Liches ante un lich, un nakrús, una vampira, una sombra y un kadaelfo atónitos.

22 Un nombre

Pese a que el maestro Helith asegurase que con toda probabilidad lo que buscaba se situaba en alguna parte al final del libro, me resultó imposible no seguir los recuerdos linealmente y tuve que ir leyendo todo el grimorio memorizado por el lich desde el principio. Como sabían que cualquier interrupción podía desconcentrarme y hacerme perder el hilo, nadie se atrevía a proferir la más mínima palabra. Hablé durante todo el día en ese idioma silbante que, según los recuerdos de Ribok, formaba parte de las lenguas más antiguas del mundo: el *daikrán*, la lengua de los liches. Márevor Helith no apartaba los ojos de mis labios; Jaixel escuchaba con la mirada perdida; Aryes e Iharath se pusieron a echar la partida de revancha del Erlun, aburridos de escuchar palabras incomprensibles. En cuanto a Drakvian, se ausentó largo rato y volvió horas después con un conejo en cada mano. Me relamí, hambrienta, pero cuando me propusieron que comiese algo rehusé con un gesto y seguí hablando con terquedad. Quería llegar al punto que interesaba a Márevor Helith y solucionar su problema de una vez. Sólo cabía esperar que la respuesta que buscaba Márevor estuviese en ese grimorio… y que el nakrús no se la hubiese inventado por alguna alucinación suya.

Cuando Aryes encendió un candelabro, supe que estaba anocheciendo. Callé, agotada, con la impresión de que mi mente iba a empezar a delirar si seguía hablando de huesos, energía mórtica y otras delicias. El silencio en la sala se hizo absoluto.

—Dejémoslo aquí por hoy —murmuré al fin. Me masajeé la mandíbula, sintiendo la boca dolorida tras pronunciar tanto sonido extraño. Con sumo esfuerzo, traté de restablecer las murallas de la filacteria.

Márevor Helith asintió.

—Esperemos que mañana no necesites volver a empezar desde el principio.

—En tal caso, morirás dentro de doscientos años —repliqué—. No me apetece quedarme muda.

Pese a mi réplica mordaz, el nakrús parecía animado.

—¡Hacía siglos que no pasaba un día tan interesante! Casi había olvidado lo maravilloso que era ese dichoso grimorio. —Enarqué una ceja, preguntándome cuándo había dicho yo algo “maravilloso” aquel día—. ¡Bueno! —exclamó—. Id a dormir, muchachos, y retomad fuerzas. Mañana continuaremos.

Syu suspiró al oírlo y adiviné que le preocupaba verme luchar continuamente contra la filacteria para que esta no ahogase mi propia mente.

“Tranquilo, Syu. Si me convierto en Ribok, te avisaré”, bromeé.

El mono bufó por lo bajo.

“No se bromea con esas cosas.”

Un plato apareció de pronto bajo mis ojos y se me iluminó el rostro al contemplar los trozos de conejo rodeados de una salsa apetitosa y humeante.

—No sólo se vive del aire —arguyó Aryes mientras se volvía a sentar con su propio plato.

Ni de los huesos, añadí para mis adentros.

* * *

Aquella noche, repasé mentalmente todo el grimorio en busca de algo que se pudiera parecer a lo que necesitaba Márevor para regenerar sus huesos. Sin embargo, mi mente estaba ya tan exhausta que al de unas horas concilié el sueño casi sin darme cuenta. Y soñé con que me transformaba en lich.

El recuerdo era vivo y siniestro. Una energía como jamás había sentido me recorría todo el cuerpo. Yo, o más bien Ribok, estaba de rodillas, en la misma caverna de la que Márevor Helith se había marchado hacía varios meses. Con una mano, tocaba la osamenta de un dragón de tierra. Con la otra, sostenía una daga.

Mi concentración era total, inquebrantable. Una sola duda, una sola vacilación podía provocar mi derrota. Todo estaba preparado: ahora tocaba saber si sería capaz de llegar hasta el final.

Lentamente, con precisión, envolví mi mente para cortarla todo lo posible de cualquier dolor, asegurándome así y todo de que la energía esenciática no perturbaría los efectos de la energía mórtica. Lo único que

sentía ahora era el inmenso pozo de energía que vibraba en el esqueleto del dragón de tierra, convertido en una especie de lecho. Las corrientes de energía lo aspiraban todo y me agarré a lo único que aún me mantenía en vida: mis recuerdos.

—Umthal —pronuncié como para darme ánimos—. Yloy. Sarkmenos. —Cerré los ojos y los volví a abrir—. Leeresia.

La determinación y la exaltación que sentía no tenían límites. Estaba tan cerca y había esperado tantos años…

Entonces, vino el impacto.

Desperté de golpe en el cuarto, sintiendo un dolor lancinante en el vientre. El miedo me paralizaba. Me envolví en armonías por instinto, como si un peligro inminente me amenazase. Traté de serenar mi mente y encerré la filacteria en su sitio. Acto seguido, abandoné la cama, temblando de pies a cabeza.

Me sentía como si yo misma hubiese sido capaz de… Inspiré hondo y eché una ojeada a mi alrededor. En sus jergones, Aryes, Iharath, Drakvian y Syu dormían plácidamente. Entonces recordé unas palabras que había pronunciado el mono gawalt hacía mucho tiempo. *“Dormir enterrado bajo maderas y piedras no es óptimo”*. Deseaba salir, pero no quería pasar por el comedor: tenía la certeza de que Márevor Helith y Jaixel estaban ahí, pasando la noche en silencio, sin poder dormir. Con sigilo, me aproximé a la ventana, la abrí y salí afuera. La ligera brisa nocturna me serenó casi de inmediato. Caminé unos pasos por la hierba iluminada por la Luna y, al cabo, me senté silenciosamente sin poder dejarle de darle vueltas al sueño. Aunque… No era un sueño, rectifiqué con un escalofrío. Era un recuerdo. Por eso acababa de sentir tan vívidamente el dolor de la muerte, tal y como la había sentido Jaixel hacía quinientos años. Y por lo visto, él no lo había olvidado, ni había olvidado a su familia. Su pasión sin límites se infiltró de nuevo en mis pensamientos, como un eco distante, y la aparté, turbada. Si seguía utilizando la filacteria para ayudar a Márevor Helith, temía que los recuerdos de Ribok se fundiesen con los míos. Si sucedía, probablemente me costaría mucho más distinguirlos. Prefería no pensar en lo que pasaría entonces.

Oí un ruido de puerta y me giré para ver aparecer una silueta. Era Jaixel. Me levanté de un bote.

—No te acerques o grito —solté en un murmullo.

El lich negó con la cabeza pero dio un paso adelante. No grité. Tendió una mano cadavérica. Llevaba algo en ella, algo blanco, pero era imposible determinar qué era. De pronto, el objeto se puso a levitar hacia mí. Noté una ligera brisa órica y entendí que el lich, para no amedrentarme, estaba soltando un sortilegio de levitación. El objeto cayó en la hierba, entre las sombras. Lo recogí con extrañeza. Era un pañuelo bordado y surtido de piedras preciosas. En él, había un dibujo. Entorné los ojos y solté un sortilegio de luz. Era un círculo con un sol en medio. Y alrededor, aparecían unas palabras escritas en abrianés. Decían: *"Naciste como una llama, entre sombras, Shaedra, hija de Zueryn Úcrinalm y Ayerel Háreldin. Sé siempre fiel a nuestra familia y sigue tu corazón allá donde vayas."*

Alcé la vista, alterada. Sólo entonces me percaté de que el lich se había acercado y retrocedí un paso.

—¿De dónde has… sacado esto? —farfullé.

Lamenté enseguida mi pregunta porque sabía que no me iba a traer buenos recuerdos.

—Lo tenías tú, hace dieciséis años, metido entre el pliegue de tu manta —contestó el lich. Bajo la Luna, sus ojos dorados parecían más brillantes y despiertos—. Siempre deseé poder devolvértelo.

Lo observé con aprensión.

—Gracias —dije tras un silencio.

Inclinó la cabeza y yo me rebullí, inquieta.

—Tú eres quien mejor me conoce —retomó—. Tienes recuerdos que yo ya no tengo. Conoces todos mis secretos. Y recuerdas cómo morí. —Vaciló y me miró con fijeza—. ¿Verdad?

Tragué saliva, preguntándome si un lich era capaz de leer los pensamientos.

—Lo he soñado. Te clavaste una daga y te envolviste en energía mórtica. Podría explicarte exactamente todo el proceso. —Me quedé sin habla ante mi afirmación, dándome cuenta de que era absolutamente cierta.

Jaixel permanecía de pie, impertérrito.

—Desearía que ciertas cosas hubiesen muerto para siempre —dijo al fin. Asintió lentamente, con gravedad—. Y aún recuerdo demasiado… Pero olvidé algo muy importante para mí que quisiera recordar.

Calló y, pese a mi nerviosismo, me sentí intrigada.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Me estremecí bajo su mirada.

—Ella también murió —susurró—. Acababa de llegar al pueblo. Había dejado la botica. Ella… tenía la misma mirada. —Alzó una mano esquelética hacia mí pero se detuvo a unos centímetros—: El mismo rostro… La misma boca. —Sus ojos se apagaron y su voz se redujo a un murmullo casi inaudible—: Quisiera recordar su nombre.

Sólo entonces me percaté de que había dejado de respirar. Inspiré, muy pálida.

—Su nombre era Leeresia —murmuré.

El lich dio un paso hacia atrás y desvió lentamente la mirada hacia la Luna, tan inalcanzable como el pasado.

—Leeresia…

La tristeza vibraba en su voz como un torrente vacío, aún más profunda que en sus recuerdos. Conmovida, bajé la cabeza y regresé a mi cuarto dolorida por tanto sentimiento.

23 Una invasión

—¡Ahí! ¡Ahí! —me interrumpió Márevor Helith, hiperactivo.

Suspiré ruidosamente y el nakrús puso cara de disculpa, mirándome con avidez. Retomé el hilo y seguí pronunciando palabras raras acerca de ciclos regenerativos mórticos y huesos de criaturas de las que en mi vida había oído hablar.

—¡Huesos de gahodals! —exclamó al de un rato el nakrús—. ¡Pues claro!

Lo fulminé con la mirada. No sentía tanta dificultad como antes para retomar el hilo de los recuerdos, pero tanta intervención empezaba a impacientarme.

—Sigue, sigue —me pidió humildemente.

Carraspeé y seguí. El rostro de Márevor Helith se iluminaba gradualmente. Cuando llegué al final del capítulo, me detuvo con una mano.

—No sigas, ya tengo lo que quería saber. Los gahodals. ¿Cómo pude olvidarlos? Sus huesos rebosan de morjás. Son criaturas maravillosas.

—Tan maravillosas, que ya se han extinguido —intervino Aryes, moviendo una ficha sobre el tablero del Erlun—. Que yo sepa, hace más de mil años que murió el último gahodal. Apuesto a que lo mató un nakrús.

—Imposible —objetó el maestro Helith—. Yo vi uno una vez.

Lo miré con ironía.

—¿Ah, sí? ¿Hace cuánto?

El nakrús resopló y reconoció:

—Puede que hace más de mil años. Pero si en la Tierra Baya no hay, seguro que hay en otros sitios. Háreka es grande. —Hizo un gesto vago con la mano—. Shaedra, ¿podrías repetirme otra vez ese capítulo? Un día debería apuntarlo en algún sitio, antes de que se me olvide otra vez. Una suerte que Ribok tenga una memoria infalible.

Infalible, me repetí, reprimiendo una mueca. ¡Pues de poco le servía al lich una memoria infalible si la guardaba en la mente de otra persona!

Empecé a recitar de nuevo el capítulo. Estaba otra vez hablando de cómo transportar morjás de un material a otro cuando, de pronto, la puerta se abrió y Drakvian entró precipitadamente.

—¡Ya vienen!

Su silbido apremiante nos dejó a todos suspensos.

—¿Ya viene quién? —preguntó Márevor sin alterarse.

—¡Lénisu y el Mentista! ¿Quién si no? —gruñó la vampira.

Una rápida ojeada hacia Aryes e Iharath me hizo entender que pensaban lo mismo que yo: el lich, el nakrús y la vampira no podían quedarse aquí. Me levanté de un bote y abrí la puerta de la habitación vacía.

—¡Entrad, rápido! —dije febrilmente.

El nakrús y el lich intercambiaron una mirada antes de levantarse al unísono y dirigirse sin una palabra hacia el cuarto. Afuera, se oyeron unas voces y me apresuré a cerrar la puerta detrás de Drakvian. Suspiré para mis adentros. Ya tan sólo faltaba explicarle al Mentista que había hecho el viaje para nada. Y sobre todo, teníamos que conseguir echarlo rápidamente. Considerando, por supuesto, que Lénisu no se equivocaba y que ese tal Alal era capaz de ver a un demonio sin tratar de empalarlo.

De pronto, reparé en el sombrero rojo de Márevor Helith, abandonado en una silla. Gemí interiormente. Me precipité, agarré el sombrero, abrí otra vez la puerta de la habitación y lo arrojé a toda prisa. Alcancé a ver a Drakvian salir por la ventana del fondo antes de darme la vuelta. Lénisu acababa de aparecer en el marco.

—¡Lénisu! —jadeé, acercándome—. Ya has tardado.

Él enarcó una ceja al verme tan agitada.

—Menos de lo previsto —contestó—. Al final, encontré dos caballos para viajar hasta Belyac. —Se giró hacia el humano alto de ropa oscura que acababa de entrar—. Alal, te presento a Shaedra, mi sobrina. Shaedra, te presento a Alpyin Alvistalm Urk'Olwen. —Articuló con cuidado cada sílaba y le echó al cabo una mirada interrogante al Mentista—. ¿Lo he dicho bien?

—Perfectamente —aprobó este, divertido. Me saludó con un leve gesto cabeza—. Un placer.

Abrí la boca para contestarle… y me quedé asombrada al topar con sus ojos azules. Lo miré con más detenimiento. Llevaba una espada corta al cinto y un colgante circular con un rayo dorado alrededor del cuello, idéntico, lógicamente, al que llevaba el Mentista que había viajado de

Mirleria a Aefna en la diligencia. Pero lo cierto era que su rostro también era idéntico.

—Nos conocemos —se extrañó Alal, tan sorprendido como yo. Una sonrisa empezó a flotar sobre sus labios—. De modo que viajé a Aefna en compañía de un demonio. De un demonio con una filacteria de lich. Y yo no me di cuenta de nada. —Tuve un tic nervioso y traté de no perder la calma: era un amigo de Lénisu; no tenía nada que temer—. Confieso que tengo curiosidad por analizar tu mente —prosiguió—. Aunque no puedo prometerte nada en lo relativo a esa «Sreda». Mis conocimientos sobre el tema son más bien nulos…

Lénisu intervino.

—No nos precipitemos, amigo. Antes déjame presentarte a Aryes y a Iharath. Él es un pagodista de Ató, un levitador de primera, y el otro un celmista de Dathrun. Uno se siente pequeño en tales compañías —sonrió.

Alal inclinó amablemente la cabeza ante ambos.

—Bueno —dije, vacilante y muy molesta—. Como dice Lénisu, no hay que precipitarse. En realidad, lo he estado pensando y…

Alal giró la cabeza hacia la mesa con tal brusquedad que me sobresaltó. Bajo las miradas extrañadas de todos, se avanzó en el comedor con circunspección. Alzó una mano y tocó el respaldo de la silla en que Jaixel había estado sentado. Se apartó casi de inmediato.

—Energía mórtica. —Hice una mueca, sin conseguir fingir sorpresa alguna—. ¿Qué diablos…?

En ese instante, la puerta de la habitación se abrió de golpe y fulminé con la mirada al nakrús cuando este apareció en el marco. Acababa de mandar al traste todos mis intentos por disimular su presencia.

—¡Lénisu y Alpyin! —sonrió. Avanzaba en la sala con el sombrero en la mano—. Qué alegría volver a veros como en los viejos tiempos.

Los dos se habían quedado boquiabiertos.

—¿Q-qué…? —farfulló el Mentista.

Noté las energías arremolinarse a su alrededor y supuse que acababa de soltar un sortilegio de protección por instinto.

—¡Oh, venga! —dijo el nakrús, deteniéndose ante ellos—. ¿No me reconoces? Aunque, ciertamente, han debido de pasar más de veinte años, si no me equivoco… Soy Márevor. Márevor Helith. El mecenas de los eshayríes.

Un rayo de comprensión pasó por los ojos del humano, aunque no por ello se relajó. Eshayríes, me repetí, sobrecogida. Así que Alal también había sido un eshayrí… Como Lénisu lo había sido. Y como lo habían sido mis padres. Mi tío suspiró ruidosamente.

—Demonios, sabía que algo no andaba bien —me echó una ojeada elocuente y carraspeé, desviando la mirada—. Dime, Márevor, ¿tú no te habías marchado a los Subterráneos? ¿Qué has hecho con nuestro Ribok? ¿Lo dejaste en el Kyuhs? Ya que estabas, podrías habérnoslo traído. Para que disfrutásemos todos de su presencia y de su ingenio…

Se puso lívido y calló de golpe con un ruido gutural. Junto a la puerta entornada de la habitación, el lich acababa de aparecer, tieso como un muerto. El Mentista dejó escapar un jadeo y dio varios pasos atrás.

—¡Jaixel! —siseó Alal entre dientes, incrédulo—. Márevor Helith…

—¿Sí?

El Mentista le echó una mirada a Lénisu y entendí que por un segundo se preguntaba si su amigo no le había metido en una siniestra trampa. Sin embargo, sus sospechas debieron de aplacarse rápidamente cuando vio que Lénisu acababa de sacar a Hilo.

—Ey, no os preocupéis —intervino el nakrús—. Ribok no os hará daño. Sólo estamos de paso. Y dentro de unas horas, tomaré el último monolito que tengo preparado y nos iremos lejos de aquí, Ribok y yo, en busca de unos gahodals, ¿verdad, Ribok?

Jaixel lo miró y asintió en silencio. Cualquiera hubiera interpretado su gesto como una falta de expresividad total, pero yo, tal vez porque era la que mejor lo entendía, percibí en él algo que se asemejaba mucho a la esperanza. Al fin y al cabo, tal vez lo único que desease ahora, después de haber perdido todo y haber renunciado a sus macabros objetivos, era vivir en paz bajo la luz del sol. Reprimí una sonrisa irónica. El lich iba a resultar tener algún objetivo cuerdo, después de todo.

Pese a las palabras de Márevor, Alal seguía envolviéndose con energía, preparándose para cualquier ataque. Retrocedió otro paso y salió de la casa con precipitación. En un rincón de mi mente, esperé que saliera huyendo de ahí y dejase tranquila mi Sreda. Lénisu sacudió la cabeza y bajó su espada.

—Márevor, ¿por qué cada vez que digo algo en tono de broma tú vas y te lo tomas en serio? Shaedra, Aryes, Iharath: salid de la casa.

Los tres intercambiamos ojeadas rápidas.

—Lénisu —dije con tono tranquilo—. Él y el lich vinieron anteayer. Ribok no es peligroso.

Lo decía con toda seguridad. Después de mi conversación con él aquella noche, ya no dudaba de que el lich seguía teniendo sentimientos saijits. Mi tío me miró con incredulidad.

—¿Tú también lo llamas Ribok? —Resopló y repitió con tono apremiante—: Sal de la casa. *Ahora*. Una cosa es tener trato con un nakrús antinigromante y otra con un lich que se ha pasado quinientos años matando, Shaedra.

—Matando esqueletos —apunté.

Pero él no me hizo caso: su mirada estaba fija en el rostro de Jaixel. El lich no parecía sentirse insultado. La verdad, en ese instante, parecía simplemente triste y a veinte mil leguas de donde estábamos.

—¡Shaedra! —siseó Lénisu, enojado.

Suspiré, recogí a Frundis, contra el muro, y antes de salir junto a Aryes y a Iharath le solté a Márevor:

—Ya tienes lo que querías. Ahora, cumple con tu palabra. Olvida mi filacteria.

Márevor Helith se contentó con asentir con la cabeza, algo contrariado. Cuando salí, la luz del sol me cegó unos instantes y parpadeé. Enseguida comprobé que el Mentista se había alejado unos cuantos metros de la casa, hacia los manzanos. Había dejado de rodearse de sortilegios, aunque seguía inevitablemente alterado.

—¿Por qué diablos no sale? —preguntó, como para sí. Se refería a Lénisu, por supuesto. Nos echó un vistazo a los tres, frunció el ceño y se giró hacia el bosque, como atraído por un súbito movimiento.

Entonces oí un grito penetrante, estridente, que por poco no me dejó muerta del susto. Ahí hacia donde miraba el Mentista, vi aparecer a Drakvian de entre los arbustos, plegada en dos. Corrió unos metros por la hierba. Empezó a subir la cuesta… y entonces perdió el equilibrio y se derrumbó. Sus manos estaban llenas de sangre.

Antes de que pudiera reaccionar o entender lo que pasaba, vi aparecer a siluetas encapuchadas en la espesura. Dos de ellas salieron del todo a descubierto, dirigiéndose directamente hacia la vampira, espada en mano. Y la vampira, de rodillas sobre la tierra, seguía observando, atónita, cómo su vida la abandonaba poco a poco…

—¡No! —gritó Iharath.

Se abalanzó hacia Drakvian, corriendo torpemente, como paralizado por el terror. Eché a correr tras él y rápidamente lo alcancé y lo adelanté. Pero no iba a llegar a tiempo. La evidencia me golpeó como una flecha mortífera: aquel maldito asesino iba a matar a Drakvian sin que pudiese hacer nada. Syu, agarrado a mi cuello, gimió. Y Frundis emitió un gruñido bajo.

“Drakvian no morirá.”

Su afirmación me recordó demasiado al día fatídico en que aquel orco casi me había matado con su virote de ballesta, en la Isla Coja. Aquella vez, Frundis no me había salvado. Y esta vez tampoco salvaría a la vampira. Con el corazón helado, desaté la Sreda y aceleré.

La silueta acababa de llegar a la altura de Drakvian. Levantó su espada… y golpeó. Pero golpeó en el vacío: Drakvian, empleando sus últimas fuerzas, acababa de echarse a un lado.

“¡Aún no está todo perdido!”, les grité a Frundis y a Syu, manteniendo mi carrera alocada.

Ya estaba casi. Tan sólo me quedaba pegar un salto, asestar un bastonazo al maldito canalla y… De pronto, la segunda silueta me cortó el paso. Con una mano, agarraba una espada fina y rápida. Y con la otra, se quitó la capucha.

Me sentí como si me tragara la tierra.

—Wanli —resoplé.

No me tomé el tiempo para cavilar demasiado sobre por qué demonios Wanli estaba ahí, en el claro, y no en cualquier otro lugar de Ajensoldra. La rodeé a la velocidad del rayo y bloqueé de milagro el golpe mortal que le propinaba a Drakvian el otro encapuchado. Noté un ligero gemido por parte de Frundis cuando la espada chocó contra él, como si le hubiese dañado el impacto, y su música atronadora se redujo considerablemente. Golpeé al Sombrío y lo hice retroceder.

—Drakvian, aguanta —solté con la voz temblorosa. La vampira tenía los ojos desorbitados y, ahora que estaba tan cerca, su herida en el pecho me pareció monstruosa, imposible—. Asesinos —siseé.

—Así que es cierto —susurró Wanli. Tardé unos segundos en entender que se refería a las marcas de demonio sobre mi rostro. Percibí su profunda

tristeza, así como el sutil movimiento que realizó con su espada. Iba a atacarme, entendí.

—¡Por el amor de todos los dioses del mundo, deteneos!

El alarido de Iharath me desconcentró una milésima de segundos: el encapuchado aprovechó el momento y se abalanzó hacia mí. Ocupada como estaba en asegurarme de que Wanli no se acercase a Drakvian, no reaccioné a tiempo. Sin embargo, tan sólo me dio con el revés de la espada. Di un salto hacia atrás y me maldije por haberme alejado de la vampira.

—Tira ese bastón —gruñó el encapuchado—. No luches. Si eres de verdad Shaedra, no luches.

Con una mano, se quitó la capucha. Tomé una brusca bocanada de aire al reconocer a Néldaru Farbins. El esnamro me detallaba con una mirada desapasionada. Un pensamiento me hizo fruncir el ceño, suspensa. Néldaru hubiera podido matarme de un tajo. Pero tan sólo me había dado con el revés. ¿Por qué? Bajé la vista hacia el bastón y volví a mirar al Sombrío.

—Vas a lamentarlo.

La voz no era ni la de Néldaru, ni la de Wanli. Era la de Lénisu. Giré levemente la cabeza y lo vi llegar, sin resuello, con la espada desenvainada y en el rostro una expresión terrible.

—¡No te acerques a ella! —rugió. Pasó junto a Wanli, fulminándola con la mirada, y se dirigió directamente hacia Néldaru. Iharath acababa de caer de rodillas junto a Drakvian, con el rostro lívido, como si estuviese a punto de desmayarse.

—Descuida —contestó al fin el esnamro—. Sólo vengo a por respuestas.

—¿Respuestas? ¿Y esperas que yo te crea? Me maravillas. Eres un asesino. Ahora sé que lo eres con total certeza: vete de aquí y no vuelvas jamás a poner en peligro la vida de mi sobrina.

Ninguno de los dos envainó, sin embargo. Se desafiaron con la mirada largo rato. Aryes vino a posicionarse entre Wanli y yo, sin arma ninguna, temblando de pies a cabeza. Se me ocurrió darle la daga de los Sombríos que tenía escondida en una de las botas, pero me lo pensé mejor: la presencia de Lénisu parecía haber calmado a los Sombríos y no ganábamos nada provocándolos. Estaba segura de que había otros Sombríos en el bosque y que por alguna misteriosa razón se mantenían ocultos. Si llegaban a salir, iba a necesitar un milagro para salir viva.

—Tan sólo vengo a por respuestas —repitió Néldaru con tono terco—. Quiero saber si no te has vuelto loco. Quiero saber por qué piensas que un demonio tiene alma.

De no ser por la situación más bien crítica, me habría echado a reír por su ignorancia. Pero lo cierto era que me sentí más bien horrorizada al entender que, con toda probabilidad, Néldaru Farbins el Lobo era un Shargu. Un asesino de demonios. Recordé entonces unas palabras que había pronunciado el Sombrío en Aefna, justo después de darme la bienvenida a la cofradía. *"Ojalá todos acatasen el código de los Sombríos como tú"*, me había dicho. Estaba claro que su opinión sobre mí había cambiado drásticamente desde entonces.

Cualquier pensamiento cuerdo se desvaneció cuando bajé de nuevo la mirada hacia Drakvian. Iharath la sostenía entre sus brazos y un brusco sollozo lo sacudió.

—No… —jadeó.

Solté a Frundis y caí de rodillas junto a la vampira, aturdida. Esta vez estaba muerta, pensé. Ya no se movía. Le cogí una mano. Estaba helada. Pero claro, era una vampira, me dije. Era normal que estuviese helada, ¿no?

—Quien se ha vuelto loco eres tú —le contestó Lénisu a Néldaru, tras echarnos una ojeada—. Shaedra no ha cambiado. Sólo sufrió una perturbación energética, nada más. Y no tiene nada de monstruoso. Mira, Lobo, es como si hubieses dedicado tu vida a matar apáticos creyendo que eran monstruos. Eres un asesino. Nada más. Y ahora lárgate, amigo. Es lo mejor que puedes hacer.

El rostro de Néldaru palideció a ojos vistas. Asintió gravemente pero dijo:

—No me iré sin más respuestas. Entenderás que me cuesta creerte. Los demonios de los que me encargué habían matado a saijits. Eran asesinos. ¿Quién me dice que Shaedra no será una asesina? ¿Quién me dice que no lo es?

Las preguntas me parecieron tan absurdas que sentí súbitamente la cólera remplazar mi aturdimiento. Néldaru Farbins no sólo había matado a criminales. Había querido matar a Drakvian.

—¡Asesinos! —estalló Iharath de repente. Dejó el cuerpo inerte de la vampira y se levantó de un bote, con las manos alzadas. Hubo una explosión y una luz cegadora lo invadió todo.

Se oyeron gritos, seguidos de una nueva explosión. Traté de levantarme, pero Aryes me lo impidió y se agachó junto a mí en el momento preciso en el que una bola de energía pasaba silbando a nuestros oídos.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó Aryes, por encima del súbito estruendo. El semi-elfo sólo podía estar usando las Trillizas, entendí, aturdida.

—¡Iharath!

La voz de Márevor Helith surcó la luz cegadora. Una energía paralizante se dispersó en el aire como una oleada y el resplandor de las Trillizas se apagó tan pronto como había venido. Por unos segundos, nos quedamos todos inmóviles. Cuatro Sombríos más habían salido del bosque y observaban la escena atónitos, con los arcos tensados. Néldaru y Lénisu estaban tirados en el suelo: por lo visto la bola de energía del semi-elfo les había dado de pleno. Tan sólo quedaban en pie Iharath, Márevor Helith, Jaixel y Alal. Apenas pude levantar la cabeza por culpa del sortilegio paralizante que el lich y el nakrús seguían manteniendo, pero alcancé a interceptar la mirada intensa que intercambiaron el Mentista y Márevor. Por un segundo, creí percibir un filamento de bréjica, como si estuviesen comunicando. Alal avanzó unos pasos y se agachó junto a la vampira sin parecer afectado por el sortilegio de parálisis. Le tomó el pulso. Su rostro se ensombreció, se aclaró, se ensombreció de nuevo. Y entonces murmuró:

—Vive.

Fui incapaz de sentirme aliviada: Drakvian vivía, de acuerdo, ¿pero hasta cuándo? Las manos del Mentista se cubrieron de energía esenciática y recordé entonces unas palabras de Lénisu. Alal no solamente era un gran bréjico. ¿Y si resultaba ser también curandero? Lo miré con una loca esperanza. Si Drakvian había caído de un precipicio y había sobrevivido, podía sobrevivir a una herida aunque fuese grave… ¿verdad?

Toda esperanza se esfumó de nuevo cuando vi que los cuatro Sombríos arqueros que se habían quedado atrás habían decidido acercarse. Probablemente para no fallar el tiro… Y tres de ellos me apuntaban a mí. Sentí que Syu se agitaba, escondido en mi cabello, angustiado. Con sumo esfuerzo, farfullé:

—Wanli. Diles que no disparen. Por favor.

La Sombría, desconcertada por las energías, se había incorporado apoyándose en su espada. Me miró, como dudando.

—Wanli —insistí—, unos pocos Sombríos no pueden nada contra un lich y un nakrús.

No tenía ni idea de si mi afirmación era cierta o falsa, pero era el mejor argumento que tenía. Y gracias a los dioses, Wanli se decidió.

—¡No disparéis!

Los arqueros se inmovilizaron a quizá unos veinte metros, pero no dejaron de tensar las cuerdas de sus arcos. Aryes resopló y se giró hacia mí con dificultad.

—¿No estás herida? —preguntó.

Le dediqué una pálida sonrisa.

—No. Yo no —aseguré. Eché una mirada hacia la vampira y deseé con fervor que Alal consiguiese salvarla… A saber qué le había dicho Márevor para que aceptase curarla. Eché una mirada resentida hacia el cuerpo inconsciente de Néldaru. Estaba segura de que él la había atacado… Y en ese momento no podía justificar su acto de ninguna manera. Drakvian era una vampira, vale, pero, ante todo, era mi amiga. Mis labios temblaron y traté de serenarme. Lénisu ya empezaba a espabilar.

—Aaarrg —gruñó. Se sentó en la hierba con sumo esfuerzo y miró a su alrededor. La escena pareció dejarlo perplejo. Cuando vio a Néldaru Farbins aún inconsciente, su expresión se ensombreció. Y se volvió lúgubre cuando vio los arqueros—. Amor inocente —murmuró—. Esto es una pesadilla…

Recogí a Frundis luchando contra las energías y cuando lo toqué me preocupé al notar su silencio.

“¡Frundis!”, lo llamé.

Un murmullo agotado me respondió.

“Tranquila. Mi madera es resistente. Simplemente he utilizado demasiada energía para parar el golpe de ese maldito Sombrío…”

Su voz se perdió en el silencio, acompañada de una nota de violín. Suspiré y empuñé el bastón para levantarme. Cuando lo conseguí, eché una ojeada lenta a mi alrededor. Iharath no despegaba la mirada de Drakvian; Jaixel y Márevor parecían dos estatuas saturadas de energía; Wanli trataba de caminar y salir de la zona paralizante, quién sabe si para huir o para matarnos mejor… Pensándolo bien, cualquiera con un poco de lógica habría salido corriendo tras ver en nuestro grupo cuatro de los monstruos supuestamente más horribles de Háreka.

—Larguémonos de aquí —soltó Lénisu.

Le dediqué una sonrisa sombría.

—Inténtalo, si puedes —le repliqué.

Sólo entonces debió de darse cuenta de que apenas podía moverse.

—Malditos muertosvivientes —siseó mientras recuperaba a Hilo avanzando su mano palmo a palmo. Nuestra situación, vista desde fuera, debía de parecer realmente ridícula…

—¡Ujiraka, no te muevas! —gritó de pronto Wanli. La Sombría apenas había avanzado un par de metros y contemplaba, desesperada, cómo uno de los arqueros se había precipitado hacia ella, guardando el arco y sacando la espada. Ujiraka Basil, resoplé. Era el elfo oscuro que se había hecho Sombrío el mismo día que yo. Ujiraka no le hizo caso a Wanli y se metió en la zona paralizante con la noble intención de sacar de apuros a sus dos compañeros. Y, por un momento, pareció avanzar con cierta rapidez.

Lénisu bufó:

—¡Márevor, maldita sea, deshaz el sortilegio!

Pero el nakrús estaba lógicamente más preocupado por lo que le podía suceder a Drakvian que por nuestros problemas futuros y se contentó con reforzar el encantamiento para que Ujiraka se detuviese del todo. Desde luego, parecía importarle una sarrena que nos tuviésemos que enfrentar a unos Sombríos con la eficacia de las tortugas iskamangresas.

Ujiraka trataba de avanzar, Wanli le pedía que retrocediese, Néldaru seguía inconsciente… Un súbito ruido metálico retumbó, seguido de un rayo de luz azulado que partió de Hilo y se curvó en un remolino vibrante. Con los ojos agrandados, vi a Lénisu dar un tajo en el aire con rapidez y pegar un salto hacia donde yacía Néldaru.

—¿Cómo demonios…? —murmuró Aryes, estupefacto.

—La espada —expliqué, tan sorprendida como él. Lénisu se movía como si el sortilegio ya no le afectase: Hilo absorbía todas las energías paralizantes que la rodeaban. Pálida, lo vi apoyar la punta del arma sobre la garganta de un Néldaru que empezaba a agitarse ligeramente.

—No os acerquéis —amenazó a los Sombríos—. ¡Bajad esas armas! —tonó—. ¡Ahora o perderéis a uno de los vuestros!

Su voz me estremeció hasta lo más hondo y me convenció de que realmente pensaba matar a Néldaru. Vi la duda pintarse en los rostros de los Sombríos. Una carcajada rompió el silencio.

—¿Me vas a matar? —se rió Néldaru. Había abierto los ojos y observaba ahora a mi tío con una mueca sarcástica—. Mátame, amigo. Y cumplirás con el código. Si de verdad piensas que soy un asesino. Mátame —repitió. Lo miró a los ojos, marcó una pausa, y prosiguió—: Sé que aún me culpas por la muerte de Kalena. La dejé morir sin dar mi vida por ella. Y sé que jamás me lo perdonarás así que… mátame y acabemos con esto de una vez.

Su voz se redujo a un murmullo. Lénisu se había vuelto lívido. Que Néldaru hubiese presenciado la muerte de Kalena Delawnendel dio paso a numerosas preguntas que atravesaron mi mente como un rayo. Lénisu no había querido contarme cómo había muerto la Sombría, aunque me había dejado suponer que algún Nohistrá había sido indirectamente responsable de la tragedia, por alguna razón. Con un gesto lento, levanté la mano hasta mi cuello y rocé el collar que un día perteneció a Kalena.

—No vas a matarlo.

Wanli trataba ahora de acercarse a Lénisu.

—No te atreverás —insistió la Sombría—. Eres un amigo, Lénisu. No nos traiciones así, después de todo lo que hemos hecho por ti…

—La tengo a tiro —tonó la voz de uno de los arqueros encapuchados—. Mátalo y matarás a la demonio.

Lénisu suspiró, como agotado.

—No tengo intenciones de matar a nadie —murmuró.

Apartó la espada y echó un vistazo a los arqueros. No dispararon. Soltó a Hilo y cayó de rodillas, de nuevo paralizado. Néldaru parecía sorprendido por su reacción. ¿Acaso realmente pensaba que Lénisu habría sido capaz de matarlo?

—Si he de maldecir a alguien en estos momentos, es a ese condenado nakrús —gruñó mi tío.

Se oyó de pronto el ruido característico de una cuerda de arco distendida. Giré bruscamente la cabeza en el instante en que la flecha de uno de los Sombríos salía disparada hacia mí. Maldije a mi vez a Márevor Helith. Tal vez sin la parálisis hubiera tenido tiempo de apartarme. Sentí una brusca ráfaga y me quedé observando la flecha, perpleja: esta había torcido su trayectoria y acababa de clavarse en el suelo, a unos centímetros de distancia. La energía órica que envolvía el proyectil se desvaneció poco a poco. Me giré hacia Aryes y entendí que acababa de salvarme la vida.

—Demonios —llegué tan sólo a pronunciar.

El kadaelfo meneó la cabeza, aturdido por las energías que acababa de perder con su sortilegio. A unos metros, Wanli gritaba a los Sombríos con voz estentórea, colérica.

—¡Idiota! ¡No hemos venido aquí para matar a nadie! —bramó—. Shaedra es una de los nuestros. ¡Recuérdalo!

—¡Es un demonio, Wanli! —siseó el arquero que había intentado matarme. Retrocedió varios pasos—. ¡Mírale los ojos! ¡Mira sus marcas! Es un demonio, ¡maldita sea! ¿Es que no lo ves? La acompañan una vampira y unos muertosvivientes… ¡Esto es el pozo de los infiernos, Wanli! Corred por vuestras vidas… Estáis todos locos —escupió. Se había alejado unos cuantos metros más. Al fin, dio media vuelta y desapareció en el bosque, rumbo al norte. Sus dos compañeros arqueros, tras una vacilación, declararon con voces algo temblorosas:

—Awsrik tiene razón…

—Que la Sombra os acompañe.

Ni Wanli ni Néldaru trataron de detenerlos. Ujiraka soltó un gruñido bajo.

—¡Cobardes! —les gritó.

—Tranquilo, muchacho —soltó Wanli—. Envaina esa espada. —El elfo oscuro la miró como si se hubiese vuelto loca y ella articuló—: *Envaina esa espada*.

Al fin, Ujiraka obedeció. Con sumo esfuerzo, intenté atar de nuevo la Sreda.

Sólo entonces Alal despertó de su trance curativo.

—Hay que llevarla a la casa —declaró sin hablar a nadie en particular—. Se repondrá. La espada no ha tocado ningún órgano vital para un vampiro. Sin embargo, necesito toda mi concentración para curarla.

Cerré los ojos por un segundo. Hubiera sido incapaz de expresar el alivio que sentí en aquel momento. Drakvian iba a salvarse… Iharath y el Mentista intercambiaron unas palabras en voz baja; el primero asintió y se incorporó, murmurando:

—Voy a buscar una tabla para transportarla.

Márevor le ayudó a salir de la esfera de parálisis y el semi-elfo se alejó a toda prisa, con un brillo de esperanza en los ojos. La situación me pareció de golpe mucho menos dramática: estábamos todos paralizados, los tres

arqueros habían abandonado a sus compañeros y Jaixel y Márevor Helith nos protegían… a su manera.

—Genial —pronuncié al cabo—. Seamos razonables. Vosotros venís a por respuestas y yo no tengo ningún inconveniente en dároslas. Awsrik tiene razón. Soy una demonio —declaré—. Ahora, os toca decidir si ser un demonio me convierte en un monstruo. Yo no he matado a nadie.

Wanli suspiró. Echó una ojeada a Aryes, a Lénisu, a la vampira… al lich y al nakrús. Y al fin, se giró hacia mí, extremadamente pálida.

—Tal vez digas la verdad. Pero, en ese caso, ¿por qué proteges a un vampiro? ¿Por qué te acompañan esos…? —Jadeó. Trataba de moverse para acercarse a Néldaru y sus intentos se volvían cada vez menos eficaces —. ¿Son… realmente nakrús? —interrogó.

—Uno de ellos —asintió Aryes—. El del sombrero. Fue un famoso profesor en la academia celmista de Dathrun. Abandonó la nigromancia.

Técnicamente, pensé, echando un vistazo a la cara concentrada de Márevor Helith. Por lo visto, pretendía paralizarnos hasta que Drakvian fuera alejada de los Sombríos.

—En cuanto a la vampira, la conocemos desde hace años —retomó Aryes—. Es una amiga. Y no mata a saijits.

Técnicamente, me repetí, con una mueca. A Aryes se le había olvidado mencionar el triste destino del ladrón de Dumblor…

—¿Y el otro muertoviviente? —inquirió Ujiraka. Trató de no dejar trasparentar su miedo, pero falló estrepitosamente—. ¿Qué es si no es un nakrús? ¿Un esqueleto ciego? ¿Por qué siguen paralizándonos si son tan buenos?

Yo iba a contestar algo vago, para no alarmarlos, pero Jaixel se me adelantó.

—No debéis temerme. Ahora ya tan sólo soy un espíritu que busca paz para seguir muriendo. —Dio un paso hacia delante, tocó la superficie de la esfera paralizante y la deshizo. Márevor lo miró, consternado—. No soy un nigromante —murmuró—. Ni tampoco soy un lich. Ya no.

El sortilegio de parálisis se había desmoronado y Ujiraka y Wanli dieron varios pasos hacia atrás, reuniéndose con Néldaru, aterrados.

—¡Un… lich! —tartamudeó la Sombría—. Es imposible. ¡Lénisu! ¿Por qué…? ¿Cómo…?

Lénisu se contentó con mirarla y suspirar de nuevo. Parecía estar a corto de palabras para calmarla. Aryes intervino, tratando de distender el ambiente.

—Resumiendo —dijo—, el nakrús salvó a un ternian hace quinientos años de una masacre causada por esqueletos. Le enseñó las artes nigrománticas y el ternian decidió convertirse en lich para vengarse mejor de los nigromantes. Sencillamente.

—Sencillamente —repitió Márevor Helith, disgustado—. Ese resumen destruye todo el dramatismo de su vida.

En ese instante, Iharath regresaba con una tabla larga de madera. Aryes, Alal y yo nos apresuramos a ayudarlo para colocar a Drakvian sobre la litera improvisada. La vampira estaba tan inmóvil…

—¿De veras crees que se repondrá? —le pregunté al Mentista con la voz temblorosa.

Alal asintió.

—Jamás he curado a un vampiro, pero los he estudiado. No está en peligro de muerte, simplemente no tiene ni una gota de sangre y ha entrado en una especie de letargo —explicó—. Y ahora —dijo, dirigiéndose a Iharath—, ayúdame a llevarla a la casa.

Los vi alejarse y hubiera deseado acompañarlos, pero sabía que Alal necesitaría toda la concentración del mundo para cerrar la herida. Aryes me dedicó una débil sonrisa.

—Drakvian es dura de roer —aseguró. Deseé con toda mi alma que tuviese razón y que el Mentista realmente supiese lo que hacía.

De mientras, Néldaru se había levantado y ahora los tres Sombríos se habían apartado prudentemente de nosotros. Los tres decidieron guardar las espadas envainadas y solté un suspiro aliviado. Wanli posó una mano sobre el hombro de Ujiraka.

—Si quieres marcharte, márchate —le dijo por lo bajo—. No te lo echaré en cara.

El elfo oscuro resopló con desdén y se quitó la capucha, enseñando claramente su rostro duro y sus ojos amarillos.

—Yo no soy un cobarde —replicó. Apenas calló, dejó escapar un grito de puro terror, señalando algo a nuestras espaldas.

Me giré, esperándome ver aparecer algún troll o algún atroshás, pero lo que vi fue mucho peor. Rodeando el estanque a toda velocidad, avanzaba

una nube oscura en la que se distinguían decenas de siluetas borrosas. Algunas tenían formas imposibles, con enormes garras, otras parecían llevar armaduras y armas monstruosas…

—¡Corred! —clamó Lénisu, levántandose y recogiendo a Hilo.

Nadie sabía qué diablos estaba pasando pero era como si todas las criaturas de los infiernos hubiesen elegido ese instante para invadir el Bosque de Belyac. Y sin embargo, reinaba un silencio tan antinatural…

Empuñé firmemente a Frundis y le estiré de la manga a Aryes para sacarlo de su estupor. Sin más dilaciones, echamos a correr, pero no hacia donde había empezado a correr Lénisu, sino hacia la casa.

—¡Shaedra! —rugió mi tío.

—¡Drakvian! —le grité, por toda explicación.

Los dejé a todos rápidamente atrás. Y todos, a su vez, dejaron a Márevor Helith y a Jaixel rápidamente atrás. Cuando entré en la casa en tromba, vi a Drakvian tendida en la cama de la habitación y a Alal e Iharath en pleno trance. Me paré en el umbral durante un segundo. Frundis había retomado suficientes fuerzas como para llenarme la mente de tambores. Y Syu saltó de mi hombro y corrió hacia una de las ventanas que daban hacia el estanque.

“¡Vienen hacia aquí!”, exclamó con un gemido.

Sí, ¿pero quiénes? ¿O qué? Sin detenerme a buscar una respuesta, me precipité para cerrar los postigos y esperé que no se les ocurriese a esos espectros prender fuego a la casa. Cuando entraron Aryes y Lénisu, resollando, el interior estaba sumido en la oscuridad.

—Que los dioses se apiaden de nosotros —siseó Lénisu cuando vio entrar a Wanli—. ¿Y Néldaru?

La elfa de la tierra inspiró ruidosamente.

—Ujiraka ha salido corriendo por el otro lado. No podía dejarlo solo. Pero de todas formas, vienen hacia aquí.

Lénisu la miró unos instantes, como preguntándose por qué diablos Wanli había decidido seguirnos a nosotros en vez de a los Sombríos. Jaixel y Márevor llegaron los últimos.

—Malditos huesos —resopló Márevor.

Lénisu le dedicó una sonrisa fría.

—Son los años.

Con un movimiento seco, Aryes cerró la puerta y lo ayudé a atrancarla. Pese a nuestra llegada alocada, ni Iharath ni Alal se habían inmutado; discretamente, les cerré la habitación y me giré hacia Aryes, Lénisu y Wanli con los ojos agrandados por la aprensión.

Entonces, se oyeron unos golpes contra la puerta de la entrada.

24 El Desvelo

Con un gesto rápido, Lénisu nos hizo retroceder hasta el muro del fondo. Eché una mirada inquisitiva a Jaixel y Márevor y me pregunté si serían capaces de alejar sin nuestra ayuda a nuestros nuevos atacantes, fuesen quienes fuesen. Porque cada minuto que pasaba tenía más claro que aquello que estaba detrás de la puerta no podía ser una bandada de espectros. Los espectros no llamaban a la puerta. ¿Acaso eran Shargus celmistas? ¿O bien un grupo de nixes que había decidido vengarse al enterarse de que nos acordábamos de ellos? Mis estrambóticas elucubraciones se interrumpieron pronto cuando una voz soltó:

—Te dije que los asustaríamos.

—Era el objetivo —replicó otra voz, justo detrás de la puerta—. Si había por aquí algún Shargu, seguro que se ha largado. ¡Shaedra! —llamó—. Si estás ahí, ¡contéstame!

—Sólo faltaría que la casa estuviese llena de Shargus. ¿Y si resulta que Shaedra ya está muerta?

Me tapé la boca para reprimir una carcajada al reconocer las dos voces. La primera era la de Askaldo. La segunda, la de Spaw.

—¿Qué apostamos a que no? —replicó Spaw—. ¡Shaedra! ¡Soy yo, Spaw! ¡Abre la puerta!

Pese a la expresión desconfiada de Lénisu, me precipité hacia la entrada. Dudé un segundo. ¿Y si en realidad eran espectros capaces de soltar ilusiones engañosas y…? Puse los ojos en blanco, burlándome de mí misma, quité la tranca y entorné la puerta. Vi aparecer a Spaw, con un sombrero verde entre las manos. Detrás de él, a una distancia prudente, estaban Askaldo, Daorys, Kwayat y… Agrandé los ojos. ¿Miyuki? ¿Qué diablos hacía Miyuki en compañía de cuatro demonios? ¿Y qué diablos hacía Askaldo ahí?, añadí, extrañada.

—¿Qué te decía? —sonrió Spaw con desenfado, aunque brillaba en sus ojos un evidente alivio—. Hola, Shaedra. ¿Va todo bien?

Asentí y tardé un momento en recuperar el habla. Al cabo, resoplé.

—Spaw. Menuda sorpresa. —Me esforcé por no echar una mirada atrás, hacia Jaixel y Márevor, y sonreí—. Ya empezaba a preguntarme dónde te

habías metido.

—¿Zaix no te dijo nada? —se extrañó. Echó una ojeada burlona a sus compañeros—. Fui a buscar refuerzos…

—Y un sombrero —observé.

Spaw soltó una breve carcajada.

—Sí. De hecho, si recuerdas bien, es el mismo sombrero que me regaló Ahishu. Se lo di a Askaldo para que lo devolviera al viejo magarista… —Hizo una mueca—. Pero cuando Askaldo encontró a Ahishu…

—Murió —intervino el hijo de Ashbinkhai, acercándose a la entrada—. Estaba ya muy viejo y me dejó una nota diciéndome que podía llevarme todas las mágaras que quisiera. Así que me llevé unas cuantas y… —señaló de un gesto vago el sombrero del templario— identifiqué algunas en Ató.

—En casa de Dolgy Vranc —apuntó Spaw, divertido—. Si Askaldo hubiese sabido que era amigo tuyo, Shaedra, seguramente el semi-orco le habría rebajado el precio.

Askaldo puso cara sombría.

—Ese maldito semi-orco me estafó. En fin, una alegría volver a verte, Shaedra. Después de todo lo que hemos vivido juntos, no podía dejarte abandonada con tantos Shargus pisándote los talones —sonrió anchamente y soltó una mirada intrigada sobre mi hombro, hacia el interior de la casa. Yo mantenía la puerta algo entornada, alterada—. ¿De verdad todo va bien? Sentimos esta llegada algo teatral, pero dado el rastro que hemos seguido, creíamos que los Shargus os habían atacado ya y que llegábamos demasiado tarde. Y Spaw se empeñó en activar su sombrero.

Spaw levantó los ojos al cielo.

—Toda precaución es poca. —Me miró con el ceño fruncido—. Parece que te has tragado la lengua, Shaedra. ¿Nos… dejas entrar? —preguntó.

Carraspeé y espabilé.

—No… esto… ¡Sí! Bueno. La verdad, vuestra llegada me resulta de lo más… tranquilizadora —aseguré con sinceridad—. Aunque estábamos casi ya convenciendo a los Sombríos de que los demonios no éramos monstruos.

—¿De veras? —se burló Askaldo, incrédulo.

—De veras. Pero el caso es que… —Me mordí el labio. No se me ocurría nada que decirles para impedirles la entrada. Crucé la mirada de Kwayat y palidecí. El destello que brillaba en sus ojos me daba muy mala espina…

Entonces, Aryes pasó la cabeza sobre mi hombro, sonriente.

—Spaw, me preocupaba que te hubieses quedado en la ciénaga comiendo yabrias —bromeó.

—En tal caso, ya me habría muerto de asco —replicó Spaw, divertido.

Advertí su mirada extrañada y entendí que no podía quedarme más tiempo en medio del umbral. Nerviosa, di un paso atrás.

—Tal vez debería avisaros —dije sin embargo—. Adentro no sólo estamos Lénisu, Aryes y yo. También están… —me mordí el labio inferior— otras personas.

Spaw enarcó una ceja, posando ya una bota sobre el umbral.

—¿Drakvian, tal vez?

Me ensombrecí.

—Sí. Ella también está aquí. E Iharath. Y también hay un Mentista que vino a… bueno. No importa, él está intentando curarla. Y además de ellos, hay una Sombría, un nakrús y un lich —encadené con naturalidad—. Pero son del todo inofensivos.

Las reacciones de los recién llegados no se hicieron esperar. Askaldo agrandó los ojos, aterrado. El rostro de Kwayat se convirtió en un bloque de hielo. Daorys palideció terriblemente y Miyuki hizo una simple mueca pensativa. En cuanto a Spaw, me contempló fijamente y repitió:

—¿Has dicho… curarla? ¿Hablas de Drakvian? Pero… ¿le ha pasado algo grave?

Me alegró comprobar que lo del lich y el nakrús le parecían bagatelas en comparación. Asentí con la cabeza con lentitud y al fin me aparté del todo y abrí la puerta en grande.

—Pasad. Alal, el Mentista, dice que se repondrá. Están en la habitación de al lado. Será mejor que no hablemos muy alto o lo desconcentraremos…

Spaw había entrado y, tras escuchar que la vampira no estaba en peligro de muerte, se había inmovilizado a medio camino y clavaba ahora la mirada sobre los dos muertosvivientes. Estos se habían sentado a la mesa, como para impresionar menos. Márevor había recolocado su sombrero rojo sobre su cráneo y Jaixel juntaba ambas manos, tieso como una estatua.

—Beksiá —dejó escapar Spaw en un murmullo.

—Me encantaría saber quién demonios es toda esta gente, Shaedra —carraspeó Lénisu, al verlos entrar a todos. Calló súbitamente como si

hubiese visto un fantasma—. ¡Miyuki! ¿Qué…? Tú… no puede ser que tú seas…

La dumblorana pareció a punto de carcajearse ante su expresión incrédula.

—Por el Corazón de Am, no soy un demonio —sonrió—. Soy una elfa oscura normal y corriente. Pero me encontré con Spaw en Belyac… cambié de planes y decidí ayudaros. Ciertamente, jamás me habría imaginado… bueno, viajando en tal compañía. —Percibí su mueca y supuse que aún no acababa de congeniar con todos los demonios del grupo—. Sin embargo, veo que también vas bien acompañado —observó. Me echó una rápida ojeada antes de detallar más atentamente los muertosvivientes.

De entre los recién llegados, la que parecía tomarse mejor la presencia de Jaixel y Márevor era Miyuki. Spaw se repuso así y todo bastante rápido, al comprobar que ninguno de los dos parecía querer acribillarnos a sortilegios nigrománticos. Kwayat permaneció tan inexpresivo como el mármol. Y Daorys se puso a temblar tanto que le allegué una silla para que se sentara. Tras unos segundos de muda contemplación, Askaldo realizó cortésmente el saludo de los demonios, llevándose las manos hacia los hombros opuestos.

—Mi nombre es Askaldo Ashbinkhai, hijo de Ashbinkhai, Demonio Mayor de la Mente.

Spaw lo imitó con un ligero aire burlón.

—Spaw Tay-Shual —soltó.

—Daorys Kaarnis —murmuró la Demonio de la Oscuridad, con los ojos fijos en los esqueletos vivientes.

Carraspeé al notar el silencio elocuente de Kwayat.

—Y él es mi instructor, Kwayat —lo presenté—. Bueno… lo es sólo de vez en cuando —sonreí, burlona. La mirada que me echó él reflejaba una profunda decepción e, ignoro por qué, me estremecí, recordando unas palabras que había pronunciado hace tiempo en Ató: *“La magia nigromántica profana la existencia misma de la Sreda, Shaedra. Pervierte el sentido de la Vida. Los saijits que la practican son seres abominables que debieran desaparecer de Háreka entera.”* Meneé la cabeza. Conociendo un poco su carácter, dudaba de que Kwayat cambiase de opinión.

Mientras Lénisu observaba con detalle a mi instructor, Márevor realizó un sutil gesto de cabeza, tal vez adivinando que cualquier movimiento

brusco podía provocar pánico.

—Un placer conoceros a todos. Yo soy Márevor Helith, antiguo profesor de la academia de Dathrun —pronunció, muy caballeroso—. Y este es Ribok. Un… pupilo mío, de cuando aún era nigromante. Hemos venido aquí a visitar a Shaedra y, la verdad, no me esperaba ver a tanta gente. Pero sentaos, ya que estáis aquí. Tal vez unas manzanas os quiten un poco esa cara de sorpresa —añadió, empujando el cuenco de manzanas sobre la mesa, hacia los demonios.

Spaw esbozó una sonrisa.

—Tal vez —aprobó—. Pero antes quisiera saber qué ha pasado. —Me miró con aire grave—. Han venido los Shargus, ¿verdad?

—Han venido —confirmó Aryes.

En los minutos siguientes, Aryes y yo nos dedicamos a explicarles todo lo ocurrido en la colina. Entretanto, Lénisu abrió de nuevo los postigos y la luz anaranjada de la tarde bañó la habitación. Él y Wanli echaban frecuentes ojeadas hacia el exterior y supuse que esperaban que Néldaru y Ujiraka regresasen. Pero, visto lo valiente que había sido este último ante los «espectros», no me hubiera sorprendido que no parase hasta llegar a Belyac.

—Néldaru Farbins —pronunció Spaw. Nos habíamos sentado a la mesa y ahora tan sólo Kwayat, Wanli y Lénisu permanecían de pie. El templario consideró a mi tío con una mirada penetrante—. Néldaru —repitió—. Tú lo sabías, ¿verdad?

Lénisu frunció el ceño y asintió.

—Sabía que era un cazademonios, sí.

Spaw se había vuelto pálido.

—¿Y por qué no lo dijiste? Conoces a más Shargus —adivinó—. Podríamos haberlos neutralizado antes y…

—¿Neutralizado o matado? —lo interrumpió Lénisu—. Néldaru es un amigo mío. Él no venía a matar a Shaedra: sólo venía a por respuestas.

—Al igual que yo —intervino Wanli. Se mantenía no muy lejos de la puerta abierta, como si se preparase para salir disparada hacia fuera—. Me cuesta creer que pueda haber demonios tan distintos. No soy una cazademonios —se apresuró a añadir—, pero sé con total certeza que los demonios que mató Néldaru eran asesinos. Y si vosotros no lo sois… —nos echó a los cinco una mirada nerviosa—. Si no lo sois, eso significa

simplemente que no todos los demonios son monstruos. O bien que no estamos hablando de los mismos demonios.

Percibí la mirada que intercambiaron Spaw y Askaldo. El templario cogió entonces una manzana del cuenco, marcó una pausa, pensativo, y al fin concedió:

—Tal vez no estemos hablando de los mismos demonios. Así como entre los saijits hay monstruos, entre los demonios también los hay. Y tal vez sean más numerosos en proporción entre los nuestros —murmuró—. Los hay que matan porque los educaron para que mataran saijits. Por la buena causa. En honor a la Sreda y a la vida. Para ellos, los saijits son monstruos. Cadáveres andantes que masacraron a sus ancestros y siguen matando a sus hijos. —Tensó la mandíbula y agregó—: Ese, al menos, es el punto de vista de los Droskyns.

Me recorrió un escalofrío. Lénisu enarcó una ceja, intrigado.

—¿Los Droskyns? ¿Los demonios de la Isla Coja?

Spaw suspiró y negó con la cabeza, como fatigado.

—No. Esos no eran Droskyns. Esos convivían con saijits. Los esclavizaban. Y querían convertirlos en demonios. Los verdaderos Droskyns se contentan con matarlos. Y si de veras las personas a las que mató Néldaru eran criminales, es posible… que fuesen Droskyns.

—O no —replicó Kwayat. Era la primera vez que tomaba la palabra y su voz grave me estremeció—. Los Shargus son tan fanáticos como los Droskyns. Son capaces de matar a cualquiera que vean transformado. ¿Me equivoco? —le soltó a Wanli con tono amenazante.

La Sombría tragó saliva pero no contestó.

—Y bien —dijo Márevor, atrayéndose bruscamente las miradas de todos—. Está claro que en esta habitación no tenemos a ningún monstruo: de lo contrario ya estaríais matándoos entre vosotros y yo estaría pensando en si resucitaros o no. Así que tranquilizaos y decidme, ¿qué vais a hacer ahora? Aparte de proteger a Shaedra, claro.

Noté la indecisión de los demás demonios. Spaw le dio un mordisco a su manzana, mirándole a Askaldo con cara interrogante. El elfocano se rascó la barbilla y asintió.

—Por supuesto, mi intención primera era la de asegurarme de que Shaedra estuviese a salvo. Sin embargo, vengo también a contarle… —me miró y sonrió levemente— una historia.

Resoplé carcajeándome, sorprendida.

—¿Una historia?

—La historia del Desvelo —declaró Askaldo. Intrigada, advertí que Spaw ponía los ojos en blanco y que Kwayat sacudía la cabeza, incrédulo—. Ya has oído hablar de la Guerra de la Perdición. La guerra más cruenta que enfrentó a demonios y saijits hace más de mil años.

—Oh, sí, la recuerdo —intervino Márevor Helith, mientras yo asentía con la cabeza—. Una guerra que llegó hasta los confines más profundos de los Subterráneos. Fue una época muy movida. Los nigromantes proliferaban como conejos. ¡Sí!, me acuerdo como si fuera ayer. Fue entonces cuando conocí a Jiléhy, o como se hacía llamar antes: Aethlinris. Un gran celmista. Lo que sé sobre los demonios lo aprendí gracias a él.

Askaldo se quedó mirándolo, boquiabierto.

—¿Aethlinris? —repetí, meditativa. El nombre me sonaba muchísimo.

—El Rey Demonio —completó Kwayat—. Murió en la guerra, asesinado por los saijits. Por su propio pueblo.

Entonces lo recordé: había leído su historia en un libro que me había prestado Arfa, en Mirleria. Aethlinris, el Rey Demonio. Pero el caso era que el nombre de Jiléhy también me sonaba. Y, al fin, caí en la cuenta: era el esqueleto ciego que había salvado a Jaixel, quinientos años atrás. Hice una mueca, esperando que los demonios no se percatasen de que Márevor Helith había resucitado al Rey Demonio.

—Jiléhy —murmuró de pronto el lich—. ¿Jiléhy… era un demonio?

—Ajá. Lo fue —afirmó Márevor. Puso expresión evasiva—. Pero, diablos, perdona mi interrupción, Askaldo hijo de Ashbinkhai.

Askaldo espabiló. Por lo visto, la idea de que el nakrús hubiese conocido a un personaje histórico lo había dejado suspenso.

—Esto… sí. Como decía, todo empezó después de la Guerra de la perdición. Cuando estuvimos en Ató, ¿recuerdas que os canté las palabras de *Tierra Maldita*, la canción de Sherathul? —me preguntó. Asentí de nuevo, desconcertada—. Bueno. Existen varias versiones de esa canción. Y una de ellas cuenta cómo era el mundo mucho antes de la Guerra de la Perdición. Al parecer, antaño, los demonios convivíamos con los saijits sin tener que escondernos. La gente pensaba que éramos seres especiales elegidos por los dioses. Más tarde dijeron que esos dioses no eran más que entidades paganas y demoníacas, pero entonces había mucha gente saijit

que adoraba la Sreda como a una diosa. Realizaban ceremonias en templos y la mayoría de los sacerdotes eran demonios y utilizaban su sryho para… bueno… no sé exactamente para qué. Fue tan sólo cuando se quiso imponer el erionismo por todas partes que se empezó a decir que los drasit, como nos llamaban entonces, eran monstruos infernales. Y… se multiplicaron las comunidades cerradas de drasits que se negaban a abandonar el culto de la Sreda para convertirse al erionismo. Y bueno, luego vinieron los Droskyns. Y la guerra.

Lo observé, fascinada y temerosa a la vez, porque no veía muy bien a dónde quería ir a parar Askaldo con su historia. Spaw se levantó, abrió una ventana y arrojó el corazón de su manzana mientras soltaba, pensativo:

—La pregunta es: ¿quiénes atacaron antes, los Droskyns o los saijits?

Askaldo sacudió la cabeza.

—En una guerra, eso es lo de menos. Tanto los cazademonios como los Droskyns fueron unos salvajes. Los Droskyns y otras Comunidades pasaron acuerdos con pueblos orcos, los cazademonios adiestraron criaturas mortíferas, y… bueno, murió mucha gente —apuntó, echando una ojeada rápida a Márevor—. Como sabéis, la guerra no acabó con ningún acuerdo: los demonios nos encerramos en nuestras cavernas y nos perdimos en el olvido.

Inspiró y entonó en tajal con una voz suave y profunda:

La tierra nos enterró.
El tiempo nos olvidó.
Demonios, drasits sin nombre,
¡somos nuestra perdición!

El mundo nos torturó.
La esperanza nos hurtó.
Demonios, drasits sin nombre,
¡somos nuestra perdición!

Pero un día surgirá
una llama salvadora
que lleve en su corazón
un intenso amor.

Amor, no odio; esperanza,
constancia, y no venganza.

La sangre será limpiada
con compasión.

Será hoja la raíz.
Se unirán muertes y vidas.
Y así, sin terror ni iras,
conviviremos en paz
drasits y saijits.

¡El Desvelo, hermanos míos,
será nuestra salvación!

La emoción y la esperanza que vibraban en la voz de Askaldo eran demasiado evidentes como para pensar que estuviese fingiéndolas. Meneé la cabeza, aturdida. Arrimado junto a la ventana, Spaw carraspeó y rompió el silencio.

—Askaldo está convencido de que ha llegado ese tan ansiado y épico momento del Desvelo. Como podéis ver, no sólo los saijits tienen sueños irrealizables.

Askaldo le echó una mirada aburrida.

—No soy un lunático. Pero el Desvelo es algo de lo que habla todo el mundo. Incluso Lilirays pensaba que era un momento ideal para intentar cambiar las cosas.

Spaw esbozó una sonrisa y se miró las uñas.

—Incluso Lilirays —repitió—. Vaya. Entonces, si Lilirays piensa que es el momento ideal para salir a la calle transformado en demonio, no veo por qué no iba a hacerle caso. —Resopló irónicamente—. Por curiosidad, ¿qué opina tu padre de todo esto?

Un destello de irritación pasó por los ojos de Askaldo.

—¿Y qué importa lo que opine mi padre? Yo no actúo en nombre de la Comunidad de la Mente. De hecho, no tengo pensado actuar jamás en nombre de ninguna Comunidad y se lo dije a Ashbinkhai. Sin embargo, sí actuaré por el Desvelo. No te das cuenta de la vida que llevan algunos táhmars, escondidos en los bosques como salvajes. No te das cuenta de lo duro que es estar constantemente pendiente de si alguien te descubre. Su vida es como un veneno que mata lentamente.

—Me doy cuenta —replicó Spaw algo bruscamente—. Y me doy cuenta también de que tu Desvelo puede provocar otra guerra. Puede provocar la

muerte de esos táhmars de los que hablas.

Askaldo meneó la cabeza, calmándose.

—No se conseguirá mejorar nada pensando así. El Desvelo tal vez tarde décadas en llevarse a cabo… pero si no se intenta, seremos esclavos de la sombra para siempre. Llevo años pensándolo y no me rendiré.

Desde luego, parecía más que convencido de lo que afirmaba, observé, impresionada.

—Eso está muy bien —intervino Lénisu—, pero ¿qué tiene que ver Shaedra con todo esto?

Askaldo hizo un mohín y me confesó:

—En realidad, quería pedirte un favor. Cuando regresé del Bosque de Hilos, pasé por Ató y enseguida oí hablar de ti. Me disfracé para que no me reconocieran tus amigos Aleria y Akín, y cuando fui a identificar las mágaras en casa de ese semi-orco, le pregunté si de verdad pensaba que eras una demonio. Él me contestó exactamente lo siguiente: *“Aunque lo sea, extranjero, iría a salvarla si supiese dónde está.”* Y añadió algo como que para ser un monstruo antes había que actuar mal. —Sonrió y agregó—: Si exceptuamos los cuatrocientos kétalos que me hizo pagar por las identificaciones, ese semi-orco me cayó bien. Al igual que la joven drayta, aunque ella apenas habló. Y no me cabe duda de que estaba muy preocupada por ti.

Hice una mueca e intercambié una mirada turbada con Aryes.

—¿De qué favor hablas? —inquirí.

—Verás, sé que puede resultarte una locura, pero me gustaría que volvieras a Ató.

Spaw bufó, Lénisu se sobresaltó y yo miré a Askaldo, atónita.

—¡Sí, por supuesto! —exclamó Spaw, enfadado—. Shaedra, debes volver a Ató para que te desvelen y te quemen viva. Y problema resuelto. ¿Cómo es que no se nos había ocurrido antes? Por favor, Askaldo —resopló para calmarse—, creía que tenías un poco más de sentido común.

—Tengo todo el sentido común necesario —replicó Askaldo—. Ella conoce a muchos saijits en Ató. Gente que estaría dispuesta a pensarlo detenidamente antes de «quemarla viva», como dices. Si sale torcido, estaremos ahí para sacarla de apuros. No se me ocurre una manera más perfecta para empezar el Desvelo: convencer a los habitantes de Ató de que confíen en Shaedra. Y al fin, de que confíen en nosotros. Eso será el

siguiente paso. A menos que te niegues —agregó—. En tal caso, lo entendería perfectamente. Mi propuesta es más arriesgada. Si te niegas, saldré yo mismo a desvelarme, completamente desarmado, a ver qué pasa.

Lo contemplamos durante unos segundos, anonadados.

—A ver qué pasa —repitió Daorys en un murmullo—. Mawer… Definitivamente, el sol de la Superficie no es bueno para la cabeza.

—El sol no tiene nada que ver —aseguró Spaw, sentándose de nuevo a la mesa—. En fin, dejémonos de Desvelos por el momento, Askaldo. Si Shaedra quiere acompañarte, allá ella. Yo más bien pensaba tratar de evitar cualquier contacto con los saijits e ir a visitar a Zaix.

Desvié la mirada de la suya y asentí.

—Askaldo, comparto tu sueño, como la mayoría de los demonios, supongo. Y me encantaría que se hiciera realidad algún día, pero… entrar en una ciudad donde no soy bienvenida no… —carraspeé y me interrumpí. En el fondo, quería, no, *deseaba* de todo corazón poder llegar a Ató y hablar de nuevo con mis hermanos, hablar con Kirlens, con Wigy, con Deria y Dol y el maestro Áynorin… pero, como bien decía Askaldo, el Desvelo podía ser una empresa que durara décadas y que tal vez no llegase nunca y, a menos que no hubiese otra solución, yo no quería pasarme la vida con constantes temores y repitiendo una y otra vez a los saijits que no era un monstruo.

Askaldo me dedicó una mueca sonriente.

—Lo entiendo —dijo simplemente.

—Askaldo… —carraspeé—. Lo de pasearte por la calle transformado era una broma, ¿no?

La sonrisa del demonio se ensanchó.

—No. No lo era. Pero lo planificaría todo con otras personas para que estas viniesen a salvarme en caso de apuro. Como decía, llevo años pensando en la mejor manera de convencer a una sociedad que somos drasits y no demonios.

—¿Cuál es la diferencia? —replicó Kwayat—. Somos demonios y somos drasits… Somos defensores de la Sreda. Eso es lo único que importa.

—No —desaprobó Askaldo—. Deberíamos dejar de llamarnos a nosotros mismos demonios, Kwayat. El apelativo nos lo dieron los saijits. Nosotros no somos demonios.

—Lo somos —insistió Kwayat, terco—. Desde hace más de mil años. Desde que fuimos capaces de aliarnos a los Droskyns para matar.

—Para defenderse —objetó Askaldo.

—O para atacar —retrucó Kwayat—. No conocemos los detalles. No sabemos quiénes efectivamente provocaron la guerra.

—Y qué más da —suspiró Askaldo—. El problema es conseguir que hoy en día los saijits vuelvan a aceptarnos.

Kwayat emitió un bufido sardónico.

—No espero que los saijits me acepten. Yo no los acepto.

Askaldo se encogió de hombros mientras los demás hacíamos muecas molestas, salvo Márevor y Jaixel: mientras que el primero seguía la conversación con educado interés, el segundo parecía aburrirse mortalmente.

—Esa es una actitud propia de ti, Kwayat —dijo Askaldo—. Y me parece que te equivocas del todo. Estoy convencido de que muchos demonios tendrán miedo como tú. Pero las cosas no van a mejor escondiéndose de esa manera. Incluso van a peor. Los Droskyns son numerosos. Y los cazademonios se multiplican. Tal vez no en Ajensoldra, pero en Iskamangra se está hablando mucho de ello —aseguró—. Sobre todo desde el incidente que hubo en Enzalrei hace tres años: una de las princesas de la familia imperial dio a luz a un demonio, o más bien un drasit —se corrigió—. Como es natural, un instructor fue a buscarlo. Lo pillaron y lo encarcelaron con la intención de quemarlo vivo. Por suerte, consiguió escapar y logró salvar al recién nacido. Os lo he dicho. Los saijits empiezan a formar verdaderas cofradías de cazademonios al estilo de los Shargus. La mayoría los ven como paranoicos, ¿pero hasta cuándo? —Realizó un vago ademán—. Así que, o bien dejamos que la tierra nos entierre del todo, o bien salimos a la luz para impedir que los drasits vayan muriendo con cuentagotas. También existe la posibilidad que propone Ashbinkhai: aniquilar a todos los cazademonios. Yo pienso que eso es una tarea imposible. Aunque se matasen todos, saldrían más. Los saijits son mayoría aplastante.

—Ya veo —intervino Spaw—. En vez de que los saijits nos vayan matando con cuentagotas, quieres que nos maten a todos rápidamente, empezando por Shaedra. —Levantó una mano para prevenir la interrupción

de Askaldo—. Lo sé, estás convencido de tu buen hacer. Como lo están los Droskyns —añadió.

—Yo no voy a matar a nadie.

—¿Ah, no? —replicó el templario—. Tal vez no directamente. Pero si tu plan, sea cual sea, sale torcido, morirán quienes te hayan seguido. Y luego habrá otros demonios que querrán vengarse. Y desembocamos en una nueva guerra. Y esta vez, nuestra perdición será total y los pocos demonios que quedarán vivos vivirán metidos en lo más profundo de los Subterráneos o encarcelados en laboratorios y pensarán: Askaldo Ashbinkhai, nuestro salvador. Lo siento, Askaldo, no quisiera ofenderte, pero cuanto más hablas del Desvelo más me doy cuenta de que hablas en serio y eso me preocupa.

—Pues no debería… —Askaldo suspiró ruidosamente—. No importa, os deseo toda la suerte del mundo de todas formas.

Me sentí culpable pero al mismo tiempo me resultaba del todo absurdo que Askaldo me pidiese que lo ayudase para una acción tan suicida y encomiable a la vez. Estaba segura de que Frundis hubiera querido asistir a tan heroica empresa. Me levanté y posé mi puño contra mi pecho.

—Yo también te deseo toda la suerte del mundo, Askaldo —pronuncié con sinceridad.

—Estupendo —dijo Lénisu—. Yo le deseo suerte a todo el mundo. En realidad, la idea de Askaldo no me parece tan mala, vista desde una perspectiva… er… relativa. Esto… bueno, en cualquier caso, yo…

Se interrumpió de golpe cuando la puerta de la habitación se abrió. La alta silueta del Mentista apareció en el marco. Tras un breve silencio en el que nos contempló a todos con una mirada agotada, declaró:

—Necesito sangre.

25 La humillación

Su rostro estaba extremadamente pálido. De su boca, salían dos hilillos de sangre seca. Y su pecho estaba vendado completamente, ocultando la herida.

Arrodillada junto a la cama, intercambié una mirada silenciosa con Spaw. El templario parecía muy impresionado por lo que le había sucedido a Drakvian. Al entrar en la habitación, había mascullado entre dientes: *"Maldito Shargu."* Y ahora, sentado contra un muro, parecía sumido en sus pensamientos.

Lénisu, Spaw y Wanli habían vuelto de cazar hacía unas horas y el Mentista le había hecho beber a la vampira todas las presas hasta la última gota. *"Necesita sangre para que la herida se cure"*, había explicado en voz baja. Márevor Helith lo había reemplazado durante un buen rato para tratar de acelerar la curación de Drakvian y, agotado por haber utilizado tanto el tallo energético, Alal se fue a dormir. Como ya había anochecido, los demás no tardaron en imitarlo tras una cena frugal. Lénisu había salido, quién sabe si porque esperaba que Néldaru regresase o qué. Tras una breve indecisión, había visto a Wanli y a Miyuki salir a su vez, y adiviné que nuestra compañía les causaba aún cierta aprensión.

Aryes abrió la puerta, entró y la volvió a cerrar. Nos echó un vistazo, miró a Drakvian y su mirada se posó al fin sobre Iharath, profundamente dormido en su jergón después de tanto sortilegio esenciático.

Sin una palabra, cruzó la habitación y se dejó caer sobre su propio jergón. Sus mechones blancos como la nieve caían enmarañados sobre su rostro, iluminados por la débil luz de una vela.

—Deberíamos dormir —murmuró.

Asentí pero pregunté:

—¿Lénisu aún no ha regresado?

Aryes sacudió la cabeza.

Como faltaba un jergón, juntamos los dos que teníamos y tratamos de ampliarlos un poco. Sin embargo, Spaw no vino a tumbarse y se quedó sentado en el suelo, con la mirada perdida. Sólo cuando me tumbé sentí el cansancio abatirse sobre mí.

—Buenas noches —susurré.

Ambos me contestaron. Syu vino a acurrucarse junto a mí y sonreí al oír un ruido de estómago.

“¿Cuántas manzanas has comido, Syu?”, le pregunté, socarrona.

El mono gawalt abrió un ojo.

“Pff. No las he contado.”

Puse los ojos en blanco y los cerré, divertida. Al fin y al cabo, el día no había sido tan catastrófico: Drakvian iba a recuperarse, los Sombríos se habían marchado, Wanli parecía ya convencida de que yo no merecía morir, y los demonios habían llegado en son de paz, sin alarmar demasiado y sin alarmarse por la presencia de Jaixel y Márevor. Finalmente, si no venía un ejército de Shargus a cercar el claro durante la noche, podía considerarme afortunada.

Largo rato estuve dándole vueltas a la propuesta de Askaldo. La había rechazado, claro está: mi sentido común y mi espíritu gawalt me prohibían formalmente meterme en tamaña atrapadora. Sin embargo, ¿y si Askaldo conseguía que los saijits reconsiderasen su opinión sobre los demonios? ¿Y si un día pudiera yo volver a Ató? Era una posibilidad esperanzadora, aunque poco probable.

Llevaba tal vez más de una hora pensando en las mismas cosas cuando oí un ruido sutil y abrí los ojos. Spaw acababa de salir del cuarto. Fruncí el ceño, preocupada. Estaba claro que algo alteraba a Spaw. Tal vez fueran los recuerdos de los Droskyns. O tal vez no. Pasaron unos minutos antes de que oyera la puerta de entrada abrirse de nuevo y unos ruidos de botas contra la madera. Reconocí las voces cuchicheadas de Wanli y Miyuki. Pero no estaba Lénisu. Meneé la cabeza y me aparté suavemente de Syu y de Aryes. Deseaba hablar con Lénisu a solas y aquel me pareció de pronto el mejor momento. Abrí la ventana silenciosamente y salí. Había lloviznado y la hierba estaba mojada. Avancé por el claro bajo la luz de la Luna, buscando la silueta de Lénisu. Al fin, lo encontré en compañía de Spaw cerca de los manzanos que empezaban a deshojarse. Ambos parecían tan tensos como catraíndes.

Al verme llegar, se giraron hacia mí. Spaw meneó la cabeza y, sin una palabra, se dio la vuelta y se alejó con viveza. Sorprendida, lo vi dirigirse hacia el estanque. Alcancé a Lénisu y lo miré, interrogante.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Lénisu suspiró.

—No deberías salir de casa sola. He hablado con Néldaru: otros Shargus podrían estar buscándote.

Fruncí el entrecejo y vi que apretaba el pomo de Hilo con fuerza, como inquieto.

—Lénisu, ¿qué os habéis dicho Spaw y tú? Parece como si os hubieseis enfadado.

Mi tío se encogió de hombros y se relajó.

—No me he enfadado con él, qué ideas. Olvídate de eso —añadió, al ver que su respuesta me había dejado escéptica. Se sentó en una piedra y me invitó con un gesto a que lo imitara—. ¿Menudo día, eh, sobrina?

Resoplé.

—Así que has hablado con Néldaru —dije.

—Ajá. Volvió después de dejar a Ujiraka con Awsrik y sus dos compañeros. Volvió… a avisarme de que no podemos quedarnos aquí. Claro que era de suponer. Pero se agradece que un hombre al que has llamado amigo se comporte de veras como tal.

Hice una mueca y sacudí levemente la cabeza.

—Cuando amenazaste con matarlo… admito que por un momento creí que serías capaz de hacerlo.

Lénisu enarcó una ceja.

—Era el objetivo. Pero tú me conoces: era puro teatro. Si lo hubiese matado, me hubiera desmayado y luego me habría deprimido hasta el día de mi muerte. Pero entre los Sombríos que no me conocen tengo cierta reputación y creo que incluso Wanli dudó por un instante.

—Aun así, yo nunca le perdonaré lo que le ha hecho a Drakvian —murmuré.

Lénisu desvió la mirada, sombrío, antes de contestar:

—Cualquier saijit la habría intentado matar. Es una vampira. Néldaru no sabía que estaba con nosotros.

—Es un asesino como Ew Skalpaï —gruñí.

Lénisu alzó la mirada hacia la Luna, semiescondida entre las nubes nocturnas.

—No es igual —repuso al fin—. Néldaru ha sabido escucharme. Y creo que lo ha entendido… Aunque con Néldaru nunca se puede saber: a veces

pone cara de lunático y no es fácil adivinar lo que piensa. Pero te aseguro que si hubiese querido matarte… lo habría hecho.

Asentí, recordando el golpe de revés que me había dado el esnamro con su espada.

—Lo sé.

Hubo un breve silencio. En el bosque, se oían gritos de búho y silbidos de cigarras.

—Finalmente, la idea de pedirle a Alal que viniera no ha sido tan mala —sonrió Lénisu.

Le devolví la sonrisa.

—No. Suerte que sea un buen curandero. En cuanto a lo de la Sreda…

Lénisu hizo un ademán, interrumpiéndome:

—No hablemos más de eso. Entiendo… bueno, no lo entiendo, pero trato de entenderlo y creo que tienes razón. Para ti, dejar de ser una demonio ahora sería como… dejar de ser tú misma, ¿verdad?

Sus ojos violetas me examinaron, interrogantes. Asentí sin dudarlo un segundo. Un destello burlón iluminó su rostro y me pasó un brazo fuerte por los hombros, soltando con ligereza:

—¿Sabes qué? No todo el mundo tiene a una sobrina demonio. Y la verdad es que me siento bastante orgulloso.

Me carcajeé por lo bajo y nos levantamos para encaminarnos hacia la casa.

—Lénisu —dije tras unos pasos—. Si es cierto que los Shargus siguen buscándome, encontrarán este claro enseguida. Será mejor que me marche mañana.

—Te acompañaré —afirmó mi tío.

Me tranquilizó su reacción, pero meneé la cabeza.

—No sé si deberías. Tienes una vida en Ajensoldra y me sentiría culpable si te fueras de aquí por mí. Además, te prometo que no me meteré en más líos. Aryes dijo que vendría conmigo.

Lénisu esbozó una sonrisa.

—Desde que lo vi, ese kadaelfo siempre me ha caído bien. Pero te acompañaré de todas formas. Y os dejaré en un lugar seguro.

Me mordí el labio y asentí, nerviosa.

—Cuando vuelvas a Ajensoldra, tal vez puedas… hablar con Murri y Laygra y… hablar con Kirlens. Tal vez podrías decirles que… —Tragué saliva, sin saber qué añadir. ¿Qué podía decirles Lénisu? ¿Que no pensasen que me había convertido en un monstruo? ¿Que había decidido irme lejos sin ni siquiera despedirme de ellos?

Lénisu suspiró mientras caminaba.

—Les hablaré, te lo prometo. Pero fíjate en que aún no hemos ni salido de Ajensoldra, así que no pensemos demasiado en el futuro, ¿eh? Mañana atravesaremos el bosque rumbo al sureste, pasaremos por las Montañas de Acero, iremos a Mirleria y tomaremos un barco. Y luego… —vaciló y yo me carcajeé por lo bajo, interrumpiéndolo.

—Ya será un gran avance si consigo llegar viva a Mirleria —repliqué. Lénisu hizo una mueca y sonreí—. Como dices, no pensemos demasiado en el futuro.

Estábamos casi llegando a la puerta cuando una sombra sentada en una roca del estanque atrajo mi atención. El estado de Spaw empezaba a preocuparme seriamente.

—Enseguida entro —dije.

Lénisu miró la silueta de Spaw y me echó una ojeada curiosa antes de asentir.

—Si oyes cualquier ruido extraño en el bosque, corre inmediatamente adentro.

Le sonreí con todos mis dientes.

—Te lo prometo.

Me acerqué a la roca. La luz de la Luna se reverberaba en las aguas del estanque. Spaw permanecía inmóvil, sumido en sus pensamientos.

—Er… ¿Puedo sentarme?

Me miró de reojo y asintió con la cabeza. Me senté, deseando saber qué diablos habían estado diciéndose él y Lénisu. Iba a preguntárselo cuando Spaw tomó la palabra.

—Cuando te vayas… no podré acompañarte. Al menos, no enseguida. Aún tengo un asunto que resolver.

Enarqué las cejas, sorprendida por su tono de voz. Estuve a punto de preguntarle en qué consistía ese «asunto», pero luego pensé que si no deseaba ser más explícito sería por una buena razón.

El demonio alzó la mirada y vaciló antes de añadir:

—Lo siento.

Meneé la cabeza.

—No te preocupes. Espero que no sea un asunto grave.

—Oh, no. No es un asunto de vida o muerte. No del todo. Pero… es algo que deseo resolver desde hace muchos años. —Un reflejo intenso brilló en sus ojos. Me dedicó una leve sonrisa—. Espero que te cuides, allá donde vayas. Nos volveremos a ver… de todas formas.

Inspiré hondo, súbitamente emocionada. ¡Iba a echar de menos a tanta gente saliendo de Ajensoldra! Mis ojos se humedecieron. Sin previo aviso, sentí la mano de Spaw sobre mi mejilla y sus labios cálidos contra los míos. Acallé cualquier pensamiento. Él se apartó antes que yo, dejándome anonadada y con el corazón latiéndome a toda prisa.

—Lo siento —repitió. Se pasó una mano por el pelo, alterado—. Soy un idiota. No debería… Bueno. Aryes… Yo no quería…

Levanté una mano para apaciguarlo.

—No te azores. —Tragué saliva, sintiendo aún el contacto de sus labios sobre los míos—. Si Aryes hubiese nacido lejos de Ató, seguramente yo… Bueno. No sabes cuánto me importas, Spaw.

El templario esbozó una sonrisa.

—Pues claro. Siempre seguiremos siendo como hermanos.

—Como hermanos —asentí, aunque una parte de mí hablase a regañadientes. Sentía que mi corazón empezaba a desgarrarse como un viejo trapo demasiado usado y traté de cambiar de tema—. ¿Qué os estabais contando, Lénisu y tú?

Spaw sacudió la cabeza.

—No te preocupes por eso. Deberías ir a dormir o mañana a la mañana no habrá quien te saque de la Quinta Esfera.

Hice una mueca leve pero no insistí y le devolví una sonrisa.

—Buenas noches, Spaw.

—Buenas noches. Shaedra.

Me alejé sintiendo que aún mi corazón latía anormalmente rápido. Entré en la casa por la ventana y me tumbé de nuevo entre Syu y Aryes. El mono se había hecho un ovillo y dormía plácidamente. Contemplé el rostro del kadaelfo durante unos minutos y al cabo sonreí. Como hubiera dicho Syu, no había que darle demasiadas vueltas a las cosas. Y pensando así, concilié

al fin el sueño y soñé que me sentaba en una pradera y comenzaba a meditar como Srakhi Léndor Mid sobre la Paz.

* * *

Desperté cuando aún el cielo apenas empezaba a azularse, por un bufido que se oyó por toda la casa.

—¡Ladrón!

Me levanté de un bote y me precipité hacia la puerta en el instante en que Aryes e Iharath se enderezaban preguntando con los ojos semicerrados qué demonios estaba pasando. Descubrí la respuesta con una simple ojeada que me dejó estupefacta: Lénisu se abalanzaba afuera, hacia un Spaw que llevaba una espada corta entre las manos. Askaldo, Kwayat y Daorys salían del otro cuarto cuando yo eché a correr hacia Lénisu y Spaw.

—¡Spaw! —exclamé. No podía creer que hubiese sido capaz de intentar robar la espada de Álingar. ¡Era tan absurdo!

De pronto, sentí un rayo de energías atravesar el aire. Spaw dio un paso, dos pasos, y cayó de rodillas, como mareado. Giré bruscamente la cabeza hacia donde había salido el rayo de aturdimiento y vi a Márevor Helith de pie, junto al estanque.

Lénisu recorrió los últimos metros y se apresuró a recuperar su espada.

—¿Te has vuelto loco? —ladró—. ¿Spaw…? ¡Spaw!

Llegué a su altura y vi cómo Spaw, transformado en demonio, se levantaba con dificultad. Meneó la cabeza, aturdido. Sus ojos rojos brillaron como dos fuegos.

—Necesito esa espada —articuló.

No fue más explícito, pero enseguida entendí su razonamiento. Tras oírnos contar cómo Lénisu había logrado luchar contra la parálisis activando la espada, había deducido que esta absorbía la energía. Y con toda probabilidad aquella noche le había pedido ayuda a Lénisu y este se la había denegado. Y no había encontrado otra manera que la de robarle la espada…

Lénisu resopló, sarcástico.

—No podrás activarla solo, de todas formas. Además, ¿quién te dice que Hilo es capaz de salvar a Zaix? Una cosa es que ayude a mi sobrina

porque es mi sobrina y otra cosa que ayude a un demonio al que no he visto nunca. Devuélveme el Corazón.

Spaw tensó la mandíbula y echó una mirada hacia los demás que acababan de alcanzarnos. Al fin, asintió, metió la mano en un bolsillo y sacó el Corazón de Álingar. Lénisu se lo arrebató de las manos con viveza.

—Sé que la espada lo liberaría —dijo Spaw—. No tenía intenciones de robarte nada, Lénisu. Pero tú eres más terco que un burro. Y llevo tantos años buscando una manera para liberar a Zaix que tu rechazo me parece crueldad gratuita.

—Crueldad gratuita —gruñó Lénisu—. ¿Y robarme a Hilo no es eso crueldad gratuita? Hilo lo es todo para mí. Me siento como si me hubieses apuñalado por la espalda.

Su comparación podía parecer algo exagerada para alguien que no lo conocía, pero, sin entender muy bien por qué, yo sabía cuán importante era la espada para él. Spaw lo miró a los ojos, agachó la cabeza y, para asombro de todos, se arrodilló ante él, realizando uno de los gestos más antiguos y también más inusuales de los demonios: le estaba suplicando a Lénisu que lo ayudase.

—Acompáñame a ver a Zaix y libéralo tú mismo —dijo con firmeza—. Y a cambio puedes pedirme todo lo que tú quieras. *Cualquier cosa*.

Siempre había sabido que Spaw deseaba liberar a Zaix, pero hasta entonces jamás lo había visto expresar un fervor tan intenso, como si estuviese expresando el propio deseo del Demonio Encadenado.

Lénisu abrió la boca y supe que, aunque se había quedado impresionado, distaba mucho de haber entendido el alcance del gesto de Spaw. Intervine suavemente:

—Lénisu. Acepta, por lo que más quieras. No sabes lo que significa ese gesto entre los demonios. —Lénisu enarcó una ceja, desconcertado, y yo le eché una ojeada rápida a Kwayat antes de proseguir—: Según recuerdo, el que se arrodilla suplica algo a cambio de cualquier cosa y si el otro se niega entonces el suplicante queda deshonrado para siempre a menos que se vengue. Es un asunto bastante serio y muy poco frecuente.

Spaw no pronunció palabra alguna y se quedó inmóvil, como esperando una respuesta. Lénisu carraspeó, molesto.

—El problema es que yo no soy un demonio, de modo que ese gesto no tiene ningún significado para mí y no tengo la sensación de estar

deshonrando a nadie… No sé si merece la pena tomárselo todo tan en serio. Zaix seguro que está muy contento con sus cadenas. Lo siento, Spaw. No puedo prometerte nada.

El silencio se hizo pesado. Las marcas de la Sreda sobre el rostro de Spaw se volvieron aún más negras y brillantes. Estaba claro que la respuesta de Lénisu lo había destrozado y, conociendo sus impulsos, temí que estuviese a punto de cometer un error… Un súbito ruido de pasos precipitados nos llegó desde los lindes del claro y nos giramos todos, sobresaltados. Los primeros rayos de sol iluminaban ya el cielo y pude ver sin dificultad la silueta que se acercaba. Era Wanli. Con cierta sorpresa, deduje que había tenido que salir durante la noche y, por un terrible instante, temí que nos hubiese traicionado. Sin embargo, no tenía sentido entonces que hubiese vuelto, razoné. La Sombría llegó hasta nosotros, resollando.

—He ido hasta Belyac —declaró—. Están preparando una caza dentro del bosque. Son una veintena. Llegarán tal vez dentro de una hora… tal vez dos. No podemos quedarnos aquí. —Nos miró a todos y sólo entonces pareció extrañarse de la situación—. ¿Qué hacéis todos levantados? ¿Qué le pasa a ese joven? —preguntó, refiriéndose a Spaw. Sus ojos se agrandaron, alarmados, cuando vio sus marcas.

—Una hora —repitió Lénisu, sin contestar a sus preguntas—. Eso… no nos deja mucho margen. Pero espera un momento, ¿cómo así te has ido a Belyac en plena noche?

Wanli sostuvo su mirada con firmeza.

—Alguien tiene que avisaros cuando se acercan los problemas —replicó—. Y alguien tiene que solucionarlos. Voy a tratar de crear más rastros para que se pierdan mientras vosotros huis de aquí. Pero tenéis que iros ya.

Todos nos habíamos puesto nerviosos, salvo Spaw, quien acababa de levantarse con lentitud. Estaba extremadamente pálido.

—Yo puedo ayudar a algunos de vosotros —intervino de pronto Márevor.

Se acercaba con su andar esquelético y con su sombrero rojo. Al advertir nuestras miradas de incomprensión, señaló algo junto al estanque.

—El monolito —explicó al ver que aún no acabábamos de entenderlo. Entorné los ojos y creí percibir al fin un ligero filamento energético casi transparente. Ante el portal, Jaixel parecía estar reforzándolo—. Puedo

hacer que lo atraveséis —continuó el nakrús—. Hasta, tal vez, cinco personas. Evidentemente, me llevo a Ribok. Y a Drakvian —apuntó—. Tengo que dejarla en un lugar seguro donde pueda descansar y reponerse del todo. Podría crear dos salidas: una que conduzca a ese lugar seguro y otra que me lleve a mí y a Ribok más lejos. Aún no he renunciado a mis gahodals —anunció con aire divertido.

Los demonios intercambiaron miradas aprensivas e incrédulas. Lénisu asintió enérgicamente, como si la idea le pareciese estupenda.

—Llévate a Shaedra. Me lo debes.

—Lo haré encantado —sonrió el nakrús—. La dejaré junto a Drakvian en mi isla. —Realizó un gesto—. Y ahora, venid todos y observad mi obra de arte.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia su monolito. Tras una vacilación, Askaldo, Kwayat y Daorys se apresuraron a volver a la casa para coger sus pertenencias. Intercambié una mirada confundida con Aryes y luego me giré hacia Lénisu con los ojos agrandados.

—¿No pretenderás que pase otra vez por un monolito y os deje a todos atrás?

—Eso es exactamente lo que pretendo. Wanli, aún no te vayas. Te acompañaré. —El rostro de la elfa de la tierra se aclaró levemente y asintió. Dicho esto, Lénisu me dio un fuerte abrazo al que intenté sustraerme.

—Beksiá, tío Lénisu —mascullé—. Ni que fuera un adiós eterno.

Sonrió.

—Iré a Dathrun en cuanto pueda. No te preocupes por mí —añadió al ver mi expresión sombría—. A Lénisu Háreldin nunca le pasa nada.

—Esa es la mentira más grande que he oído en mi vida —repliqué.

Lénisu se carcajeó, me revolvió el cabello e iba ya a alejarse con Wanli cuando solté:

—Sé que no es el momento ideal pero… ¿por qué es tan importante para ti la espada de Álingar? ¿Es que perteneció a alguien que conoces?

Por un instante, creí que Lénisu no iba a contestar. Sin embargo, se detuvo y una sombra pasó por sus ojos.

—No perteneció a nadie que conociera. Pero contiene recuerdos de una persona que conozco. De una persona a la que amé.

Miyuki seguía con nosotros y advertí el sobresalto que le causaron sus palabras.

—¿No estarás… hablando de mi hermana? —preguntó la elfa oscura, turbada.

Fruncí el ceño, sin entender nada. ¿De qué hermana estaban hablando?

—De ella hablo —asintió Lénisu en un murmullo—. Un día, activé la espada y… no sé muy bien lo que pasó pero los recuerdos quedaron grabados en ella y se hicieron tan vivos que me pareció que ella volvía a… —Lénisu carraspeó. Tragué saliva, entendiéndolo al fin. Hilo contenía recuerdos de Kalena Delawnendel. Algo parecido al horror se reflejó en los ojos de Miyuki y Wanli se puso lívida. Lénisu hizo un brusco ademán y gruñó—. Pero qué importa ya. Vayamos a despistar a esos cazademonios y démosle la acogida debidamente. Cuídate, Shaedra. Y cuidaos vosotros también, Spaw y Aryes.

Se alejó con prisas, acompañado de Wanli. Miyuki suspiró como con tristeza y al fin nos sonrió y nos hizo un saludo dumblorano.

—Que Úrelban os proteja.

Echó a correr hacia Lénisu y Wanli. Los tres desaparecieron pronto entre la espesura. Me sentía como una cobarde aceptando cruzar el monolito mientras Lénisu se quedaba ahí. Sin embargo, lógicamente, la que corría más peligro era yo. Los cazademonios no tenían ninguna razón para matar a Lénisu. En teoría…

—Maldito sea tu tío —gruñó Spaw.

Le dediqué una mirada elocuente.

—No se lo tengas demasiado en cuenta. Estoy segura de que si sigues insistiendo, Lénisu te hará caso.

—Sí, tal vez si me postro ante él todos los días —retrucó Spaw. Suspiró ruidosamente y se esforzó por calmarse—. Pero tienes razón, no voy a rendirme. Llevo toda la vida queriendo liberar a Zaix, y lo conseguiré. Se lo debo por todo lo que ha hecho por mí. —Nos miró a Aryes y a mí con una media sonrisa—. Espero que ese nakrús sepa lo que hace con sus monolitos.

—No lo dudes —le aseguré, sonriente.

Spaw levantó una mano. Le devolvimos el saludo y, antes de alejarse hacia el bosque, nos soltó:

—¡Me volveréis a ver!

Cuando lo perdimos de vista, Aryes se puso la capucha para protegerse del sol de la mañana. Suspiró.

—Lo echaré de menos —dijo.

Me sonrojé levemente al ver que me miraba de reojo y confesé:

—Yo también.

Nos apresuramos a volver a la casa. Kwayat, Daorys y Askaldo estaban ya listos para marcharse. Iharath y Alal estaban desplazando a Drakvian para tumbarla en la litera. Al ver a la vampira despierta, me precipité hacia ella.

—¡Podría beberme un dragón! —gruñía—. Seguro que tenéis algo bebible por aquí… Tened un poco de compasión…

—Drakvian —masculló Iharath. Se lo veía profundamente aliviado al verla consciente—. Por el momento, vamos a huir. Y luego ya te encontraremos algo para beber.

La vampira le contestó con un gruñido bajo. Salieron de la habitación y yo los seguí un minuto después, cuando hube colocado a Frundis a mi espalda: el bastón estaba alegre, aquel día, y se había puesto a cantar una balada folclórica iskamangresa. El mono gawalt, en cambio, estaba más que preocupado. Acababa de dejar el hombro de Aryes para instalarse en el mío y ladeé la cabeza, intrigada.

“Syu, ¿qué te ocurre?”

“Bueno… Si he entendido bien, ¿vamos a pasar un monolito? Recuerdo que me explicaste lo que era eso…”

Puse los ojos en blanco.

“Más de una vez te lo expliqué”, le hice notar.

“Ya. Pero entonces eso fue lo que crucé yo cuando cambié de vida”, concluyó.

No pude más que confirmárselo. Entendía de sobra su miedo: yo misma no tenía unas ganas tremendas de pasar por un monolito. Sin embargo, era la mejor solución y desde luego la única si queríamos llevar a Drakvian a un lugar seguro y cuidarla. Así que me contenté con rascarle la barbilla al mono y el pétalo azul a Frundis y salí de la casa, siguiendo a los demás.

La zona junto al estanque estaba saturada de energías y Márevor Helith parecía casi danzar alrededor del monolito, optimizando cada detalle. Cuando llegamos a unos diez metros, Iharath y Alal posaron la litera. Drakvian bufó.

—Ahora tan sólo necesita reposo y beber mucho —declaró el Mentista—. No puedo hacer nada más. Será mejor que me vaya. No quisiera… que mi presencia aquí comprometiese la reputación de mi cofradía —sonrió.

Adiviné un deje burlón en su voz y supuse que la reputación de los Mentistas era la menor de sus preocupaciones.

Le dimos las gracias por todo lo que había hecho por Drakvian y, desviando por un momento su atención del monolito, Márevor Helith le soltó:

—¡Alpyin! ¡Que los huesos te duren mucho tiempo!

Hicimos una mueca al oír su bendición. El Mentista esbozó una sonrisa, nos saludó y se marchó hacia el norte. Entonces, Askaldo se giró hacia todos nosotros.

—¡Bueno! Nuestros caminos se separan aquí y esta vez para un buen rato, me temo.

—Supongo que no has cambiado de opinión —intervino Kwayat.

—¿En cuanto al Desvelo? En absoluto. Es mi destino y mi sueño. Y pasar una vida sin ni siquiera intentar realizar sus sueños es una de las peores tragedias de este mundo —sonrió—. Por cierto —añadió. Rebuscó en su capa y sacó varios artefactos—. He pensado que estos objetos podrían seros útiles. —Para asombro mío, me tendió unos guantes pardos que tan sólo cubrían la parte principal de la mano, dejando libres la punta de los dedos y las garras. A Aryes le dio un pequeño reloj de bolsillo plateado. Y a Iharath una linterna diminuta. Ante nuestras miradas sorprendidas, Askaldo aclaró—: Si recuerdo bien lo que me explicó el semi-orco, los guantes están hechos con las escamas más finas y duras que tienen los dragones de tierra. El reloj es… —hizo una mueca— un reloj. Ese no lo identifiqué, porque no llevaba suficientes kétalos encima, pero probablemente tenga algún encantamiento, no me extrañaría. En cuanto a ese objeto, es una especie de linterna. No viene de la casa de Ahishu, sino de Aefna, de la tienda de un magarista muy habilidoso… aunque, la verdad, me pareció extremadamente joven para haber conseguido esta maravilla. Se trata de una linterna roja que puede alumbrar durante meses sin que se apague.

Intercambié una mirada asombrada con Aryes.

—¿Por casualidad ese magarista no sería un ternian con el pelo electrificado? —inquirí.

Askaldo enarcó una ceja.

—De hecho, es posible. ¿Lo conoces?

Sonreí anchamente.

—Es un amigo. Su sueño era montar una tienda de linternas en Aefna. Y por lo visto, lo ha conseguido. —Llevé mi mano hasta el hombro, agradecida—. Gracias por todo.

Aryes e Iharath le dieron también las gracias y tras unos saludos rápidos, Askaldo siguió el mismo camino que Alal, lleno de esperanza. Márevor Helith y Jaixel seguían completando el sortilegio del monolito y me pregunté cuánto tiempo tardarían en finalizarlo. Me giré hacia Kwayat y Daorys, intrigada.

—¿No lo acompañáis?

Mi instructor se encogió de hombros.

—Yo paso de acompañar a un iluminado —replicó. Sin embargo, esbozó una sonrisa, restándole brusquedad a sus palabras—. Ojalá su sueño se haga realidad.

Hablaba con sinceridad. Sonreí.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¿Yo? Voy a buscar a Naura. Como ya sabes, la cambié de lugar y la dejé cerca de las Tierras Altas, pero luego comprobé que había vuelto sola al Árbol del Jadán, a las Montañas de Acero. De verdad que no sé qué hacer con esa dragona. Cualquier día me la encuentro entrando en Aefna despreocupadamente. Tal vez debería iniciar yo el Desvelo de los dragones para que puedan convivir también con los saijits. Y con los demonios.

Enarqué una ceja, sorprendida al verlo bromear con tanta ligereza.

—Te ayudaré a encontrarla —intervino Daorys, burlona—. Luego iré a visitar a mis conocidos. De todas formas, no me están esperando. Y bueno, ¡jamás en mi vida he visto un dragón! Aún recuerdo un tiempo en que decías que los dragones tenían Sreda y podían convertirse en demonios. Estabas convencido de ello.

—Y aún lo estoy —resopló Kwayat.

Los observé con curiosidad.

—Si no es una pregunta demasiado indiscreta, ¿de qué os conocéis? —pregunté.

Daorys sonrió anchamente.

—Fui su primera discípula. Te lo juro. Hizo un trabajo excelente —apuntó, señalándose con el pulgar—. Puedes estar orgullosa de tu instructor, Shaedra.

Kwayat puso los ojos en blanco.

—Será mejor que nos vayamos antes de que vengan esos cazademonios.

Daorys aprobó y echó un vistazo hacia el nakrús.

—¿Seguro que no se va a pasar todo el día construyendo ese monolito? —preguntó, preocupada.

Nos encogimos de hombros. Pensándolo bien, no descartaba la posibilidad de que llegasen los Shargus mientras Márevor seguía perfeccionando su monolito… Sin embargo, en ese instante el nakrús se giró hacia nosotros y agitó su sombrero.

—Vía libre —declaró, satisfecho.

Nos despedimos al fin de Kwayat y Daorys. Para asombro mío, mi instructor realizó hacia mí un gesto de respeto que me dejó conmovida. Se lo devolví, convencida de que él merecía de lejos más respeto que yo.

Se fueron y nos quedamos seis. Cuando me percaté del detalle, fruncí el ceño.

—Márevor, ¿por qué dices que sólo podrían cruzar cinco personas? —carraspeé.

El nakrús se llevó una mano a la barbilla, divertido.

—¿Cuándo he dicho yo eso? Se te pasó el «tal vez», querida. En realidad, no sé cuántos podrían cruzar el monolito. Supongo que seis pueden pasar, mientras yo siga concentrado. Simplemente, no quería llenar mi isla de demonios —admitió. Lo miré con los ojos agrandados, incrédula, aunque en un rincón de mi mente me alegré de que Lénisu no nos siguiese: mi tío tenía aún un problema mayor que yo, y no lograría solucionarlo cruzando un monolito. En cambio, si se quedaba, tal vez Wanli consiguiese hacer que olvidase… Tal vez.

—Pues la isla estaba llena de gatos —intervino Drakvian en su litera—. Eran puros demonios. ¡Lo que nos costó a Iharath y a mí llevarlos a Acaraus! Una pena que ya no estén en la isla —añadió, relamiéndose.

Su broma le atrajo una mirada taciturna por parte de Márevor Helith. Entre Aryes, Iharath y yo levantamos la litera.

—¿Ya está? ¿Podemos cruzar? —preguntó el kadaelfo con un hilo de voz.

Márevor Helith asintió.

—Adelante. Tratad de pasar rápido la litera para que Drakvian no se quede demasiado en el umbral.

Enarqué una ceja, preguntándome hasta qué punto era peligroso quedarse en medio del portal. Como no tenía ni idea de monolitos, decidí no reflexionar más sobre la cuestión y nos acercamos prudentemente. Jaixel pasó el primero: avanzó en el arco casi transparente y desapareció, tragado por la nada.

—Adelante —nos repitió el nakrús al ver que nos deteníamos, aprensivos.

Syu temblaba de pies a cabeza, convencido de que iba a morir.

“Descuida, Syu. Tu vida no va a cambiar: es más, vamos a volver a un sitio que conoces”, le aseguré. El gawalt, lejos de tranquilizarse, se aferró a mi cuello y hundió su cabeza en mi pelo para no ver. Me mordí el labio. *“Frundis, ¿qué tal si nos cantas La tierra del sol para que nos serenemos un poco?”*

El bastón se animó enseguida.

“Anda, Syu”, dijo, en medio de una estrofa. *“Yo nunca he pasado por un monolito de verdad. Seguro que es emocionante.”*

De lo más emocionante, pensé con una mueca. Llegamos a unos centímetros del portal.

—Jamás habías hecho un monolito de manera tan rápida —observó entonces Iharath, con cautela.

Márevor resopló.

—Soy un experto en monolitos. Se agradecería un poco más de confianza. Además, ¿quién te dice cuánto tiempo he tardado en crear este monolito? He utilizado una mágara. Adelante o me haréis perder la concentración.

Sin pensárnoslo más, nos abalanzamos dentro con Drakvian en medio gruñendo y mascullando por lo bajo. Lo último que vi antes de que nos tragaran las garras del portal fueron los ojos azules de Márevor Helith.

26 Un destino

Tenía la impresión de que derivaba entre las olas y que me estiraban por todos los lados filamentos energéticos. Parecían querer ahogarme. Contrariamente a mis dos travesías anteriores por un monolito, esta duró más y no perdí el conocimiento aunque sí me sentí terriblemente mareada. Syu no se desató de mi cuello en ningún momento y traté de apaciguarlo mientras un Frundis extasiado tocaba una complicada sinfonía de ritmo rápido.

"¡Maravilloso! ¡Maravilloso!", exclamaba.

Yo, sinceramente, no vi nada maravilloso durante la travesía pero bien sabía que a veces los gustos de Frundis eran inextricables.

"¿Estamos… otra vez vivos?", preguntó Syu, temblando.

"Eso parece", contesté.

Abrí los ojos y paseé una mirada a mi alrededor. Enseguida entendí que aquello distaba mucho de ser la isla de Márevor Helith. Estábamos metidos en una enorme jaula. Y aún era de noche. ¿Una jaula?, me repetí, moviéndome hacia los barrotes. En ese instante, Márevor apareció de la nada, a unos pasos de mí. Nos echó un vistazo rápido, masculló algo entre dientes, contrariado, y alzó las manos para cerrar el portal. Jaixel acababa de enderezarse y permanecía inmóvil, como analizando la situación.

—¿Dónde… estamos? —tartamudeó Iharath, espabilando.

—En Dathrun ya debería ser de día —razonó Aryes, consultando su reloj. Agarró los barrotes y entornó los ojos para tratar de ver algo a través de la oscuridad.

—¿Estamos en una jaula? —interrogó débilmente Drakvian.

Aprobé.

—Eso parece. Es más, parece que estamos en una calle llena de jaulas. —Oí un gruñido bajo y agregué con la voz temblorosa—: Y con bestias dentro.

Enseguida nos dimos la vuelta para asegurarnos de que en nuestra jaula no había ninguna criatura. Nos relajamos un poco y nos giramos todos hacia Márevor.

—¿Adónde diablos nos has traído? —bufó Iharath. Sacó su nueva linterna y la activó. El rostro del nakrús apareció en todo su esplendor. Abrió la boca y nos dio la peor respuesta que podía darnos:

—No lo sé.

Permanecimos unos segundos boquiabiertos.

—¿Que no lo sabes? —repetí débilmente—. ¿Quieres decir que no sabías adónde llevaba tu monolito?

—Sí que lo sabía. Se supone que el monolito tenía que conducirnos a Ribok y a mí hasta los alrededores de Shtroven, en el Principado de Néih. Pero he utilizado una combinación para poder dejaros en camino… en mi isla. Por lo visto, no ha funcionado. Tal vez nos encontremos en medio de la ciudad, pero no puedo afirmarlo…

El sonido quejumbroso de Iharath lo interrumpió.

—Un experto en monolitos decías. ¡Qué diablos! Tenemos a Drakvian en ese estado y tú haciendo experimentos extraños con combinaciones de monolitos. Podrías habernos llevado a todos a la isla y luego utilizar alguna otra mágara para desplazarte a Shtroven, ¿no crees? Dioses misericordiosos, ¡tienes aún doscientos años para encontrar a tu gahodal, te recuerdo!

Márevor Helith se encogió de hombros, sin que el tono duro del semi-elfo pareciese estremecerlo ni lo más mínimo.

—Mejor curar las cosas a tiempo —replicó—. Y lo siento. No pretendía traeros hasta aquí. Ha habido interacciones. A veces surgen imprevistos. Tal vez se debiera a que seis personas eran demasiadas. No tengo ni idea…

—Lo sientes —repitió Iharath—. Me alegro de que lo sientas.

—Por una vez que me disculpo —suspiró el nakrús—. No os toméis las cosas tan dramáticamente. Os encontraré un buen sitio en la ciudad para que Drakvian descanse todo lo necesario. ¿Qué importa estar en mi isla o aquí mientras tengáis un buen sitio para descansar? Sólo… hará falta velarnos un poco la cara, eso es todo.

¡Un poco!, pensé con ironía. Ya me imaginaba caminando por la calle en compañía de dos esqueletos mientras la gente se paraba boquiabierta a contemplarnos.

Unos ruidos de pasos contra los adoquines de la calle vacía nos alarmaron de golpe. Me quité prestamente la capa y se la tendí a Márevor.

—Deberías quitarte ese sombrero y ponerte la capucha —le aconsejé.

—¿Qué tiene de malo mi sombrero? —replicó. Sin embargo, se puso mi capa y ocultó el sombrero rojo debajo de ella. Aryes le prestó su capa a Jaixel; Iharath siseó.

—¡Maldita linterna…! No consigo apagarla…

El nakrús se la quitó de las manos y la apagó en unos segundos. Tratamos de sumirnos en el más completo silencio.

El ruido de pasos murió, y una silueta con una antorcha apareció ante la jaula. Era un elfo oscuro. Echó una ojeada a la jaula de enfrente, en la que dormía de un sueño profundo un oso de pelaje rojizo. Iba a pasar de largo cuando se detuvo en seco y giró su mirada hacia nosotros. Su expresión se deformó.

—¿Dónde…? —Dejó escapar un resoplido ruidoso y dio unos pasos hacia atrás, amedrentado—. Pero ¿qué hacéis en esa jaula? ¿Quiénes…? Oh, dioses. ¿Qué habéis hecho con el animal que estaba dentro?

Abrí la boca sin saber qué contestar, pero de todas formas el elfo oscuro no esperó ninguna contestación: volteó y echó a correr mascullando que iba a llamar a la guardia. Desapareció por la calle, entre las jaulas y las bestias. Me giré de nuevo hacia Márevor Helith, fulminándolo con la mirada.

—No desesperemos —soltó el nakrús—. Tal vez pueda soltar un sortilegio explosivo para abrir estos barrotes. Mm. Iharath, ¿sigues teniendo esas Trillizas?

El semi-elfo asintió. Aryes sacudió la cabeza, incrédulo.

—Vamos a despertar a toda la ciudad si empezáis a explotar barrotes —objetó—. Y, personalmente, empiezo a dudar de que estemos en Shtroven. Creía que en el Principado de Néih se hablaba otro idioma.

—El asperiano —aprobó Márevor con tono de profesor mientras tomaba las Trillizas—. Muy cierto. Pero en la ciudad, hay mucho mirleriano. Así como gente de las Ciudades Gemelas. Aun así, no descarto que el monolito se pueda haber desviado…

—Está claro que se ha desviado —gruñó Drakvian—. De lo contrario, no nos habrías metido en una jaula de animales. Huele a pelo y a sangre. Una pena que la criatura que estaba aquí se haya ido.

Agrandé los ojos, pensando de pronto en una posibilidad del todo extravagante.

—¿Crees que la criatura pudo atravesar el monolito en sentido contrario?

Márevor Helith se encogió de hombros pero pareció estar contestando a otra pregunta cuando dijo con tono meditativo:

—Ahora que lo pienso, tal vez no haya sido una buena idea crear el monolito al lado del estanque. No me extrañaría que el agua haya entrado en colisión con otras energías y…

Una súbita idea me golpeó y solté una exclamación por lo bajo, interrumpiéndolo.

—Acabo de tener una idea genial —declaré. Sonreí anchamente—. No vamos a hacer explotar nada. Tengo sangre de hidra en polvo.

Enseguida los ojos de Drakvian se iluminaron pero se ensombrecieron cuando me vio descolgar el saquito de Ahishu de mi cinturón.

—¿En polvo? —masculló—. Eso es horrible.

—Si se mezcla agua con sangre de hidra en polvo destruye el hierro en unos pocos minutos —expliqué con rapidez—. O incluso menos.

Solté un sortilegio de luz armónica y empecé con la otra mano a verter el contenido dentro de la cerradura.

—¿Y de dónde sacamos el agua? —preguntó Aryes, mientras me atareaba.

Me encogí de hombros.

—La última vez, escupí y funcionó.

Y así lo hice esta vez también. Al haber echado más cantidad, la cerradura se fundió todavía más rápido, emitiendo silbidos y soltando humo. Al fin, empujé la puerta y la jaula se abrió.

—Listos —declaré.

Salté la altura que nos separaba de la calle. Esta era ancha y bordeada enteramente de jaulas. La mayoría debía contener animales relativamente grandes, dado su tamaño. Hicimos bajar a Drakvian con cuidado, en su litera, pese a sus protestas. Ella aseguraba que ya era capaz de andar, pero yo sabía perfectamente que si hubiese sido el caso ya se habría puesto de pie hace rato.

Márevor Helith estuvo a punto de escacharrarse al bajar la pequeña altura. Soltó una exclamación ahogada y se agarró a Jaixel, haciéndole perder a este el equilibrio. Sostuve al lich con una mano rápida e hice una mueca al sentir bajo mis dedos el contacto duro de los huesos. Crucé su mirada dorada y, por unos segundos, me quedé suspensa. Unos recuerdos amenazaron con invadir mi mente… Le solté el brazo, desvié la mirada y

bloqueé la filacteria con exasperación: no era precisamente el mejor momento para regresar al pasado.

—De prisa —susurró Iharath. Echaba ojeadas nerviosas hacia el fondo de la calle e, interiormente, me maravilló que el elfo oscuro aún no hubiese regresado con toda una tropa de guardias.

Nos apresuramos a recorrer la calle en el sentido contrario al que había tomado el elfo oscuro. En una de las jaulas, vi a un lobo sanfuriento abrir sus ojos brillantes y mirarnos en silencio. En otra, divisé una extraña criatura de orejas enormes a la que fui incapaz de dar un nombre. Syu, privado del refugio de mi capucha, se rebullía inquieto sobre mi hombro.

"No sé", dijo. *"Yo sigo pensando que hemos cambiado de vida."*

Sus palabras despertaron en mí cierta turbación.

"Quizá tengas razón en sentido figurado", concedí. Sonreí en la oscuridad. *"Pero seguimos siendo gawalts."* Mi aseveración pareció tranquilizar al mono.

Al fin, doblamos la esquina y pronto nos encontramos frente a un muro de más de cinco metros de altura. Del otro lado, se adivinaba la forma de un tejado y de una chimenea.

—No podemos huir por aquí con Drakvian —se desesperó Iharath.

Eché un vistazo a mi alrededor. En la zona en la que estábamos ahora, las jaulas se apilaban las unas encima de las otras, vacías. El muro continuaba a ambos lados y tuve la impresión de que aquel lugar era una especie de recinto para animales. Tal vez algún museo o quién sabe. En tal caso, lo más probable era que tan sólo hubiera una entrada.

—La llevaré levitando —declaró de pronto Aryes. Advirtió mi expresión sombría y puso los ojos en blanco—. Entre pasar por encima de un muro y bajar un precipicio de cien metros, hay una gran diferencia —me aseguró.

Asentí, resignada: era la mejor solución, por no decir la única que nos quedaba, a menos que Márevor Helith se sacase otro monolito de la manga. Mientras Aryes levitaba solo hasta arriba para echar un vistazo, alcé mi mano enguantada y toqué la superficie del muro. Podría escalarlo relativamente fácil, decidí. Otra cosa era que lo consiguiesen Márevor Helith y Jaixel.

—Del otro lado hay un patio con casas —declaró Aryes en un susurro cuando volvió a posarse en el suelo.

—Perfecto. Os comunico que no sé levitar —dijo el nakrús, molesto.

—Yo sí —articuló Jaixel.

Márevor Helith se sobresaltó, sorprendido, y el rostro del lich se hizo menos lúgubre.

—Es decir, sé levitar un poco —rectificó—. En quinientos años, se aprenden muchas cosas.

—Y también se olvidan —replicó el nakrús, sonriente.

Nos pusimos de acuerdo con rapidez: Aryes transportaría a Drakvian, Jaixel a Márevor, y yo le ayudaría a Iharath a escalar. Por cómo el semi-elfo contemplaba el muro, adiviné que en su vida había escalado algo tan alto. Aryes tomó a la vampira entre sus brazos; ella le enseñó sus colmillos y bufó por el dolor.

—Lo siento… —se disculpó Aryes.

Aryes y Jaixel acababan apenas de elevarse junto a Drakvian y Márevor cuando resonaron unas voces apagadas en la calle de las jaulas. Me puse lívida. Me pegué al muro y le animé a Iharath con un gesto apremiante. Escalé el muro sacando las garras mientras un Frundis animado me llenaba la cabeza de ruidos extraños seguramente sacados de nuestra «maravillosa» travesía. Aryes me sobrepasó. Y luego pasaron los muertosvivientes. Al fin llegué a la cima del muro y me giré. El semi-elfo parecía estar a punto de caerse.

—Tú puedes, Iharath —solté, agitada, tendiéndole una mano. Unos ruidos de pasos contra los adoquines se acercaban…

Iharath me cogió la mano y lo ayudé a subir como pude.

—¿Y cómo hago yo para bajar? —murmuró Iharath con una voz temblorosa. Iban a aparecer de un momento a otro, me dije, aterrada. Y nosotros seguíamos en lo alto del muro…

—Estate quieto —dijo de pronto Aryes. Lo cogió por la cintura y dejó escapar una maldición—. Agárrate y no te muevas… —siseó.

Me deslicé del lado del patio y comencé a bajar. Cuando llegué al fin abajo, crucé la mirada de Aryes y ambos sonreímos.

—Por los pelos —me susurró.

Y calló bruscamente al oír una voz del otro lado del muro más fuerte de lo que hubiéramos sospechado.

—¡Te lo juro! La jaula estaba llena de gente.

El rugido bajo de una criatura le contestó.

—Vas a despertar a las bestias —gruñó otra voz—. No, esto no tiene sentido. ¿Quién diablos se atrevería a robar una bestia así, Sriski? Es capaz de darte una coz y mandarte al Mar de Plata. Y tu historia de que había gente enjaulada… en fin. Prefiero no comentarlo. No sabía que fueras un aficionado al kaljac. Yo que tú, dejaría de beber durante el servicio.

El otro, que debía seguramente ser el elfo oscuro, le contestó algo por lo bajo que no oí.

—Ya claro, ¡se ha esfumado! —masculló el guardia, siseando—. Ve a decirle eso al capataz. Era una de las criaturas más caras, Sriski. ¡Apostaría a que valía más de doscientos mil kétalos! Lo cazaron en las Colinas de las Tormentas. No quiero ni pensar cómo va a reaccionar el gremio cuando se entere de esto. Espera, ¿qué hace esa tabla ahí? —agregó.

Agrandé los ojos al recordar la litera, tragué saliva por el mal lado y tosí irremediablemente, rompiendo el silencio.

—¡Ojos divinos! —jadeó el guardia.

—¿Qué ha sido eso? —farfulló el elfo oscuro.

Me hubiera maldecido cien mil veces en un segundo si me hubiera sido posible. Aryes me tomó del brazo y nos alejamos por el patio con precipitación, sosteniendo a Drakvian con todo el cuidado que nos permitían las prisas. La vampira caminaba resollando pero avanzó sin protestar.

Salimos del patio y desembocamos en una avenida ancha, con fuentes, árboles y flores. El cielo empezaba ya a azularse. Unas especies de linternas iluminaban aún los adoquines desde lo alto de sus postes y vi que muchos edificios que bordeaban la calle llevaban extraños signos en las puertas y carteles de todo tipo. Dos jinetes pasaron al galope sin soltarnos tan siquiera una mirada. Comprobé así y todo con alivio que Drakvian se había embozado con la capa. En cambio, Jaixel y Márevor tenían problemas tontos: mi capa resultaba ser un poco corta para el nakrús y de cuando en cuando sobresalían sus pies esqueléticos por debajo de la túnica; en cuanto a Jaixel, le costó sumamente esconder sus manos en las mangas de la capa de Aryes.

Márevor agitó levemente su cráneo debajo de la capucha.

—Ahora estoy seguro, estamos en Shtroven —declaró alegremente—. Esta es la Calle de la Luz. No pongáis esas caras: ¡la ciudad es una pura maravilla! Hay gremios y cofradías a montones y no pasa un día sin que

ocurran cosas entretenidas. Venid. Tengo a unos cuantos viejos amigos en la ciudad. En especial Sgrina Yetdalar. Ya debe de tener unos ochenta años pero me extrañaría que se haya olvidado de mí y estoy seguro de que os hospedará todo el tiempo que haga falta.

Sacudí la cabeza, alucinada. Si supiese Lénisu lo que nos había ocurrido, estaba segura de que habría estrangulado a Márevor Helith. El nakrús a veces parecía un chapucero compulsivo. Aunque, ciertamente, había conseguido en un tiempo récord lo que yo me había propuesto en un primer momento, que era salir de Ajensoldra. Y tuve que confesarlo: saber que no había ningún Shargu cerca dispuesto a matarme me resultaba reconfortante. Le eché una mirada al nakrús y traté de reprimir una sonrisa, sin conseguirlo.

—Cabe esperar que la criatura que ha pasado el monolito no era un gahodal —comenté, burlona—. De lo contrario, ahora estaría dando vueltas por el Bosque de Belyac.

El nakrús resopló.

—Qué ideas. Fuera lo que fuera esa pobre criatura, no ha podido llegar a Belyac. Es imposible. Yo no la he guiado y, a menos que fuera un experto celmista, que no creo, habrá acabado los dioses saben dónde. Se habrá llevado una buena sorpresa —suspiró. Nos carcajeamos por lo bajo. Desde luego, cada vez que uno se cruzaba con Márevor Helith, ocurrían imprevistos—. De todas formas, en el hipotético caso de que fuera un gahodal —retomó el nakrús—, no habría cambiado nada: voy en busca de un esqueleto de gahodal, no de un gahodal vivo. Yo no mato animales. —Soltó de pronto una risa que me puso los pelos de punta y alzó su mano enguantada—: ¡Seguidme, hijos míos! Tengo pensado quedarme aquí unos días. Os haré visitar la Basílica de Cristal. Cuando la vi por primera vez, hace… hace… bueno, hace muchos años, quedé maravillado.

Lo vimos alejarse por la calle oscura con un andar rígido. Jaixel meneó la cabeza debajo de su capucha y comentó:

—En quinientos años, no ha cambiado.

Siguió al nakrús y enarqué una ceja, divertida. Por lo visto, el lich empezaba a ser un poco más hablador. Aryes carraspeó.

—¡Bueno! Menuda sorpresa, ¿eh? Shtroven —pronunció—. Un poco más, y nos manda a Kunkubria. Pensándolo bien, el dicho de Ató de *“haberse ido a Kunkubria”* cuando se llega tarde no es tan figurado.

Iharath y yo sonreímos, y Drakvian gruñó.

—¿Vamos a ver a esa Sgrina, sí o no? —En sus ojos azules brilló un reflejo tétrico—. Ya sé que tiene ochenta años, pero ¡tengo una sed…!

Nos reímos de su macabro humor y seguimos a los dos nigromantes por las calles de Shtroven. Durante el trayecto, no dejé de preguntarme si aquella ciudad, a fin de cuentas, no se convertiría en nuestro nuevo hogar.

27 Amor y libertad

“Prefiero no tener demasiada esperanza.”

Spaw meneó la cabeza pero no replicó. Se giró hacia Lénisu, Wanli y Miyuki e indicó de un gesto un angosto desfiladero.

—Por aquí.

Los guió hacia dentro.

“No quiero aguarte la fiesta, pero no va a funcionar”, insistió Zaix, en su mente.

Spaw reprimió un suspiro. Zaix estaba inaguantable desde que le había anunciado que tal vez la espada de Álingar iba a conseguir liberarlo de sus cadenas. Sí, había sufrido tantas decepciones que prefería ya prepararse a una más, pero sus comentarios nerviosos empezaban a acabar con su paciencia.

“No pienses más”, le aconsejó. *“Si funciona, funciona. Y si no funciona…”* Spaw calló. ¿Y si, de hecho, no funcionaba? La única opción que tenía era viajar hasta el castillo de Klanez para buscar esa mágara absorbedora de energía. Pero sabía que no iba a ser capaz de entrar en el castillo sin la ayuda de un Klanez y, aunque no se lo habría confesado a Zaix, también sabía que jamás le volvería a molestar a Kyisse con esas historias.

“¿Si no funciona?”, interrogó Zaix.

Spaw hizo una mueca.

“Si no funciona, ya seguiré buscando”, concluyó.

Percibió la aprobación del Demonio Encadenado. Se agachó, alzó una mano y apoyó la palma contra el muro del fondo del desfiladero. Empujó. Lo que parecía una piedra se deslizó en el interior, dejando una pequeña abertura. Metió la cabeza por el agujero, siguió empujando y al fin liberó el primer peldaño de las escaleras.

Cuando se retiró, observó que Wanli, Miyuki y Lénisu miraban la abertura con vivo interés. Les dedicó una media sonrisa.

—Las damas primero —soltó.

Lénisu dio un paso adelante y Spaw le echó una mirada burlona pero no comentó nada y lo dejó pasar. Miyuki y Wanli lo siguieron y Spaw cerró la marcha, volviendo a ocultar la entrada.

—¿Cuántos peldaños tiene esto? —preguntó Lénisu cuando empezaron a bajar.

—Unos cuantos —admitió Spaw—. Muchos más que las escaleras que bajamos en el Laberinto. Nos pasaremos el día entero, muy probablemente. Antaño las limpiaba, pero hace tiempo que no lo hago. Así que mantened todos los ojos abiertos por si patina.

"Pff. De todas formas, no me gusta esto", intervino Zaix. *"Meter a tres saijits en mi propia morada… Jamás habría pensado que un día me pasaría algo así."*

"Son tres saijits que han defendido a Shaedra, padre", replicó Spaw con suma paciencia.

"Ya. Pues no te imaginas lo que me ha costado volver a encontrarla por culpa de los saijits. Y peor: por culpa de un nakrús." El Demonio Encadenado suspiró. *"Ojalá viviese hasta el día en que tú y «tu hermana» dejéis de meteros en líos tan grandes. Aún no entiendo cómo dejaste que ese kadaelfo se la llevara. Ella te quiere y tú la quieres. Y tú vas, la abandonas en brazos de un saijit. ¿Pero qué clase de demonio eres?"*

Spaw se sonrojó y a duras penas intentó serenarse.

"Soy un Droskyn", gruñó. *"¿No era suficiente razón para dejarla en brazos de otra persona? No vuelvas a sacar el tema, Zaix. Ya ha pasado casi un mes y no me arrepiento de haberla dejado con Aryes. Él puede hacerla feliz. Yo no."*

Como era de suponer, sus palabras fueron acogidas por un resoplido irritado.

"Eres imposible, hijo mío. Tú no eres un Droskyn. Y claro que serías capaz de hacer feliz a otra persona. A veces tus ideas parecen salidas de la mente de un anubo."

Spaw tragó saliva.

"Tú sabes que soy un Droskyn y no puedes negarlo. Maté a un saijit."

"¡Porque te obligaron a matarlo!", exclamó el Demonio Encadenado, exasperado. *"Ningún niño de cinco años en su sano juicio sería capaz de matar a un saijit si no le dijesen que lo hiciera. No fue culpa tuya, ¿cuántas veces tendré que repetírtelo?"*

Spaw esbozó una débil sonrisa.

“Muchas”, replicó.

Lénisu se apoyó contra el muro y se detuvo, resoplando.

—Esto da vueltas y más vueltas. ¿Cuánto tiempo llevamos bajando?

Spaw enarcó una ceja, burlón.

—¿Unos minutos? —sugirió. Sonrió ante la expresión sombría de Lénisu—. Es normal que os falte aire. Por aquí no hay mucha rocaleón.

Sin más palabras, continuaron bajando. Spaw adivinaba claramente la aprensión de Lénisu. Este temía que al utilizar a Hilo contra otra reliquia se destruyese su encantamiento… y perdiese lo que había dentro. Spaw no tenía ni idea de si podía ocurrir o no, pero, la verdad, no pensaba que fuera una gran pérdida: hasta podía ser beneficioso para Lénisu. Al fin y al cabo, lo mejor que podía pasarle era que olvidase a esa Sombría muerta desde hacía tantos años.

Spaw percibió un carraspeo y gruñó mentalmente.

“¿Tienes pensado quedarte en mi cabeza durante todo el día?”

Sin contestar, Zaix se marchó a hurtadillas y Spaw siguió bajando con cuidado, tratando de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. No le gustaba mentir y odiaba el chantaje… Sin embargo, la terquedad de Lénisu no le había dejado otra opción.

Bajaron durante horas antes de que Lénisu volviese a detenerse y declarase que necesitaba una pausa. Wanli y Miyuki enseguida aprobaron y se sentaron en los peldaños con evidente alivio. Imitándolas, Lénisu masculló:

—Más le vale a ese demonio encadenado que sepa dónde buscar a Shaedra porque después de bajar esto voy a necesitar un buen aliciente para volver a subir.

—Tal vez salir de la casa de un demonio sea un buen aliciente —se burló Spaw.

Lénisu enarcó una ceja.

—Spaw. ¿De veras no te ha dicho nada sobre su paradero?

Se lo preguntaba por enésima vez y por enésima vez Spaw mintió:

—No. Zaix sólo te dirá dónde está si le prometes de viva voz que lo liberarás con tu espada.

Un reflejo escéptico pasó por los ojos de Lénisu pero este no comentó nada más.

—Bueno —dijo Miyuki—. Por mi parte, estoy bastante contenta. Pasar por aquí va a ahorrarme semanas de viaje y una buena bolsa de kétalos. ¿Así que estas escaleras desembocan en el Bosque de Piedra-Luna?

Spaw asintió.

—Ajá. Te guiaré si quieres… cuando Zaix se haya liberado. El Bosque de Piedra-Luna puede ser peligroso si vas en la mala dirección.

Se detuvo en seco con un súbito pensamiento. Los tres lo miraron, interrogantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wanli.

Spaw esbozó una sonrisa incrédula.

—Ahora que lo pienso, algunas zonas del Bosque de Piedra-Luna provocan exactamente los mismos efectos que los que sufriste en la ciénaga de Zafiro, Lénisu.

Este agrandó los ojos.

—¿Quieres decir que podría haber nixes escondidos en el Bosque de Piedra-Luna?

Spaw se encogió de hombros.

—Es una posibilidad.

Los cuatro permanecieron meditativos durante unos instantes. Al cabo, Lénisu se levantó.

—Acabemos con esto.

Pasaron aún unas cuantas horas antes de que Spaw avistase las primeras estatuas que bordeaban la escalera. Llegaron al fin a una galería y él pasó a abrir la marcha.

—Por aquí —dijo.

Dobló una esquina y bajaron unas escaleras de unos pocos peldaños. Pasaron delante de la biblioteca pero Spaw no se detuvo. En su bolso, llevaba el famoso libro titulado *Cremdel-elmin nárajath*, pero decidió que se lo daría a Modori más tarde. Sabía con total seguridad que Zaix sentía su presencia acercarse; casi podía adivinar su impaciencia.

—¿Qué diablos es este lugar? —preguntó Lénisu, mirando a su alrededor, sorprendido.

—Mi hogar —replicó Spaw.

Empujó una puerta y los invitó con un gesto a que entraran. Lénisu lo escudriñó durante unos segundos, como si tratase de adivinar sus

pensamientos. Al fin, pasó el umbral, seguido de Miyuki y Wanli; la desconfianza de estas últimas era más que evidente.

Se oyó una voz sonora dentro de la habitación:

—¡Sed bienvenidos a mi morada, saijits! No temáis, no os voy a comer.

Spaw puso los ojos en blanco y entró, cerrando la puerta detrás de él. Zaix estaba sentado en su butaca, transformado como de costumbre y con sus malditas cadenas. Sakuni se plantó ante Spaw y le cogió las manos, sonriente, enseñando sus grandes dientes de mirol.

—Sano y salvo otra vez —soltó Spaw antes de que ella le soltara su frase de bienvenida.

Sakuni le dio un abrazo, al cual respondió con suavidad.

—Bien, bien, bien —dijo Zaix animadamente—. ¡Pero sentaos! ¿Una infusión?

Lénisu le echó una mirada a Spaw antes de contestar:

—Si no pretendes envenenarnos, por mí, bien.

—¿Envenenaros? ¿A vosotros? ¡Pero si sois mis salvadores! Tú vas a liberarme… —los ojos de Zaix se fijaron en la espada de Lénisu y acabó en un murmullo—: con esa maravilla.

Lénisu carraspeó.

—No antes de que me digas dónde se ha metido Shaedra.

Zaix sonrió y sus ojos rojos destellaron.

—Ya. Cierto. Te lo diré. Después de que me liberes.

Lénisu negó con la cabeza.

—Ni hablar. Antes tienes que decirme dónde está. Y luego te juro que haré todo lo posible para quitarte esas cadenas.

Spaw los observó mirarse fijamente, desafiantes.

“Este saijit me cae bien”, soltó de pronto Zaix. Y sonrió.

—Está bien. Acabo de comunicar con ella hace unas horas. Vive en Shtroven y se ha encontrado un trabajo en una herboristería. —Su sonrisa se ensanchó al ver la reacción de Lénisu: se había quedado boquiabierto—. Según me contó, el nakrús los hizo atravesar un monolito, le salió mal y se fueron todos a Shtroven. Shaedra parece feliz.

“Y podría serlo más”, insistió mentalmente. Spaw lo ignoró.

Lénisu abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—¿Shtroven? Y… y… ¿y qué más? Seguro que sabes más cosas. ¿Con quién está? ¿Se ha quedado Márevor con ella?

—No lo sé —contestó lentamente Zaix, meditativo—. La verdad es que creo que no. La acompaña ese… kadaelfo.

—Aryes. —Lénisu suspiró, aliviado.

—Así es. Y creo que también hay otra persona.

—Iharath —explicó Spaw. Lénisu se giró hacia él bruscamente y Spaw se apresuró a añadir—: Simple deducción.

La mandíbula de Lénisu se tensó aunque su rostro no manifestó ninguna sorpresa.

—Lo sabías.

Spaw sostuvo su mirada unos segundos y al fin la desvió. Cruzó la mirada poco amena de Wanli y se limitó a contestar:

—Ahora, te toca cumplir con tu palabra.

Hubo un silencio. Sakuni volvió con una bandeja llena de tazas con infusiones y Zaix le sonrió.

—Gracias, Sakuni.

Levantó con dificultad una mano hacia su taza y las cadenas chirriaron en el suelo. Spaw se arrimó a un muro y observó cómo Lénisu se estremecía, mirando de reojo las cadenas. Los vio beber la infusión sin moverse un ápice. Se sentía tan impaciente como Zaix, ansiaba saber si al fin su búsqueda había terminado, si al fin podía devolverle a Zaix lo que él le había devuelto: la libertad.

Miyuki y Lénisu sorbieron lentamente sus tazas, en silencio. Wanli no tocó la suya.

—¿Cómo te encadenaste? —preguntó al fin Lénisu.

Una chispa de diversión pasó por los ojos de Zaix.

—Comportándome como un traidor. Yo era un Demonio de la Mente. Y Yimago Ashbinkhai, el que ahora es Demonio Mayor, era el mejor amigo que jamás un demonio pudo tener. Crecimos juntos. Y nos conocíamos muy bien. Un día, me habló de las cadenas de Azbhel. Me dijo todo lo que su padre le había contado sobre ellas. Eran una reliquia. Una reliquia capaz de encadenar una mente y de otorgarle un tremendo poder.

Zaix meneó la cabeza.

“Hay que ver lo demoníaco que pude llegar a ser de joven”, añadió mentalmente, divertido.

Continuó.

—Por una serie de circunstancias, poco después Ashbinkhai se hizo Demonio Mayor y me pidió que trasladase las cadenas a un lugar más seguro. —Sonrió, irónico—. Y así lo hice. Se las robé y ahora nadie sabe dónde estoy. —Entrecerró los ojos—. Menos vosotros.

“Ellos no dirán nada”, aseguró Spaw.

“De todas formas, si me libero, no me quedaré aquí”, replicó Zaix.

Spaw reprimió un suspiro y trató de no pensar en la posibilidad de que no se liberase.

Con un gesto lento, Lénisu posó su taza vacía y se levantó.

—Tranquilo, yo no desvelaré tu refugio —declaró. Cogió el pomo de su espada y echó una ojeada molesta a Wanli y a Miyuki—. Tal vez… deberíais iros a otra habitación. No tengo ni idea de lo que puede pasar —confesó.

Zaix soltó una risita animada.

—Quién sabe, quién sabe —dijo—. Pero estoy convencido de que si ambos ponemos buena voluntad, lo conseguiremos.

No había estado tan convencido hacía unas horas, pensó Spaw, divertido. Tras varias objeciones por parte de Miyuki y Wanli, Lénisu acabó aceptando que se quedaran. Sacó a Hilo de su vaina y Zaix y él se alejaron del mobiliario prudentemente. Flotaba en el aire una tensión mezclada de una fe embriagadora. Spaw sentía como si fuera suya la expectación casi demente de Zaix.

Un metro escaso separaba ahora las dos reliquias…

—¿Ya? —preguntó Lénisu. Parecía casi aterrado. Que aceptara liberarlo después de que Zaix le hubiera revelado el paradero de Shaedra significaba mucho, se percató Spaw. Tal vez significaba que Lénisu era de veras un hombre de palabra. O tal vez que ya empezaba a darse cuenta de que su obsesión con la espada era enfermiza.

Zaix asintió con la cabeza y tendió ambos brazos, estirando la cadena hacia Lénisu.

—Ya —declaró.

Bajo los ojos atónitos de Sakuni, Miyuki, Wanli y Spaw, Lénisu activó su espada y golpeó.

El impacto provocó una explosión de energías. Zaix y Lénisu salieron proyectados hacia atrás. Spaw sintió como un puñal el dolor intenso que

atravesó los brazos de Zaix. Lénisu volvió a enderezarse.

—Nadie dijo que las cosas se solucionaban con un solo golpe —resolló.

Los siguientes golpes tuvieron el mismo efecto. La cadena chisporroteaba e Hilo centelleaba con su luz azul. Zaix parecía estar sufriendo un terrible tormento y Lénisu se estaba quedando sin fuerzas.

—No van a conseguirlo —murmuró Miyuki.

Sakuni miraba a Zaix con los ojos agrandados por el espanto pero guardaba el silencio. Otra vez, Lénisu se incorporó. Su brazo temblaba violentamente. Empuñó a Hilo con ambas manos y la colocó en contacto con la cadena. La espada seguía absorbiendo energía, aunque más lentamente. ¿Pero hasta cuándo podrían aguantar?

Tras unos larguísimos minutos, Lénisu pareció perder todas sus fuerzas. Y lo peor era que aún seguía empuñando a Hilo y absorbiendo energía de las cadenas de Azbhel. Wanli fue la primera en reaccionar: se precipitó y le hizo soltar la espada. La luz azulada de esta última se desvaneció.

—Está inconsciente —murmuró la Sombría con una voz temblorosa.

Luchando contra un dolor que no era el suyo, Spaw se acercó y se agachó junto a Lénisu.

—¿Cómo activas la espada, Lénisu? —preguntó. Lénisu abrió los ojos y parpadeó, aturdido—. ¿Cómo la activas? —insistió Spaw.

Lénisu tragó saliva y articuló:

—Con amor.

Spaw frunció el ceño, sin entender.

—¿Con amor? —repitió.

Pero Lénisu ya había vuelto a perder la consciencia. Spaw suspiró ruidosamente y recogió la espada.

—No tiene sentido —masculló.

¿Cómo podía activarse una mágara con un sentimiento? Era absurdo. Echó una ojeada al filo. Su luz azul se había apagado y parecía ahora una espada corta común y corriente. Mientras que la observaba e intentaba entender algo, Zaix se había vuelto a enderezar estoicamente.

“Inténtalo”, dijo. *“Sea como sea.”*

Spaw negó con la cabeza.

“No sé activar la espada. No absorberá la energía si no se activa.”

“Actívala”, replicó Zaix, testarudo.

Spaw posicionó la espada junto a la cadena y trató de concentrarse. Trató de activarla por todos los medios que conocía, sin conseguirlo. Activar la espada con amor, se repitió.

“Es absurdo.”

Zaix gruñó.

“Más absurdo es dejar el trabajo a medias. Hijo mío, tú puedes hacerlo. Sólo tienes que concentrarte.”

Spaw negó otra vez con la cabeza, mecánicamente.

“No puedo.”

“¿No me digas que no tienes ni una pizca de amor en tu corazón?”, retrucó Zaix.

Spaw sintió un temblor atravesar todo su cuerpo.

“Soy un Droskyn. Los Droskyns nacen para matar, no para amar”, murmuró. *“No estoy preparado.”*

“Lo estás de sobra”, gruñó Zaix. Sus ojos rojos se clavaron en los suyos, penetrantes. *“Un Droskyn que ama deja de ser un Droskyn. Recuerda todo el amor que te hemos dado Sakuni y yo. Recuerda a Haïbayn. A Modori. A Nidako. Y a Shaedra. Recuerda a todos tus seres queridos y activa la espada.”*

Los recuerdos atravesaban la mente de Spaw como relámpagos. El rostro de esa mujer atada a un poste, con los ojos desorbitados. Y la sangre en sus manos menudas, sucias y criminales. El terrible juramento que había pronunciado un día, junto a otros niños, arrodillado ante el panteón de sus ancestros asesinados por saijits… ¿Cómo un ser nacido en medio del odio y de la sangre podía ser capaz de albergar un sentimiento verdadero? ¿Cómo podía saber que lo que sentía era realmente amor y no locura o una simple ilusión?

Recordó entonces una canción, suave, profunda y melodiosa. La canción de su padre. La canción de un Droskyn que había elegido sacar a su hijo de la Comunidad y dejarlo en manos de Zaix para impedir que se convirtiera en un Droskyn. Su padre lo había alejado de él por amor. Y tan sólo le había pedido que, cuando fuera mayor, le devolviera al Demonio Encadenado el favor…

Spaw empuñó la espada con fuerza e intentó activarla con todo el fervor del mundo… Pensó en Zaix, en Sakuni, en su padre, en Shaedra… Y volvió

a pensar en ellos. Súbitamente, unas manos firmes agarraron la empuñadura.

—Dame eso —suspiró Lénisu. Se había vuelto a levantar, agotado—. Lo del amor… era una metáfora.

Una luz azul centelleó y una energía recorrió el brazo de Spaw en el instante en que Lénisu le arrebataba la espada. Ambos se miraron, perplejos, durante unos segundos. Entonces, confundido, Spaw soltó a Hilo. Sin detenerse a pensar en lo que acababa de suceder, el ternian alzó su espada activada… y golpeó. Una potente oleada de energía se liberó, propagándose por toda la habitación. Y al fin, se oyó el repentino restallido de unas cadenas al romperse.

Epílogo

Unas nubes blancas y dispersas se deslizaban por el cielo, cambiando de forma y deshilachándose poco a poco. La manzana gigante que había visto Syu hacía un rato se acababa de transformar en algo parecido a un cuenco de arroz. Pero, ahora, el mono gawalt se había marchado al mercado y andaría más interesado por las golosinas y los plátanos que por las nubes; y Frundis se había quedado en la habitación, componiendo aún su Sinfonía de Cuerdas Saltantes, inspirada, cómo no, en su inolvidable e increíble travesía por el monolito.

Cerré los ojos, tumbada en el banco de piedra, y escuché el arrullo del agua que manaba de la fuente del patio. La casa de Sgrina Yetdalar era grande; la verdad, como la mayoría de las casas en Shtroven. Tenía un patio empedrado y porticado y, en una esquina, crecían dos soredrips. La primera vez que los había visto me había quedado emocionada, creyendo por un instante que había vuelto a casa. Unas tardías flores blancas aún iluminaban sus ramas bajo los rayos del sol otoñal.

Las comisuras de mis labios se levantaron acusadamente. No podía negar que mi nueva vida era muchísimo más sosegada. Sgrina, como alquimista aficionada, había logrado encontrarme un trabajo en una herboristería a petición mía. La anciana me había asegurado que conocía desde hacía años al propietario del local, el maese Jey. *"Se pasa el día haciendo experimentos de todo tipo"*, había afirmado, sonriente. *"¡Estoy segura de que os llevaréis muy bien!"*

Sgrina era la anciana más tratable y encantadora que había conocido nunca. Su generosidad era abrumadora. Cuando llegamos a su casa, la tiyana se emocionó mucho al ver a Márevor Helith; nos acogió a todos con muchas sonrisas y palabras de bienvenida y enseguida se ocupó de conducir a Drakvian a una cama, sin preocuparse de que fuera una vampira, un hada o un orco. Incluso se encargó de ir a la carnicería de la calle para pedir que le llevasen a casa un barril de sangre. La vampira recuperó la salud en unos días y se puso a ingurgitar barriles enteros de sangre hasta que una pequeña gripe le devolviese el sentido de la moderación; Iharath recobró su habitual buen humor, retomó sus experimentos con las mágaras y bien creo que se

prometió no volver a meterse en una aventura como la que había vivido; y Aryes… bueno, durante los primeros días, me había preocupado que se arrepintiese de haberme seguido y de haber dejado a su familia atrás. Fue el mismo kadaelfo quien tuvo que recordarme una de las lecciones gawalts más básicas: *“No le des vueltas a cosas pasadas. Como me dijiste un día: los posibles del pasado, si no son presente, hay que olvidarlos”*. Cuando le pregunté si era feliz, me sonrió y asintió sin vacilar.

—Pienso que no puedo serlo más —contestó—. Aunque… no niego que habrá una persona a la que echaré particularmente de menos.

—Tu hermana —entendí.

Aryes negó con la cabeza.

—Zéladyn tiene su vida en Ató. Aunque la eche de menos, sé que será feliz, y eso me basta. No hablo de ella, sino de Kyisse. Lo sé, tal vez ahora viva junto a otros nixes, con sus abuelos… y eso está bien. Pero no dejo de pensar que la pequeña… nos quería mucho.

Mi sonrisa se quebró al recordar sus palabras. Kyisse había vuelto a su hogar, junto con los suyos, y eso me resultaba reconfortante. Pero Aryes tenía razón: íbamos a echarla mucho de menos. Tendida bajo el sol cálido, murmuré:

—Ojalá nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Alcé mi mano hasta mi pecho y, acto seguido, me pregunté si algún día dejaría de comportarme como una ajensoldrense. Mis manos aún olían a trésila. El maese Jey me había pedido aquel día que me ocupara de un bálsamo para un paciente que se había caído del caballo y que tenía un chichón de mil demonios. Ignoraba si lo había fabricado correctamente; en cualquier caso, el paciente me había dado las gracias repetidas veces cuando había ido a entregarle el remedio.

La cultura en Shtroven era muy distinta a la de Ató. La gente solía ser muy habladora y expresiva hasta la exageración. La ciudad se organizaba alrededor de un Consejo constituido por representantes de cada gremio y cofradía. El resultado hubiera podido ser bueno, si no fuera por las continuas guerras que existían entre dichas corporaciones. Hacía apenas dos semanas, un almacén de harina había explotado en la Calle de la Luz. Scarda, una ayudante del maese Jey, decía que probablemente se tratase de una venganza por parte del gremio de los Bavilthans tras haber perdido una

de sus bestias más caras. Prudente como un gawalt, yo me había cuidado de comentar nada.

Iharath, Aryes y yo seguimos los sabios consejos de Sgrina y evitamos cualquier posible contacto con las cofradías y los gremios. Según la anciana, sólo daban problemas y, tras tanto vagabundeo, lo que más ansiaba yo era vivir, aunque fuera por un tiempo, sin tantos líos. Y, esos últimos dos meses, parecía conseguirlo más o menos.

—¿Vagueando al sol, sobrina?

Casi me morí del susto. Abrí los ojos y tuve la impresión de ver un fantasma. Parpadeé, atónita; mi tío sonrió y me tapó del sol. Hilo pendía de su cintura. Y él llevaba una túnica blanca y unas sandalias en los pies.

—¿Lénisu? —logré pronunciar. Y entonces me levanté de un bote gritando su nombre y lo abracé efusivamente, riendo a carcajada limpia. Él me correspondió, con una gran sonrisa.

—¡Amor inocente! No sabes cuánto me ha costado encontrarte por culpa de ese condenado nakrús. Veo que te has instalado aquí para un rato.

Le devolví una sonrisa feliz y sólo entonces me di cuenta de que Wanli lo acompañaba. Nos saludamos amigablemente e intercambiamos miradas elocuentes. Carraspeé.

—Lénisu, ¿puedes decirme qué hace un Sombrío vestido de blanco y con unas sandalias?

Mi tío puso los ojos en blanco.

—No es malo cambiar de costumbres de cuando en cuando. Y Wanli dice que el blanco me sienta bien —añadió, burlón.

Enarqué las cejas.

—Oh. Si lo dice Wanli, entonces a mí también me lo parece. Aunque seguramente Spaw habría preferido el verde.

Lénisu hizo una mueca y contestó a mi pregunta indirecta.

—No está aquí. Dijo, sin más precisiones, que tenía… otros asuntos que resolver. Pero el de las cadenas, ya se ha resuelto.

Asentí y la razón de la prolongada ausencia de Zaix se me hizo evidente: ya nunca volvería a hablarme mentalmente.

—Zaix me contó lo que os proponíais —admití. Eché una mirada discreta hacia la espada y Lénisu meneó la cabeza.

—Ya no es una reliquia —declaró. Por unos instantes, observé su rostro, tratando de adivinar si la «muerte» de Hilo le causaba tristeza. Me sonrió y

me revolvió el cabello—. Como decía, a veces no viene mal cambiar de costumbres. A propósito, tus hermanos estuvieron a punto de venir, te lo juro. Pero unos Monjes de la luz le propusieron a Murri una misión con una generosa recompensa y el maldito aceptó. —Divertido, Lénisu suspiró—. Este joven va a acabar con tantos problemas como yo. Aunque parecía muy entusiasmado.

Sonreí.

—¿Y Laygra?

—Oh… Tu hermana está muy feliz en Ató y le cuida a Trikos mejor que yo. Me dijo que te deseara toda la suerte del mundo y que algún día viajaría hasta aquí para comprobar que tu mono sigue una dieta correcta. —Nos sonreímos y él paseó una mirada por el patio—. Por cierto, ¿dónde está Aryes? ¿Y el mono?

—Syu está en el mercado —contesté alegremente—. Y Aryes e Iharath han ido a la biblioteca. —Resoplé, divertida, y expliqué—: Iharath está obsesionado por una mágara vieja que tiene Sgrina, nuestra anfitriona. Ni Márevor Helith consiguió identificarla. Volverán dentro de poco, supongo.

Lénisu y Wanli intercambiaron una mirada rápida.

—¿Márevor sigue aquí? —preguntó Lénisu.

Reprimí una carcajada.

—No. Se fue a buscar el gahodal con su pupilo. Deben de estar andando por Kunkubria o quién sabe dónde. Y Drakvian también se marchó. No le gustan las ciudades grandes y prefiere las montañas. Aunque de cuando en cuando vuelve para ver si seguimos vivos —sonreí—. ¡No sabéis cuánto me alegro de que estéis aquí! Venid. Os presentaré a Sgrina. Está adentro, seguramente leyendo el libro de botánica que le traje ayer. Por cierto, ella sabe quiénes somos… pero por si acaso Aryes y yo decidimos encubrir nuestros nombres a los demás. Él se hace llamar Sib. Y yo, Naw. —Lénisu enarcó una ceja, sorprendido, y yo carraspeé—. Aunque… de cuando en cuando nos llamamos Arsib y Shaenaw. —Lénisu rió y yo inquirí, curiosa —: ¿Habéis venido por barco?

Wanli asintió.

—En un barco de mercancías —confirmó la elfa de la tierra—. Y no sabes lo que nos ha pasado. Nos atacaron unos piratas.

Agrandé los ojos, alarmada. Un brillo de diversión pasó por los ojos de Lénisu; apuntó con desenfado:

—Pero, por supuesto, Lénisu Háreldin los conocía. Ya te dije, Shaedra, que tengo amigos en toda Háreka. El capitán nos dejó amablemente en la costa, no muy lejos de Shtroven, a cambio de una promesa.

Fruncí el ceño.

—¿Más promesas?

Lénisu hizo un vago ademán.

—Nada muy importante —me aseguró—. Tan sólo me pidió que entregase una carta a su hijo que vive en Shtroven.

Reprimí una sonrisa burlona.

—No la habrás perdido, ¿verdad?

Lénisu puso cara falsamente ofendida.

—Qué va. La tengo aquí, en mi bolsillo. No siempre lo pierdo todo como tú, sobrina.

Puse los ojos en blanco. Oímos ruido por el portal abierto a la calle y nos giramos al unísono para ver aparecer a Iharath y a Aryes con Syu correteando delante. Al vernos, estos se detuvieron en seco. Al fin, el mono gawalt reaccionó.

"¡Tío Lénisu!", exclamó. Y echó a correr por el patio para darle la bienvenida. Aryes e Iharath no tardaron en imitarlo.

—Mil brujas sagradas, ya pensaba que no vendrías —sonrió el kadaelfo mientras le daba un fuerte abrazo a Lénisu.

Mi tío le correspondió con alegría.

—Espero que hayas cuidado de mi sobrina debidamente, ¿eh?

—Bueno… En todo caso, ella me cuida muy bien a mí —replicó Aryes. Me dedicó una mirada interrogante y yo me reí, ruborizada.

—Nos cuidamos estupendamente, tío Lénisu.

—Bueno. ¿Y esa mágara inidentificable? —inquirió Lénisu.

Iharath hizo una mueca y suspiró, sacando una gran llave metálica de su bolsillo.

—No hay manera de entender el trazado —masculló con el ceño fruncido—. El maestro Helith incluso sugirió que podía tratarse de una reliquia. Sgrina dice que se la regaló un celmista hace unos veinte años pidiéndole que la guardase en un lugar seguro.

—Nos hemos pasado toda la tarde leyendo libros sobre llaves encantadas —resopló Aryes—. Yo que tú, Iharath, tiraría esa llave al mar

como hizo Torgab Cuatro-Espadas con la reliquia de los Vientos. Tal vez algún nurón identificador la recoja algún día y le sirva de algo. —Se giró hacia Lénisu y Wanli y añadió—: ¡Bueno! ¿Para cuándo la próxima catástrofe?

Lénisu abrió la boca… Y en ese instante, se oyó una enorme explosión en algún lugar de la ciudad. Nos quedamos todos paralizados.

—¿No me digáis que Shtroven está en guerra? —farfulló Lénisu, desconcertado.

Negué con la cabeza, más tranquila.

—Qué va. Esos deben de haber sido los del gremio de la harina.

* * *

* * *

Nota del Autor: *¡Fin del tomo 10! Espero que hayas disfrutado con la lectura. Para mantenerte al corriente de las nuevas publicaciones, puedes seguirme en amazon: echar un vistazo al sitio web del proyecto.*

Agradecimientos

Quisiera en primer lugar dar las gracias al mundo del software libre y de la cultura libre en general, en particular a tuxfamily por el alojamiento del proyecto, también a los desarrolladores y contribuidores de los programas que me han facilitado la escritura gracias a herramientas de trabajo como Vim, frundis, Bépo, LaTeX, Gimp, Krita, y por supuesto las distribuciones de Void Linux y OpenBSD.

Asimismo, a todos los que han contribuido y contribuirán al proyecto de Kaosfantasy.

No olvidaré tampoco a los escritores de fantasía que me han llevado, desde pequeña, a imitarlos y a escribir mis propias sagas.

Contribuciones La lista de contribuidores está en la página del proyecto. ¡Gracias a todos vosotros!

Mapas Puedes ver los mapas de Háreka en la página del proyecto:

https://kaosfantasy.tuxfamily.org/index-es.html

Pequeño glosario

Esto es un glosario de algunas palabras clave de la historia para ayudar a la comprensión del mundo. Es un simple memorándum y no es para nada imprescindible conocerlo. Y es que incluso la autora, a veces, olvida cuáles son los días de la semana.

Primer tomo

Saijits

Un saijit es un grupo creado arbitrariamente que contiene las razas humanoides siguientes: belarco, caito, enano de las cavernas, enano del bosque, elfo oscuro, elfo de la tierra, elfocano, faingal, gnomo, humano, mediano, mirol, nurón, orco negro, orco de las marismas, orquillo, sibilio, ternian, tiyano. En la Tierra Baya, los saijits viven una media de 120 años.

Portal funesto

Entrada que comunica los Subterráneos con la Superficie.

Días de la semana

Hay seis días en una semana: Jabalina, Drusio, Lubas, Garra, Ventisca, Muérdago.

Meses

Hay doce meses de treinta días en un año. En primavera: Tablonas, Riachuelos, Gorgona. En verano: Ciervo, Musarro, Amargura. En otoño: Espina, Osuna, Vidanio. En invierno: Coralo, Saniava, Puertos.

Pagodas

Las Pagodas son unos centros de aprendizaje en Ajensoldra. Generalmente, todos los niños de seis a doce años reciben ahí una educación básica. Se los llama los nerús. Más allá de los doce, quedan los que pretenden formarse como celmistas, Centinelas, etc. A partir de ahí, un pagodista pasa por los rangos de snorí, kal y cekal. El rango de los orilhs está reservado para los que han cumplido los Años de Deuda y han sabido forjarse una reputación.

Segundo tomo

Energías

Hay dos grandes tipos de energías: las dársicas y las asdrónicas. Las dársicas son energías que siempre están presentes, son naturales e intrínsecas: el jaipú, el morjás y el pairás son las tres energías dársicas más conocidas. Las energías asdrónicas son energías creadas —sea por celmistas, sea por fenómenos naturales—. Estas son mucho más numerosas. La bréjica, la órica, la brúlica, la esenciática, la mórtica, etc. son energías asdrónicas.

Apatismo

Un apático es una persona, generalmente un celmista, que llega a consumir su tallo energético por completo y sufre una perturbación mental, sea temporal o crónica.

Tercer tomo

Nigromancia

La nigromancia es el arte de modular el morjás de los huesos. Un sortilegio nigromántico genera energía mórtica. Un esqueleto muertoviviente está lleno de energía mórtica. Los nakrus, los liches y los esqueletos ciegos son capaces de regenerarse solos a partir de sus propios huesos.

Tomo cuarto

Demonios

Los demonios saijits son saijits cuya Sreda ha sufrido una mutación. En el mundo de los demonios, existen comunidades de las cuales algunas son dirigidas por demonios que llevan el título ancestral de “Demonio Mayor”. Los táhmars son demonios que no pueden volver a su forma saijit, contrariamente a los yirs. Los kandaks o sanvildars son demonios que han perdido totalmente el control de su Sreda y han sufrido una perturbación mental brutal.

Tomo quinto

Ajensoldra

Ajensoldra tiene seis ciudades principales: Aefna, Kaendra, Belyac, Agrilia, Neiram, Yurdas y Ató.

Aefna

Aefna es la capital de Ajensoldra, situada al oeste. Ahí viven la mayoría de las grandes familias de Ajensoldra (los Ashar, los Nézaru, entre otros). La Plaza de Laya divide la ciudad de sureste a noroeste, separando el Templo, los palacios y el Palacio Real del casco viejo y del Santuario.

Tomo sexto

La Niña-Dios y el Niño-Dios

Por una duración de aproximadamente cuatro años, son elegidos dos niños del pueblo, de menos de catorce años, para convertirse en Niña-Dios y Niño-Dios, que son máximos representantes de la religión eriónica. Mientras la Niña-Dios vive en el Santuario de Aefna y cumple una función más volcada hacia los peregrinos y los sacerdotes, el Niño-Dios tiene que realizar viajes entre las ciudades de Ajensoldra pero durante la mayor parte del tiempo vive en el Palacio Real de la capital. Ambos deben imperativamente asistir a las grandes ceremonias del Templo de Aefna.

La Pagoda de los Lagartos

Esta pagoda, ubicada cerca de la ciudad de Kaendra, es considerada como una reliquia, ya que está protegida por un sortilegio muy antiguo que la vuelve invisible de lejos.

Tomo séptimo

Cofradías

En la Tierra Baya, las cofradías son numerosas. Las más importantes son la cofradía de los Sombríos, los Monjes de la Luz, los

raendays, los Dragones, los Mentistas y los legendarios. Estas se extienden tanto en la Superficie como en los Subterráneos.

Religiones

En los Subterráneos, las dos religiones más extendidas son la etísea y la káubara. En la Superficie, predominan las religiones sharbí, eriónica, cebaril y húwala.

Tomo octavo

Los Pozos

Los Pozos son lugares encerrados donde los demonios aprisionan por seguridad a los kandaks, demonios convertidos en bestias por haber perdido totalmente el control de la Sreda. El más conocido es el Pozo de Uzahar, situado en las Llanuras del Fuego.

El Bosque de Hilos

Al contrario que otras regiones, donde la repartición de las razas es muy aleatoria, el Bosque de Hilos está mayoritariamente poblado de elfos de la tierra y de elfocanos. Los pueblos suelen comerciar con el Cinto del Fuego y con Éshingra, y raramente con Ajensoldra. De todos los pueblos de los Reinos de la Noche, Mythrindash es la ciudad que más relación tiene con Ajensoldra y por ello también la que posee una importante población de elfos oscuros.

Tomo noveno

Los Sombríos

Los Sombríos son una cofradía de espías, ladrones y cazarrecompensas bastante descentralizada. En teoría, todos los cofrades se apoyan financieramente en caso de venida a menos, sin embargo prima la meritocracia. Existen rangos, atribuidos independientemente por cada Nohistrá: bota, manonegra, bravo, capitán, oscuro, arsero. Los Nohistrás se ocupan principalmente de mantener la unicidad de la cofradía y de distribuir trabajos a quienes no los encuentran. El Djirash es el kaprad de los Sombríos. Se ocupa en teoría de limitar el poder de los Nohistrás y arreglar riñas entre ellos.

Sainal

Un sainal es una criatura envuelta de sombras. Son unos grandes utilizadores de la energía aríkbeta. Beben mucha agua, a partir de la cual generan las partículas y las sombras que los constituyen. Normalmente son carnívoros. La mayoría de los saijits los consideran como engendros infernales.

Tomo décimo

El Kyuhs

El Kyuhs se sitúa en el primer nivel de los Subterráneos. En él se ubicaba la Comarca de Moyzalej, apodada «Reino de los Nigromantes». Las epidemias y los ataques continuos de mílfidas aladas, arpías y otras criaturas diezmaron la población de Moyzalej. Un terremoto convirtió el Kyuhs en una zona sobrecargada de energías inestables. Pocas criaturas se atreven a entrar ahora en él, aunque se cuenta que siguen viviendo algunos poblados de saijits.